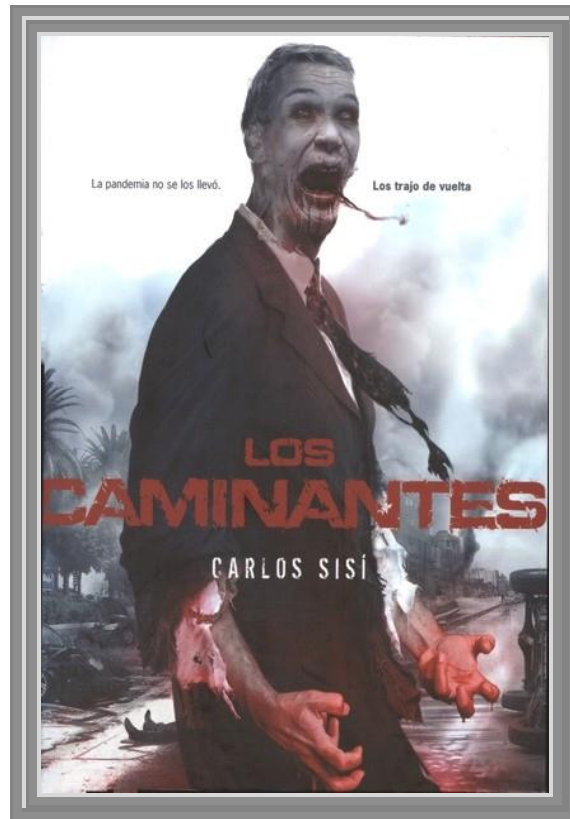


Carlos Sisi



LOS CAMINANTES

La pandemia no se los llevó.
Los trajo de vuelta

LOS CAMINANTES

Los Caminantes es un desgarrador relato que recoge los últimos días de la civilización tal y como la conocemos. Tras sobrevivir a la sobrecogedora pandemia que hace que los muertos vuelvan a la vida, los supervivientes se enfrentan al reto de llegar al final de cada día. La novela narra con un lenguaje visual y directo como los destinos de estos supervivientes se entretajan en torno a un misterioso personaje: El Padre Isidro.

Los Caminantes nos sumerge en un entorno de indecible presión psicológica, explorando la oscuridad del alma humana a medida que se enfrenta a sus peores pesadillas.

Caminantes

© 2009 T. Dolmen Editorial sobre la presente edición

© De la obra. Carlos Sisi.

Primera edición: Noviembre 2009

ISBN: 978-84-935993-9-3

Depósito Legal: B-44918-2009

C/ Arquitecto Gaspar Bennasar 60, 2ºB

07003 Palma de Mallorca

dolmen@dolmeneditorial.com

Corrección: Rocío Orraca. Maquetación interior: Llorenc P. B.

Editor: Vicente García. Director colección: Jorge Iván Argiz.

Diseño y dibujo de portada: Alejandro Colucci.

A mi familia. A todos.

ÍNDICE

I.....	7
II.....	9
III.....	13
IV.....	16
V.....	22
VI.....	25
VII.....	31
VIII.....	35
IX.....	40
X.....	44
XI.....	54
XII.....	60
XIII.....	67
XIV.....	73
XV.....	78
XVI.....	82
XVII.....	87
XVIII.....	93
XIX.....	101
XX.....	108
XXI.....	113
XXII.....	119
XXIII.....	124
XXIV.....	130
XXV.....	137
XXVI.....	145
XXVII.....	150
XXVIII.....	156
XXIX.....	160
XXX.....	165
XXXI.....	169
XXXII.....	173
XXXIII.....	178
XXXIV.....	183
XXXV.....	190

XXXVI	195
XXXVII.....	199
XXXVIII	202
XXXIX	207
XL	211
XLI.....	214
XLII.....	219
XLIII	224
XLIV	229
Colofón	233

I

Cuando Susana se decidió por fin a regresar al apartamento, hacía un buen rato que la noche había caído. Era una noche fresca, limpia, y el aire no traía consigo nada de la pestilencia despacible de los bordes exteriores. Solamente este detalle había inundado de buen humor el corazón de la joven, que caminaba a buen paso por los corredores inferiores del edificio.

La guardia había sido muy tranquila. Los *caminantes* ya rara vez se acercaban a las alambradas, aunque aún podían verse muchos en la distancia, silenciosos, arrastrando los pies en su lento pero continuo deambular. No todos andaban. Susana habría jurado que uno de ellos, situado junto al desvencijado quiosco de prensa, había estado inmóvil durante semanas enteras, con las piernas abiertas y los brazos extendidos, observando la luna con ceñuda preocupación, o el sol con manifiesta indiferencia.

En realidad, las ideas de Aranda habían tenido buen resultado. Fue él el que sugirió crear el segundo campamento base, mucho más iluminado que el primero. Siguiendo sus instrucciones, se colocaron allí varias fuentes de sonido que atraían la atención de los *caminantes* como insectos a la luz. Venían en oleadas y se arremolinaban alrededor sin cejar nunca en el empeño de intentar acceder; desgarrándose la carne contra las alambradas, descomponiéndose en los lodazales ácidos, y finalmente siendo bloqueados por los muros y camiones barricada. Desde entonces, el campamento real disfrutaba de mucha más tranquilidad. Tener a los muertos acechando en el lugar equivocado tenía un efecto psicológico muy positivo sobre todos los supervivientes. Pero sobre todo, haberse librado de los ruidos había obrado maravillas en el corazón de aquellos hombres y mujeres que se obcecaban en sobrevivir. Ruidos de muerte y ruina, como las lentas, arrastradas y sordas palmadas sobre los muros sin ningún deje de ritmo visible. O el susurro de los cuerpos deslizándose unos contra otros en la oscuridad. De vez en cuando, el abominable cloqueo de una garganta inundada por una pasta cenagosa de sangre seca y tierra. Todo eso había cesado por fin. Los muertos acechaban el campamento falso.

Susana caminó la distancia que le separaba de su habitación, entró y aseguró la puerta con los muchos cerrojos y tablones. Entonces se volvió hacia la oscuridad de su pequeño apartamento. Era entonces cuando cerraba los ojos y respiraba hondo, preparándose para disfrutar de las últimas horas del día en soledad. Horas para sí misma, que ningún pensamiento oscuro conseguían violentar. Entonces se

desnudaba, se aseaba y se tumbaba sobre la cama. Le gustaba entonces permanecer en silencio, concentrándose en no pensar en nada, al menos hasta que el sueño se proclamaba vencedor. Pero no eran muchas las ocasiones en las que conseguía vaciar su cabeza; imágenes y recuerdos se interponían en tropel. Casi siempre, su inconsciente tenía otros planes e insistía en regresar, una y otra vez, al pasado. Al principio. A un antes... a cuando la vida era normal, y la gente moría y se quedaba muerta.

II

Julio tenía veintiún años cuando vio por primera vez un cadáver. No era un cadáver horrible, no estaba podrido, ni tenía heridas. Sólo estaba blanco, blanco como la mismísima nieve. Y estaba blanco porque acababan de sacarlo del fondo de la playa. Era un ahogado.

La policía, por supuesto, no permitía que nadie se acercase, pero Julio y todos los demás tenían una buena vista desde lo alto del rompeolas. Se decía que lo había encontrado una alemana mientras paseaba al amanecer; la marea lo había arrastrado, desnudo y tieso como un viejo leño, hasta la orilla. La policía había hecho fotos, habían hablado con la alemana y tomado numerosas notas. Habían examinado el cadáver y lo habían cubierto al fin con una especie de loneta oscura, que tenía el brillo y la textura del plástico. Todo eso lo había visto Julio desde su privilegiada posición.

Tan sólo diez minutos más tarde, mientras el juez y los policías intercambiaban documentación, el cadáver se sacudía con una arremetida tan fuerte que la loneta se deslizó a un lado. Todo el mundo se volvió para mirar. Julio lo miró con cierta fascinación; el sol bañaba su carne blanca y húmeda confiriéndole un aspecto jabonoso. Entonces, torpemente, el ahogado comenzó a incorporarse emitiendo gruñidos y ásperos cloqueos. Sus brazos temblaban, parecía que en cualquier momento iba a caerse de bruces contra la arena. Dos de los policías, saliendo por fin del estado de *shock*, corrieron hacia el hombre y le sujetaron de los brazos para ayudarlo a sostenerse.

Pero entonces... entonces el ahogado atacó a uno de los policías con una violencia fuera de todo baremo. Lo derribó sobre la arena mientras su compañero aún intentaba determinar qué estaba pasando. Su cabeza era un martillo demoleedor; subía y bajaba como en un baile enloquecedor dando dentelladas sobre la cara del policía, que intentaba protegerse con los brazos. Sin éxito, pronto sus brazos también estuvieron llenos de sangre. Finalmente, varios hombres se abalanzaron sobre el ahogado para agarrarlo. La escena estaba salpicada de gritos.

Tanto Julio como sus compañeros permanecían petrificados. La sangre salía a borbotones de uno de los agentes en el suelo, otro se agarraba un brazo con dolor. El ahogado se debatía, poseso de una demencia primigenia y brutal. Por fin, uno de los policías le encañonó con su arma y le disparó en una pierna. El falso ahogado cayó al suelo, pero de la herida no brotó sangre. La carne, hendida, era una cueva negra y ominosa; el ahogado se levantaba sin acusar dolor alguno, su mirada llena de

despiadada tenacidad.

Julio, inconscientemente, dejó de respirar. Su estómago se había contraído hasta doler. Un segundo disparo le hizo estremecerse de pies a cabeza. La misma pierna. Diminutos coágulos espeluznantes salieron despedidos por la parte de atrás de la pierna, pero no se detuvo. El policía trastabilló y disparó una tercera vez, esta vez en la zona de la clavícula, pero tampoco entonces se detuvo.

Presas del pánico, el policía hizo un cuarto disparo. Esta vez el impacto le alcanzó en la mandíbula e hizo volar trozos de carne y dientes en todas direcciones; y tampoco eso lo detuvo. Hubo gritos de horror. Alguien había cogido un raquíptico palo y estaba golpeando al ahogado desde atrás. La desaparecida mandíbula supuraba ahora un denso puré negruzco que caía en cuajarones sobre su abotargado pecho, pero sus blancas manos aún buscaban desesperadamente al policía.

Un quinto disparo alcanzó al ahogado encima del ojo derecho. El impacto entró limpiamente y le hizo retroceder dos pasos. Allí, bizqueó con gesto confundido y, por fin, cayó al suelo cuan largo era, sin flexionar rodillas o extender las manos.

Julio se descubrió en pie. Todos se habían puesto en pie y habían retrocedido varios pasos. El sol de las cuatro de la tarde, brumoso, tintaba la escena de tonos dorados, y la piel del ahogado le recordaba a Julio al pollo frito. El policía en el suelo era por fin atendido: había perdido el conocimiento y su cara era un repulsivo espectáculo de sangre, carne y músculos expuestos. La nariz era un muñón irreconocible. Varios hombres miraban con estupor el cadáver del ahogado, sus bocas cubiertas por manos temblorosas. Sus ojos recorrían las heridas abiertas, pero casi nadie decía nada.

—¿Qué cojones ha pasado? —bramó uno de los hombres mientras se movía erráticamente de un lado para otro—. ¡¿Qué cojones de mierda ha pasado?!

Y entonces, como activados por un resorte, los demás comenzaron a reaccionar y a interaccionar atropelladamente.

—Joder... joder... joder... —repetía otro hombre.

— ...sí, mi compañero herido... No, no, se ha acabado... en la playa de La Cala, a la entrada, una ambulancia... —barbullaba el policía por su radio.

— ...joder... joder...

— Está muerto.

— ...por Dios que alguien llame...

— ¡Joder, está muerto!

— ¡...coño!

En medio de la algarabía, Julio supo que el policía en el suelo había muerto. Su sangre había oscurecido una enorme cantidad de arena debajo de su cuerpo inmóvil.

— Dios... —dijo de pronto Alberto, uno de sus compañeros—. Qué pasada...

— La... hos... tia... —musitó otro, asegurándose de marcar muy bien cada sílaba.

— El hijo de puta... —dijo Alberto—. ¡Qué fuerte!

— ...la boca, los dientes... —susurraba Flavio mientras frotaba su incipiente

perilla con desconcertante tenacidad.

Julio, sin embargo, aún no se había atrevido a unirse a sus colegas, cuyos aspavientos eran cada vez más pronunciados, haciendo algún comentario. Algo le preocupaba sobremanera. Algo, en toda la escena, estaba completamente *mal*. Algo chillaba a pleno pulmón denunciando que *algo* no estaba funcionando como debiera, y la sensación era tan fuerte que Julio sintió un pitido agudo en los oídos.

—Pero estaba ahogado... —dijo de pronto Flavio.

—Qué coño va a estar ahogado, tío, pero tú has visto al hijo de puta... ése era un traficante y en cuanto lo han *pillao* se ha puesto como loco... —dijo Alberto.

—Sí, sí... listo, que *ere mu* listo. Ése estaba más muerto que mi abuela, te lo juro...

—Sí, anda, *gilipolla*, no veas qué muerto estaba; tú lo flipas... ¿no has visto lo que ha hecho con el policía o qué? —protestó Alberto, en tono visiblemente enfadado.

—Pues estaba muerto, más blanco que una *paré*... —Flavio miraba al suelo, intentando encontrar algo de coherencia a sus propias palabras.

Por fin, Julio habló con voz clara:

—Estaba muerto *antes*, pero luego ya no lo estaba.

Hubo unos momentos de silencio. En sus cabezas, manejaban las palabras de Julio como se paladea un pimiento rojo chileno: con miedo a morder, a asimilar la noticia en todas sus significaciones por lo que su mensaje implícito supondría. Las miradas se concentraban ahora, ensimismadas, en la escena que ocurría abajo en la playa. Allí, la mayoría de los hombres hablaban atropelladamente entre sí. Algunos se inclinaban con fascinación sobre el cadáver del falso ahogado, y una mujer de larga cabellera pelirroja señalaba con rápidos ademanes la herida en la cabeza. El policía seguía hablando por radio con gesto afectado.

—Esto es la polla —dijo Flavio.

En ese momento llegó otro coche patrulla. Los dos policías se apearon del vehículo y bajaron con agilidad las rocas que les separaban de la playa. Había muchos aspavientos y manos que señalaban, intentando explicar lo que había pasado, y mientras tanto, a medida que la noticia se propagaba, llegaban más y más curiosos de La Cala y La Araña, dos pequeños pueblos cercanos. Después de unos instantes, el coche patrulla recién llegado se marchó con la sirena puesta.

—Mira a ése —dijo Alberto, señalando al policía—. No para de hablar por radio.

Julio se fijó. Lo cierto era que el hombre no se había separado de su aparato. Escuchaba durante un buen rato mientras iba de un lado a otro, dando rápidos giros.

—¡¿Y la ambulancia?! —le preguntaban algunas voces. Pero el policía les pedía calma con gestos de la mano.

La ambulancia, sin embargo, nunca llegó.

Treinta y dos minutos más tarde, la cantidad de gente arremolinada en torno a la escena era apabullante. Julio, Alberto y Flavio habían conseguido permanecer en

primera línea, siguiendo con mórbida fascinación el desarrollo de los acontecimientos. A su alrededor, la gente compartía todo tipo de historias. Un tipo enjuto y de pelo gris, otrora conductor de tráilers y que vivía en las antiguas casitas de pescadores de La Cala —desde antes de que el *boom* turístico cambiara el pueblo para siempre— aseguraba que su cuñado, pescador de toda la vida, había visto una vez varias formas humanoides buceando a toda velocidad por debajo de su barca, una buena noche de junio, un día después de Luna llena. Para él, estaba claro que en las fosas abisales de La Cala había una población de seres blancos, sin sangre y sin pulso, y capaces de una violencia sin parangón. Dos señoras rollizas que parloteaban a su lado simplemente se escandalizaban de que, en medio de semejante situación, hubiera alguien capaz de dejarse llevar por tamaño disparate.

Pero el hecho inequívoco y fascinante de que un ahogado, ya blanco e hinchado por acción del agua salina, oficialmente dictaminado difunto y dejado debajo de una lona de plástico, se había incorporado y devorado parcialmente a un policía estaba en boca de todos.

Aproximadamente una hora después de que el agente de policía hubiera muerto, una oleada de gritos germinó en algún punto indeterminado de la playa y se extendió implacable, como un hediondo pedo furtivo, entre toda la gente presente. El motivo era la vieja lona de plástico que ahora cubría los dos cuerpos: el del policía sin rostro y el del falso ahogado. Se movía. Otra vez.

III

En el depósito de cadáveres del Hospital Carlos Haya, de Málaga, el principal responsable de la cámara mortuoria, Antonio Rodríguez, podía contabilizar los costos de la inmigración indocumentada de modo distinto al de otros funcionarios. En aquellos momentos se enfrentaba a una severa sobrecarga debido a un pecio encontrado que se había convertido en el último lugar de descanso de seis docenas de inmigrantes.

Rodríguez abrió la puerta de la gran sala frigorífica donde se guardaban los cadáveres. Resultaba imposible abrirse paso por ella, de tantos cuerpos como yacían en el suelo, amortajados con las sábanas sanitarias en las que los envolvieron o vestidos todavía con las ropas con las que fallecieron. Alrededor de las paredes se amontonaban los cadáveres, dos en cada nicho. En una segunda cámara frigorífica los nichos eran más estrechos, por lo que el señor Rodríguez no tenía más que una espeluznante alternativa: o la de apilar los cuerpos unos encima de otros, con lo que las caras se quedaban aplastadas, o dejar los cuerpos fuera, en el vestíbulo, donde la refrigeración era inexistente. El señor Rodríguez se resistía a que los cuerpos se deformasen, y ésa era la razón por la que un par de cadáveres habían sido dejados fuera, en camillas, detrás de una cortina. El olor a descomposición no era muy fuerte, pero sí nítido.

—¿Es todo? —preguntó a uno de los ayudantes.

—Sí, ése era el último... —contestó con tono visiblemente afectado. Estaba revisando una lista y escribiendo algunos datos en ella—. Mañana habrá que embalsamar a los que van a irse, creo que estarán más de setenta y dos horas en tránsito.

Rodríguez se tomó un momento para echar un vistazo a los cadáveres que habían dispuesto. Sabía que era una solución temporal hasta el día siguiente, pero se sentía muy mal por no haber podido dar un buen aposento a los cuerpos.

—Deberíamos filtrar esto a la prensa, a ver si amplían de una puta vez —comentó con aire distraído. Sus ojos estaban fijos en una marca de nacimiento en uno de los pies descalzos, en forma de corazón—. Enviarles una puta foto de esta mierda, sabes lo que te digo...

—Si vas a hacerlo, yo mismo te regalo mi cámara digital —contestó el ayudante sin apartar los ojos de su lista.

—Es que esto no es normal, hombre.

—No, no lo es.

—Es...

En ese momento, el mundo tranquilo y rutinario de Rodríguez cambió para siempre. Ya no habría más cervecitas después del trabajo en la cafetería Oña, ni celebraría la tradicional Compra Del DVD El Viernes Por La Noche. Ni volvería a comer cocido en casa de su madre o a beber aquel vodka ruso con su amiga Paola la noche de Navidad. Y ese Punto y Final llegó con el espasmo tremendo de uno de los cadáveres. Se sacudió con tanta violencia que uno de los cuerpos que tenía al lado se dio vuelta y cayó pesadamente al suelo con un golpe sordo.

Rodríguez dio un acusado respingo.

—¡Coño!

Durante unos segundos, él y su ayudante permanecieron en silencio; el zumbido de los tubos de neón y las gigantescas cámaras frigoríficas llenaban el aire. Pero al fin, espasmos similares recorrieron muchos de los otros cuerpos. Y entonces empezaron a levantarse.

Rodríguez no daba crédito. Miraba alrededor, posando su vista en un cuerpo y en otro a medida que se incorporaban, más o menos trabajosamente, con los ojos en blanco y las bocas abiertas. Las sábanas caían a un lado, los brazos se levantaban, las manos trocadas en garras y puños cerrados. Al incorporarse, casi todos carraspeaban horriblemente, o proferían horribles cloqueos y ruidos guturales de sorda naturaleza, y una mujer de cabello encrespado vomitó una suerte de puré negruzco.

—Qué... ¿Qué...?

—Por Dios, ¿qué...? A-ayuda... ¡Ayuda!

El joven ayudante se acercó rápidamente al primero de los hombres. Rodríguez no pudo moverse. Se descubrió a sí mismo mirando cómo su ayudante le cogía de los hombros y le preguntaba si estaba bien. "¿Está usted bien?", le preguntaba, "¿está usted bien?". Y aquel hombre de color, de labios generosos y facciones duras, le miraba como emergiendo de un profundo sueño, y poco a poco, iba mudando sus facciones de la perplejidad... a una mirada brutal de odio. "Incrustado", pensó Rodríguez incoherentemente. "Tiene el odio incrustado en sus ojos". Quiso avisar a su ayudante, quiso advertirle, gritar, pero no podía articular palabra.

De repente, sin que pudiera decir muy bien cómo, su ayudante sonreía con aire estúpido a uno de los chicos, que había reptado hacia su pierna y le había agarrado con ambas manos. El otro hombre movía la cabeza entre espasmos, intentando a todas luces abrir la boca. Eso parecía causarle serias dificultades. El resto de los hombres evolucionaban lentamente, moviéndose como una ola. Algunos bizqueaban hacia el techo, otros movían las manos en extraños ademanes, como si quisiesen alcanzar un objetivo invisible delante de ellos.

—¿Qué... qué hace? Vamos, suélteme... señor... ¡señor, suélteme!

Rodríguez quería cerrar los ojos. Intuía lo que iba a pasar. *Sabía* lo que iba a pasar. Lo veía en los ojos acuosos y muertos de toda aquella gente. Pero aún no era capaz de reaccionar.

—*¡Suéltameeeeeee!*

Cuando el hombre que tenía cogida la pierna de su ayudante hundió sus dientes en ella, éste gritó. Y todavía gritaba cuando el que había atendido hundió su cara en la curva de su cuello y permaneció allí entre borbotones horribles y continuados.

IV

Nadie sabía cómo había empezado todo exactamente. El mundo se había desestabilizado mucho antes de que ningún científico hubiese podido dar alguna explicación, teoría o hipótesis. Ningún programa de televisión aguantó el tiempo suficiente como para teorizar sobre el problema. Al principio podías verlo en la televisión. Hablaban sobre ello... muy poco al principio, pero luego cada vez más; en la televisión basura de la noche, en los programas nocturnos líderes de audiencia, hasta que ya no se hablaba de otra cosa y la *noticia del año* lo inundaba todo. En el programa *TNT* salieron las primeras imágenes —que Susana recordase— y se pronunciaron por primera vez las palabras "muertos vivientes". Pero por entonces todo el asunto no era muy diferente de los ovnis o las caras de Bélmez, y aún podías sonreír con autosuficiencia y sentirte alejado de todas esas patrañas, aun cuando emitían cantidades ingentes de imágenes horrorosas de gente enloquecida atacando a otros seres humanos en el telediario de la dos, y luego ya no echaban los documentales, sino que seguían hablando sobre los incidentes. Entonces te preocupabas, sí. Incidentes bastante extraños en un tanatorio en Madrid..., en un hospital de Zaragoza, en Huelva. En todas partes. En un hospital, en cinco. Un accidente múltiple de tráfico que acaba en una carnicería cuando uno de los accidentados ataca violentamente a uno de los chicos del 061 y le arranca limpiamente un pedazo de cuello con los dientes. Un suicida que cae estrepitosamente desde la terraza de un duodécimo, y empieza a sacudirse dentro de su bolsa dieciséis minutos después de que el juez hubiese levantado acta. Pero después de algunos días, sabías que la cosa estaba realmente mal porque lo veías en las calles. Una ambulancia estrellada y abandonada en una concurrida avenida, o un policía que te desvía cuando vuelves de Cártama porque, al parecer, algunos vándalos están causando problemas en el Cementerio de San Miguel. Pero sabías que no eran vándalos. Lo veías en sus caras.

El mazazo psicológico del concepto de que los muertos habían vuelto a la vida se aceptó bastante rápidamente una vez que todas las televisiones empezaron a emitir boletines de emergencia las veinticuatro horas. Para entonces, las ciudades estaban ya sumidas en un cierto desorden debido al hecho de que cada persona que moría regresaba a la vida entre hora y media y dos horas después. Los cementerios, hospitales, iglesias... y el sótano oscuro y húmedo de algún geriátrico, fueron controlados tan rápidamente como fue posible, aunque para entonces ya se habían registrado numerosos problemas.

Resultó que Málaga ocultaba cadáveres donde menos se esperaba. Un día cualquiera de octubre, la gasolinera Calypso, en Mijas Costa, fue escenario de un macabro espectáculo de canibalismo e infección en masa cuando no menos de siete cadáveres abandonaron la cámara frigorífica de un negocio tapadera de restauración, regentado por un holandés metido en la mafia de compra-venta de armas. Los siete cadáveres irrumpieron a la luz del sol a las once cuarenta y cinco del lunes, degollaron a una norcoreana de diecinueve años llamada Yhin Un y arremetieron contra el interior de la gasolinera acabando con la vida de los tres ingleses, cuatro suecos y dos españoles que hacían sus compras en ese momento. A la una y veinte, una espasmódica horda de caminantes bloqueaba la nacional 340 causando accidentes y atropellos. A las tres y cuarto, doce muertos vivientes vestidos con monos de trabajo de Mudanzas Gaspar masticaban con lenta fruición el cuerpo sin vida de una anciana aquejada de osteoporosis en un chalet de la zona.

Cuando las escenas como ésta se repetían en diversos puntos de una misma ciudad, las comunicaciones por móvil se resentían bastante. Después de algunas horas, era incluso imposible comunicar por teléfono fijo. Una locución automática informaba de saturación en la red. "Vuelva a llamar más tarde". Echar un vistazo a la CNN por Internet para ver cómo estaba afectado el resto del mundo se convertía en una auténtica utopía.

Susana vivía en un bloque de ladrillo visto en frente del polideportivo de Carranque, a seiscientos metros del Hospital Carlos Haya. El día que se desató la locura, la zona fue inmediatamente impactada por el caos. Empezó en torno a las diez y media, cuando Susana volvía de comprar algunas cosas del supermercado. Una ambulancia se había detenido en la rampa de entrada a la zona de urgencias, y dos policías uniformados se llevaban a un hombre que luchaba por desasirse con inusitada energía. Había sangre en su rostro y en sus puños crispados, y la muchedumbre empezaba a arremolinarse a su alrededor.

—Venía en la ambulancia... —comentaba una señora al grupo que la rodeaba. Justo entonces, un enfermero salió de la puerta de urgencias y corrió hacia los policías, gritándoles algo que Susana, por estar en la acera de enfrente, no pudo entender. Los policías se miraron, confundidos, luchando con visible esfuerzo por mantener sujeto al convulso detenido. Por fin, con algo de ayuda de un par de transeúntes, metieron al detenido en la parte de atrás del coche policial y, tras asegurar la puerta, siguieron al enfermero corriendo hacia el interior del centro sanitario.

Pero casi todo el mundo seguía observando, en silencio, el coche de policía. Se sacudía con una violencia intimidatoria ante los persistentes embates de su pasajero. Desde la distancia, Susana podía ver una tormenta de brazos y piernas arremetiendo sin sentido contra paredes y cristales, mientras el coche se bamboleaba de izquierda a derecha, de adelante a atrás.

Y entonces, se escuchó un fuerte y seco petardazo que levantó ecos entre las

torres de edificios.

Llevándose una mano al pecho, una señora dio un grito ahogado que fue seguido de un intenso silencio, solamente interrumpido por las arremetidas del preso en el interior del coche de policía. Cuando todas las cabezas se hubieron vuelto ya hacia la fuente de sonido, el edificio del hospital, empezó a llegar un sordo rumor *in crescendo*, una *algarabía* bulliciosa de voces y gritos mezclada con una nueva serie de petardazos en cadena. Fue entonces cuando Susana comprendió de qué se trataba. Eran disparos.

Algunos de los curiosos trastabillaron, retrocediendo sin mirar atrás mientras un grupo numeroso de personas salía atropelladamente del hospital. Había angustia y terror en aquellas caras. Fue entonces cuando Susana sintió una oleada de pánico; una sensación sobrecogedora que nacía de algún punto indeterminado cerca de su estómago y subía como un manantial hirviente hacia la base del cerebro, donde explotaba como una escalofriante alarma. "Está pasando", pensó, "está pasando aquí y ahora. Realmente está pasando aquí en-este-mismo-momento". Lo había visto en televisión, lo habían comentado en la cafetería, y en la sala de espera del Centro de Salud, pero ahora estaba ahí mismo. Aquello que estaba pasando, estaba ahí mismo, y la había sorprendido con dos bolsas de plástico azul y blanco en las manos.

Sintió el irrefrenable impulso de correr; correr muy lejos de allí. Si conseguía doblar la esquina, no tendría que ver nada de aquello. Si conseguía doblar la esquina tan sólo, el hospital desaparecería de su vista y podría volver a su casa. Pasaría la mañana trabajando con el ordenador, y todo pasaría. Después de comer, todo habría pasado.

Pero cuando dobló la esquina mezclada con la gente que corría en ambas direcciones a través del tráfico detenido, supo que algo estaba cambiando para siempre. Lo olió en el aire. Lo vio escrito en las caras de la gente. Lo notaba en su propia piel. Anduvo con celeridad hasta el portal y se encerró en la seguridad de su hogar. Allí bebió dos grandes vasos de agua y se llevó un tercero al gran ventanal del salón, que daba a una ancha avenida de cuatro carriles con el polideportivo al otro lado. Desde allí, la perspectiva era un poco mejor. La gente, o bien corría, o bien permanecía quieta formando grupos donde intercambiaban comentarios y señalaban en varias direcciones haciendo grandes aspavientos con las manos. Los coches formaban un gran atasco, y muchos de los conductores se habían bajado para otear en la distancia. Muchos señalaban en dirección al hospital.

Aproximadamente una hora y treinta minutos más tarde, llegaron dos coches patrulla. Uno de ellos estaba abollado y tenía uno de los laterales completamente raspado. Avanzaban lentamente por la acera, ya que los cuatro grandes carriles estaban colapsados, a medida que los curiosos se apartaban. Los cuatro policías se apearon y se perdieron tras la esquina, en dirección al hospital. Allí a lo lejos, Susana escuchaba sirenas, disparos, y un tropel ensordecedor de gritos y voces.

Esa escena se prolongó con pocas variantes durante cinco horas más. En todo

ese tiempo, el atasco de tráfico se resolvió a duras penas, aunque casi no pasaban coches. Muchos de los conductores habían ido subiendo sus vehículos a la acera y se habían ido andando, pero al final de la calle, cerca del hospital, Susana aún distinguía muchos vehículos en caravana, con las puertas abiertas pero vacíos. Para entonces, apenas había curiosos andando por las aceras.

Durante toda esa noche, a lo lejos, una ocasional columnata de humo negro, el resplandor de un fuego o el constante ir y venir de las sirenas denunciaban que Málaga soportaba una lenta agonía. Cuando volvió a asomarse al ventanal, observó que sus vecinos también miraban desde las ventanas, y en los pisos, las vecinas comentaban con la puerta entreabierta, como preparadas para encerrarse en la seguridad de sus casas. Pero nadie bajaba a la calle, si podían evitarlo. En esas conversaciones veladas llenas de rumores y habladurías, pudo enterarse Susana de algunas cosas. Se decía que la zona del hospital era una auténtica locura. Había policías, heridos y unos grandes camiones donde metían a los violentos. También habían cerrado el tráfico y acordonado el edificio.

La televisión tampoco era de mucha ayuda. En La Primera, se hablaba de una oleada de violencia a nivel internacional. Escenas de incendios, tumultos y ataques estremecedores saltaban en la pantalla en una impactante sucesión. En Madrid, en Barcelona... pero también en Beirut, en Londres, en Libia. En una de las escenas, un agente uniformado disparaba a bocajarro sobre otro agente con la camisa desgarrada. En Canal Sur 2, la inesperada visión de unos dibujos animados la hizo pestañear unos momentos intentado comprender. Luego cambió... Antena 3, Telecinco... Canal Sur. En todos los canales se hablaba en términos de ataques irracionales, situación de caos generalizada, incontrolable ola de terror.

Susana observó las imágenes durante veinte minutos, incapaz de reaccionar. Luego, apagó el viejo televisor con un movimiento brusco y paseó durante un largo rato por la casa.

Más tarde, ese mismo día, llegaron los cortes de luz.

Al principio el fluido eléctrico iba y venía. Algunas zonas estuvieron más afectadas que otras, pero no pasó mucho tiempo hasta que la luz ya no volvió. Para entonces, ya nadie iba a sus respectivos trabajos. Las carreteras estaban vacías y el aire nocturno traía ruidos extraños que parecían no venir de ningún lado. Eso hizo la nueva realidad mucho más difícil para todos porque nadie sabía qué hacer o cómo afrontar la situación. Susana había visto partir a casi todo el mundo. La noche anterior, sin ir más lejos, dos familias salieron corriendo muy apresuradamente por la ancha avenida, y al fin desaparecieron por la rampa del garaje portando voluminosas maletas. A dónde iban nadie se lo dijo. Pero ella se quedó en su casa. Estuvo doblando ropa de verano y guardándola primorosamente en sus fundas nuevas hasta que se hizo demasiado oscuro para ver nada. De tanto en tanto, se asomaba a la terraza a mirar a lo lejos. Era inquietante ver cuán silenciosa se había quedado la avenida que se extendía ante sus ojos. El quiosco de abajo permanecía

cerrado, lo que le causaba un gran desasosiego porque no era miércoles. Nadie paseaba por las anchas aceras, y Susana tenía la terrible sensación de que todo el mundo se había marchado ya. De que todo el mundo estaba en otro lado, menos ella, y de que la ciudad se la tragaría si no hacía algo pronto.

Pero Susana aún no había querido hacer frente al problema. Aún descolgaba el teléfono a cada poco, confiando poder hablar con alguien en cuanto los técnicos de Telefónica solucionasen la avería. En el surrealismo de la escena, el monocorde y desacelerado mensaje de "vuelva a llamar más tarde" se había convertido en una promesa de futuro, y Susana llamaba y llamaba. Se quedó dormida a las seis y media de la madrugada, envuelta en procelosos sueños. A las diez y cuarto, una fea pesadilla la despertó con un sobresalto. Se levantó a beber agua, pero descubrió con desasosiego que el grifo ya no daba nada. Pasó el resto del día intentando obtener señal del teléfono. Nadie la invitaba ya a llamar más tarde.

Al final de la tarde, cuando la oscuridad devoraba ya el cielo por el este, los vio por fin. Aparecieron por la esquina que llevaba al hospital. Uno llevaba puesta una bata blanca de personal. El otro era grande y musculoso, pero se movía como aquejado de dolorosos espasmos. Los dos iban juntos, avanzando despacio por entre el tráfico detenido. Cruzaron la calle con desmañadas maneras, despacio, arrastrando los pies con exasperante parsimonia, y desaparecieron al fin tras la esquina del bloque de edificios del otro lado. Susana los observó con incrédula fascinación. Eran *esas cosas*. Eran *esos* de la televisión. Eran gente muerta, o eso pensaba. Cosas muertas. Muertos vivientes. Ahora los había visto. Estaban ahí abajo. Ésa era la razón por la que toda la avenida estaba llena de coches abandonados. Era la razón por la que todo había dejado de funcionar. Por la que no había agua. La razón por la que sus sueños estaban plagados de garras húmedas cuajadas de sangre.

Cuando pasaban las diez, unos golpes sordos en la puerta la sacaron de su ensimismamiento. Susana corrió a abrir, como si al otro lado estuviese por fin la solución a toda aquella situación inconcebible. Pero la cara lánguida y pálida de su vecina, que la esperaba envuelta en un chal color crema, volvió a desanimarla.

—Sigue usted aquí... —comentó la vecina con tono neutro. Susana no sabía si era una pregunta o una afirmación. El pelo aplastado sobre la frente y el tizne negro en la cara le daban un aspecto desaliñado. Los ojos, espantados, denunciaban que, de alguna manera, había transgredido hacía algún tiempo los límites de su capacidad para adaptarse a las nuevas circunstancias.

—Sí.

Se miraron durante algunos momentos, incómodas, en el rellano de la planta.

—¿No quiere usted venirse? —preguntó la vecina al fin como si acabara de pensar en ello—. Nosotros nos vamos. Nos vamos a ir.

—¿A dónde se van? —preguntó Susana, dubitativa.

—Pues... a otra parte. Con el coche... a algún sitio donde haya gente. Aquí no hay luz, no hay agua...

Pero en ese instante, Susana *supo*. La certeza de que irse a cualquier otra parte era tan inútil como cortar el agua con un cuchillo se hizo tan evidente que su comprensión casi encajó en su mente con un sonoro *clic*. Negó con la cabeza lentamente, y algo en su gesto hizo comprender a su vecina la verdad de esa negación. Retrocedió dos pasos, mirándola con ojos mortecinos, y desapareció por el pasillo sin decir nada más.

V

Al amanecer del séptimo día las cosas habían empeorado bastante. El cuarto de baño despedía un consistente hedor a heces y orina, tan penetrante que cuando abría la puerta sentía náuseas. Tuvo que recurrir a un trapo impregnado de alcohol para poder seguir utilizándolo. En la cocina, las provisiones se habían terminado. Los platos se apilaban en hilera sobre la encimera y la pila. Las reservas de velas se habían acabado, y la cera consumida se había rebañado de los ceniceros en un magro intento de reutilizarla.

Susana miró fuera, a la calle. Aún se escuchaba un incesante rumor plano, mezcla de voces, algunos chillidos agudos, y un lejano y sordo retumbar, como de maquinaria pesada. Pero con la excepción de algún coche que pasaba prudente con rumbo desconocido, la calle permanecía muda y queda.

Se sentó en el sofá, enfrentándose al hecho de que tenía que bajar a la calle. Tenía sed. Se había bebido todos los zumos, el almíbar maravilloso de las latas de melocotones, los batidos y toda la leche. Aún tenía gas butano pero no había ya nada que calentar. La pasta, las legumbres, todo el arroz almacenado... se había ido, devorado lentamente en horas y horas de angustiosa espera sin sentido. La última comida había sido ayer por la noche y consistió en una lata insípida de mejillones que tenían el color y el tamaño de un botón de trajecito de comunión.

Se situó en el rellano, frente a la puerta. De repente se le ocurrían dos decenas de razones por las que no abandonar la seguridad de la casa, pero se convenció a sí misma de que era mejor hacerlo pronto, antes de que la debilidad la consumiera. De manera que, con un rápido movimiento, abrió la puerta al fin. La oscuridad del rellano la saludó.

Escudriñó el exterior. Estaba oscuro e inhóspito; no le recordaba al entorno cálido y conocido que había llamado hogar. Volver la cabeza le produjo la misma sensación desapacible: de repente se dio cuenta de que su casa era una boca oscura, un pozo que le era extraño. Así que, animada por esa nueva sensación, comenzó a bajar las escaleras. Un escalón con paso dubitativo, luego dos... y al momento estaba trotando hacia abajo, hasta que salió por fin al exterior.

Respiró el aire fresco de octubre. El cielo era un paisaje hermoso de grises y azules, colmado de detalles y volúmenes. A lo lejos, los primeros rayos de sol arrancaban estrías anaranjadas entre las nubes plomizas. Desde el nivel de la calle, Susana pudo contemplar el espectáculo que había estado observando desde los ventanales de su casa en toda su magnitud. Recordaba a una escena sacada de una

película catastrofista: coches abandonados en los cuatro carriles, sobre la mediana, sobre la acera, incluso con las puertas abiertas; periódicos y papeles arrastrados por el viento, un carrito de supermercado abatido sobre lo que parecía ser un fardo de ropa. Mirando a la derecha, a lo lejos, Susana vio un enorme tráiler detenido en mitad de la enorme rotonda. Y por encima de los edificios que tenía alrededor, el aire estaba viciado, como si el viento arrastrase pesarosamente las últimas trazas de un incendio ya extinguido.

Se dirigió despacio hacia el norte, procurando no acercarse a ninguno de los coches. No le gustaban; tan abandonados y quietos denunciaban que todo iba mal. Sin embargo, el pequeño paseo estaba discurriendo sin sorpresas, y casi estaba sintiéndose ya mejor cuando, al doblar la esquina, se enfrentó a una escena para la que no estaba preparada.

La zona de acceso del hospital estaba sitiada por una barricada irregular de sacos blancos y marrones. Alrededor había varios camiones que parecían del ejército, de color verde oscuro y con grandes atrios de loneta verde. También había coches de policía, y en uno de ellos aún cimbreaaba, casi extinguida, la luz de la sirena. Alrededor había cajas, montones de sábanas y ropa blanca, un escritorio grande parcialmente destrozado, sillas diversas, y unos estantes grandes, arramblados y amontonados a un lado. Por el suelo, además, había latas, botellas, revistas, cajas de cartón, envases de plástico y otra basura diversa. Y no bien había empezado a asimilar este tremendo batiburrillo, vio también los cadáveres en el suelo. Estaban apilados en un pequeño jardincillo, formando una amalgama horripilante. También había unos cuantos desmadejados en varios otros lugares: junto a la barricada, en las escaleras de acceso, en mitad de la rampa. Uno en particular, no era más que un torso desnudo en mitad de un charco enloquecedor de sangre negra. Para completar la escena, la mayoría de los cristales a lo largo de toda la fachada estaban rotos.

Susana observó los cadáveres con creciente aversión. Sabía ya perfectamente lo que había causado toda aquella situación. Y a estas alturas podía imaginarse por qué el hospital se había convertido en un campo de batalla; allí era donde la gente había ido al sufrir heridas, o cuando empezaban a encontrarse mal. Y allí morían bien por sus heridas o al ser atacados por las *cosas* que ya estaban allí. Pensó en todos los enfermos en sus camas, en el tanatorio, en la sala de autopsias. Tantos cadáveres que de repente volvían a la vida. Y, por ende, tanta gente que, al morir, volvía otra vez a la vida en posición de infectar a otros a su vez...

Sacudió la cabeza, horrorizada, mientras imaginaba los pasillos del hospital infectos de muertos que habían vuelto a la vida. Los muertos visitando las camas donde los enfermos no habían podido escapar o defenderse. Entonces le sobrevino un llanto desgarrador pero silencioso, que ahogó con ambas manos sobre la cara crispada. Lloró por fin, tras una semana de horror mudo, rodeada por los vestigios de la derrota de la lucha por la vida. Y el llanto fue bueno... disolvió en parte un nudo maligno y tumefacto que había germinado dentro de ella a lo largo de todo

aquel periplo. Veinte minutos más tarde, un desecho de cuartilla de papel que el viento hacía volar de un sitio a otro encontró a Susana en el mismo sitio, todavía apoyada contra la pared, con el semblante sereno y demudado, y los ojos ausentes.

VI

Unas semanas antes de que Susana expulsara por fin sus pequeños demonios, un corpulento marroquí de nariz aguileña, una hermosa barba rala y duras facciones caminaba con paso resuelto por la calle Beatas, situada en pleno centro de la ciudad. Era una calle peatonal; lo había sido desde mucho antes de la gran peatonalización, pero a esas horas del atardecer estaba demasiado vacía. Todas las calles estaban vacías porque no corrían buenos tiempos, aunque en la vida de Moses nunca habían soplado vientos distintos.

Desde los catorce años, Moses había navegado tortuosamente por los negros canales de la adicción. Drogas blandas, drogas duras, drogas de diseño. Había tomado caballo, francés, maría, LSD... y había bebido alcohol hasta caer inconsciente prácticamente a diario. La adicción encendía y apagaba su vida como un interruptor. Cuando ésta lo dejaba tranquilo, se ganaba bien la vida *trapicheando*, como todos sus colegas. Y entonces trabajaba duro, sin importarle de qué trabajo se tratase; pero cuando el diente de sierra en su enfermedad estaba abajo, volvía a arruinarlo todo. Pasaba las noches arrastrándose por la calle o dormitando en una esquina llena de orines, envenenado de alucinógenos o alcohol. Y pasaba los amaneceres tiritando, sintiendo que su alma se enfriaba.

Una vez estuvo en *el trullo*, y allí aprendió más de lo que le hubiera gustado saber. Y no todo fue bueno. Los primeros seis meses fueron los más difíciles. No entendía nada: ni el argot de la cárcel, ni los códigos de las relaciones humanas. Tuvo que aprender con quién se podía hablar y con quién no. Aprendió a escuchar hasta diez conversaciones a la vez sin abrir la boca y con cara de jugador de póquer. Pero sobre todo, aprendió quién fingía ser amigo y quién lo era de verdad.

Allí conoció al Cojo.

El Cojo era, sobre todo, un obstinado. La vida insistía en enseñarle toda una completa gama de horribles miserias y él se obcecaba en sonreír, encogerse de hombros y tirar *p'alante*. Y la exposición empezó pronto. Esos mismos devaneos caprichosos habían querido que a los dos años un padre atiborrado de barbitúricos encharcados en alcohol quisiese asfixiarlo. Aún se acordaba de la sofocante y blanda sensación, del calor de su propio aliento en la boca, inútilmente abierta cuanto le era posible. Él no recordaba por qué se detuvo su padre; por qué nunca terminó lo que había empezado. Pero desde aquel día, su madre y él vivieron en otra parte, y ya nunca volvió a verlo o a preguntar por él. Treinta años después, cuando su madre exhalaba el último aliento, miró hacia arriba y musitó: "Hay otro". El Cojo no supo

inmediatamente a qué se refería, pero pensó sobre ello, ya que le parecía que unas palabras pronunciadas mientras se desliza uno en el olvido de la muerte debían ser importantes. Conjeturó que bien podía ser un hermano; la vida de su madre había sido muy desorganizada cuando era joven, pero también podía ser que hubiera otro padre, un padre biológico. No era que le importara mucho; su entorno familiar no le había ayudado a valorar los vínculos de sangre, pero en numerosas ocasiones se sorprendía a sí mismo acariciando la idea de tener un hermano, alguien parecido a él. Alguien que comprendiera la oscuridad inherente a su legado genético, y que tanto le costaba controlar.

—A lo mejor tengo un hermano —le soltó a Moses un día, en el patio de la cárcel—. Por ahí, en alguna parte.

Moses reflexionó sus palabras unos instantes.

—Un hermano es un hermano —contestó al fin—. No te lo pienses y búscalo cuando salgas de aquí. Busca a tu hermano.

El Cojo asintió sin levantar la vista.

—Creo que eso haré.

Permanecieron los dos en silencio un buen rato. El Cojo se entregaba a la dulce ensoñación de pensar por dónde empezaría su búsqueda: las viejas vecinas de su madre, el viejo barrio, los viejos amigos largamente olvidados en los recodos de la vida. Trazaba el primer borrador de un plan y eso le provocaba una cálida sensación interior, y sonreía, sin saberlo, con pequeños ojos ausentes. Moses, en cambio, pensaba en lo mucho que le hubiera gustado tener una familia. Aunque sólo fuera un hermano. Un primo. Alguien.

Algunas semanas más tarde, libre ya de la condena y sentado en un escalón de la calle San Juan a eso de las tres y media de la madrugada, Moses encontró a Jesús en el fondo de una botella de vino barato. Fue en verdad raro porque después de aquella noche Moses no sintió jamás la necesidad de tomar más drogas. Se quitó de encima el mono; se levantó limpio, sintiéndose despejado y bien. Se dijo a sí mismo que por fin había hecho las paces con el Jefe.

Cuando el Cojo salió a su vez de la cárcel, Moses lo esperaba. El ex-presidiario detectó el cambio enseguida: algo en su aspecto prolijo y su sonrisa le traían promesas de futuro. Moses ayudó al Cojo a reengancharse en el tren social: un alquiler, un trabajo, responsabilidades. Le consiguió empleo como vendedor en una conocida tienda de telas, y lo mantuvo alejado de la calle. Era allí donde, arropada por la oscuridad de la noche y evolucionando como fantasmas insípidos e insustanciales, se movía la calaña.

A medida que el Cojo se aclimatava a su nueva existencia, Moses empezó a pensar en la búsqueda del hermano perdido. Rogaba a Dios que existiera, que pudiera encontrarlo, y que fuera un buen modelo para su compañero, alguien que se asegurara de que el Cojo no volvía a planear una bajada por los rápidos de las cloacas de la vida. Tardó muchos meses, pero por fin averiguó que la señora Vaello

había dado a luz dos hijos: Alejandro y Josué Vaello, más conocido como "el Cojo".

Por lo que pudo averiguar, mamá Vaello tuvo a Alejandro cuando ella aún no era mayor de edad. Resultó ser un bebé rollizo y saludable con unos hermosos y redondos ojos azules. Ella era toxicómana y una ruina humana por añadidura, así que sus padres confiaron el pequeño a unos familiares argentinos que quedaron rápidamente prendados. La pareja, que no había podido tener hijos, se lo llevó y cortó lazos. Ella, sin embargo, no lo echó de menos, hasta que muchos años después quedó embarazada de nuevo. El padre no era mal tipo, al menos al principio, pero la llegada del bebé obró un importante cambio en él: se volvió intransigente, malhumorado y egoísta. Cuando él se acercaba al pequeño —lo que por otro lado no ocurría a menudo— a ella le saltaban todas las alarmas. Algo en la manera como él le miraba estaba francamente mal. Lo sentía en la piel, lo sentía en los poros, y una mañana fría de enero, ella se largó.

Cuando miraba a Josué, vestido con esos preciosos trajecitos de hilo blanco que la Iglesia le conseguía, su corazón volvía con persistencia a su hermano, pero Argentina era tan inalcanzable para ella como el satélite marciano Deimos, así que se contentó con cuidar de su hijo todo lo bien que sabía y podía. Su legado genético no era tan bueno como lo había sido el de su hermano, y Josué salió con una deficiencia en el menisco. Su fémur derecho era también más corto que el izquierdo y, como consecuencia de todo eso, Josué había cojeado siempre.

Una vez que hubo averiguado todo eso, habló con el Cojo.

—Tenías tú razón... tienes un hermano —le soltó una noche durante la cena.

El Cojo levantó rápidamente la cabeza y estudió el rostro de su amigo. Sujetaba la cuchara con la que daba buena cuenta de un plato de sopa de ajo.

—¿Has estado... investigando? Moses asintió.

—¿Lo has visto?

—No. Se lo llevaron a Argentina, antes de que tú nacieras.

—¿Cómo se llama?

—Se llama... Alejandro. Aunque quizá sus nuevos padres le cambiaron el nombre. Tu madre nunca le puso el apellido de su padre biológico. Ella era menor de edad por entonces, y tenía problemas con las drogas, problemas económicos... no creo que supiera tampoco quién era el padre, así que como tú, se apellidaba Vaello.

El Cojo removió, pensativo, los tropezones de pan de su plato de sopa.

—Argentina...

—Estuve buscando por Internet, pero no encontré nada. Vaello es un apellido común. No... no he podido encontrar nada más —musitó. Se había esforzado mucho, había indagado, preguntado a muchísima gente, telefoneado, rebuscado en los registros oficiales de la provincia, pero ahora sentía que tenía, en realidad, muy poco que ofrecer a su amigo en conclusión. Experimentaba una sensación de frustración tan física que notaba cómo le hormigueaban las manos. Por fin, sintiendo que debía añadir algo más, terminó con unas palabras de disculpa.

—Es curioso... —dijo el Cojo después de un rato, ahora sin levantar la vista, mientras sorbía lentamente su sopa.

—¿El qué?

—Tú buscabas a mi hermano, pero en todo este tiempo, yo lo he encontrado.

—¿Qué? —preguntó Moses, sin comprender realmente.

—Me ayudaste en la cárcel y me ayudaste fuera de la cárcel. Me ayudaste a conseguir un empleo. Me diste una nueva vida. Te pasaste meses sin querer apartarte de mí las noches de los fines de semana, para que no sintiera la tentación de volver a la calle de nuevo, ¿crees que no me daba cuenta? Y ahora descubro que te has tirado no sé cuánto tiempo intentando encontrar un hermano para mí...

Moses, callado, escuchaba envuelto en una miríada de sensaciones.

—¿Sabes lo que te digo...? Que quién le necesita. Tú eres mi hermano ahora, tío. Mi familia.

Hubo un pequeño silencio mientras Moses asimilaba todo lo que su amigo le había dicho. El Cojo, por su parte, se concentraba en dar buena cuenta de la sopa, con la cabeza prácticamente metida en el plato.

—Bueno, bueno... —dijo Moses al fin—, no nos chupemos las pollas.

Rieron de buena gana durante un buen rato, y después rieron otra vez. Sentados en la pequeña cocina, vagamente iluminada por un destartado y amarillento neón en el techo, ambos experimentaron una alegría interior que era del todo desconocida para ambos: era el calor invisible y embriagador de la familia.

El día en el que el Infierno cerró sus puertas y dejó de aceptar más huéspedes, Moses andaba trapicheando en el rastro. Conseguía y vendía *cosas*, la mayor parte de las veces cosas que la gente ya no quería: cachivaches y pequeños electrodomésticos cogidos de la basura que luego arreglaba, pero también revistas, objetos de decoración, muebles y, a decir verdad, cualquier cosa susceptible de ser encontrada y que pudiese despertar el interés adquisitivo de alguien. Tenía un apaño bastante bueno con el chaval de la camioneta de los Servicios Operativos del Ayuntamiento de Mijas, y cuando había cosas interesantes para recoger, le llamaba. Era inaudito lo que la gente tiraba a la calle en urbanizaciones de alto *standing* como las de Calahonda, Elviria o Cabopino. Desde ordenadores y periféricos informáticos en buen estado hasta frigoríficos en perfectas condiciones pasando por mobiliarios de alta gama completos.

—Por lo que unos tiran otros suspiran —decía Moses cuando las piezas eran buenas.

Aquel soleado domingo de septiembre las cosas habían ido complicándose desde primera hora. Los coches de la policía local, la municipal y la benemérita pasaban de un lado a otro continuamente con las sirenas puestas, y hacía rato que las dos parejas encargadas de velar por la seguridad habían sido convocadas en alguna otra parte. También pasaron ambulancias y un coche de bomberos.

—¿Qué pasa hoy? —preguntó el africano que atendía el puesto continuo al de

Moses.

—Ni idea... —contestó éste con los ojos entornados, como hacía siempre que pensaba en algo.

—¿Todo el mundo loco hoy, amigo?

—El mundo está loco siempre...

Moses siguió colocando las cajas con la mercancía.

—Esta mañana yo escuchado un problema, ¿tú sabe? —continuó diciendo el africano.

—¿Qué problema? —Moses seguía colocando las cajas, sin mirarle.

—En Madrid, en Madrid un *poblema grande*. Un persona, mucha persona *hase* una ataque a... *edifisio* que muere persona, ¿tú sabe?

—¿Hospital?, ¿un hospital?

—Nono... no hospital, si tú muere, tú va de hospital a ese sitio...

—Un... ¿tanatorio?, ¿un depósito de cadáveres?

—¡Sí, amigo!, un depósito cadávere... *esse* sitio. Lo atacaron... lo atacaron de vera... yo vi en la tele hoy *tempano*, sí... ¡Un cosa increíble!

—Tenía la mirada ausente, como recordando las imágenes que había visto en la televisión. Por fin, sacudió la cabeza y dijo unas palabras en portugués, como para sí—: *A ruina de uma nação...*

Moses pensó brevemente en lo que el africano acababa de decirle.

—¿Y para qué coño querría alguien atacar un depósito de cadáveres?

—Yo no sabe, ¿sí?, pero muy *muuuuy* muy violento, amigo, muy fuerza que atacaba a la *pulisía*, a todo a todo... y entonse se corta, ¿sí?, la tele es cortado de pronto... y luego sale una mujer que habla en *outro* lado y ya no se ve como atacaron, y esto muy raro, yo pienso, que muy raro porque *siempe siempe* televisión pone toda imágenes más violento, y más fuerte, ¿sí? ¿Y este ahora que hoy no pulisía aquí? ¿Hoy? ¿Ahora? Este muy raro, muy raro...

Moses sintió un deje de inquietud. Miró alrededor. A decir verdad, ¿no había poca gente? Estudió los rostros de las personas que andaban de puesto en puesto, cogiendo alguna cosa, mirándola con cierto interés, y volviéndola a dejar. Había una pareja de adolescentes que bromeaban con una especie de corazón de peluche de color rojo brillante. El sol se filtraba por entre las ramas de los árboles y arrancaba preciosos destellos en el cabello de ella. Sonreían, y sus ojos brillaban con la ilusión del primer amor. Esa imagen le convenció de que no pasaba nada, de que era domingo, de que el día era precioso y largo aún, de que la vida era maravillosa, y de que todo andaba por fin bien.

Unas horas más tarde, Moses volvía a casa en la vieja furgoneta Renault. Las ventas habían ido regular, peor de lo esperado, pero sería suficiente para pasar la semana. Además podría pasarse por los recreativos a ver si Paco, el encargado, querría pagarle una tarde o dos; todo dependería de la cartelera de cine. Con eso debería alcanzarle para llegar al próximo domingo.

Aparcó y subió al pequeño ático donde vivía con el Cojo. Encontró a éste enganchado al pequeño televisor rojo de 14 pulgadas que habían conseguido hacía ya algunos meses.

—Buenas... ya estoy aquí —dijo, dejándose caer en una butaca. El Cojo se dio la vuelta, como reparando por primera vez en su presencia.

—Joder, Mo... tío, no sabes lo que está pasando.

Solamente esas palabras despertaron una profunda inquietud en Moses. Llegó rápida, como una bala certera, acompañada de una sirena que ululaba como un demonio. En el fondo, había estado sintiéndolo toda la mañana, lo sentía en las vísceras, lo sentía en la base de la nuca. Era un sexto sentido que había ido forjando a lo largo de su vida, y era un sexto sentido en el que confiaba. Y Dios, cómo *chillaba* aquel apacible domingo. Chillaba que algo iba tan mal que más le valía coger un par de calzoncillos limpios y saltar fuera del puñetero planeta. Se agarró con fuerza a los brazos de la butaca y consideró salir corriendo. No quería escucharlo. No quería escucharlo de la boca del Cojo. No quería que nada cambiase.

El Cojo lo miró con los ojos bien abiertos. No recordaba haber visto esa expresión en su rostro jamás. "Jesús", pensó, "parece una versión sin afeitar del grito de Munch". Luego refuló en la butaca como el que espera que le caiga encima una bomba. "Ahí viene. Me lo va a soltar...".

—Hay gente muerta que está volviendo a la vida.

Boom.

VII

Sumido en el silencio total de la pequeña oficina de la tercera planta, Antonio Rodríguez escuchaba.

Le latían las sienes. Sentía las rápidas pulsaciones, el corazón y la respiración todavía acelerados. Permanecía agachado tras una mesa de despacho, sintiendo el tacto rasposo de la vieja moqueta en la mano. En la otra mano llevaba los restos de un viejo flexo de hierro. Lo había estado utilizando para golpear a gente. A pacientes del hospital.

Hacía ya un par de horas que estaba todo en silencio. Los gritos y los ruidos dejaron de escucharse y, sin embargo, el puño se cerraba sobre el flexo tan fuertemente que los nudillos estaban blancos. Su mente se repartía entre la tarea de escuchar y la de repasar las últimas horas. Las imágenes se repetían en su cerebro con contundentes mazazos. Intentaba apartarlas, pero era inútil.

Sacudió la cabeza con un pronunciado escalofrío y miró su muñeca desnuda. ¿Qué hora sería? Le parecía que había pasado una eternidad desde que empezó todo, y sin embargo, esa misma mañana se había regalado con la deliciosa rutina del desayuno: nube doble y catalana. Apenas dos horas más tarde había golpeado a un grupo de inmigrantes que estaban... estaban muertos. Estaban muertos pero habían arrancado un trozo de carne del cuello de su ayudante, y después se habían lanzado a por él también. Antonio había cogido entonces un flexo de la mesa y le había propinado un sonoro golpetazo al agresor. Un coágulo de sangre negra y espesa había salido volando por mor del contundente impacto, pero el agresor no reaccionó ni en un sentido ni en otro, siguió avanzando con una horrible mueca dibujada en el rostro. Antonio golpeó otra vez, y otra, con desmedida violencia. Se recordaba chillando mientras lo hacía, aunque entre la bruma blanca del pánico que rodeaba la escena en su cabeza, pensaba en las terribles lesiones craneales que sus golpes podían estar provocando. El agresor, sin embargo, no cejaba, avanzaba con ambos brazos levantados, contraídos en un espasmo. Por fin se escuchó un sonoro crujido. La cabeza del agresor cayó hacia un lado, la mejilla rozando su propio hombro y los ojos acuosos concentrados en él. Antonio detuvo la tormenta de golpes. Aquello no era posible. Le había descoyuntado la cabeza. Tenía que haber caído redondo al suelo. Muerte instantánea. ¿Pero acaso no había estado muerto antes también? Miró a su alrededor. Todos ellos estaban muertos. Lo veía en la mirada furibunda y apagada de sus ojos ausentes, y sin embargo, avanzaban.

Después de aquello, Antonio no recordaba muy bien cómo había sido todo.

Recordaba trozos, escenas inconexas. Se veía a sí mismo buscando el manillar de la puerta y saliendo al pasillo presa del pánico. Ahora creía estar seguro: sí, chillaba todo el tiempo. En su huida se tropezó con Marisa, enfermera asistente de la planta, quien se había llevado un susto tremendo. Miró en la dirección de la que huía Antonio, y vio el grupo de muertos abandonando la Nevera.

Se quedó bloqueada: no dijo ni hizo nada más. Al cruzar las puertas dobles de la sección, Antonio miró hacia atrás y vio a Marisa en el suelo con tres de ellos encima.

Recordaba gritos. Recordaba a los guardias de seguridad intentando detener a los inmigrantes. Recordaba cuerpos caídos. Y, sobre todo, recordaba una sensación de asfixia y de bloqueo cuando, en algún momento, vislumbró una figura conocida al final del corredor. Por allí avanzaban dos figuras con bata blanca. Una era su ayudante; tenía la bata ensangrentada y una monstruosa herida en la zona del cuello, pero caminaba igualmente, la cabeza ladeada y los dientes expuestos en un gesto de rabia contenida. La otra era Marisa. Su cara a medio devorar le perseguiría en sus pesadillas durante todos los días del resto de su vida.

En algún momento se encontró a sí mismo en un ascensor, rumbo a las plantas superiores. Alguien chillaba que la planta baja era un infierno, que era imposible cruzar por allí; otro hablaba de atacantes, y un tercero de una banda de carniceros.

Una vez estuvieron arriba, todos seguían muy nerviosos. Les llegaban gritos aterradores por las escaleras. Doctores, enfermeras y pacientes por igual subían por las mismas trayendo narraciones increíbles. Antonio, pese a tener información de primera mano, no hablaba mucho. Estaba blanco como una pared encalada, y se sorprendió a sí mismo examinando el flexo que sujetaba fuertemente en la mano, como si no comprendiera qué hacía ahí.

Las siguientes horas fueron, con mucho, las peores de su vida. Era indudable que los pisos inferiores eran el escenario de una desquiciante batalla. El eco de las altas escaleras traía toda clase de sonidos espeluznantes. Las mujeres lloraban, arracimadas en una esquina. Algunos encontraban valor dentro de sí mismos y se atrevían a bajar, pero casi ninguno volvía. El doctor Morales sí que volvió, empapado en sangre, pero no consiguió decir nada. Siempre había sido un hombre cabal, entregado a su carrera, autor de varios libros de neurocirugía y cofrade de toda la vida. Pero los que vieron la expresión de horror que traía grabada en sus ojos supieron que jamás volvería a ser el mismo. Le dejaron acuclillado en el suelo, balanceándose sobre sus rodillas con un hilacho de saliva resbalando por la comisura de sus labios.

Por fin aparecieron, subiendo la escalera con terca parsimonia. No eran, sin embargo, los inmigrantes que Rodríguez había visto abajo. Eran pacientes. Eran doctores. Eran agentes de seguridad. Eran visitantes. Eran todos ellos, con las ropas rasgadas, heridas sangrantes, miembros amputados o parcialmente devorados, con las bocas hambrientas. Avanzaban erráticamente, arrastrando las piernas sin vida,

ganando escalón tras escalón ante la mirada enloquecida de los últimos supervivientes del último piso del Hospital Carlos Haya.

Sin embargo, Rodríguez no recordaba gran cosa de lo que había ocurrido después. El pánico se había apoderado de todos. Le parecía que habían corrido por los pasillos hacia el interior de la planta, pero no había allí ninguna salida, sólo habitaciones con pacientes. Había habido llantos y gritos por partes iguales. Algunas de las habitaciones estaban cerradas por dentro. Las puertas de emergencia estaban bloqueadas con una gruesa cadena. Alguien había llamado a los tres ascensores con la esperanza de encontrar ahí una vía de escape, pero en su interior se encontraban más de esas cosas. Sacudidos por terribles espasmos, salieron atropelladamente ante la visión de la carne humana.

Antonio sacudió la cabeza, luchando por reaccionar; se había quedado hipnotizado con la grotesca escena que se desarrollaba ante sus ojos. Un hombre venía corriendo por el pasillo portando una silla y arremetió contra dos de los atacantes con cierto éxito. Entonces se maldijo a sí mismo por su falta de iniciativa, por no tener arrestos para enfrentarse a esos muertos vivientes. Se unió a aquel hombre, golpeando a los atacantes con la barra de metal del flexo. Los atacantes cayeron al suelo, la cabeza hendida por las heridas.

—¡Vamos, VAMOS! —gritó el hombre, embriagado de éxito. En su frente se pronunciaban las venas hinchadas.

La combinación de silla y flexo estaba funcionando muy bien. Las patas de hierro les empujaban y el asiento les mantenía apartados. El flexo, mientras tanto, les castigaba severamente, despegando sangre y esquiras de hueso. Pero ellos siempre volvían a levantarse. Incluso cegados por la abundancia de sangre que manaba de sus heridas, arañaban el aire y propinaban dentelladas donde nada había.

Así, muy pronto el ímpetu fue decayendo. Cada vez costaba más levantar el brazo con el flexo y propinar los contundentes golpes sobre sus enemigos. El hombre de la silla también acusaba el cansancio, y la lenta pero firme convicción de que todo aquello no conducía a nada fue agostando sus ánimos. Los muertos, un vaivén arrítmico de fatalidad, llenaban ahora la escalera.

Por fin, una zarpa contrahecha desgarró la ropa alrededor del hombro, y la silla cayó a un lado. Antonio le miró; su rostro acusaba una mueca de dolor. Tironearon de él, le arrastraron hacia la masa y desapareció entre una tormenta de brazos y dientes. Antonio huyó, cogió su cordura y se fue; corrió por el pasillo como no recordaba haber corrido jamás. Por el camino pisó un cuerpo abatido, pero ni siquiera más tarde pudo recordar si era de alguien vivo o se trataba de un cadáver desmadejado. Se alejó del grupo de atacantes, y pronto se encontró a sí mismo en una pequeña oficina situada al final de la planta. No cerró la puerta, que estaba compuesta por un enorme cristal en su mitad superior, y en cambio decidió esconderse tras la mesa de despacho. Allí permaneció bastantes horas mientras todo ocurría: carreras, gritos desgarradores, aullidos, y también otros sonidos cloqueantes

que no pudo identificar. Alguien, una mujer, pedía socorro en una habitación cercana a la suya, pero hasta ese sonido terminó por fin diluyéndose.

VIII

Málaga, como tantas otras ciudades en todo el mundo, sucumbió rápidamente a la catástrofe. Una máxima popular reza que la guerra engendra héroes, pero en aquellos primeros días de infección, los protocolos de prevención y salvamento del Cuerpo Nacional de Policía, las Fuerzas Armadas y de los diferentes servicios de Emergencias y Protección Civil no sirvieron de gran cosa debido, precisamente, a la naturaleza humana.

Cuando los primeros casos brotaron, coparon rápidamente toda la disponibilidad de los Cuerpos de Seguridad. Pese a que había, naturalmente, protocolos para activar una Defensa NBQ (Nuclear Bacteriológica Química), nadie estaba en realidad preparado para hacer frente a una amenaza como aquélla. Las víctimas se tornaban en atacantes con brutal velocidad; los médicos eran atacados por los pacientes en el interior de las ambulancias, los que eran auxiliados por los bomberos acababan convirtiéndose en una letal amenaza. Y aun peor: el policía que era mordido acababa embistiendo contra su compañero, el hermano asesinaba a su hermana, los hijos a sus padres.

En pocos días, las unidades de salvamento y las Fuerzas de Seguridad habían sido efectivamente reducidas a una presencia testimonial inoperante, y la situación empeoró. Surgió un nuevo y fabuloso enemigo, germinado por una sociedad deshumanizada e instruida en el egoísmo y el materialismo desbordado: el pillaje. Sin nadie que velara por la seguridad ciudadana, las calles se volvieron peligrosas. Los asesinatos proliferaron rápidamente, y eso causaba nuevos e inesperados focos de infección. Cuando empezaron los apagones, las noches se poblaron de disparos, gritos y vehículos que circulaban a alta velocidad provocando graves accidentes. De vez en cuando se declaraban incendios, que muchas veces ardían sin que nadie hiciera gran cosa por acotarlos.

En las calles, se formaron bandas más o menos organizadas. Sin embargo, dichas bandas se creaban sobre la marcha, a menudo por marginados que encontraban una oportunidad para dar rienda suelta a sus instintos cometiendo robos y pillerías allí donde surgía la oportunidad. Nacidas de un anarquismo improvisado, no tardaron mucho en desaparecer, víctimas de sus propias rencillas y de los enfrentamientos con los muertos vivientes.

En medio del caos, un grupo de hermanos de una de las muchas cofradías sacramentales sacaron a uno de sus sagrados titulares de su templo para pasearlo por la calle, rememorando al Cristo de la Epidemia al que se le atribuyó el fin de la

terrible plaga de peste amarilla que diezmó la población malagueña en 1803. Avanzaron algo más de veinte metros, llevando el Cristo sobre sus hombros mientras se entregaban a sus oraciones. La improvisada procesión terminó en desastre cuando los espectros se abalanzaron sobre ellos. La hermosa talla se quebró en dos trozos enormes cuando se precipitó hacia el suelo; la cabeza del Cristo quedó vuelta hacia un lado, testigo silencioso de la abominable escena que tuvo lugar ante su eterna expresión de dolor.

La historia de la Caída de Málaga, como tantas otras ciudades en todo el mundo, no estaría completa sin mencionar a aquéllos que dieron sus vidas por conseguir que otros vivieran. Una madre se entregó voluntariamente a sus perseguidores con el objeto de que su hijo, que había cumplido diez años la semana anterior, ganara un poco de tiempo. Y a poca distancia, un hombre llamado Antonio aguantó las embestidas de los zombis con una gruesa puerta arrancada de sus goznes para que sus vecinos tuvieran tiempo de escapar por la ventana. Todos ellos sabían inequívocamente que sus acciones les condenaban, pero aun así las llevaron a cabo.

El hombre, al fin, fue expulsado de la calle; tuvo que retroceder a vivir de nuevo en las cuevas que eran sus altos edificios.

En Ronda, el acuartelamiento de legionarios "General Gabeiras" contaba con una de las dotaciones más grandes de España, más de dos millares de profesionales. La Legión había promovido siempre el *culto al* combate, minimizando la relevancia de la muerte, el miedo natural a morir. En Madrid, donde empezaban a darse cuenta del terror psicológico que ese enemigo tan inesperado como fantástico estaba ejerciendo, muchos pensaron que semejante adoctrinamiento, la "mística legionaria" simbolizada en el Credo legionario y en las enseñanzas del *Bushido* japonés, serían ideales para controlar la situación. Sin embargo, los legionarios tenían sus propios problemas.

Unos quince minutos después de empezar su turno, un supervisor de tráfico de la línea de cercanías observaba su pantalla. Ninguna de sus compañeras había venido a trabajar aquella mañana, lo que era bastante extraño. Además había un indicador rojo en el enorme tablero digital donde se veía el estado de los trenes y su situación en el esquema topográfico general. El cuadrado rojo indicaba que existían serias dificultades en la red de fibra óptica, y cuando eso ocurría, el sistema estaba programado para efectuar la transferencia de la totalidad del sistema de control a los puestos de mando locales.

Rápidamente, pulsó el botón de llamada de su supervisor. No le gustaba nada la idea de tomar el control sin sus compañeras y, mucho menos, sin su supervisor directo. Llevaba pocos meses trabajando en esa oficina y aún no se encontraba cómodo con el *software* de control. Si algo iba mal, y un tren que debía ir a Córdoba se colaba por la línea hacia la estación de Málaga, sería únicamente su responsabilidad. Y él sabía bien cómo se pagaban tales errores.

Observó el enorme panel de rutas con ceñuda preocupación. La situación global

de las líneas bajo su supervisión era normal, y casi todos los indicadores eran verdes. Eso le tranquilizó un poco. La única situación naranja estaba marcada por un tren que llegaba a la estación de Ronda. Allí debía dejar pasajeros y retirarse por la línea de servicio a una revisión rutinaria semanal. Un segundo tren esperaba en el andén para coger esa misma línea hacia Bobadilla. El operario comprobó que el circuito de la vía de aproximación estaba ocupado, lo que indicaba que el maquinista ya había aceptado la señal a libre y el tren se encontraba en la zona de tránsito. El ordenador había calculado que el tiempo que tardaba el tren en desviarse hacia la línea de servicio era suficiente para darle tiempo al otro tren a llegar hasta ese punto.

Mientras sorbía, preocupado, su café, una señal acústica y unos indicadores luminosos encima del panel de control le avisaron de que, por fin, la transferencia se había efectuado. Su pantalla se activó con una miríada de iconos diferentes, indicándole que tenía el control.

El operario experimentó la transferencia como la caída por una montaña rusa. Su *punto de estrés*, como él lo llamaba, y que resultaba ser un lugar indeterminado entre el centro de su pecho y la boca del estómago, empezó a pulsar con una asfixiante sensación de quemazón. Pulsó de nuevo el botón de llamada de su supervisor, cuatro, cinco, nueve veces.

Sin embargo, desechó su angustia con un rápido movimiento de cabeza. Había varias cosas que debía hacer urgentemente; después podría mirarse el ombligo.

Antes de transferir el control, el ordenador había creado rutas válidas para los dos trenes circulando por la misma vía. En una situación de control manual, todas las situaciones naranja debían cancelarse; todos los estados, ponerse en "Stop" y resolverse uno por uno. Pulsó simultáneamente el botón de origen de ruta del tren que llegaba y el botón de destrucción de urgencia, y la ruta hacia el depósito se canceló. Estaba empezando a dar las nuevas órdenes cuando, de repente, el estado de la situación cambió a "Alerta". Un marco de luces en rojo emergencia se encendieron al mismo tiempo a lo largo de todo el panel de información.

El operador pestañeó. Su boca se había secado instantáneamente. No entendía el rojo. No sabía qué pasaba. Por fin, lo vio claro: el tren situado en el andén se movía. Se movía por la vía en ruta de colisión directa con su tren. "Dios... Dios mío no Dios mío no no no...". El jefe de circulación de la estación de Ronda había puesto la señal de salida de la estación en verde en el mismo momento en que él había destruido la ruta. Como la ruta de colisión no estaba creada, el software no le había avisado de que la última operación podía resultar en catástrofe.

Cogió el teléfono y marcó el código directo del jefe de estación que tenía en pantalla. Aún podía detenerlo, tenía que detenerlo. El tren todavía no había cogido velocidad. "Dios mío por favor, Dios mío... no lo permitas..."

Observó la pantalla. "¿Dígame?", dijo el jefe de estación. Los pequeños rectángulos que conformaban los dos trenes se acercaban a gran velocidad. Uno había acelerado a velocidad suficiente, y el otro aún no había llegado a aminorar lo

suficiente. Estaban apenas a un kilómetro de la estación. "¿Dígame?".

—Yo... —dijo, sintiéndose la lengua como una esponja de baño.

En el gran tablero digital, los trenes confluyeron y se quedaron trabados, inmóviles. Un icono con una enorme señal de alerta apareció encima.

El operario colgó. Una lágrima resbalaba por sus mejillas, rojas y calientes.

El choque fue frontal, y tan violento que tres de los vagones quedaron literalmente reducidos a trozos de metal de un tamaño no superior a un pliego de papel. El estruendo del choque rompió numerosos cristales de los edificios circundantes. Éstos cayeron sobre la calle provocando varias víctimas mortales casi inmediatamente. Algunos pedazos de los trenes habían salido despedidos a una velocidad tal que los pasajeros que esperaban en el andén recibieron una lluvia inesperada de hierro retorcido. Un hombre vestido con ropa deportiva y una mochila recibió tanta metralla que cayó desparramado a lo largo de una hilera de sangre de varios metros de longitud. Unos metros más allá, una chica joven, que había permanecido impertérrita ante la súbita explosión de trozos que caían alrededor, se encontró sujetando la mano de su novio cuando pudo recuperarse. Sólo la mano. Otros tuvieron muertes mucho menos prosaicas, y fueron derribados en el acto, víctimas de los proyectiles.

De las doscientas personas que iban en el tren, sobrevivieron casi cuarenta. La mayoría había viajado en los vagones de cola. Muchos estaban heridos de gravedad y otros vivían aún, pero presos en aquella pesadilla metalúrgica. Algunos, sin embargo, pudieron valerse por sí mismos, y aun aturdidos hacían lo que les era posible por ayudar a los demás.

Las autoridades fueron muy veloces. En menos de cuatro minutos, ambulancias, bomberos y policía se encontraban en el lugar. También acudieron numerosos vecinos del pueblo, que llegaron alertados por el estruendo.

Nadie prestó atención cuando los primeros cadáveres volvieron a la vida. Había sangre y miembros amputados por doquier, y aquella visión, unida a los quejumbrosos lamentos apagados que poblaban la zona, ocultaron las enloquecedoras escenas en las que las víctimas se rebelaban contra sus salvadores y los cadáveres que eran retirados en bolsas desaparecían. Durante un tiempo al menos, nadie pudo distinguir el caminar arrastrado de los muertos vivientes del de los heridos que intentaban alejarse tambaleándose.

Un oscuro designio del destino quiso además que uno de los trenes llevara varios vagones de mercancías; y aunque la mayoría eran textiles, los de la cola contenían ácido sulfúrico e hidróxido sódico. Los vagones contenedores aguantaron notablemente bien el choque frontal, y aún resistieron los primeros diez minutos posteriores, pero finalmente se derramaron, se mezclaron y formaron un gran lago ácido que desprendió enormes nubes tóxicas. La nube se propagó, invisible, mecida por una suave brisa otoñal. Provocaba un molesto picor en la garganta que se volvía insoportable a los pocos segundos; luego traía una sensación de quemazón en el

pecho, y en menos de dos minutos hacía arder los pulmones. Los que aspiraban aquel veneno acababan tosiendo sangre, incapaces de hacer otra cosa más que caer retorcidos al suelo. Luego sobrevinía el colapso respiratorio, bien por fallo del pulmón o por la falta de aire al hincharse la garganta y los ganglios.

En menos de media hora, el ochenta por ciento de la población de Ronda había sucumbido. Unas dos horas después, la mayoría volvían a caminar, indolentes a sus pulmones disfuncionales y sus heridas. Dieron buena cuenta de los pocos supervivientes que quedaban.

En La Indiana, una zona alejada unos cinco kilómetros de Ronda donde La Legión española tenía su cuartel general, la noticia fue recibida junto con la orden prioritaria y enérgica de prestar colaboración inmediata y completa. Se fletaron camiones con una dotación total de ochenta efectivos, todos dotados de máscaras y filtros antigás. Los trajes funcionaron, pero los legionarios no estaban preparados para enfrentarse a una horda de zombis y la operación de salvamento se convirtió en una masacre atroz. En el mismo instante en el que uno de los muertos vivientes arrancaba con aire distraído los últimos cincuenta centímetros de intestino de un joven legionario llamado Ramón González, el viento cambió de repente. Comenzó a soplar con ímpetu desde el este, esparciendo la nube tóxica. La muerte llegó al cuartel de la Legión, en forma de picor de garganta, unos cuatro minutos más tarde. Muchos de aquellos jóvenes sobrevivieron al veneno químico, y lograron escapar de las garras de sus compañeros cuando volvieron a abrir sus ojos una vez muertos; vivieron sus propias aventuras viajando hacia el norte intentando sobrevivir a la demencia que había dominado el mundo entero, pero aquél fue el fin del acuartelamiento de Ronda.

A las doce y veinte de la mañana de un jueves, el gobierno declaraba el Estado de Alarma en todo el territorio español, y daba cuenta al Congreso de los Diputados con una reseña recomendando el Estado de Sitio. Fue una formalidad sin mucha repercusión: para entonces, los conductos básicos de comunicación estaban ya seriamente dañados. La nación estaba fragmentada, y moría.

IX

Era un 24 de octubre, y Juan Aranda se enfrentaba al fin del mundo. Tenía veinticinco años, aunque aparentaba ser mucho mayor. La brisa marina hacía tremolar sus cabellos largos y negros, llenos de bucles, y sus ojos grises miraban a algún punto indeterminado del horizonte. La playa se extendía a su alrededor, de arena fría y grisácea como el mismo océano. Las olas rompían bravías contra las rocas y los montones de cañas, y el olor a sal inundaba sus pulmones como un bálsamo tonificante. "Bendito aroma", pensó, "qué lejos del hedor putrefacto del interior". Inspiró largamente, sintiendo que se limpiaba. Las gaviotas planeaban en el cielo plomizo. Juan se preguntó si también ellas podrían verse afectadas, como todas las personas a su alrededor, pero por lo que podía ver, todas ellas se comportaban con normalidad.

Le gustaba la playa, porque nunca había muertos vivientes en la playa. Sentado en su pequeño vehículo, un Honda Foreman de 2005 con tracción a las cuatro ruedas, se preguntó por qué. En la playa avanzaban todavía más lentamente; la arena les hacía tropezar, pero aun así era extraño que nunca hubiese encontrado ninguno, ya que solían estar por todas partes: dentro de todos los edificios, en cada calle, en campo abierto. Entonces se acordó del caminante —así los llamaba— que había encontrado en la enorme cañería que traía las aguas fluviales al mar. Lo encontró una soleada mañana, hacía ya cuatro semanas, enganchado entre un montón de enmarañadas zarzas y arbustos espinosos. Se le había clavado una rama en la zona del bazo que lo mantenía firme en el sitio. Cuando Juan se asomó, la pobre cosa enseñó los dientes y estiró sus brazos como queriendo alcanzarlo; profería gruñidos animalescos y tironeaba, pugnando por avanzar. El cadáver era increíblemente delgado, y de su cráneo raspado sin piel colgaban algunos jirones de cabello blanco. Sus ojos eran dos diminutas canicas blancas, pero llenas de un odio primigenio. Juan lo observó unos instantes y luego se fue. Lo dejó allí, abriendo y cerrando sus dedos crispados en un fútil intento por capturarlo.

Movido por una mórbida curiosidad, Juan arrancó el motor del Foreman y dio la vuelta para echar un vistazo a la tubería de nuevo. ¿Cómo habría afectado el tiempo a aquel cadáver huesudo? Una vez hubo recorrido los cien metros que le separaban del sumidero, se sobresaltó: allí estaba todavía la infeliz criatura, todavía firmemente clavada a la rama, con los punzantes arbustos retorcidos alrededor de su torso y brazos. Miraba hacia arriba, con los ojos abiertos; su boca revelaba un pozo hediondo de tejido necrótico y negruzco. Constituía una escultura horrible, tan

hierática e inmóvil como espeluznante.

Impresionado por la visión, Juan apagó el motor del *quad* y se bajó. Se acercó lentamente, absorto en los abominables detalles. A sus oídos llegaba, lejano, el rumor del mar. Escuchaba también su propia respiración, envuelta en un zumbido apenas audible que impregnaba toda la escena. Bizqueó. Algo en su interior, un instinto primitivo largamente olvidado, parecía avisarle de algo, pero seguía acercándose despacio.

Vete. De aquí.

Observó sus piernas, dobladas en un ángulo imposible. La tela de sus raídos pantalones estaba enganchada aquí y allá por las espinas de las zarzas. Uno de sus pies era apenas un muñón de color parduzco.

Lárgate. Pronto. Ahora.

De repente, el cadáver se sacudió con un espasmo brutal. Juan dio un respingo y cayó hacia atrás, sobre la arena fría. El cadáver giró la cabeza; de su garganta brotaba un estertor arrastrado y ronco. Juan chilló, incapaz de retirar la mirada de las manos que intentaban apresarle. Su mente intentó tranquilizarle: "Está atrapado. Qué susto, joder, qué susto, hijo de puta, grandísimo hijo de puta, pero está arrapado, atrapado como la última vez". Sin embargo, las ramas eran ahora viejas, y estaban completamente secas; ya no poseían la flexibilidad de otrora. Con ojos desorbitados, Juan observó cómo el cadáver se desasía de sus ataduras. Las zarzas se quebraban, las ramas se partían, y la rama que tenía clavada en el bazo se liberó con un sonido acuoso. Sus dientes eran cinceles negruzcos; su boca, una ventosa inmunda. Ya venía a por él.

Juan chilló con toda la intensidad que le permitía el pánico que experimentaba. El cadáver se debatía con tanta violencia que se encontraba literalmente bloqueado. Por fin, consiguió retroceder, ayudándose de sus piernas y brazos para recular. El cadáver de cabellos blancos se servía de sus brazos para arrastrarse por el suelo, ganando terreno con una velocidad pasmosa. Parecía obvio que sus piernas ya no podían sustentarle. Por su parte, en su huida, Juan chocó contra algo y gritó de nuevo con mucha intensidad: era el *quad*.

Por fin pudo incorporarse dando un gran brinco: trepó al asiento del *quad* e intentó arrancarlo rápidamente sin perder de vista al cadáver.

—¡HIJO DE PUTA! —gritaba, mientras hacía girar la llave de contacto, todavía sin éxito. El cadáver seguía avanzando. Su boca se abría y cerraba como la de un pez imposible—. ¡QUE TE FOLLEN, MAMÓN, QUE TE JODAN!

Por fin consiguió girar la llave y meter la marcha correctamente, y el maravilloso sonido del motor le llenó de alegría. Aceleró apresuradamente a la par que el horrible cadáver lanzaba una mano hacia el vehículo, y éste salió con una fuerza endiablada hacia delante. Juan reía mientras el Foreman evolucionaba con un rugido por la arena de la playa.

—¡CABRÓN ASQUEROSO DE MIERDA! ¡QUE TE JODAN, CABRÓN,

CABRÓN MÁS QUE CABRÓN!

Miró hacia atrás, henchido de alivio y respirando aceleradamente. Dedicó una última mirada al cadáver, quien se ayudaba de los brazos para levantar el torso hacia él: los dientes apretados y los ojos blancos, pequeños y redondos como pequeñas canicas.

Una vez que hubo puesto suficiente playa entre él y el cadáver, dejó que el *quad* entrara de nuevo en letargo. "Tranquilízate, corazón", pensó, llevándose una mano al pecho. Juan había pasado un auténtico calvario desde que empezó todo. Había enterrado a sus hermanos y había dejado a sus padres convertidos en caminantes en algún lugar del Rincón de la Victoria, pero nunca se había llevado un susto tan grande como aquél. ¿Cómo era posible?, se preguntaba, enfadado consigo mismo por no haber pensado en ese asunto antes. ¿Qué demonios les sostenía? Habían pasado por lo menos tres meses desde que los muertos comenzaron a caminar por la faz de la Tierra, y todavía aguantaban. De alguna forma, siempre había pensado que los caminantes se alimentaban unos de otros, pues no en pocas ocasiones se había encontrado cadáveres parcialmente devorados, con el torso hueco o la cabeza desparramada por la acera de alguna calle. Sin embargo, aquel cadáver no había podido alimentarse de forma alguna en aquel túnel. Seguramente la falta de alimento era lo que había provocado que entrara en una especie de coma hasta que él se acercó, y sin embargo, había vuelto a la vida de nuevo. ¿Cuánto tiempo podía aguantar una persona sin alimentarse antes de desfallecer por la falta de nutrientes y de agua? No mucho más de una semana, suponía. ¿Por qué esas cosas eran diferentes?, ¿sus organismos no necesitaban aminoácidos y ácidos grasos esenciales como los vivos?

Había muchas cosas que no comprendía acerca de los caminantes. Para empezar, no sabía por qué todos los cadáveres habían vuelto a la vida. Fue de repente, como si alguien allá en los cielos pulsara un interruptor. El Día del Juicio Final, pero sin trompetas ni fanfarrias. Como en todas aquellas películas de zombis. Desde que se produjo el incidente que trajo a los sepultos a la vida, creía haberlas visto casi todas: las italianas, las americanas y algún bodrio francés insufrible. Buscaba alguna pista que le permitiera comprender la situación, pero no encontró nada. En algunas cintas le echaban la culpa a un fenómeno relacionado con las manchas solares; en otras, a un experimento militar fallido —indefectiblemente americano—, y en no pocas, a algún germen mutado por culpa del efecto invernadero, la pérdida de la capa de ozono o la gripe aviar.

Tampoco terminaba de comprender por qué algunos eran tan lentos y torpes, y otros eran capaces de desarrollar una fuerza sobrehumana. Algunos parecían víctimas de su propio y cruel destino, arrastrando su miserable existencia con parsimonia y visible cansancio; y otros eran poderosas máquinas de aspecto humanoide, capaces de las más asombrosas proezas físicas. Al menos, el viejo mito de la cabeza era cierto: si la cabeza sufría un daño considerable, el cadáver ya no se

levantaba nunca más.

Además, seguramente había una razón determinada por la que no había niños ni ancianos zombies. Juan había visto el proceso que sufría una víctima desde que era atacada hasta que volvía a la vida: un lapso de tiempo en estado de coma sin pulso, que duraba desde pocos minutos a varias horas, y después sobrevinía la reanimación. Cuando la víctima volvía a la vida ya no era más que un depredador integral con un único objetivo: alcanzar y devorar a su presa. Los niños y los ancianos no volvían a la vida, sin embargo. Se quedaban muertos. Y ya que estaba en esa línea de pensamiento, se preguntó a qué se debía esa diferencia de tiempo en el proceso de reanimación; con probabilidad a algún factor determinado que podría explicarse desde el punto de vista médico. Con el ceño fruncido, se dijo a sí mismo que cosas como ésa podrían ser datos significativos que le podrían ayudar en su lucha por la supervivencia. Podrían ayudarlo a vencer a esas cosas.

Sentado en el Foreman cerca de la línea donde rompían las olas, un Juan ensimismado en sus propias ensoñaciones se imaginó rociando un gas sobre la ciudad. Un gas de su propia invención conteniendo el resultado de sus investigaciones y estudios sobre la sangre infectada; un gas que afectaba solamente a los caminantes, y que los volvía a poner de nuevo en su sitio: a bordo de la galera de velas negras que viaja hacia el dulce olvido de la muerte.

X

El periplo de Juan Aranda desde el pueblecito costero del Rincón de la Victoria hasta el centro de Málaga, a unos cuarenta kilómetros de distancia, fue una epopeya que duró varios días. Había comprendido que no quedaba ya absolutamente nadie con vida en la zona, así que una serena noche de luna llena, con un hermoso cielo azulado como testigo, Juan cogió su *quad* Foreman y empezó a conducir en dirección oeste, hacia la ciudad.

Mientras comenzaba su viaje, Juan pensaba en los últimos hombres vivos que había visto en el Rincón. Un grupo de individuos que habían hecho suyas las calles subidos a vehículos con tracción a las cuatro ruedas. Iban armados con cadenas, rifles y una suerte de lanzas que utilizaban para ensartar a los cadáveres desde la bandeja trasera. Juan no se fió de ellos desde el principio; ya conocía las bandas dedicadas al pillaje, así que cuando los vio por primera vez, por sus maneras rudas y su forma violenta de manejarse, supo que no eran gente a la que quisiera exponerse. Por lo tanto, siempre que los oía llegar con sus poderosos motores y sus gritos de *cowboys* empapados en *crack*, trataba de ocultarse y se dedicaba a observarlos.

Eran nueve, todos jóvenes y fuertes. Generalmente iban bebidos, con botellas de vodka o *whisky* en sus manos. Al principio parecían manejarse sorprendentemente bien: No sabía dónde se ocultaban cuando no andaban por ahí revolucionando el motor y embistiendo zombis, pero sabía que disfrutaban volando las tapas de los sesos de los espectros con sus armas automáticas y atropellando sus cuerpos.

Ambos coches estaban dotados de grandes ruedas anchas y superaban con facilidad los bultos de los cuerpos caídos.

La tarde antes de que Juan decidiese intentar llegar a Málaga, el grupo cometió un fatal error. Habían dejado los coches en la acera y se habían encaramado en lo alto de un pequeño taller de reparaciones de una sola planta. Desde allí, se dedicaron a beber alcohol y a pegar tiros a los espectros. Chillaban y reían y arrojaban las botellas vacías contra ellos. Juan los vio llegar, oculto tras la reja metálica de un supermercado al que iba a abastecerse. Le gustaba porque tenía un acceso discreto por la parte de atrás que siempre aseguraba tras irse, así sabía si el lugar había sido violentado y, por lo tanto, infecto por los caminantes.

Fue la primera vez que Juan los vio transformarse.

Fue un proceso paulatino. Al principio, los muertos deambulaban erráticos por la calle, como siempre hacían. Juan los observaba pensativo mientras acababa una bolsa de patatas con jamón desde la seguridad de su escondite. En ocasiones, uno

chocaba contra otro y cambiaban de rumbo. De pronto, alguno se detenía y se quedaba mirando estúpidamente un bajante de una pared o un silencioso aparato de aire acondicionado. Cuando los coches llegaron, Juan observó un cambio en los espectros. Comenzaron a andar un poco más deprisa, inquietos por el ruido. Levantaban las manos erráticamente, y sus bocas muertas se abrían, quizá anticipándose al ataque. Juan vio bajar a los chicos y servirse de los vehículos para trepar al tejado. Para entonces, el ruido de las puertas, sus voces roncas y burlonas y el par de disparos que se produjeron habían provocado una excitación notable en todos los muertos vivientes. Ahora todos se dirigían hacia los coches, algunos torpemente, pero en otros se apreciaba una fuerte crispación. En la hora que los vivos estuvieron entregados a la tarea de beber y disparar, habían llegado multitud de espectros desde las calles adyacentes. Los disparos les excitaban cada vez más. A veces, alguno era alcanzado en la cabeza y se desplomaba, totalmente laxo, al suelo. Pero el sonido violento del disparo les hacía dar un respingo y les enfurecía. El clamor de sus voces guturales alcanzaba cada vez nuevas cotas; levantaban sus manos trocadas en garras muertas hacia ellos y se afanaban, impotentes, en atraparlos.

En aquel momento, Juan sabía que no podía ya intentar salir del supermercado. No le importaba mucho a aquellas alturas. Tenía alimento y bebida suficiente alrededor como para resistir durante meses, y se preguntaba cómo acabaría todo aquello. La calle estaba atestada de espectros encolerizados, y eran *rápidos*. Muy rápidos.

Mientras se entregaba a esas divagaciones, un piloto de uno de los vehículos saltó, despidiendo una pequeña nube de esquirlas de plástico. Juan no supo si aquello marcó un camino para los demás, pero de repente el vehículo se vio atacado por una horda de brazos que asían, desgarraban, golpeaban. El coche empezó a sacudirse con un peligroso vaivén, la placa metálica del techo se combó y la luna delantera explotó.

Los hombres del tejado chillaban y disparaban contra la horda de muertos vivientes, pero si sus disparos tuvieron algún efecto, Aranda no pudo decirlo: eran demasiados como para distinguir si alguno caía contra el suelo. El clamor de los roncacos estertores de la atroz muchedumbre ahogaba las voces de los sitiados.

Hubo más disparos, y más cristales rotos, y justo cuando parecía que el horror ya no podía llegar más allá, uno de los espectros se alzó sobre los demás, triunfante, y se encaramó en el techo abollado del todoterreno. Inmediatamente recibió tres disparos, todos en el pecho, pero aquello no hizo sino arrancar jirones de ropa de su espalda cuando las balas atravesaron su carne muerta y reseca. Juan, sobrecogido por la violencia desmedida de la escena, se aferró con fuerza al estante de las bolsas de patatas hasta que los nudillos se pusieron blancos.

Sucesivos disparos consiguieron su objetivo: el espectro cayó hacia atrás, con los brazos extendidos, y desapareció entre el grupo de atacantes. Sin embargo, una

vez más, el espectro había abierto un camino para el resto, e inmediatamente tres de los zombis saltaron sobre el vehículo con la intención de encaramarse a la cornisa del edificio.

Los hombres hicieron frente al asalto como pudieron. En un momento dado, Aranda se percató de que ya no había más disparos, probablemente porque habían agotado ya toda la munición. Los rechazaban con patadas y a base de golpes de cadenas, si bien éstas no resultaban muy eficaces ya que ese particular enemigo no acusaba el dolor.

Aranda observó con cierta fascinación el rictus de terror que todos los hombres reflejaban en sus rostros. Rostros lívidos y blanquecinos en el atardecer de un día cualquiera, en un pueblecito con varios miles de habitantes, todos ellos muertos vivientes. Era ahora cuando empezaban a ser conscientes de que la situación se les había escapado totalmente de las manos y de que los zombis jamás cejarían en su ataque. No necesitaban descansos, y no pararían para dialogar o permitirles una tregua, o pactar una rendición. Continuarían con tenacidad sobrehumana día y noche, mostrando la misma cólera y la misma furia desmedida en sus intentos por desgarrar la vida fuera de sus cuerpos.

Entonces, un brazo teñido de un púrpura malsano por mor de la muerte consiguió aferrarse al tobillo de uno de ellos. El hombre perdió el equilibrio y cayó de espaldas contra el suelo. Chilló como un cerdo en el matadero, pero no recibió ayuda hasta que fue demasiado tarde: tironearon de él y, antes de que nadie pudiese reaccionar, ya había caído sobre el techo del vehículo. Allí, cuatro figuras encorvadas se abalanzaron sobre él, y hubo gritos, unos gritos tan agudos y estremecedores que Aranda tuvo que taparse los oídos con fuerza para evitar perder el control. Tenía un nudo cogido en el pecho, tan fuerte que creyó por un momento que se partiría en dos.

El resto fue cuestión de tiempo, y Aranda se esforzó por no mirar. De repente hacía un calor tremendo y sudaba copiosamente; las manos le temblaban como si tuvieran vida propia. Los espectros consiguieron, eventualmente, trepar a la parte de arriba formando una columna humana, y Aranda casi pudo ver sus expresiones de cólera y los tendones de sus cuellos, tensos como cables de acero. Los hombres no consiguieron defenderse en absoluto, fueron derribados y sometidos con una rapidez tan pasmosa como atroz. Voló la cascarria de sus vísceras y hasta una pierna cercenada a la altura del muslo; el hueso blanco teñido de sangre despuntando como un cetro tenebroso. La extremidad fue motivo de disputa entre la muchedumbre que esperaba abajo, pero no hubo ninguna dentellada, ningún zombi estaba interesado en comerse la carne, sólo en desgarrar y despedazar.

Aranda había visto otras escenas de horror similares anteriormente, pero aún no había conseguido que no le afectasen. Quizá precisamente por eso seguía vivo: aún le quedaba algo de humanidad.

Los zombis no se tranquilizaron inmediatamente. Aullaban y chillaban como

viejas histéricas, empapados de barbarie. No obstante, se dispersaron, algunos corriendo calle arriba como si hubieran detectado algo en alguna otra parte, otros alejándose en direcciones erráticas, golpeando con sus puños todo lo que encontraban a su paso: vehículos, farolas, buzones de correos, contenedores...

Aranda se recostó, exhausto, en un rincón del supermercado, entre el papel higiénico y el cartón con la silueta de una mujer a tamaño natural que proclamaba "SONRÍE CON TODOS LOS DIENTES". Se hizo un ovillo en el suelo y abrazó sus propias piernas flexionadas sobre el pecho, en clara posición fetal. Le dolían los brazos y las piernas, los músculos agarrotados por la tensión a la que los había sometido. Intentó cerrar los ojos, diciéndose a sí mismo que allí estaba a salvo, pero era muy consciente de que su seguridad en ese momento era sólo aparente y estribaba únicamente en no ser descubierto. Sabía que, si ellos se daban cuenta de que allí dentro había alguien con vida, ya nada les detendría. Ni la reja metálica, ni las puertas de seguridad, ni los cristales antibalas. Mientras sentía que se quedaba dormido, cosa que consiguió únicamente atendiendo a un deseo inconsciente e íntimo de escapar a aquella situación, se dijo a sí mismo que era sólo cuestión de tiempo que aquellas cosas acabaran acorralándolo, como a todos los demás. Tenía que irse, buscar a alguien más. Tenía que localizar a otros supervivientes, organizar un grupo, recibir cada nuevo día con posibilidades controladas de supervivencia.

A la mañana siguiente se despertó, solo y sudoroso, en la densa quietud del supermercado. Un vistazo a la calle le permitió constatar que todo había vuelto a la normalidad. Los coches estaban destrozados, y había sangre y trozos irreconocibles de carne por doquier. Vomitó, sin poder controlarse, las patatas de bolsa que había ingerido el día interior, pero después de sintió un poco mejor. Tenía un único mensaje parpadeando con grandes letras de neón en su mente: no esperaría ni un día más; se iría a Málaga, en busca de la gente. Seguro que allí encontraría más personas vivas, gente organizada que tenía controlada la situación. Tomó algunos víveres, unas botellas de agua, y partió.

Le costaba un enorme esfuerzo avanzar, y cada kilómetro ganado era un logro. La carretera estaba atestada de coches abandonados, colocados en siniestra hilera. Había vehículos volcados, algunos estaban calcinados en su totalidad, y la mayoría estaban siniestrados en mayor o menor medida. Había furgonetas cargadas de maletas cuyo contenido había sido abierto y desparramado por todas partes. Y había cadáveres, cadáveres de verdad, tendidos sobre el suelo, de espaldas y de costado, con los ojos abiertos, fijos para siempre jamás en alguna escena horripilante que se había quedado grabada en sus retinas opacas. También encontró zombis, arrastrando sus pies empolvados entre el cementerio de hierro y cenizas, pero muchos menos de los que había pensado.

El *quad* Foreman demostró ser un valioso aliado, sobre todo por la prodigiosa habilidad de Juan conduciéndolo. Cuando el caos de vehículos hacía imposible continuar de modo alguno, abandonaba la carretera subiendo por algún terraplén de

tierra y avanzaba a buen ritmo campo a través. No había paso demasiado difícil o corte en el terreno demasiado pronunciado, el Foreman sorteaba todos los obstáculos.

Apenas hubo llegado al supermasificado barrio de El Palo, un hervidero humano plagado de altos edificios, Aranda derivó hacia la playa y avanzó por ella tanto como pudo. Mientras conducía, exploró la línea del horizonte; el color del cielo se mezclaba con el color perla del mar, picado con pequeñas crestas de espuma blanca, pero una vez más le entristeció la total ausencia de barcos. Era realmente como si no quedara nadie más, aunque su corazón y su mente le gritaban que eso era imposible.

Entonces el *quad* petardeó, emitió un ruido ronco y se caló, y el silencio cayó sobre la playa como si nunca se hubiese ido.

Instintivamente, Aranda intentó arrancar de nuevo el vehículo. Lo consiguió una vez, pero casi inmediatamente volvió a calarse. Una oleada de ansiedad comenzó a crecer en su interior, tan intensa que experimentó un ligero desvanecimiento. Miró alrededor. Había algunas figuras moviéndose en la distancia, pero como en la playa del Rincón, no había demasiados espectros a la vista.

Miró su preciada máquina, desconcertado, y entonces cayó en la cuenta: la aguja del indicador de gasolina permanecía plana, completamente horizontal, marcando el cero absoluto.

—Idiota... ¡IMBÉCIL! —dijo, sintiendo que su corazón se aceleraba. Se maldijo por no haberse dado cuenta antes—. ¿¡Qué cojones me PASA!?! —gritó, a nadie en particular. Sabía que su supervivencia dependía de la gran autonomía y capacidad de movimiento que el Foreman le brindaba.

Cuando hubo recobrado de nuevo la calma, miró hacia septentrión. El paseo marítimo estaba desierto excepto por un par de esas cosas, y ni siquiera parecían haber reparado en su presencia. Ambas caminaban despacio hacia el este, manteniendo la distancia el uno del otro. Un poco más allá se abría una pequeña calle con hermosos árboles en ambas aceras, umbrosa y oscura, y allí se adivinaba el lento caminar de un grupo más numeroso de zombis. También había un par de coches. Coches, quizá, con gasolina en su interior.

Cambiar de vehículo era impensable, nunca podría manejarse por las calles y superar los obstáculos del camino ni siquiera con un todoterreno decente. Se imaginó a sí mismo utilizando un tubo de goma y extrayendo la gasolina de uno de los vehículos para ponerla después en un bidón de plástico. Cosa de un minuto realmente, pero antes necesitaría localizar un vehículo con la tapa de la gasolina accesible, el proverbial tubo y el clásico bidón, y todo ello sin llamar la atención de los zombis. Nunca funcionaría.

Permaneció unos instantes tratando de decidir cuál sería su primer paso. No se arriesgaría a internarse en esas calles, sabía perfectamente que constituían una trampa mortal. No, necesitaba algo diferente, pensar de otro modo, ver el problema

fuera del cuadro, como le había enseñado su padre. Así que intentó serenarse, respirar normalmente y concentrarse. Extendió las manos hacia abajo y miró alrededor. Detalles, tenía que fijarse en todo, la cosa más pequeña podría ser la clave, la solución al problema. Se fijó en la desvencijada marquesina de un viejo chiringuito abandonado que decía "ESPECIALIDAD EN SANGRÍA"; en una farola caída, apoyada en su extremo más alto contra una ventana abierta formando un ángulo de treinta grados; en los cadáveres desparramados por los rincones, ya secos y reblandecidos por el sol; en un cartel del Gran Circo de Berlín; en la basura que la suave brisa arrastraba sin finalidad de un lado a otro; en las barcas de madera de los pescadores, cuya pintura empezaba a agrietarse y combarse allí donde las estrías habían aparecido... en las barcas...

Se detuvo... y se dio la vuelta con rapidez. Allí estaba la solución: una enorme extensión de libertad donde no había *nada*: el mar.

Había una vieja barca que no tenía mal aspecto del todo, no demasiado grande, y no estaba lejos de la orilla: podría empujarla si encontraba los rodillos. Rodillos y, si la bondadosa hada de la providencia tenía un buen día, puede que consiguiera también un par de remos. Miró hacia el interior y allí, cerca de la barandilla del paseo marítimo, encontró la caseta de pescadores. Incluso desde su posición se podía ver perfectamente que estaba sólidamente cerrada con cadenas y un candado.

Buscó en su mochila y extrajo un pequeño cortafrío; sólo Dios sabía cuántas veces le había encontrado utilidad a aquel prodigioso mecanismo, y cómo se alegraba ahora de haberlo incluido entre su equipo de campaña. Entonces respiró hondo y empezó a caminar despacio hacia la caseta... un paso, otro, cinco, diez... sobre todo no quería atraer la atención de los espectros, eso era lo primordial; pensaba que, con un poco de suerte, podría incluso llegar de vuelta a la barca sin tener a una horda de caminantes intentando despedazarle.

... *diecinueve... veintitrés...*

Los zombis caminaban despacio, la piel de sus cráneos contraída y llena de ampollas por acción de los rayos del sol cayendo implacable sobre sus frentes expuestas, día tras día.

... *treinta y dos... treinta y siete...*

La caseta estaba ya a pocos pasos. Sudaba copiosamente, aunque la brisa era fresca y no hacía demasiado calor.

... *treinta y nueve...*

Uno de los espectros se detuvo, inclinó la cabeza a un lado, como si olfateara el aire. Entonces abrió la boca, replegando sus labios reseco y finos y dejando escapar un coágulo negruzco que cayó pesadamente al suelo con un sonido acuoso.

Aranda se detuvo, sin atreverse siquiera a respirar. Y en ese momento, como en respuesta a su peor pesadilla, se encontró con que el zombi le estaba *mirando*. Fue como si estuviera dentro de una película y hubiera habido un corte: no había visto el movimiento, habían quitado esos fotogramas.

No se dio más tiempo: eliminó la distancia que le separaba del candado de un salto y empezó a aplicar el cortafrío a la pequeña barra del candado. El zombi se lanzó hacia donde estaba él, profiriendo sonidos ásperos que surgían de su garganta. Aquello pareció activar al espectro que caminaba a poca distancia, que se agitó como si lo hubieran atizado con una vara y comenzó a avanzar haciendo grandes aspavientos con las manos.

Aranda apretó con fuerza y el candado cayó silencioso sobre la arena. Tiró de la cadena una y otra vez, pero parecía arrastrarse durante toda una eternidad por las presillas metálicas. Los zombis estaban saltando por encima de la pequeña barandilla que separaba el paseo marítimo de la playa; el segundo de ellos se limitó a girar sobre sus caderas por encima de la baranda, cayendo torpemente de cabeza contra la arena. Se escuchó un crujido similar al de una rama quebradiza tronchándose en la quietud de un bosque. El golpe habría bastado para truncar el cuello a cualquiera, pero el espectro naturalmente volvió a levantarse, la cabeza pegada a los hombros y los ojos cargados de odio.

Con un tirón final, Aranda consiguió quitar la cadena de la puerta. Estaba oscuro y recibió una bocanada de polvo y aire enrarecido cuando asomó la cabeza al interior. Se trataba de un pequeño cuartucho con estantes de metal llenos de utensilios de pesca, redes, salvavidas y botes de lo que parecía ser pintura. Y allí, escrupulosamente recubierto por un plástico de burbujas amarillento, un pequeño motor fueraborda de color negro, con las letras "SEAKING" adornando sus curvas líneas negras, colgaba de un gancho en la pared.

Aranda desgarró el plástico con rapidez y descolgó el motor. Pesaba una tonelada, algo totalmente inesperado, así que estuvo a punto de dejarlo caer contra el suelo. Lo abrazó con las dos manos y lo apretó contra su pecho, curvándose hacia atrás para ayudarse con los lumbares. Era realmente pesado, tanto que le recordó al peso de aquellos grandes sacos de sal que su madre hacía traer a casa para el descalcificador que tenían instalado, así que calculó que el motor debía pesar por lo menos unos cincuenta kilos. Notó también, con amplia satisfacción, el vaivén de la gasolina en su depósito, así que ahí se desvanecía otra preocupación. Sabía, por otro lado, que no podría llegar a tiempo a la barca con ese peso, no antes de que los dos zombis lo alcanzaran, así que, con mucho esfuerzo, volvió a colocarlo sobre el gancho y miró hacia el marco de la puerta. En ese momento, escuchó un golpe sordo contra la pared de la caseta. Ya estaban ahí.

Buscó con la mirada entre las cosas que tenía alrededor, sabía que apenas tenía unos pocos segundos. Al fin, entre unas grandes cajas de herramientas, localizó un martillo que parecía suficientemente grande como para conseguir su propósito. Cogerlo y girarse hacia la puerta fue todo uno, pero ya no le sobró ni un segundo más: allí, ocupando todo el marco, estaba aquel ser repulsivo, vestido aún con una raída chaqueta de color gris oscuro y la cara surcada por innumerables heridas resacas. Unos pocos dientes negros despuntaban en su boca entreabierta.

Tuvo apenas un instante para lamentar cómo había hecho las cosas. Estaba atrapado, encerrado en un lugar estrecho; se había dejado arrinconar como un estúpido. Si el segundo zombi conseguía colarse dentro también, estaba seguro de que no podría conseguirlo. Sin embargo, un impulso visceral, casi primigenio, le movió a precipitarse hacia el espectro y asestarle un contundente golpe con el martillo, justo en la cabeza. El zombi se sacudió como si hubiera recibido una descarga eléctrica y pareció a punto de derrumbarse hacia atrás, víctima de un colapso cerebral, pero cuando tanteaba el aire con sus manos pútridas, trastabilló y recuperó el equilibrio, devolviéndole la mirada con renovada furia. "Se está excitando", pensó Aranda entre la bruma blanca de un terror creciente.

Corrió de nuevo hacia el espectro y lo empujó con toda la fuerza de la que fue capaz. Esta vez sí, el enchaquetado cayó hacia atrás sobre la polvorienta arena de la playa, gruñendo como un viejo oso vapuleado. Aranda salió al exterior, a tiempo de ver cómo el segundo zombi le cogía del brazo. Su rostro era prácticamente cadavérico, y un único ojo velado por una sustancia gris le miraba furibundo. Se deshizo de su presa con un fuerte tirón del brazo y se alejó unos pasos sin perderlos de vista.

Ahora contaba de nuevo con un área de acción lo bastante amplio como para asegurarse una mínima posibilidad de éxito. Llevaba el martillo en la mano, pero notaba el pulso tembloroso: la herramienta se sacudía en su puño cerrado como si tuviera vida propia. Mientras el primer espectro se incorporaba, el tuerto se lanzó hacia él; Aranda lo recibió con una lluvia de martillazos mientras procuraba no dejarse coger. A medida que el cráneo se hundía como un huevo de avestruz podrido, cada golpe que propinaba sonaba aun peor que el anterior. Sin embargo, el espectro no se detenía. A su lado, el enchaquetado se estaba levantando sin flexionar las rodillas, ayudándose de ambas manos. Algún proverbial problema con las articulaciones en las piernas. Si finalmente conseguía incorporarse iba a tener problemas.

Por fin, mirando a su enemigo directamente a su único ojo, se le ocurrió un plan. Levantó el martillo por encima de su cabeza y lo hundió en aquella masa gris bulbosa que le rodeaba la cuenca ocular. El espectro no acusó ninguna reacción de dolor, pero empezó a girar la cabeza como si buscara algo. Levantó las manos, tanteando. Estaba ciego.

Aranda se apartó para que el espectro continuara su búsqueda errática, sintiendo una sensación de alivio. Se volvió justo a tiempo para encontrarse de frente con el otro zombi, que había conseguido incorporarse. Su mirada estaba tan llena de cólera que casi podía sentir las chispas alcanzándole. Entonces se deslizó con una rápida maniobra hacia su espalda, cogió la chaqueta y la camisa que llevaba debajo y las levantó con fuerza, obligándole a levantar los brazos, hasta dejar la ropa enganchada a la altura de los codos. El espectro perdió al instante todo su aterrador aspecto: parecía un pelele incapaz de vestirse él solo. Para terminar, saltó sobre su

espalda y le obligó a caer al suelo; luego se retiró rápidamente.

Ya estaba, nunca se levantaría por sí solo. Se sacudía y forcejeaba en el suelo, incapaz de desprenderse de la chaqueta. El otro espectro se alejaba en una dirección indeterminada, como si hubiera perdido todo el interés al perder el estímulo visual.

Echó de nuevo un vistazo al paseo marítimo. Los otros zombis estaban aún lejos y no parecían haberse percatado de la refriega, sin embargo, sabía demasiado bien que era cuestión de tiempo que llegaran más, la calma que precede a la tormenta, así que volvió al interior de la caseta y puso sus manos sobre el motor fueraborda. Estaba fatigado, y los contundentes golpes que había propinado con el martillo no le ayudaban a recuperar el pulso. No obstante, el tiempo corría como si llevara las zapatillas aladas del mismísimo Hermes, así que lo cargó de nuevo tal y como había hecho antes y comenzó su lenta andadura hacia la barca. *Cluc, cloc...* la gasolina iba de un lado a otro en el interior a medida que avanzaba.

Tardó un buen rato en llegar, y cuando lo hizo, sintió que sus pulmones no daban abasto para inhalar todo el aire que su cuerpo demandaba. Los brazos le dolían, la espalda parecía haber pasado por las manos de un ejército de púgiles encolerizados. Durante todo el trayecto se sorprendió a sí mismo girando la cabeza continuamente, no sólo para mantener controlados al enchaquetado y su colega ciego, sino para asegurarse de que ningún otro caminante se unía a la fiesta. Estaba ligeramente mareado, y sabía exactamente por qué era: estaba literalmente muerto de miedo.

Colocar el motor en su emplazamiento resultó mucho más fácil de lo que había pensado. Luego volvió a por un par de rodillos para deslizar la barca, cosa que consiguió sin más sobresaltos. Empujar la barca, sin embargo, fue otra cosa. Descubrió que la vieja quilla de madera hacía un ruido horrible, alto y fuerte, al deslizarse por los rodillos. Dio un respingo, como si hubiera puesto una radio a todo volumen en una biblioteca atestada de estudiantes embebidos en sus libros. Empujó de nuevo. *Crrrrriiiiiikkkk*. ¿No había demasiado silencio ahora? Miró hacia atrás. Cambió el rodillo y empujó de nuevo. *Crrraaaakkkk*.

De repente, escuchó los gruñidos de los muertos, convergiendo en un clamor creciente que consiguió helarle la sangre y los huesos.

—Hos... tia... —balbuceó.

Se obligó a moverse, a mover el rodillo de atrás hacia adelante, empujar... empujar... y volver a mover el segundo rodillo de nuevo, de atrás hacia adelante. Miró otra vez.

—Oh, Dios... no...

Los zombis se habían puesto en marcha, en gran número. Llegaban a paso vivo, dejándose caer por la barandilla del paseo. A veces, uno de ellos caía sobre otro y era pisoteado, pero eso no parecía importarles, funcionaban como una comejenera, como si obedecieran a una sola mente común. Gruñían y lanzaban quejumbrosos lamentos arrastrados.

—Dios mío... por favor...

Apenas unos metros le separaban del agua. Aranda se movía con toda la rapidez que le permitían sus exhaustas energías. De atrás hacia adelante; empujar. *Crrrrraaaaakkk*. De atrás hacia adelante. Cada vez que tenía que extraer el rodillo y volverlo a colocar delante le parecía que iba a ser la última: ya no se sentía con fuerzas para seguir empujando. Sin embargo, se encontraba a sí mismo haciéndolo, con lágrimas en los ojos y un fuerte nudo de tensión atenazándole la boca del estómago. Por fin, encontró el agua del mar lamiendo la arena bajo sus pies.

Cambió por última vez el rodillo: el siguiente empuje puso la barca a merced de las olas. Esperó a que la siguiente ola rompiera para darle el empujón definitivo. Justo a tiempo; al mirar atrás vio que los muertos vivientes se encontraban a unos escasos metros, trotando sobre sus piernas torpes y retorcidas.

Saltó sobre el bote y bajó el motor para introducir la hélice en el agua. Los espectros ya estaban allí. Uno de ellos, como adivinando que su presa estaba a punto de escaparse, se lanzó en plancha agarrando el fueraborda con las manos. Juan lo puso en marcha inmediatamente, y sus hélices al girar arrojaron minúsculos trozos de carne en todas direcciones; el espectro se incorporó, levantando los muñones cercenados que eran sus brazos. Su boca era una "o" perfecta.

Mientras tanto, los espectros seguían llegando y pronto hubo otras manos intentando agarrar la barca, pero el potente motor hizo su trabajo y ninguno de los muertos vivientes consiguió permanecer agarrado el tiempo suficiente. Sólo entonces, cuando la barca fue alejándose del enorme grupo de zombis, Juan profirió grandes gritos de júbilo acompañados de sonoras carcajadas. Levantaba las manos hacia el cielo y chillaba, eufórico, hasta que no pudo gritar más. Luego se tumbó hacia atrás y dejó que el viento y la brisa marina le revolvieran el pelo. Se dijo a sí mismo que era como inhalar *vida* en su estado más puro, y durante varios minutos se concentró solamente en respirar.

XI

La pequeña barca pesquera, que no había esperado ya volver a encontrarse con la sal del mar nunca más, saltaba de cresta en cresta a buena velocidad. Aranda casi se sentía culpable por no haber pensado en esa solución mucho antes.

En poco tiempo se encontró navegando junto al puerto de Málaga. La visión de la ciudad, desde esa distancia, era desalentadora. El puerto era un hervidero de muertos vivientes; sus cabezas se agitaban sinuosas como una ola a medida que sus cuerpos caminaban, bamboleantes, sin rumbo fijo. De vez en cuando alguno caía al agua para no salir más.

El fenomenal barco-discoteca *Santísima Trinidad* estaba medio hundido por popa; el resto, que mostraba signos de haber sido pasto de las llamas, asomaba como un pecio abandonado. Mirando con los pequeños prismáticos que llevaba en su mochila, más allá del puerto las calles parecían haber sido el escenario de alguna batalla. Había restos de barricadas hechas con sacos y vehículos volcados, restos negruzcos de incendios que ardieron descontroladamente en el pasado y cuerpos caídos por todas partes. Las ventanas de los edificios eran testimonio de viejos horrores: marcos de ventanas destrozados con cortinas que colgaban hacia fuera y tremolaban perezosamente bajo la brisa, y otras con restos de sangre reseca en sus cristales estriados. Y naturalmente había zombis, más muertos vivientes de los que había visto jamás juntos en todo el Rincón de la Victoria.

Aranda detuvo un momento el fueraborda y permaneció impasible durante unos minutos. Había esperado algo diferente. Había confiado que el centro de Málaga pudiera ser una "zona fuerte" donde los supervivientes hubieran controlado la locura de la infección zombi. ¿Qué les pasó? ¿Qué pasó con la policía, los agentes de seguridad, el ejército, la legión española?, ¿todos los hombres y mujeres fuertes que vivían en Málaga?; ¿sucumbieron todos? ¿Cómo, por qué? ¿Tan difícil era resistir?, ¡él lo había logrado!

Se sentía triste y enfadado al mismo tiempo. El ruido del agua golpeando rítmicamente el casco de la barca le trajo recuerdos de tiempos mejores, cuando todo era normal. Ojalá hubiera prestado más atención a la vida cuando ésta le rodeaba, se decía mientras los lamentos guturales de los espectros se mezclaban con el arrullo del mar, lejanos pero omnipresentes.

Sacudió la cabeza como para desprenderse de aquellos pensamientos tristes e improductivos. Tenía que pensar qué hacer a continuación. Málaga era una ciudad grande, seguramente habría muchos supervivientes como él, gente que resistía en sus

hogares, o quizá en un centro cívico, en una comisaría o un centro comercial. Obviamente, desembarcar en el puerto era imposible, así que decidió continuar un poco más hacia el oeste, hasta que encontrase una zona menos inhóspita. Más animado con la situación, se dispuso a arrancar el fueraborda. *Tuk*.

Algo había chocado contra el casco, apenas un golpe seco en la proa. Se giró y se asomó por la borda. Era una especie de alga de color gris oscuro con vetas blancas, bastante desagradable a la vista, y flotaba a medias al lado de la barca. Durante el trayecto había encontrado un único remo sujeto con bandas de goma, así que lo sacó para alejar esa cosa antes de que se enredara con la hélice.

Hundió el remo en el agua y trató de empujar aquello lejos de la barca, pero para su sorpresa, se encontró con algo duro justo debajo del alga. La resistencia de aquel objeto le repugnó, así que empujó con fuerza.

Entonces el alga se giró hacia un lado. Debajo había algo de un color blanco casi larval. Siguió girando... y aparecieron unos ojos hundidos de un tono vidrioso casi apagado. No eran algas, era *pelo*. Era un ahogado, un cadáver.

Aranda contuvo un grito, más de repugnancia que de sorpresa o miedo. Los peces habían estado picoteando aquella cara monstruosamente hinchada, y los labios habían desaparecido. Los dientes immaculados sobresalían como cinceles de hierro.

El ahogado reaccionó de forma instantánea ante el estímulo visual que tenía delante. Una mano blanda y macilenta afloró en la superficie y sujetó el remo. Aranda lo soltó instintivamente, asqueado, y corrió hacia el fueraborda. Cuando estaba accionando el encendido, se fijó en la superficie del mar: había numerosos bultos, cuerpos flotando a duras penas, la mayoría boca abajo, y aun había otros cuerpos difusos a medio sumergir, dejándose llevar por la marea.

Aranda encendió el motor y se alejó, dejando al ahogado sujeto con fuerza al remo. Mientras salía de la bolsa de cadáveres a la deriva, se preguntó cuántas de esas cosas permanecerían *dormidas*, sumergidas en el fondo del mar con los pulmones llenos de agua salada, incapaces de morir, mecidos suavemente por las mareas. ¿Y qué ocurriría con los peces que mordieron al cadáver?, ¿serían infectados? ¿Qué efecto tendría eso sobre la salubridad de los océanos a largo plazo? ¿Sería todavía posible comer productos del mar?

No mucho más tarde, ensimismado todavía en ese hilo de pensamiento, Aranda pasaba por delante del paseo marítimo Antonio Machado, que nacía del puerto de Málaga y se extendía hacia el oeste. Aquella parte de la ciudad, al menos la zona costera, era relativamente nueva, y debido a la crisis inmobiliaria que había afectado a todo el país, la mayoría de los pisos estaban todavía vacíos. Este hecho se notaba en las calles, donde el número de caminantes era irrisorio.

Detuvo el motor y tomó de nuevo los prismáticos. La carretera estaba también impracticable, y uno de los edificios había ardido por completo hasta los cimientos, pero por lo que pudo ver no se detectaban más anomalías.

Maniobrando con el fueraborda, se dirigió hacia la orilla, lentamente. Allí se las

ingenió para empujar la barca todo lo que pudo hasta envararla en la arena, junto a un montón de piedras blancas que conformaban un diminuto espigón. Aunque sospechaba que al motor no le quedaba ya mucha gasolina, sabía que ésa era su vía de escape en caso de problemas. Luego se agazapó junto al espigón para no ser visto, y desde allí echó un vistazo a lo que le esperaba.

Se trataba de una zona diáfana, con zonas verdes y palmeras jóvenes que aún no habían alcanzado toda su altura. Además del habitual batiburrillo de vehículos siniestrados, había gran cantidad de camiones volcados en la carretera. Todos los escaparates de los locales comerciales de las plantas bajas habían sido destrozados y violentados, y el género, bien fueran muebles, cajas de todos los tamaños y formas, e incluso aparatos de televisión, estaban dispersos por la acera. Por todas partes había cadáveres cuya piel se había puesto negra por acción del sol.

Avanzó lentamente, sin perder de vista a los zombis que vagaban por la zona. Si podía llegar al menos a uno de los restaurantes, quizá podría encontrar aún algo de comer, aunque sólo fueran cereales o latas de conservas.

No le fue mal en su avance a través de la carretera y los jardines agostados por el sol y la falta de agua. Discurría entre los vehículos, agazapado, siempre vigilante. Llegó al fin al pie de los edificios y se fijó en la marquesina de uno de los locales, un restaurante de la cadena *VIP*. La puerta de entrada era de doble hoja, y estaba cerrada y bloqueada con un pesado contenedor de basura de los metálicos.

Aranda miró alrededor. Le parecía que los espectros, aunque aún distantes, se estaban acercando. No quería tentar a la suerte, tenía que desaparecer de su vista antes de que identificaran que iba a adentrarse en el local, o encontraría un buen comité de fiestas al salir de nuevo. Intentó calcular el peso del contenedor sacudiéndolo brevemente: era indeciblemente pesado. Miró al interior, y le sorprendió descubrir que había pesados cascotes y ladrillos de todos los tamaños.

Con muchísimo esfuerzo, consiguió empujar el contenedor a un lado, lo suficiente como para abrir una de las hojas. Al hacerlo, un hedor indescriptible le golpeó las fosas nasales con la contundencia de un mazazo. Se echó para atrás unos pasos, sacudiendo la cabeza e intentando contener las arcadas. Para cuando pudo volver a mirar a la oscuridad del interior del local, ya era demasiado tarde: una miriada de ojos enrojecidos le miraban, envueltos en la casi total oscuridad del local, como intentando comprender. Eran espectros. El contenedor no impedía el acceso; les impedía a ellos salir.

Aranda retrocedió aun más. "Dios mío, son tantos...", pensó, saltando de una mirada a otra. "Son tantos, coño, son tantos...".

Justo cuando pensaba en echar a correr para perderse de vista antes de que lo reconociesen como una presa, la horda se despertó. Fue como si alguien hubiese bajado una palanca: se lanzaron todos hacia delante, sus ojos sin pupila clavados en él. Emergiendo de las tinieblas del fondo comenzaban a despuntar más cabezas, sus brazos levantados con dedos anhelantes de carne tibia.

Aranda quiso moverse, salir de allí, pero se sorprendió a sí mismo dando pasos dubitativos en una y otra dirección. "Así es como te cogen, así es como acabas convertido en uno de ellos", dijo una voz dentro de su cabeza. A uno de los espectros le falló una pierna y cayó al suelo con un ruido blando; entonces, el efecto hipnótico en el que parecía haber caído se rompió de una forma tan manifiesta que casi pudo oír el *clic*. Echó a correr, cuando ellos estaban ya a apenas tres metros.

Deslizándose de nuevo por el tétrico tobogán del pánico, Aranda batió sus piernas tan rápido como pudo. Miraba alrededor, intentando encontrar un objetivo, un lugar donde esconderse. Sabía que no podía correr a ese ritmo más que unos pocos minutos, y sabía perfectamente que los caminantes no se cansaban. Nunca. Nadie como ellos sabía forzar el caparazón humano hasta límites que nadie había llegado a imaginar siquiera.

Dobló la esquina del edificio y casi cae en brazos de un espectro cuyo costado aparecía completamente sesgado. Las costillas emergían como los restos de un primigenio dinosaurio en un mar negruzco, y el brazo era apenas un hueso retorcido en el hombro, como un siniestro tótem esculpido por un demente. El espectro dejó escapar un gruñido ronco al encontrarse a Aranda prácticamente en sus brazos, pero fue demasiado lento; el joven hizo una finta y se zafó, alejándose de él con toda la rapidez que le fue posible. Sólo unos segundos después, la horda de zombis en persecución arrolló al espectro con la fuerza de una vaquilla. Éste fue arrojado contra el suelo y desapareció bajo los pies del grupo.

Mientras corría, Aranda iba pasando portales y locales abiertos. Eran una trampa, eso lo sabía demasiado bien, un laberinto de puertas cerradas y corredores que no llevaban a ninguna parte, pero sentía en el costado y el pecho que, de seguir corriendo a esa intensidad, no iba a aguantar mucho más, y la entrada a los edificios se le antojaba tentadora.

Por fin, a apenas cincuenta metros en línea recta vio unas vallas de hierro que, formando un cuadrado, cortaban el paso a una tienda de lona de los servicios de mantenimiento. A escasos centímetros se abría en el suelo la entrada de una alcantarilla cuya tapa yacía a un lado.

¡Las alcantarillas! No sabía cuánto podría avanzar bajo las calles, o si la altura de los túneles le permitiría circular en absoluto, pero no creía que los zombis fueran capaces de seguirle por el agujero, y mucho menos por unas escaleras de mano. Corrió hacia allí, sintiendo que la distancia que le separaba de sus perseguidores se acortaba cada vez más. Se obligó a un esfuerzo final y redobló la velocidad cuando se encontraba prácticamente envuelto ya en los gruñidos animales de los espectros. Por fin, apartó una de las vallas con la cadera y se lanzó por el hueco levantando los brazos y con los pies por delante.

Una explosión de dolor le cegó momentáneamente cuando cayó sobre el suelo. La sensación visual fue blanca, pese a la oscuridad reinante en aquella cloaca. Se sorprendió al encontrarse a cuatro patas, con las manos hundidas en una inmundicia

oscura de tacto barroso. Miró hacia arriba y vio manos y brazos asomando por el agujero de la alcantarilla, agitándose con nerviosos movimientos, intentando apresarle. Esa visión, no obstante, le reconfortó; tal y como había pensado, los muertos vivientes carecían de la psicomotricidad suficiente para sincronizarse.

Aranda anduvo por los túneles, contento de alejarse lo más posible de aquella abertura ominosa. Había suficientes rejillas y agujeros en las salidas de la alcantarilla como para dispersar la oscuridad lo suficiente para poder ver por dónde andaba. Le preocupaba, naturalmente, encontrarse con algún muerto viviente en las tinieblas de aquellos túneles, pero se esforzó por no pensar en eso; después de todo sólo podía continuar.

Caminó durante lo que le pareció una eternidad. De tanto en cuando, se subía a alguna tubería cenicienta para asomarse por alguna rejilla y mirar el exterior. Las veces en las que podía ver lo suficiente, siempre era el mismo espectáculo: zombis vagando erráticamente por las calles sucias, cadáveres hinchados pudriéndose al sol, y escenas de coches abandonados en confusas aglomeraciones. Por lo menos sabía que avanzaba hacia el norte, adentrándose cada vez más en la parte oeste de la ciudad.

En un momento dado, se sentó en unos escalones de cemento y se sintió abrumado por una honda sensación de tristeza y desesperación. Parecía que Málaga entera había sucumbido ante el horror desbordante de la infección zombi. Era como si no quedase *nadie* en absoluto. El viejo sueño de encontrar un reducto controlado por supervivientes se le antojaba ahora algo lejano y poco coherente. ¿Cómo había podido dejarse llevar por una idea tan infantil y con tan poco sentido?

Permaneció sentado unos minutos, intentando decidir si volver a por su barca podía ser la mejor solución. Quizá si navegase un poco más hacia el oeste las cosas se presentasen de otro modo. Pero entonces un aullido lejano le sobresaltó: venía de los túneles que había estado siguiendo. El aullido reverberó, horrible, trayendo ecos siniestros hasta donde él estaba, y se obligó a incorporarse y continuar avanzando.

Sumido en tristes pensamientos, Aranda avanzó durante mucho más tiempo del que habría podido decir. Encontró un túnel ancho con calzadas a ambos lados de las aguas ponzoñosas y caminó por ellas a buen ritmo, utilizando las manos para no perder la referencia de la pared del túnel.

Mucho tiempo después, se encontró en lo que parecía una sala diáfana. Las paredes se perdían en todas direcciones, sumidas en tinieblas. Un único rayo de luz entraba verticalmente por un pequeño agujero de una de las tapas del techo.

Se atrevió a subir la maltrecha escalera de mano y levantar la tapa, apenas unos centímetros, lo necesario para echar un vistazo. Se encontró con una planicie completamente vacía: no había ni rastro de muertos vivientes, ni ninguna de las otras cosas que se habían repetido cada vez que había querido ver el exterior. A lo lejos pudo ver una alambrada alta, de rejilla metálica. Miró hacia otro lado y vio unas gradas de cemento de color blanco, y reconoció el sitio al instante: era la ciudad

deportiva de Carranque, una extensión de varios kilómetros con dos campos de fútbol, una pista de atletismo, jardines y varios edificios con piscinas cubiertas y salas de usos múltiples.

Juan experimentó una inesperada sensación de euforia y se animó a deslizar la tapa hacia un lado y asomar la cabeza un poco más para tener una visión completa de la zona. En ese preciso instante, un objeto pequeño se le apoyó en la nuca, y una voz grave que venía desde su espalda exclamó:

—Será mejor que digas algo, cualquier cosa, o te vuelo la tapa de los sesos en este mismo instante.

XII

—Me llamo Juan Aranda y estoy vivo —dijo Juan con voz tranquila.

—Eso parece, pero quédate tranquilo y no te muevas —dijo la voz—. No puedes verme pero te estoy apuntando con un *Heckler & Koch G36*. ¿Sabes lo que es un *Heckler & Koch*, hijo?

—No.

—Es un rifle de puta madre, eso es lo que es. Podría llegar a los ochocientos metros con esta belleza. Los proyectiles salen de esta preciosidad a 920 metros por segundo. Quizá te interesen estas cosas, o quizá no, pero me gustaría que tuvieses bien claro que si te atreves tan sólo a girarte, esparciré todos tus sesos a tres metros de distancia antes de que puedas pestañear. ¿Te ha quedado eso bastante claro?

—Clarísimo —dijo Aranda despacio, pronunciando muy bien cada golpe de voz.

—Bien. Veo que estás tranquilo, eso me gusta, porque así yo también estaré tranquilo. Todos tranquilos. Ahora dime, ¿hay alguien más contigo ahí abajo? Piénsalo bien antes de contestar, porque si escucho aunque sea un pedo viniendo de esa mierda de cloaca de la que sales, dispararé.

—No, estoy solo —dijo Juan—. Aunque es posible que haya algunos zombis en los túneles.

Hubo un pequeño silencio antes de que la voz volviera a hablar.

—Bien. Eso podemos solucionarlo. Nunca he visto una de esas cosas subir por una escalera de mano. Ahora dime, ¿tienes algún arma?, ¿algún cuchillo?

—En mi mochila tengo algunas herramientas, pero la tengo a mi espalda, ¿ves las cintas? No podría coger nada desde aquí.

—Y así quiero que sea —soltó la voz—. ¿Estás herido?, ¿tienes alguna herida? No me importa si te han arrancado una pierna entera o apenas es una mierda de costra de maricón en un codo, si tienes alguna herida quiero saberlo y será mejor que no mientas.

—No, no estoy herido —contestó Juan, suspirando.

—Eso está muy bien —dijo la voz—, pero tengo aún otra pregunta. ¿De dónde coño vienes, y a dónde coño ibas?

Juan suspiró.

—¿Crees que podría al menos subir? No quiero que uno de esos muertos me coja por las piernas. Me tenderé en el suelo, si quieres, y responderé a tus preguntas. No soy peligroso, sólo tengo veinticinco años y ni siquiera peso mucho.

De nuevo una pequeña pausa.

—Está bien, hagamos eso. Pero si intentas algo...

—Dispararás, ya lo sé —le interrumpió Juan.

Muy despacio, Juan se ayudó de los brazos para abandonar la alcantarilla, y sin mirar alrededor, se tendió obediente en el suelo con las manos detrás de la nuca. El suelo estaba caliente y seco, y después de las horas que había pasado recorriendo los túneles húmedos y fríos, esa sensación le reconfortó.

Escuchó cómo la tapa de la alcantarilla se cerraba detrás suya.

—Lo has hecho muy bien, Juan Aranda —dijo la voz de nuevo—. Creo que existe una posibilidad de ser amigos, después de todo. Ahora cuéntame tu historia y ya veremos qué pasa después.

Tomando aire, Juan le contó su historia a grandes rasgos, sin entrar demasiado en detalles. Algunos retazos de sus aventuras de supervivencia en el Rincón; la muerte de sus familiares, cómo había conseguido ocultarse del pillaje y la violencia en las últimas etapas de la infección, y también cómo había decidido ir hacia Málaga, y todo su periplo hasta llegar allí.

—Así que, en realidad, no iba a ninguna parte. Miraba por las rejillas y las tapas de alcantarilla de vez en cuando para ver si encontraba seres humanos vivos, pero hasta este momento no he tenido suerte. Y aun eso parece que está por ver —dijo al fin, atreviéndose a manifestar que empezaba a cansarse de esa actitud.

Entonces un par de botas negras se pararon delante de su cara.

—Vamos, dame la mano y levántate.

Juan miró hacia arriba. Se trataba de un hombre grande, de fascinante envergadura, dos metros quince de altura y unas anchas espaldas esculpidas en músculos como el resto de su cuerpo. Su corte de pelo estilo cepillo le confería un aire de marine estadounidense.

Juan se incorporó y todavía se sintió más pequeño estando de pie junto a él.

—Aquí todos me llaman Dozer, Juan Aranda —dijo, ofreciéndole una mano.

—Ya puedo ver por qué —dijo Juan, mirando hacia arriba para encontrarle los ojos. Le devolvió el saludo estrechando su mano mientras experimentaba una sensación de alivio al ver su sonrisa. Parecía sincera.

—Perdona todo ese rollo de Quentin Tarantino... hoy no te puedes fiar de nadie. De hecho hemos tenido algunos problemas en el pasado, ¿sabes? ¡Además me has dado un susto de cojones! —dijo riendo—. Estaba ahí sentado, limpiando el rifle, cuando la tapa de la alcantarilla se ha abierto de repente. Joder... pensaba que estábamos perdidos.

—Ah, disculpa... no sabía que...

—Ya, ya, claro —le cortó Dozer—. No pasa nada. Oye, ven... es mediodía. Los demás están comiendo; te presentaré.

—¿Hay más? —preguntó Juan, ilusionado.

—Sí, coño... somos cerca de una treintena, y aún siguen llegando algunos, como

tú.

Juan le miró fascinado. Su blanca sonrisa le pareció hermosa, porque era una sonrisa *sana*; llevaba demasiado tiempo viendo gente muerta en diferentes estados de descomposición, demasiadas bocas con dientes negros, infectos de coágulos resacos de heridas que habían dejado de sangrar.

Cuando llegaron al comedor, Aranda sintió flaqueza en sus delgadas piernas. Ver a toda aquella gente sonriéndole y ofreciéndole un bocado era mucho más de lo que se había atrevido a soñar; aunque había imaginado algún tipo de campamento donde sobrevivían seres humanos, nunca había llegado a materializar ninguna visión concreta al respecto, y allí había rostros, palabras amables, palmadas en el hombro, e incluso felicitaciones por haberlo logrado, por resistir, por estar *vivo*. Le dejaron lavarse y le dieron ropas nuevas, ya que las suyas presentaban un aspecto más que lamentable después de su paseo por las cloacas, y por fin se sentó a la mesa con un grupo de gente.

—Espero que te guste la pasta —dijo una mujer joven vestida con un mono azul poniéndole un plato delante—. Es lo que más tenemos por aquí.

—Ya lo creo... la pasta es estupenda —dijo Aranda.

—Dozer nos ha dicho que vienes del Rincón, que llegaste hasta aquí en una barca —dijo otro hombre.

—Sí. Una pequeña barca que encontré en El Palo. Casi no lo consigo. Pero conseguí hacerme con un pequeño motor fueraborda.

—Tuviste *mucha* suerte, y muchos cojones también —dijo Dozer—. La mayoría de la gente que tenía barcas se largaron en ellas hace tiempo. No sé si consiguieron llegar a alguna parte, o si el mar se los tragó, pero no queda ningún barco en ninguna parte.

—Esto te va a gustar —dijo la mujer—. Estamos muy organizados, y el tipo de vida que llevamos aquí te pone las pilas.

—Eso es cierto. Deberías haber visto cómo era Susana al principio —dijo el hombre, señalando a la mujer que le había puesto el plato de pasta—. Vaya si se puso las pilas... deberías ver cómo usa esos rifles, y apuesto que cada uno pesa al menos ocho kilos.

—Cuatro kilos —dijo Susana, sin desviar la mirada de Juan.

—Lo que sea, sigue siendo mucho para ir corriendo y apuntando con ellos. En fin, es esta situación. Cambia a las personas, para bien o para mal.

—Como la guerra —dijo Aranda, pensativo.

—Como la puta guerra, tú lo has dicho —dijo Dozer, apurando una lata de *Aquarius* de limón.

—Por cierto, no me he presentado —dijo el hombre levantando ambas manos, como si de pronto hubiera recordado que había olvidado la llave del gas abierta—. Me llamo Antonio Rodríguez, y soy médico, algo que por aquí escasea. Así que si te encuentras mal o necesitas consultar algo, puedes acudir a mí.

—¡Eso es genial! —dijo Juan—. Un médico...

—Y que lo digas —dijo Dozer—. Dale las gracias a Susana, ella lo sacó del hospital Carlos Haya cuando estaba todo lleno de zombis.

—Otra vez lo mismo... —dijo Susana, resoplando—. Eso no fue así. Él salió por su propio pie y nos encontramos. Fue pura suerte que ambos lo consiguiéramos... en un momento dado, la zona se quedó vacía de zombis.

—¿Vacía?

—Sí. Se fueron a alguna otra parte, pero aún no sabemos por qué y sospecho que nunca lo sabremos. Aunque personalmente tengo una teoría y creo que fueron desplazados hacia las salidas: la autovía, el puerto... allí era donde se reunía la gente, los que intentaban escapar. Cuando empezaron a volver, lo hicieron como una marea. Venían del centro, en un número tan grande que por un momento creí que no lo conseguiríamos.

—Por entonces ya éramos unos cuantos —dijo el doctor Rodríguez.

—Exacto. Así que tuvimos la idea de meternos aquí dentro.

—Fue una idea cojonuda —brindó Dozer con su lata vacía.

—De hecho, sí. Estaba todo cerrado, así que no tuvimos que limpiar esto de cadáveres. Y las neveras de las cocinas estaban a reventar de víveres, sobre todo conservas, pero también carne. Creo que se preparaban para algún evento. Hay más carne congelada de la que podremos consumir en varios meses.

—Guau... —exclamó Aranda—. ¿Y el agua? ¿Y la electricidad? ¿Cómo resolvisteis...?

—Termínate la pasta —le interrumpió Susana—. Te enseñaremos esto y veremos en qué quieres ocuparte.

Aranda asintió, todavía sonriendo, y se metió en la boca una cucharada de macarrones que le supieron a gloria bendita.

El campamento se encontraba en el polideportivo de Carranque, en el extremo oeste de la ciudad. Era grande, espacioso, completamente vallado y situado cerca de la autovía y de instalaciones como supermercados, farmacias, ferreterías, grandes superficies, varios centros de salud y un hospital, el Carlos Haya. Contaba con grandes torres de iluminación —que habían girado para que iluminase el exterior y no sólo las pistas deportivas—, dos pabellones cubiertos, un graderío lateral, una piscina cubierta y otra piscina olímpica descubierta; una pista de atletismo, un campo de hockey de césped artificial, cuatro pistas de *paddle*, un frontón, dos vestuarios con ducha, grandes salones, una cafetería y numerosos almacenes. Los diferentes cubículos de oficinas habían sido reacondicionados para acomodar dormitorios. La piscina, sobre todo, había resultado ser un valioso bien, sobre todo desde que la falta de electricidad había terminado por provocar también la escasez de agua. Ningún grifo hacía manar ya el esencial elemento. Por lo tanto, la piscina se utilizaba como baño comunitario, y se mantenía higiénica gracias al cloro y a los polvos germicidas

que sí abundaban.

En el campamento, que algunos llamaban *Macondo* en honor al libro de García Márquez, habitaban unas treinta personas, como había dicho Dozer, todas ellas supervivientes de la pandemia que había assolado el mundo meses antes. La mayoría tenía experiencia lidiando con los caminantes; habían sobrevivido a más de un enfrentamiento directo antes de llegar. Otros, como Susana, habían aprendido sobre la marcha. Tenían también muchos generadores de electricidad: una batería completa de *Berlans 3000* que habían traído del cercano Carrefour, y dos grandes *Caterpillar 1250* sacados de una obra en las calles de atrás. También encontraron varios *Wilson Perkins* trifásicos en las instalaciones que habían acoplado a la red.

Se esforzaban mucho por ahorrar electricidad, porque la electricidad significaba gasóleo, y conseguirlo representaba cada vez más riesgo. Así que el campamento entero se iba a la cama temprano, y no contaban con televisores y otras frivolidades que enchufar a la red. Sí que mantenían, casi siempre, una o más radios encendidas. Las únicas emisoras que captaban eran en inglés, aunque entrecortadas y envueltas en estática; y aunque algunos podían leer el idioma con cierta soltura, ninguno de ellos comprendía gran cosa. Sin embargo, les gustaba sentir que no eran los últimos supervivientes en un mundo lleno de cadáveres resucitados.

En las semanas que siguieron, Aranda llegó a ser muy popular en el campamento. Tenía un carisma especial, y caía bien a todo el mundo casi instantáneamente. Era tranquilo, sabía escuchar, y siempre tenía soluciones a los problemas que se iban presentando, no importaba de qué clase fueran: un problema inesperado con una tubería, mejoras en la administración y gestión de los alimentos, o un sistema de turnos optimizado. En poco tiempo, la frase "veamos qué dice Aranda de eso" estaba en boca de todos.

De las treinta personas que vivían en la Ciudad Deportiva, un reducido grupo se había especializado en el uso de las armas. Dozer y otros dos habían sido grandes aficionados a la caza y además eran buenos deportistas, así que ellos eran los que hacían las salidas a por suministros, cuando había que hacerlas. Eran extraordinariamente buenos. También se ocupaban de los indeseables que, con cierta periodicidad, pasaban junto al refugio, cuando el campamento aún era joven y no había tantos zombis. Un grupo de ellos, conduciendo motos de gran cilindrada, se plantaron cerca de la puerta principal haciendo girar las motos en círculos. Llevaban armas, y entre disparos al aire sugirieron a gritos que era mejor que algunas de las mujeres se fueran con ellos, para perpetuar la especie. Dozer y los otros hicieron varios disparos en rápida sucesión y absolutamente todas las armas cayeron al suelo, las manos que las sujetaban reducidas a muñones sanguinolentos. Se marcharon haciendo rugir sus motos, zigzagueando entre los muertos vivientes. Pero aquello fue cuando todavía se veían indeseables por las calles. Ya no había ninguno.

Susana formaba parte de ese grupo. Demostró tener un talento natural con el uso de las armas y una puntería fuera de lo común. Se entrenaba duro todos los días

para mejorar su forma física, y había descubierto que hacerlo le fortalecía no sólo el cuerpo, sino que también reforzaba su entereza mental. Había cambiado sobremanera desde que abandonó su apartamento, hacía ya algunos meses, y se sentía orgullosa de ese cambio, de haber dejado atrás a una Susana temerosa e indecisa con la que ya no se identificaba.

Una mañana, Juan se encontraba en la pista de atletismo, sentado en una vieja silla de plástico a la que las inclemencias del tiempo habían ennegrecido. Estudiaba los movimientos de los espectros, agarrados con sus dedos huesudos a la verja metálica. Cuando se ponía a la vista, todas las miradas se concentraban en él. Si se acercaba lo suficiente, causaba un buen revuelo entre sus filas: sus ceños se fruncían, los dientes aparecían, y sus ojos blancuzcos parecían capaces de taladrarle. Pero si comenzaba a alejarse de nuevo hasta ponerse fuera de su campo de visión, perdían el interés en él y comenzaban a vagar. Era como si los zombis funcionasen con un programa muy básico, manejando solamente unas pocas variables. Algo podía estar ahí o no, pero no parecía que entraran en la consideración de "estar ahí pero escondido", por ejemplo.

Una inesperada voz a su derecha hizo que rompiera el hilo de sus pensamientos y diera un respingo.

—¿Qué tal, joven? —preguntó Dozer.

—Coño... no te oí llegar —dijo Aranda, disculpándose.

—Ya lo veo —contestó, medio divertido. Aunque hacía frío, iba vestido con pantalones cortos y una camiseta sin mangas, un par de tallas por debajo de la que hubiera necesitado.

Dozer siguió la mirada de Aranda.

—Casi me he acostumbrado a ellos —dijo.

—¿En serio? —preguntó Aranda—. A mí aún me dan escalofríos. Hace un rato vi uno vestido con el uniforme del SAMUR. Llevaba un estetoscopio al cuello y un agujero del tamaño de una pelota de golf en la zona de la clavícula. Bueno, me pregunté cuál había sido su historia, cómo había acabado así. Quizá fue infectado por la misma persona a la que trató de ayudar. Quizá nunca tuvo una oportunidad.

—Sé lo que quieres decir. A veces olvidamos que alguna vez fueron personas, como tú o como yo.

—En fin —dijo, moviendo la mano en el aire—. Eso fue hace ya mucho tiempo.

Dozer lo observó, taciturno, con los ojos entrecerrados.

—Ése es el pensamiento correcto, ¿sabes?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir... que si vas metiendo esas ideas en la cabeza de los demás, especialmente en los de mi grupo, bueno... son ellos o nosotros, Aranda. Si tienes un *podrido* delante y dudas, aunque sea por un segundo, acabarás al otro lado de la verja con los ojos en blanco y el culo lleno de gusanos. No podemos andarnos con remilgos.

—No quería...

—Lo sé, créeme, lo sé —interrumpió Dozer—. Pero superar aquello fue una parte esencial del adiestramiento. Nos costó bastante andar y correr entre ellos disparándoles como si fuesen latas de Pepsi en una valla. —Bajó la cabeza, buscándose las manos—. A veces te encuentras con cosas que son difíciles de olvidar cuando vuelves a casa y te tumbas en la cama. Sencillamente no se van, no puedes dormir y olvidarlas, y no desaparecen cuando lavas tu cuerpo para quitarte toda la sangre después de una trifulca con esos zombis. No todas esas cosas parecen monstruos. A veces te encuentras un rostro, mirándote directamente a la cara, y por un segundo vislumbras la humanidad que perdieron. Casi dan pena. Y titubeas, ya lo creo que titubeas. Pero ésas son sus armas. Ésas son sus jodidas armas. Por eso acabaron con todo. Sencillamente... no podemos permitirnos recordar siquiera que todos esos cuerpos muertos fueron hombres y mujeres, amigos, esposos, gente corriente con hipotecas y planes para el verano.

Aranda se había vuelto para mirarle. Parecía abatido y más pequeño de lo habitual. Sus ojos encerraban un deje de tristeza y, por un instante, Aranda atisbó unos horizontes desconocidos en la personalidad de aquel hombretón, pozos de oscuridad que encerraba dentro de sí, que no compartía con nadie más. Pero en su cabeza se dibujó una imagen tan vivida que parecía refulgir en su rica variedad de tonos cromáticos. En ella aparecía Dozer, después de una de sus misiones en el exterior, sentado en una esquina de su habitación; los ojos ausentes clavados en sus botas manchadas de sangre, y derramando lágrimas por todos aquellos espectros.

—¿Lo entiendes? —dijo de repente Dozer, con el semblante serio.

—Sí que lo entiendo, Dozer. Lo siento.

—Oh, vamos, no es culpa tuya. —Volvió la cabeza hacia las hileras de espectros que rodeaban la Ciudad Deportiva—. Pero mientras sigamos poniéndoles motes, como podridos, zombis, mordedores o caminantes, más tardaremos en llamarles por su verdadero nombre. Son víctimas, Aranda. Gente muerta. Eso es lo que son. Aranda asintió, pensativo.

Una inesperada y fría ráfaga de viento sacó unas hojas secas de debajo de la vieja silla y las arrastró varios metros más allá. Detrás de la verja, como respondiendo al cambio de temperatura, uno de los muertos levantó la cabeza y pareció otear el cielo.

Aranda lo miró, y el espectro le devolvió la mirada. Fascinado por aquella actitud, permaneció unos instantes mirándole directamente a sus ojos acuosos y blancuzcos. Sintió un escalofrío. Algo en sus ojos parecía anunciar que ese viento era un viento de cambio.

XIII

El atardecer de la tercera semana del mes de febrero fue de un color rojo intenso. Casi parecía que el cielo se había incendiado por el oeste a medida que el sol desaparecía detrás de los edificios en la Plaza de la Merced. Desde su ventana, la chica observaba a los caminantes como tantos otros días. Uno de ellos, impecablemente enchaquetado, llevaba en la mano un maletín negro de ejecutivo. Estaba abierto y la tapa arrastraba por el suelo. Dentro aún se podían ver algunos documentos, sujetos por una cinta de seguridad. La chica se preguntó por qué, en el nombre del Cielo, aquella cosa se aferraba con tanto ahínco a algo tan inútil. Era como si una parte aún se obcecara por sujetarse a una vida que fue, pero que se perdió un aciago día. Se quedó mirando su corbata azul y la blanca camisa, y sintió pena por el pobre desdichado.

—Se ha acabado la última botella. La última botella... —dijo alguien entrando en la habitación.

—Pues tendremos que vivir de los zumos y los refrescos.

—También se han acabado los zumos. Sólo queda esa mierda de bebidas isotónicas.

—Ya serán mejores que beber Coca-Cola... —teorizó la chica.

—Pues no sabría decirte —dijo el joven, ajustando sus gafas sobre la nariz—. La Coca-Cola tiene varios ácidos que tienen un efecto descalcificante en los huesos, pero la bebida isotónica aun puede ser peor... Tiene vitaminas, pero están mezcladas con un agente químico muy peligroso. Lo desarrolló el Departamento de Defensa de los Estados Unidos durante los años 60 para estimular la moral de las tropas que luchaban en Vietnam. Actuaba como una droga alucinógena que calmaba el estrés de la guerra, ¿sabes?, pero sus efectos en el organismo fueron tan devastadores que fue retirado. —Hizo un gesto vago con la mano—. Alto índice de casos de migrañas, tumores cerebrales y problemas en el hígado en los soldados que la tomaron.

La chica rió con ganas la verborrea de su amigo.

—¿De dónde leches sacas todo eso?

El joven pareció un poco ofendido, y cruzó los brazos varias veces como si estuviese incómodo.

—Lo leí. Lo leí en un blog. Antes, cuando... cuando había Internet.

—Eres increíble, Arturo —dijo con una sonrisa.

Fue, en verdad, un momento extraño, de los que no abundaban desde hacía semanas. Resistían a la invasión de los muertos vivientes en uno de los emblemáticos

edificios de la Plaza de la Merced. Eran seis, aunque John, un extranjero de cincuenta y dos años que había venido a Málaga a estudiar a Picasso, estaba realmente enfermo. Lo mordieron en la pierna y perdió mucha sangre. Desde entonces la infección se había ido extendiendo, y le provocaba sudores fríos, fuertes episodios de fiebre y periodos de coma.

Pero John aguantaba, gracias a Dios. Los otros eran todos gente joven, y quitando algún momento de histeria, lo llevaban bastante bien. Salir a la calle era algo del todo irrealizable debido al número de cadáveres que vagabundeaba constantemente por la plaza, pero habían aguantado gracias a un boquete que practicaron en el suelo de uno de los pisos de la primera planta, que les condujo, como habían previsto, al pequeño supermercado de abajo. Había numerosos alimentos en lata, cereales con fechas de caducidad muy alejadas en el tiempo, garrafas de agua y muchos otros productos que podían almacenar sin que se comprometiese su salubridad: chocolates, frutos secos, barras energéticas y demás.

—¿Cómo está John hoy? —preguntó la chica.

—Sigue igual... Seguimos necesitando medicamentos. Antibióticos. Lo ideal sería que lo viera un médico... —Miró hacia abajo, experimentado una gran impotencia.

—Quizá deberíamos hacer más de esas hojas...

—Tiramos quinientas —dijo él, pronunciando mucho cada golpe de voz.

Habían preparado quinientas cuartillas encabezadas con un visible titular: "ESTAMOS VIVOS", y habían escrito su localización exacta, cuántos eran, y sus problemas más graves: la necesidad de encontrar un médico para John y la de la falta de agua. Esperaban que las hojas se esparcieran por todas partes, y que, en algún momento, alguien encontrara alguna.

—Prepararé más. Si mañana hace viento, las tiraré desde el tejado otra vez. Estoy convencida de que alguien... en alguna parte... dará con una de ellas.

—Está todo muerto, Isa.

—Si nosotros estamos aguantando, tiene que haber más. Arturo pensó unos instantes. No compartía su ilusión, pero concluyó que no le vendría mal estar ocupada.

La clave de la convivencia, como tan bien había vaticinado Isabel, era mantenerse ocupados. Los tres pisos que usaban no eran demasiado grandes, pero suficientes como para que todos tuvieran su espacio. Intentaban mantenerlo todo limpio y ordenado, quizá en clara contraposición al hediondo caos que reinaba en la calle.

—¿Algo nuevo? —preguntó Arturo, señalando hacia la ventana.

—La verdad... no.

Miraron ambos hacia el exterior. A Arturo no le gustaba nada hacerlo: era como mirar a un abismo negro de desesperanza, y como decía Nietzsche, si miras al abismo, el abismo devuelve siempre la mirada.

—No sé qué esperaba... —continuó Isabel—. Quizá un grupo de gente subidos en un tanque, uno grande que pudiera abrirse camino, aplastar todas esas cosas y llegar hasta aquí... —Dejó escapar una tímida risa, consciente de que semejante cosa nunca ocurriría.

—Un tanque... eso estaría bien —dijo Arturo, apartando por fin la mirada de la ventana—. A veces me pregunto qué les pasó a los militares... nunca vimos ninguno. ¿Tú viste alguno?

—No... —contestó Isabel, dándose cuenta de que nunca había pensado en la cuestión.

—Vi policías, guardia civiles... pero militares... ¿Teníamos acaso militares en Málaga? —preguntó despacio, un poco incómodo por confesar su ignorancia en el tema.

—No lo sé.

—Antes estaba el Campamento Benítez, pero se lo llevaron... ¿No era allí donde está ahora el centro comercial Plaza Mayor?

—Más o menos, creo que sí.

—Más nos hubiera valido tener militares.

—¿Qué era lo más cercano entonces: la base de Rota, San Fernando, los legionarios...? ¿Dónde estaban, en Ceuta?

—La verdad, no tengo ni idea. Supongo que ahora da igual.

—¿Crees que será igual en otros países? A lo mejor en algunas partes han conseguido controlarlo...

—Es posible. Quizá los ingleses; tienen un buen ejército profesional, muy disciplinado.

—¿Y los americanos? Arturo rió.

—¿No recuerdas lo de Nueva Orleans?, ¿la inundación aquella? Toda aquella gente estaba muriendo en sus casas, sin recibir ayuda. Tardaron tanto en reaccionar que el agua desbordada empezaba a constituir un grave peligro para la salud, por la infección y todo eso, ya sabes... agua, sol, cuerpos en descomposición. Una ecuación que no falla. ¿Y dónde estaba en aquel momento toda la grandilocuente parafernalia americana? —Rió de nuevo—. Ni idea, francamente. Increíble. Todos estos años hemos tenido a Hollywood vendiéndonos la idea de que ellos serían siempre los que salvarían el mundo en todos los casos de invasiones extraterrestres y demás, y cuando pasa algo en su propia casa, no funciona.

—Es verdad... —dijo Isabel, reconsiderando la idea.

—En definitiva, creo que debe estar todo igual. Acuérdate de la rapidez con la que se fue todo a pique.

Isabel asintió, cabizbaja.

Hubo unos instantes de silencio, que resultaron algo incómodos para ambos. No solían hablar de las malas noticias excepto cuando era absolutamente necesario, pues habían aprendido la importancia de mantener la moral alta. Sin embargo, el

cauce de la conversación había conseguido bajarles los ánimos. Arturo sacudió la cabeza.

—Escucha... estaré abajo, tengo cosas que hacer. Seguro que al final todo se arregla, ¿vale?

Isabel le miró y forzó un intento de sonrisa, pero volvió a bajar la cabeza rápidamente, incapaz de sostenerla por mucho tiempo.

Cuando Arturo se hubo marchado, volvió a echar un vistazo por el ventanal. Los muertos deambulaban, chocaban entre sí, cambiaban de rumbo sin razón aparente. En silencio, los odió a todos. Uno por uno.

Al día siguiente tuvieron una pequeña reunión de urgencia, después del desayuno, para discutir el problema del agua. Sentían que su salud podría resentirse si bebían solamente bebidas carbonatadas.

—En principio tenemos cinco palés de latas de Fanta de limón, dos de naranja y dos más de Coca-Cola —explicó Arturo—. Además he calculado unos mil litros de Coca-Cola normal en botellas de dos litros. Esto debería durarnos una buena temporada, pero existen unos problemas. Aparte del azúcar, está el problema de la cafeína: puede dar lugar a taquicardia, insomnio, dolor de cabeza, temblores y crisis de ansiedad. No necesitamos nada de eso, especialmente porque no contamos con ningún fármaco, ni siquiera una vulgar aspirina. Por si fuera poco, la combinación del ácido fosfórico con azúcar refinado y la fructosa que estas bebidas pueden tener, dificulta la absorción de hierro en el organismo, lo cual puede llevar a anemia. Otra cosa que no queremos aquí, por la cuenta que nos trae.

—Vaya... —dijo David, un chico alto y enjuto.

—Así que tenemos que pensar dónde conseguir agua. No a corto plazo, no inmediatamente, pero sí convendría ir estudiándolo.

Un murmullo generalizado les puso a todos de acuerdo.

—Eso no va a ser nada fácil —dijo Isabel.

—Está la idea del tablón... —dijo David.

Encontraron el tablón en la azotea, detrás del tendedero de la ropa, apoyado contra la pared. Era una tabla enorme, de al menos cuatro metros de largo, y reforzada con varas de hierro. Tenía restos de pintura por todas partes, así que pensaron que debía haberse usado como andamiaje en tareas de pintura. Si eso era cierto, seguramente contaba con la resistencia necesaria para soportar el peso de una persona.

También estaba la ventana. El edificio de enfrente, por la parte de atrás, parecía completamente vacío; nunca vieron ni escucharon nada en su interior. Sin embargo, una de las ventanas estaba abierta de par en par. Alguien tuvo la idea de usar el tablón para cruzar hasta el otro edificio, dado que la distancia entre ambas fachadas no era mayor que la altura de la tabla. En la práctica, nadie había querido arriesgarse a salvar esa distancia cruzando por una tabla abandonada en una azotea: la intemperie la había vuelto gris y macilenta, y resultaba sencillo imaginarla crujiendo,

partiéndose por la mitad y cayendo al vacío.

—¡No sabemos qué ventajas nos va a traer cruzar enfrente! —exclamó Isabel. Siempre había sido una voz en contra de la idea de cruzar la calle por ese método.

—Podría haber agua —dijo David.

—¿Las cisternas? —preguntó alguien.

—Se habrán evaporado en este tiempo. Además, no debe suponer una cantidad de agua muy grande —contestó Isabel.

—No hay otra manera, Isabel.

—Sometámoslo a votación. ¿A favor de cruzar con la tabla? —dijo Mary, una chica rubia de aspecto frágil, levantando la mano.

Isabel miró alrededor y soltó un sonoro bufido. Ella era la única en contra.

Por la tarde, después de una frugal comida a base de albóndigas enlatadas con tomate, pusieron en práctica la idea del tablón. El día era favorable: tranquilo y con total ausencia de viento.

—Iré yo... —dijo David—. Soy el más delgado...

Mary le miró con una creciente sensación de pánico; ella era tanto o más delgada que él, y todavía más pequeña. Pero David le dedicó una mirada tranquilizadora.

—Iré yo... ¿vale?

Ella le sonrió, visiblemente aliviada.

Empujaron la tabla por la ventana, con mucho cuidado, y la apoyaron sobre el alféizar del edificio de enfrente. La probaron con las manos, haciendo presión.

—Parece bastante fuerte —observó Arturo.

—Ya veremos —comentó David, ayudándose de una silla para encaramarse a la ventana. Una vez arriba, se agarró de los marcos para hacer fuerza con el pie en varios puntos.

—Por Dios, ten cuidado, *Deivid* —dijo Isabel. Siempre le llamaba *David*, pronunciado a la inglesa.

Se agachó hasta ponerse a cuatro patas, y comenzó a avanzar despacio. La tabla no era muy ancha, apenas ochenta centímetros, lo que no ayudaba a imprimirle confianza. Intentaba no mirar abajo, donde los muertos arrastraban los pies en desmadejado tropel.

Nadie decía nada. Arturo y otro chico se apresuraron a sujetar el tablón cuando David se hubo alejado un poco. Avanzaba unos centímetros cada vez, primero una rodilla, luego la otra. Notaba que, a medida que ganaba terreno, la tensión se iba apoderando de él. Se sentía la cara roja. No quería sudar, pero se conocía demasiado bien, y sabía que en poco tiempo sus manos iban a dejar húmedos rastros en la madera.

—Vas bien... ya casi estás, tío... —le animaban desde atrás.

Pero entonces, un poderoso sonido llenó el aire, ominoso, terrible. Les atenazó el corazón a todos. Isabel dejó escapar un pequeño grito. Era la tabla: amenazaba con

un buen y sonoro crujido.

—¡Retrocede! —le llamaban sus compañeros, fuera de sí—. ¡Se parte, David, *se parte!*

David aguantaba la respiración. Tenía los brazos tensos como cables, y el estómago era un músculo prieto y dolorido. Muy despacio, volvió la cabeza hacia atrás, intentando no perder el equilibrio. Vio las caras de sus amigos: eran un mapa de las tierras yermas del terror.

—Eh... no pasa nada... —dijo, intentando mostrar una buena sonrisa, pero no tuvo tiempo. La tabla volvió a crujir, un fuerte y definitivo *crac*, seguido de un sonido que parecía el de un revólver de gran calibre. La tabla se partió en dos, levantando una nube de polvo blanco. David se precipitó hacia el vacío, con las manos extendidas. Cayó un par de pisos más abajo, en mitad de la pequeña calle que separaba los edificios y se partió ambas piernas y los dos brazos. Su boca escupió un aparatoso chorro de sangre.

Isabel chillaba. Arturo permanecía asomado con los brazos extendidos; no había sido lo bastante rápido como para cogerle por los pies. Miraba abajo, al fardo descoyuntado que era ahora su amigo. No acababa de asimilarlo... había sido *tan rápido...* Detrás suya le llegaba el sordo rumor de unos gritos, como amortiguados por una almohada. Alguien lloraba... ¿Mary, era Mary? A través de la piadosa neblina que cubría toda la escena, Arturo creyó comprender lo que veía abajo... se le habían echado encima, estaban encima del cuerpo de su amigo. Al principio uno, luego dos... tironeaban de las extremidades, clavaban sus bocas inmundas en todas las heridas. Arturo negaba con la cabeza, pero no *podía* apartar la vista de aquel dantesco espectáculo. Con creciente horror, empezó a ser consciente del sonido de una sirena que venía *in crescendo* de abajo, de la calle. Entonces lo entendió del todo... No era una sirena. Era David, aún estaba vivo, y gritaba, gritaba con tal intensidad que Arturo tuvo que cerrar los ojos, taparse los oídos y abrirse camino hacia el interior de la casa.

Seis negritos. Uno fue devorado, y cinco quedaron.

XIV

Málaga se moría. Una arrastrada agonía recorría sus calles como un germen infeccioso, necrosando a sus habitantes. Los caminantes estaban ya por todas partes; se unían formando grupos, acechaban los portales y bloqueaban las carreteras. Había accidentes y coches volcados en todos los rincones. En la autopista, los conductores sufrían accidentes intentando esquivar los cuerpos macilentos y otros vehículos siniestrados, y sus ocupantes morían en la colisión. Los que sobrevivían no llegaban tampoco muy lejos: eran rápidamente alcanzados por los caminantes. De cualquiera de las dos formas, a las pocas horas, todos los fallecidos volvían a la vida con los ojos ausentes y una única motivación: dar caza a los vivos.

Encerrado en la Iglesia de la Victoria, el Padre Isidro se postraba ante el altar, como cada día durante las últimas semanas. Allí rezaba a todas horas hasta caer desfallecido por la noche, pero incluso entonces, los ruidos nocturnos de una Málaga que agonizaba lo despertaban a menudo, y las noches eran una pesadilla mortecina que vivía en intervalos de vigilia. Ya no había luz eléctrica, pero aún contaba con un suministro prácticamente inagotable de velas e incensarios que había dispuesto por doquier. El aire era denso, embriagador, penetrante.

El Padre Isidro era un hombre increíblemente delgado. Apenas se había alimentado durante las últimas semanas, desde que los muertos comenzaron a vagar por la faz de la Tierra, y había perdido peso con una rapidez fascinante. Arrodillado en aquel altar, sudaba abundantemente; su frente y todo su cuello estaban perlados por una miríada de gotitas de sudor. A veces rompía a llorar, con los ojos fuertemente apretados, mientras sus labios articulaban, en silencio, los miles de rezos y súplicas que elevaba hacia su Dios.

—¡Señor! —explotaba de pronto, levantando la mirada hacia el altar y llamando con voz colérica—. ¡Estamos preparados, Señor, cae sobre nosotros y juzga a tu pueblo impío, Señor!

Pero Él no venía, no respondía a sus plegarias, no les llamaba para terminar lo que había empezado. Entonces, movido por un febril impulso, se levantaba y se acercaba a su libro de la Biblia, abierto en el atril por un pasaje que había leído y releído innumerables veces.

No se maravillen de esto, porque viene la hora en que todos los que están en las tumbas conmemorativas oirán su voz y saldrán; los que hicieron cosas buenas a una resurrección de vida, los que practicaron cosas viles a una resurrección de Juicio. Los hombres buscarán la muerte, y no la hallarán; y desearán morir, y la muerte ira huyendo de ellos.

El Padre Isidro temblaba de fervor cuando repasaba esas líneas. Por fin había ocurrido: Dios había llamado a justos y pecadores y los había convocado al Juicio Final. Los muertos habían abandonado sus tumbas y habían vuelto a la vida, y era cuestión de tiempo que Él los juzgase a todos: bajaría de los cielos y daría a cada cual según sus obras. ¿No lo profetizó el Apóstol Pablo en el Nuevo Testamento? *El mismo Señor descenderá del cielo*. Él estaba preparado, y rezaba —oh, cómo rezaba—, en preparación a Su venida.

Pero los días pasaban, y Él no venía. La ansiedad le devoraba como una enfermedad degenerativa. Consultaba la Biblia continuamente, pasando las páginas hacia delante y atrás, leyendo párrafos aleatorios. De vez en cuando se secaba el sudor de la frente con la manga de su sotana y leía algún párrafo con voz temblorosa, asintiendo mientras lo hacía.

"Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras...". — Se detuvo, con los ojos desorbitados, reflexionando unos instantes sobre lo que acababa de leer.

¿Y si él no se encontraba entre los Justos? ¿Y si Él lo encontraba indigno? Negó con la cabeza con vehemencia, como intentando arrojar esos pensamientos lejos, fuera de su cabeza. No, él había hecho lo que era necesario, lo que había que hacer, lo que Él hubiese querido. Había cerrado las puertas del templo y había mantenido a todos fuera, a los que querían escapar del Juicio Final, los que no querían ser juzgados. A Sofía y a los demás. Cómo habían corrido hacia él y aporreado las grandes puertas dobles cuando él las cerró ante ellos. Cómo habían gritado cuando se acercaron los resucitados, en lugar de sentir el gozo y la dicha del momento glorioso de encontrarse puros y redimir sus pecados. Cómo le habían engañado, tanto, tanto tiempo. Los creía hombres y mujeres Justos, servidores de Dios, devotos creyentes, pero los muertos habían venido a por todos ellos y los habían encontrado... culpables. Desgarraron sus torsos, henchidos de pecado, y separaron sus cabezas y desmembraron brazos y piernas.

Qué dicha había sentido cuando se le iluminó el camino que debía seguir. Corrió al altar, se arrodilló y permaneció allí, entregado, rezando y abriendo su corazón a Él hasta que las piernas le hormiguearon tanto que tuvo que dejarse rodar sobre un costado y llorar de dolor hasta que pudo volver a caminar.

—¿Qué debo hacer, Señor? —imploró, con la voz rota, diluida en un sollozo lastimero—. ¡Señor, dime qué debo hacer!

Pero las ominosas paredes de roca no le respondieron, la noche no trajo ningún ruido excepto el constante *frufnú* de los muertos vivientes esperando en el exterior;

las velas no titilaron, la señal que esperaba no llegó.

De repente la duda le asaltó, y con la duda venía mezclado un atisbo de esperanza... ¿y si Él estaba esperándolo? ¿Y si Él, en su infinita sabiduría, alabado fuese en Su Gloria, oh Señor... aguardaba un testimonio de su fe y de su devoción?, ¿alguna muestra de su Amor? ¿Y si Él...?

Una chispa se encendió en su atribulada mente, una chispa que detonó con un *clic* casi audible. Sus ojos se abrieron cuanto les era posible. Allí dentro, detrás de sus pupilas, bailaba el germen de la locura, infatuado por la absoluta certeza de que su Padre celestial requería que se sometiese a los Jueces: que se entregase a los difuntos resucitados, que también él se doblegase al Juicio Final.

Explotó en llanto, víctima de una fuerte taquicardia que le obligó a apoyarse contra la pared. Cuánta gratitud sentía, oh Padre misericordioso, por aquella revelación inesperada. Se preguntaba cómo había tardado tanto en descubrir el Camino Recto que le llevaría a la salvación eterna. Miró hacia las puertas del templo. Había apilado allí todos los bancos y hasta uno de los confesionarios para impedir la entrada de los difuntos.

—Oh, Señor... qué ciego he sido... —dijo, avanzando veloz hacia los bancos—. Ya voy, Señor, ya voy...

Los retiraba con extrema facilidad, y éstos caían a ambos lados con un sonoro estrépito. Sorprendía verlo desmontar la barricada pese a su pronunciada delgadez, consumido por un desbocado fervor. Por fin, retiró la última tranca y abrió las dos hojas de par en par.

La noche lo recibió, cargada del hedor que generaban los cadáveres allí congregados. La fría e inesperada brisa nocturna le secó el sudor de la frente. La luz del interior del templo, iluminado por varias decenas de velas, se desparramaba sobre las formas siniestras que esperaban fuera. Más allá sólo había oscuridad: Málaga era un manto espectral apenas iluminado por la luz de las estrellas.

El Padre Isidro, con los brazos en cruz, se ofreció a Ellos. Lo juzgarían, purgarían sus pecados con el santísimo sacramento de la redención. Miró hacia arriba, esperando ser abatido en cualquier momento. En su castigada cabeza se repetía un único mensaje incesante: "Ya voy, Señor, ya voy, Señor, ya voy...". Su sotana, mugrienta, tremolaba en el umbral, con los bajos tornados en jirones descosidos y rasgados.

Puede que fuera debido a su particular percepción de las cosas en aquel momento de entrega y rendición incondicional, pero en la lóbrega noche malagueña, el tiempo se detuvo con el sonido desacelerado de una vieja bobina de cine. El Padre Isidro contuvo su propia respiración; el silencio era tan denso, tan embriagador, que por un instante se sintió transportado. Pensó, incoherentemente, que todo había ocurrido ya, que había muerto, y que ascendía, ascendía hacia los cielos a reunirse con su Dios. Las estrellas parecieron salir a su encuentro.

Entonces bajó la cabeza y miró.

Vio un centenar de ojos sin pupila que lo taladraron con la precisión de un láser, y vio bocas muertas. Tuvo entonces sensaciones contradictorias: sintió debilidad, y sin proponérselo conscientemente, retrocedió un paso. Pero al mismo tiempo, alimentado por una fuerza que nacía de lo más profundo de su creencia religiosa, luchaba por *permanecer*, quedarse y atender los designios que, según creía, le llegaban desde los cielos.

—Oh, Dios mío... Dios mío, por favor, ayúdame... —gimoteó, sintiendo que el labio inferior se agitaba convulsivamente. Sin embargo, consiguió mantenerse firme, cerrando los puños y apretando los músculos del vientre. La brisa comenzó a soplar con más fuerza.

Entonces, como títeres movidos por hilos invisibles, los muertos empezaron a avanzar al unísono, de manera desgarrada. Se balanceaban de un lado a otro, chocaban con los hombros, lanzaban sus brazos hacia delante.

Se quedó quieto, congelado en un instante eterno.

Los muertos le rodearon...

Pasaron de largo.

Los muertos le rodearon, le rozaron con sus cuerpos blancos y empezaron a entrar en la iglesia, buscando, aquejados de frenéticos espasmos. El Padre Isidro pestañeaba, incapaz de comprender lo que pasaba. En cuestión de segundos se vio a sí mismo enterrado en el enjambre de cadáveres, como si fuera uno más. Miraba alrededor, sintiendo una mezcla de náusea, terror y... alivio.

¡No le atacaban! ¡No le arrancaban la carne a jirones, no le mordían, no lo sofocaban con sus manos frías de la tumba! Miraba con una mezcla de fascinación y repugnancia sus rostros descarnados. Uno de ellos, vestido con un traje de pana marrón, lucía una escalofriante herida en el cuello, lo suficientemente profunda como para caminar dando cabezadas. Al que estaba detrás le faltaba todo el maxilar inferior y la lengua le colgaba a un lado, flácida, gris e hinchada. Otro caminaba con una gruesa barra de metal incrustada en el pecho, justo debajo del corazón. Pero ninguno de los resucitados parecía tener interés en él. En absoluto.

"¿Por qué?", se preguntaba. "¿Por qué yo?". Saltaba sin parar de una posible explicación a otra, pero las desechara con la misma rapidez con la que aparecían en su mente. En el ínterin, los cadáveres comenzaron a moverse hacia todas direcciones. Estaba claro que la iglesia, que había sido ocupada por completo, no era ya un objetivo para ellos.

De pronto, en medio de aquel río infecto de muerte y podredumbre, y atormentado por tales pensamientos, lo comprendió. Y aquella comprensión rotunda del hecho indiscutible de que él era salvo, de que había sido juzgado y encontrado *casto* y libre de todo pecado, le hizo tambalearse.

—Oh, Padre... —dijo, mirando hacia el cielo cuajado de estrellas y sintiendo que un nuevo manantial de cálidas lágrimas empezaban a asomar en sus ojos, aquejados del brillo espectral de la demencia—. Guíame, Dios todopoderoso, ¿qué... qué debo

hacer ahora?, ¿a dónde debo ir?

Pero allá arriba las estrellas titilaban, y nada decían. Miraba suplicante hacia todos lados, buscando una respuesta, una señal, un mensaje que él pudiera interpretar. Bien es verdad que, en aquel estado mental, el Padre Isidro podría haber interpretado hasta el vuelo errático de una mosca sobre un montón de mierda, pero el azar fue mucho más que caprichoso en aquella noche.

El viento estaba arreciando. Una pequeña cuartilla de papel traída desde no se sabía dónde le sacó de su ensimismamiento; se le pegó en el pecho, cerca del cuello. El Padre Isidro la cogió, pestañeando. Parecía un texto manuscrito con grandes caracteres.

ESTAMOS VIVOS

Estamos en el 53 de la Plaza de la Merced. Estamos sitiados. Somos 6 supervivientes y necesitamos ayuda médica urgente. Se nos acaba la comida y el AGUA. Por favor vengan a rescatarnos, acceso por tejado posible.

URGENTE

—Vivos... —murmuró el Padre Isidro, mirando la nota y releendo sus palabras, una y otra vez.

Ésa era la señal. Todo encajaba tan suavemente en el puzzle de su destino que casi podía sentir los *hilos* con los que Dios le gobernaba. ¿Cómo se atrevían aquellos seis impuros a intentar escapar del sagrado Juicio Final? Examinó la letra, el acento que faltaba en la palabra "médica". Jóvenes, seguro, o gente baja, calaña que había vivido entregada al pecado. Casi podía imaginárselos, encerrados tanto tiempo en aquel refugio, subyugados ya por la impudicia y... que Dios les perdonase... la fornicación.

—Yo seré el Agua... —comenzó a decir, dando pequeños pasos hacia delante, en dirección a la Plaza de la Merced. Sus ojos eran dos océanos turbulentos viciados de locura—. Yo seré el Agua que os lave, porque yo he sido juzgado. Yo seré la Puerta que os conduzca de vuelta al Reino, al Reino del Señor...

La oscuridad se lo tragó.

XV

—Tenemos que irnos —dijo el joven—. Lo sabes, ¿no?

Ella no contestó inmediatamente. Miraba por el amplio ventanal mientras la lluvia caía copiosamente. Fuera, la ciudad que había amado tanto se sumía en tinieblas, desprovista de la energía eléctrica que antaño iluminaba ventanas y farolas. Sin ella, los edificios eran mortecinas moles erigidas sin aparente concierto; bloques totémicos, vestigios de una cultura que desaparecía rápidamente.

—Estoy lista —dijo al fin.

El joven consultó unos papeles que llevaba sujetos a una carpeta verde.

—Bueno. Hoy toca... —Se acercó al ventanal y, con los ojos entrecerrados, buscó entre los edificios que tenían enfrente. Luego miró sus documentos y por fin señaló una mole grande de muchas plantas y aspecto curvo que se recortaba contra el cielo plomizo—. Ése de ahí.

Susana estudió el edificio.

—¿Quiénes vienen? —preguntó.

—Nosotros dos, Uriguen y Dozer. Susana asintió.

—Mejor.

El campamento tenía a sus chicos, un grupo de limpieza que hacía expediciones prácticamente a diario en los edificios de alrededor. Su misión no era otra que ir limpiando cada piso y clausurándolos. Echaban a los muertos de allí y retiraban los cadáveres. Cuando se encontraban alguna escena de casquería y charcos de sangre, la limpiaban y utilizaban desinfectante generosamente. Esas tareas eran parte del plan de aumentar el perímetro del campamento de Carranque, y aunque resultaba desalentador por su magnitud, psicológicamente les ayudaba bastante. Aunque era un trabajo durísimo, se sentían bien haciéndolo. Cada edificio limpio era un pequeño paso hacia la cordura. Les gustaba ver habitaciones sin muertos vivientes, habitaciones diáfanas sin el terror de la sangre manchando suelos y paredes. Era, en definitiva, como si poco a poco reconquistaran la ciudad.

Uno de los grandes proyectos que siempre habían querido acometer era retirar los coches que bloqueaban las calles adyacentes a las instalaciones. Esto les permitiría acceder de nuevo a la autovía y recorrer toda la costa buscando otros supervivientes. Aranda había sugerido un autobús, con alguna modificación para proteger las grandes ruedas. Había autobuses de lujo por todas partes, que resistirían perfectamente los envites de todas aquellas cosas muertas. También había sugerido

dos cuñas para la parte delantera, por si llegaba el caso de tener que abrirse paso entre una muchedumbre de zombis. Pero antes de acometer todas esas tareas, necesitaban expandir el perímetro de la zona.

Uriguen protestó cuando se le convocó a la expedición. No le gustaban los días nublados, pero mucho menos le gustaban los días de lluvia.

—Zombis y lluvia, qué deliciosa combinación. ¿No podemos hacerlo mañana? —dijo al fin.

—Venga, *hombre* —exclamó Dozer metiendo una *Star 28 PK* en su funda, bajo el brazo. Era la pistola reglamentaria de la policía local. Las habían cogido prestadas de la comisaría que estaba a un kilómetro en dirección sur. También cogieron muchos fusiles *Heckler & Koch* que se habían convertido en una extensión de ellos mismos durante sus incursiones. Aranda había tenido la idea de colocarles linternas magnéticas que se mantenían firmemente sujetas a los cañones y eran fáciles de acoplar y quitar—. ¿Dónde está la parejita?

—José ha ido a buscar a Susana. No creo que tarden mucho.

—Bueno... perfecto para echarme un cigarro. Mierda... —dijo Dozer mientras se palmeaba todos los bolsillos de la camisa y el pantalón—. No me jodas que me he dejado el tabaco en la habitación.

—Yo tengo —dijo Uriguen, pasándole una cajetilla de *Benson & Hedges*.

—Hostia, *Benson*, qué cabrón... —rió Dozer.

—No... voy a fumar *Gold Coast* ahora que el tabaco es gratis.

Dozer soltó una poderosa carcajada.

—No sé por qué me he echado al vicio... —dijo Dozer, exhalando el humo de la primera calada.

—¿No fumabas antes?

—Pues la verdad... no. —Sostenía el cigarro cogido con dos dedos y miraba la cabeza incandescente. Una tenue columna de humo ascendía perezosamente—. Me fumé el primero encerrado en un ascensor, pocos días después de que todo se fuera a la mierda. Estábamos una chica y yo. Creo que se llamaba Sandra. Dirás que es raro eso de fumar en un ascensor, pero habíamos abierto la rejilla de mantenimiento, en el techo, y ella estaba muy nerviosa. Se había ido la luz... ¿Te acuerdas cuántas veces se iba la luz los primeros días?

—Es cierto... —comentó Uriguen, con la mirada ida, sin mirar a ningún punto concreto.

—Era por los reenganches. En Málaga hay dos centrales que producen cuatrocientos megavatios eléctricos cada una, pero las necesidades de la Costa del Sol son de unos mil trescientos, por eso una parte de la energía viene derivada de ciudades como Córdoba o Jaén, y otra parte es compensada por otras fuentes energéticas alternativas.

—¿Como placas solares y torres eólicas, como las de Vélez-Málaga?

—Ajá, justo. Pues esta chica, Sandra, estaba muy nerviosa con los trompicones

del ascensor y prácticamente me suplicó que la dejara fumarse un cigarro. Me dio mucha lástima, sabes, era tan pequeña... que le dije que qué demonios, que me echaba uno con ella. Eso la animó bastante... vaya si cambió cuando sintió la nicotina galopando por sus venas.

Urighuen rió, pensando en la famosa canción de Queco.

—Estuvimos un par de horas encerrados, y cuando salimos... —De repente, la expresión de su rostro se ensombreció—. Bueno, cuando salimos las cosas nunca volvieron a ser las mismas. —Dio una larga calada al cigarro—. Era el ascensor del Corte Inglés, ¿sabes? Nosotros no lo sabíamos entonces, pero cuando el encargado del generador fue a revisar que aguantaba bien el corte del suministro, se llevó una descarga de impresión y se quedó tieso al instante. Por eso acabó fallando el sistema eléctrico y nos quedamos a oscuras tanto tiempo.

—¿Y el encargado se...?

—¿Que si volvió como un zombi de mierda?, ya puedes decirlo. Joder, además fue rapidísimo... Sabes que nunca se sabe cuánto puede tardar alguien en volver a la vida, pero este tío debió de ser un Carl Lewis del puto país de las maravillas de los muertos vivientes.

Urighuen rió como un loco con la ocurrencia.

—Él... bueno, sólo puedo imaginar lo que pasó... me imagino que algún jefe de planta o jefe de mantenimiento bajó allí a ver por qué no estaba funcionando el sistema de generadores. Tenían que tener un *cabreo* de cojones: imagina todo el pillaje que propició la oscuridad casi total en todas las plantas —dijo con una media sonrisa esbozada en los labios—. En fin... creo que no hay que mencionar que el que sea que bajó se encontró con una buena fiesta privada. Y pienso que, quizá, un poco más tarde bajó alguien más, hasta que llegaron a ser un grupo lo suficientemente interesante. Puede que entonces esas cosas dieran con la puerta de salida a las plantas comerciales.

Urighuen no dijo nada. Podía dibujar la escena en su mente: un grupo de zombis abriendo violentamente unas puertas dobles metálicas donde rezaba *Sólo personal autorizado*, llevando monos de trabajo y uniformes con el logotipo del Corte Inglés. Lo peor de los zombis, reflexionó, era verlos vestidos con las ropas que llevaron en vida, en el momento de morir. Los veías con sus trajes de chaqueta y sus batas de personal de limpieza. Y peor: los veías vestidos con la delicada blusa de encajes que una joven adquirió por veinte euros para impresionar a su novio; entonces mirabas hacia arriba y te enfrentabas a un mundo de locura que desbordaba por las pupilas negruzcas y sin vida de lo que un día fue una niña hermosa y llena de vida.

—Estar allí dentro —continuó Dozer—, en la penumbra del ascensor, y escuchar los gritos lejanos de la gente casi acabó con nosotros. Imagínate la oscuridad, la confusión... Como siempre, se propagó rápidamente.

Permanecieron en silencio unos instantes. El cigarro se consumió.

—¿Cómo salisteis de allí?

—Cuando volvió la luz. Pudimos llegar al siguiente piso y abrir las puertas. Había sangre por todas partes.

—Dios...

Dozer se puso bruscamente en pie y empezó a asegurar las cintas de las protecciones acolchadas que llevaba en las espinillas y los muslos, como si quisiera cambiar de tema. Por fin, rompió el silencio de nuevo.

—¿Has estado alguna vez en el cementerio? —preguntó con voz queda.

—No... no se me ocurriría, tal y como están las cosas.

—Yo sí —dijo—. Ve algún día, si sacas cojones. Ve y agudiza el oído. Túmbate sobre una de esas losas y escucha...

—¿Qué quieres decir?

—Algunos están vivos. En sus tumbas. Ahí abajo. Algunos están vivos.

XVI

Nunca usaban la salida de la calle para abandonar las instalaciones; había demasiados cadáveres acechando la verja como para considerarlo siquiera. En su lugar, usaban el alcantarillado para desplazarse por debajo de la ciudad de un punto a otro. La bajada a las alcantarillas se hacía por una escalerilla metálica de mano que descendía cinco metros, lo que hacía esa entrada totalmente inexpugnable. A Aranda le fascinaba también que no quedara ni una sola rata en ninguna parte; era como el viejo mito en el que abandonan el barco antes de zozobrar, y Málaga, en efecto, se hundía en aguas procelosas.

Aquella mañana, el *Escuadrón de la Muerte* de Carranque avanzaba por las alcantarillas. Habían conseguido además un mapa de toda la estructura de túneles y cañerías de Málaga y gracias a él avanzaban a buen paso. A sus pies, un negro caudal de innumbrables ingredientes discurría mansamente por una cuenca de cemento. No existía, a decir verdad, un riesgo excesivo; en todos los corredores de la periferia habían dispuesto cintas de plástico —adquiridas también en la comisaría— que cruzaban los túneles de lado a lado. De aquella manera si cualquiera de esos seres se aventuraba en las alcantarillas lo sabrían enseguida.

Por fin llegaron a la tapa de salida y procedieron como de costumbre: José salió rápidamente, pues era el más ágil y con más precisión en el tiro de los cuatro, y puso rodilla en tierra para cubrir a los que le sucedieron. Llovía bastante y la visibilidad no era muy buena, pero con rápidos movimientos controló todo el perímetro en unos segundos. Procuraban, sin embargo, no disparar en la calle a menos que fuese absolutamente necesario. Habían aprendido que el sonido de los disparos atraía la atención de los caminantes y, a corto plazo, la solución se convertía en parte del problema.

Sin embargo, aquel día los caminantes no eran muchos, y los que había estaban dispersos por la gran rotonda donde habían aparecido. Había varios alrededor, pero el que más le preocupaba era uno vestido con una especie de mono azul que estaba de espaldas a ellos: era enorme, casi tan grande como Dozer, y José sabía que ese tipo de zombis podían desarrollar, en ocasiones, una velocidad y una fuerza desproporcionada. Pensó en volarle la cabeza para evitar problemas, ahora que lo tenía a tiro, pero Uriguen le puso una mano en el hombro. Ya estaban todos fuera, era hora de moverse.

Corrieron agazapados hacia el portal del edificio. El cadáver de una mujer con un vestido raído de color marfil les miraba con una expresión extraña en su

desvencijado rostro, como si no comprendiera lo que veía. José le apuntó brevemente, pero pronto la descartó como peligro potencial y siguió adelante. La lluvia les chorreaba por la frente y les caía en los ojos. Muy pronto alcanzaron el portal.

—Cerrado. ¡De puta madre! —dijo Dozer, contento, tras tironear brevemente de la puerta de doble hoja. Un portal cerrado significaba menos caminantes en el interior.

Uriguen golpeó el cristal con la culata del fusil, introdujo la mano e intentó abrir la puerta desde dentro, pero sin resultado.

—Eléctrica —anunció, apartándose de la puerta con un rápido movimiento. José y Susana apuntaban a los zombis que tenían alrededor. Cada vez eran más los que se volvían hacia ellos, intentando asimilar el concepto de que había nuevas presas al alcance de la mano. Entonces Dozer bajó el fusil y embistió la puerta con una violenta sacudida. El pestillo cedió al tremendo choque y la puerta se abrió.

Ese movimiento terminó por sacar a los zombis de su estado de perplejidad. El cadáver de mono azul que José había identificado se volvió de repente, como sacudido por una descarga, e inmediatamente comenzó a correr hacia ellos. El aire se llenó con los roncós gruñidos de los caminantes.

José ajustó su ángulo con un mínimo movimiento y disparó. El impacto le alcanzó, certero, en la cabeza. Hubo una fuerte sacudida, como si hubiera chocado contra un muro invisible. El disparo hizo volar trozos de cráneo en todas direcciones y lo derribó hacia atrás, haciéndolo caer sobre el asfalto con un sonido acuoso, como un chapoteo.

—¡Adentro! —llamó Susana desde el interior del portal.

José cruzó el umbral y la puerta se cerró tras él. Uriguen tenía ya el soldador de bolsillo en la mano. Empezó a trabajar en el quicio, bloqueando las bisagras. Era una operación que había llevado a cabo muchísimas veces, y tardó un minuto en tenerlo todo listo. Sin embargo, ese tiempo fue suficiente para permitir a un buen número de cadáveres anhelantes acercarse. Mientras la soldadura se llevaba a cabo, Dozer sujetaba la puerta con el peso de su cuerpo y Susana y José apuntaban hacia el interior del portal.

—¡Asegurada! —dijo al fin, cerrando la tapa del soldador y devolviéndolo a su cinturón de herramientas.

—Bien... —dijo Susana, abandonando la posición de fuego de cobertura. Miró a sus compañeros y, poniéndose bizca, parafraseó a la vidente de la famosa película—. Esta... casa... está limpia.

Todos rieron.

No encontraron ningún cadáver en las primeras plantas. Todas las casas estaban vacías, vacíos sus armarios y cajones: sus habitantes se habían largado de allí. En una de las viviendas encontraron un tremendo destrozo: muebles y electrodomésticos habían sido derribados, y todos los enseres se hallaban esparcidos

por todas partes. Fotografías, libros, objetos de decoración... y también abundantes latas de alimentos. Algunos cartones de leche fermentados habían reventado dejando un rastro ya seco y verdusco. El parqué había sido arrancado, a trozos, con delirante devoción. En la pared, alguien había escrito un mensaje con enormes caracteres y tinta oscura y granulosa:

CARO DATA VERMIBUS

—¿Es... latín? —aventuró José, inclinando un poco la cabeza para leer bien las gigantescas letras.

—Es latín, claro, pero... —dijo Uriguen despacio, acercándose a la estremecedora grafía—. *Caro data vermibus...* lo he leído antes... *vermibus... vermis...* como el *De Vermis Mysteriis*, los misterios del gusano, aquel relato de Lovecraft... *caro* es *carnis...* desde luego... —De repente, una sombra cruzó su mirada—. *Data...* el participio de "dar", traducido entonces como "Carne dada a los gusanos". Es cadáver... ca-da-ver. La misma palabra en inglés... casi la misma en francés, alemán...

De repente, calló. Podían imaginar la angustiada y densa demencia a la que se había entregado el propietario de aquel piso a medida que el mundo enloquecía a su alrededor. Salieron en silencio, sin hablar entre sí.

En el cuarto derecha encontraron el cadáver, en avanzado estado de descomposición, de una señora entrada en carnes que había muerto tocando el piano. Llevaba un camisón rosa y su pelo seco y mate estaba enmarañado en lo que parecían ser rulos. También había algunos en el suelo. Sus manos aún se asentaban sobre las teclas cubiertas de polvo. La piel era horrible, un cuero tirante y negruzco que dejaba entrever sus huesos. La habitación estaba impregnada de un olor dulzón penetrante que ninguno pudo aguantar mucho tiempo.

—Afuera con eso —dijo José, poniéndose su mascarilla en la boca. Eran mascarillas comunes, de uso anestésico, de las que abundan en los centros de salud y hospitales.

—Por ahí... —comentó Dozer, señalando la ventana del salón. Ésta daba a la entrada del portal. La abrieron de par en par y, no sin esfuerzo, tiraron el cadáver abajo. Se precipitó con vertiginosa rapidez y acabó aplastando a los zombis que se habían congregado junto a la entrada. Luego echaron una mezcla casera de *Bacplus* y *Bacter 900*, unos desinfectantes bactericidas en polvo, sobre el asiento y el piano.

En la quinta planta encontraron una visión poco común: las puertas del quinto D estaban bloqueadas con un gran sofá, una mesa de escritorio apilada encima y dos grandes tablas cruzando la puerta horizontalmente. Dentro, como habían temido, encontraron varios zombis. Los abatieron sin dificultad, y sus cadáveres fueron arrojados por el balcón. Se estrellaron allá abajo contra el suelo, sobre el cuerpo de la pianista.

—Vamos a descansar un poco —pidió José después de lanzar el último cuerpo.

Como accionado por un resorte, Uriguen se colocó el fusil al hombro, dejándolo colgar del cinto.

—Qué enfermizo... —comentó Susana—. Imaginaos a esos tres encerrados en estas habitaciones tanto tiempo... —Los visualizó en continuo deambular, rebotando contra las paredes, en la oscuridad, dedicados a la tarea de esperar, esperar infinitamente la llegada de nada en concreto.

—Y que lo digas.

José curioseaba por la casa, seguido por Dozer. La mayor parte de los adornos y estanterías habían sido derribados al suelo. Adivinaron también dónde había muerto, al menos, uno de ellos: la cama más grande tenía grandes y oscuras manchas en las sábanas convertidas en un hatillo inmundo.

En otra de las habitaciones encontraron algo interesante. Era una caja rectangular con varios indicadores y diales, y a un lado descansaba un micrófono que parecía ser de los tiempos de cuando el *charlestón* era el último grito en París.

—Coño... —dijo Dozer, sorprendido al ver la caja—. Es... ¿es una emisora de radio! —Se acercó y comenzó a examinarla y hacer girar los diales—. Por lo que se ve es de onda media y larga. Es militar, eso seguro. Mira las cintas que tiene por detrás... debían usarse para llevarla como mochila, en campaña. No estoy muy seguro, pero este modelo podría ser de 1930, o 1934; vi uno similar en la escuela de transmisiones de Guadalajara. Qué fuerte... —dijo, vivamente interesado en el aparato—. ¡Una como ésta podrían haber utilizado los resistentes del Alcazar de Toledo durante la Guerra Civil Española!

—Una emisora de radio... —dijo Susana, que asomaba ahora por la puerta. Volvió a repetir arrastrando lentamente las palabras—: Una... emisora... de radio.

—Aaah, joder... —dijo Dozer, examinando la parte trasera—. Le falta la batería... ¿De cuánto debió ser, en aquella época?, ¿doce voltios?

—Pero una emisora de radio... —dijo Susana—. ¿Cómo no hemos pensado antes en eso?

Dozer y José la miraron, sin comprender.

—¿Qué quieres decir?

—¡Una emisora! ¡De radio! ¡Podemos emitir, quizá alguien nos escuche!... Porque podemos, ¿no? —dijo de pronto, consciente de que no sabía nada de emisoras de radio, y sobre todo, dándose cuenta de que probablemente aquella antigualla había emitido su último código morse muchos, muchos años atrás.

—No lo sé —dijo Dozer, acariciando la lona que recubría el metal de la emisora con la palma extendida de la mano—. Esta belleza podría funcionar a 0,6 megahercios... probablemente. Digamos que, en ausencia de interferencias, el alcance de la onda terrestre de un transmisor de onda media, expresada en kilómetros, es igual a su longitud de onda en metros. Si tenemos suerte, y la emisora funciona a cien metros, podría tener una cobertura de hasta cien kilómetros.

—¡Cien kilómetros! —repitió José, impresionado.

- Llegaríamos a Estepona... y por el este hasta Motril, probablemente.
- Tenemos que probar. —Dozer estaba cada vez más entusiasmado.
- ¿Podrás solucionar lo de la batería? —preguntó José.
- Creo que sí. Algo inventaremos...
- Nos la llevamos —dijo Susana con una gran sonrisa.

XVII

El Escuadrón regresó al campamento sin ninguna incidencia. Uriguen llevaba la radio a la espalda, en forma de macuto. Salieron, como de costumbre, por una ventana de la parte de atrás, ya que el portal estaba ahora infecto de caminantes intentando acceder. Desde allí llegaron a las alcantarillas, donde deshicieron el camino andado hasta el polideportivo.

Unos minutos más tarde, en la sala común del complejo, y en medio de cierta expectación, Uriguen colocaba la emisora de radio sobre la mesa. Aranda la examinó con manifiesto interés.

—¿Podemos emitir con esto y nos escucharán con cualquier aparato de radio convencional? —fue su primera pregunta.

—En toda la provincia —confirmó Dozer—. Eso seguro. No vamos a tener ninguna interferencia en absoluto... todo el espectro para nosotros.

—¿Funciona? —preguntó un hombre con una poblada barba pelirroja.

—Es lo que tenemos que averiguar. Por lo pronto, le falta la batería. Quiero decir, completamente. Podría intentar algún apaño para enchufarla a uno de nuestros generadores... —dijo pensativamente—, pero podría quemarla de forma irremediable. Recuerdo que había unas baterías recargables de 1,2 amperios... eran especiales para conectar equipos de electro-medicina, microcámaras, receptores y cosas así...

—De las de 500 gramos —dijo José—. Las conozco.

—Eso es. Si pudiéramos echarle el guante a una de esas... Susana amartilló su fusil con un firme movimiento.

—Nenas, coged vuestros bolsos... ¡vamos de compras!

Al día siguiente, el interruptor de encendido de la emisora prestaba todo un nuevo caudal de vida al aparato por obra y gracia de la nueva *batería*. Dozer estaba encantado con el dispositivo. Habían grabado un mensaje indicando dónde estaban, cuántos eran, y muchos otros datos como la sugerencia del acceso por las alcantarillas. Lo transmitían ininterrumpidamente.

—¿Crees que alguien lo escuchará? —preguntó Peter, un hombre de pelo rojizo y el rostro surcado por una miríada de arrugas. Estaban en la pequeña oficina donde habían instalado la emisora. La luz crepuscular del atardecer se filtraba, tenue, por una pequeña ventana.

—Seguro —dijo Dozer. Intentaba, sin mucho éxito, abrir una de esas bolas de plástico cargadas de pastillas de chicle—. Bien, mira... imagina que has sobrevivido y

estás escondido, en tu casa, en una oficina, donde sea... vas resistiendo pero ya no hay agua, la comida termina agotándose y no puedes salir a comprar precisamente. Así que esperas que alguien te rescate; ¿qué harías? No hay electricidad, Internet no funciona, no hay ninguna emisión de televisión. Pero los aparatos de radio son otra cosa. Hay toneladas de pilas por todas partes, y muchos de esos transistores, sobre todo los viejos, aguantan semanas enteras con un par de las gordas.

—Sí, suena como un buen plan.

Dozer miró por la ventana. Las nubes se desgranaban en tonalidades rosas y azules, teñidas por los últimos rayos del sol.

—Estoy... estoy seguro de que hay más gente.

—Será fantástico encontrar más gente... —dijo Peter, un poco incómodo por el deje de amargura que registró en la voz de Dozer.

—Cuando todo se fue a tomar por culo, ¿sabes?, acabábamos de comprar una barbacoa... Nunca había tenido una barbacoa antes.

Sé que eso deja mi hombría en entredicho —dijo con una sonrisa—, pero es cierto. Compré una grande, de ésas que requieren obra para instalarla. Cuando la estaba metiendo en la furgoneta, un tipo se paró y se ofreció a ayudarme, así que acepté, y cuando terminamos, el tipo me felicitó por la compra. Eso me gustó, ¿sabes a qué me refiero?, o sea, ¿cuántas veces encuentras a alguien así? Pues cuando llegué a casa, otro tío me ve bajando la barbacoa, se acerca con una sonrisa y me dice "¿cuándo es la barbacoa?". Y se queda allí un rato hablando de ese modelo y del que él tiene en el jardín de sus suegros. Pues escucha... llego a casa, le pregunto a mi vecino que si me puede ayudar a hacer el encofrado para montar la barbacoa y me dice que por supuesto... aparece con latas de cerveza. Es verano, hace buen tiempo y pasamos algunas horas charlando sobre las especificaciones de la barbacoa mientras hacemos el trabajo. Cuando terminamos, su mujer viene a buscarlo, ve mis discos al pasar por el salón y descubrimos que es una fan de El Último de la Fila, como yo. En serio... me sentí como si, de repente, hubiera ingresado en una especie de club que ni siquiera sabía que existía.

Peter soltó una carcajada, y por unos instantes rieron de buena gana. La risa se desvaneció, no obstante, y compartieron un rato de silencio, sumidos en ensoñaciones y recuerdos de un pasado que parecía tan remoto como irrecuperable.

—Es curioso... —dijo Peter de pronto—. Pasé la mayor parte de mi juventud como en una antesala, siempre esperando que pasase algo con mi vida, como si aún no hubiese empezado. ¿Conoces esa sensación?; como cuando te hablan de no sé qué sitio que es la leche, y un buen domingo organizas toda una excursión para ir allí, y recorres todo ese *laaaargo* camino esperando llegar al final, y cuando llegas... cuando llegas descubres que en realidad no era para tanto, y que en realidad, el *camino* en sí era lo que merecía la pena. Pero cuando descubres eso, ya es tarde, naturalmente. Pues, *joder*, eso es lo que yo siento que pasó con mi juventud.

Dozer, que había estado jugueteando con una vieja grapadora hasta ese

momento, detectó el cambio en la inflexión de la voz y le miró con interés.

—Ahora tengo *maravillosos* recuerdos de aquella época, pero como te decía, cuando la viví no fui consciente de que *era*, de hecho, maravillosa. Recuerdo... recuerdo aquellos larguísimos veranos, las piedras romas y gastadas calentadas por el sol en la playa. ¿Y qué me dices del indescriptible olor a césped recién cortado?, o el embriagador aroma a *Copertone* que las extranjeras dejaban tras de sí cuando te cruzabas con ellas, o el olor a sal que se quedaba impregnado en aquellas colchonetas descoloridas que solía haber en Playamar. ¿Y la sensación impagable de tener todo el tiempo del mundo, sentir cada día que todo marchaba bien, y la paz de espíritu que daba el saber que nadie esperaba gran cosa de ti? Dios, qué bueno era todo aquello.

—Muchas de esas cosas no volverán ya, tío —dijo Dozer, a quien la evocación de todas aquellas sensaciones había dejado pensativo.

—A eso me refiero. Éste es el final, como decía la canción de Morrison. Y siento una profunda tristeza por no haberme dado cuenta de lo increíble que era la vida, cuando la vida me rodeaba.

Inmersos en aquellos lúgubres pensamientos, dejaron que el silencio bañara la estancia. La noche llegaba, y desdibujaba con rapidez las formas de los muebles a su alrededor.

La raza humana siempre había divagado sobre multitud de posibles amenazas, desde meteoritos gigantes con ciertas posibilidades de entrar en curso de colisión con la Tierra hasta la descongelación de los casquetes polares, pasando por la amenaza nuclear que tan en boga estuvo por los ochenta. Pero nunca pensaron que la humanidad se vería sometida por esa piedra filosofal que tanto ansiaba, el sueño loco y quimérico de vagar por la tierra atrapados en una horrible forma de vida eterna.

La llegada de la radio tuvo, además, un efecto de inyección moral en la Comunidad. Esa nueva esperanza anidó en los corazones de los supervivientes y durante días fue el tema de conversación preferido por todos. Buscaban cualquier excusa para desviarse de sus quehaceres y dejarse caer por la pequeña oficina. Preguntaban por el estado de la radio y sonreían cuando se les informaba de que la radio funcionaba bien, gracias, y que no, no hacía falta ningún sistema de refrigeración adicional, ni ningún soporte de madera aislante para asegurar que el pequeño trasto cogiera humedad o estática, como sugirió un carpintero llamado Diego que deseaba, a toda costa, contribuir a la noble empresa de propagar el mensaje. Una ingeniera de Siemens sugirió estudiar el mecanismo de la radio para construir un segundo aparato, preocupada por la posibilidad de que dejara de funcionar, dada su antigüedad.

Aranda decidió aprovechar el buen talante cooperativo de los supervivientes para poner sobre la mesa una idea que había estado barajando prácticamente desde que se instaló en el polideportivo. Lo vieron cuando, utilizando las alcantarillas, consiguieron llegar hasta la comisaría de policía que estaba más o menos a un kilómetro y medio hacia el sur. Era azul y blanco, espectacular, y arrancaba hermosos

destellos al sol asentado sobre su plataforma en el tejado del edificio: un hermoso helicóptero de pequeño tamaño. Aranda lo expuso en una de las muchas reuniones de control que celebraban: quería volver allí e intentar pilotarlo.

—Es una locura, Juan —cortó uno de los asistentes—. Pilotar un helicóptero no es como probar a conducir un coche aun sin tener ni idea. Quizá puedas elevarte un poco, pero lo más normal es que derives rápidamente a un lado o a otro y te precipites hacia el asfalto que está cuatro pisos más abajo. Esa caída, cuando vas envuelto en una jaula de hierro con un rotor girando a gran velocidad sobre tu cabeza, sólo tiene un final posible.

Hubo varias voces mostrándose de acuerdo con esa opinión. La mayoría de las miradas se constituían en una clara negativa a la propuesta, pero Aranda continuó, impasible. Su voz de mando, un don natural del que nunca había sido consciente, devolvió el silencio a los asistentes.

—Un helicóptero solucionará, de manera definitiva, nuestro problema principal: la maniobrabilidad. Llevamos *meses* limpiando los edificios circundantes, con la esperanza de poder aumentar el perímetro de la comunidad, pero cada vez que nuestro equipo sale a la calle, constituye un riesgo demasiado evidente como para que podamos resistirnos a la idea de que, algún día... sufriremos una baja.

De nuevo, unos murmullos apagados recorrieron la sala. Aranda dejó que se extinguieran por sí solos antes de proseguir.

—Hay un buen número de soluciones disponibles en esta ciudad que podrían hacer nuestro trabajo más fácil, más seguro. Pensemos en... ametralladoras, lanzallamas... todas esas cosas están disponibles si podemos pensar cuidadosamente en las posibilidades, pero intentar llegar hasta ellas se nos antoja imposible. Las autopistas están colapsadas, las calles inundadas de caminantes. Pensemos también en... —barrió la sala con la mirada— otros supervivientes. Qué fácil... qué sencillo sería dejarse ver desde el cielo, sobrevolar la ciudad, toda la Costa del Sol, las innumerables urbanizaciones que se extienden por todas partes buscando otros núcleos de resistencia. Gente que, como nosotros, han conseguido crear núcleos fortificados y esperan que alguien dé un paso para terminar con el sitio que los caminantes imponen sobre ellos. Por todo esto quisiera, en primer lugar, preguntar a la sala si alguien tiene alguna idea sobre cómo pilotar un helicóptero.

Hubo un silencio repentino. Las cabezas se volvían, buscando alguna reacción entre sus compañeros. Algunos negaban con la cabeza, y aunque el discurso de Aranda había hecho que muchos se replanteasen la situación, todos entendían que sus gestos eran de reprobación, no de respuesta.

Por fin, un chico joven de aspecto delicado, que había estado dedicándose exclusivamente a las tareas de mantenimiento de la piscina, levantó una mano.

—¿Jaime? —preguntó Aranda. Todas las cabezas se volvieron.

—El helicóptero tiene tres mandos diferentes —dijo despacio tras unos segundos—. El cíclico, que controla la inclinación a izquierda y derecha, y el cabeceo;

permite inclinar el morro arriba y abajo, variando el plano de rotación del rotor principal. El colectivo controla la potencia, el ángulo de las palas del rotor principal, para subir y bajar. Los pedales controlan el giro a derecha e izquierda variando el ángulo de las palas del rotor de cola. —Dudó un momento—. Existe también el mando del motor, que generalmente es automático, aunque algunos son manuales.

Jaime calló, e incapaz de sostener la mirada de Aranda por más tiempo, bajó la cabeza, concentrándose en jugar con sus manos. La sala se llenó con un rumor producido por numerosos comentarios en voz baja.

—Jaime... —preguntó Aranda, escrutando su juvenil rostro. ¿Cuántos años debía tener, diecinueve, veintidós?—. ¿Has pilotado alguna vez un helicóptero?

—E-en realidad no. Aranda pestañeó, perplejo.

—¿Cómo sabes esas cosas? —preguntó.

Jaime jugó de nuevo con sus propias manos antes de responder.

—Bueno..., yo... lo aprendí en un... simulador de vuelo.

—¡RIDÍCULO! —chilló alguien inmediatamente, y la sala entera se entregó a un griterío de opiniones entremezcladas como no lo había conocido antes. Un par de chicas abandonaron la reunión dando grandes pasos hacia las dobles puertas de salida. Aranda tuvo que rogar silencio durante casi un minuto antes de recobrar el control, pero por fin pudo volver a dirigirse a Jaime.

—Jaime... ¿qué tipo de simulador de vuelo era ése?

Durante unos instantes, que a Aranda le parecieron eternos, Jaime no contestó. Su rostro estaba encendido por la tensión a la que se le había sometido, por sentirse foco de la atención de todos. Miró vagamente a su alrededor. Allí estaban todos. Todos los demás. Los conocía a todos ellos. Allí estaba Peter... Elena... Ramón... Ramón le miraba ceñudo, nunca le había visto así, pero aunque no se le ocurría ninguna razón por la que pudiera estar enfadado con él, sin embargo así era.

—Yo... —empezó a decir, sintiendo la lengua rasposa—. No era... quiero decir, era un simulador de verdad. Era el mismo que usan en las academias de vuelo... Usan ese tipo de *software* para ahorrar combustible y evitar riesgos innecesarios con aparatos de verdad. Normalmente, cuando tienes al menos cuarenta horas de vuelo en simulador puedes... puedes pasar a la cabina de uno de verdad. Bueno..., ese *software* se usa en cabinas simuladas donde los mandos y los asientos son totalmente realistas... y no miras una pantalla, sino que toda la carlinga es una pantalla en sí misma, así la sensación de inmersión es completa. Pero yo utilizaba una versión pirata de ese *software*, el FLYIT, y... estaba adaptada para funcionar con un mando de consola tradicional, y una pantalla estándar de PC, así que no sabría... no sabría decir si podría pilotar un helicóptero o no. Oh, y hay otra cosa... —añadió con rapidez—, los helicópteros que usaban la Guardia Civil o la Policía Nacional son los EC135, creo recordar, y FLYIT sólo emulaba los *Bell*, *Robinson*, *Enstrom* y algún otro. Así que...

Tan pronto hubo añadido esa aclaración, volvió a bajar la cabeza; sus mejillas estaban tan rojas que parecía haber pasado todo el día tumbado bajo el sol de agosto.

Otra vez el murmullo de los comentarios llenó la sala. Pero Aranda notó el cambio: las expresiones en las caras ya no eran de manifiesto rechazo; comenzaban a aceptar la posibilidad. En las dos horas siguientes acordaron estudiar el tema con la debida calma y minuciosidad. Muchos de los miembros de la pequeña comunidad de Carranque aún estaban en contra de intentar siquiera pilotar el helicóptero, pero Aranda estaba satisfecho: había plantado su semilla, y vaya si estaba creciendo rápido y fuerte.

XVIII

Los días siguientes a la caída de David por el callejón no fueron fáciles. Un velo oscuro y ominoso, denso como la niebla fría en un prado escocés, parecía haberse tejido en la casa. No hablaron mucho entre ellos. Isabel permanecía todo el día en su cuarto, no bajaba a comer ni subía arriba a esperar a que su caballero andante apareciese en su caballo blanco. John tuvo unas pesadillas delirantes; soñaba que el suelo, que se había vuelto de tierra negra y seca, se abría para tragárselo. Mary, quien pasaba con él la mayor parte del tiempo, le puso paños húmedos e intentó consolarlo, pero estaba empeorando a ojos vista, y en los escasos periodos de lucidez que ofreció aquellos días ni siquiera se atrevieron a contarle lo de la muerte de David.

Roberto, el quinto superviviente, se concentraba en cocinar y limpiar. Decía que eso le ayudaba a seguir cuerdo, y le dejaban hacer. Aún era capaz de recordar el olor a humo que dominaba la cocina de su abuela. Las paredes, elaboradas con delgadas ramas, dejaban entrar los suaves rayos del sol mientras el humo del fogón de barro se mezclaba con una suave danza aromatizada con el olor del café y las tortitas recién cocidas. La memoria del caldo de pollo siempre le traía veladas sonrisas.

Una tarde, sin embargo, Arturo llevó a Roberto a la azotea para hablar con él en privado.

—Me preocupa John... —dijo.

—Lo sé...

—No, no lo entiendes... Roberto le miró con curiosidad.

—¿Qué pasa si... muere? —soltó Arturo sin muchas ceremonias.

—¿Qué pasa si muere? —repitió Roberto en voz baja, como para sí. Por fin, levantó la vista hacia su amigo, con los ojos abiertos de par en par—. Si muere... ¡si muere se...! —Se llevó ambas manos a la cara, tapándose la boca para no tener que decirlo.

Arturo asintió.

—Si muere... —dijo despacio—, *volverá...*

Roberto anduvo un rato de un lado a otro, con las manos en la cintura a modo de jarra y mirando el suelo.

—Es como esas putas películas...

—Sí.

—¡Está con Mary!

—Sí.

—¿Cuánto tardan en...?

No lo sé. Pero creo que es bastante rápido.

—Tenemos que sacarla de allí.

—No la vas a convencer... y no creo que hablarle de lo que podría ocurrir en caso de que John muera sea lo que necesita dadas las circunstancias.

Roberto le miró, como si no comprendiera. Tenía las venas del cuello hinchadas.

—¿Y qué hacemos? —preguntó, subiendo el tono—. ¿Esperamos a que John muera, se convierta en un zombi de mierda, y le arranque a Mary la cabeza sin que nadie se dé cuenta, eh? ¿Y qué pasará cuando Isabel o tú o yo nos los encontremos a los dos en el pasillo, bloqueando el paso con sus ojos en blanco?, ¿les abrimos la puerta para que se vayan, eh? ¡Qué, dime! ¿Les damos en la cabeza con una puta lata de Fanta?

Arturo lo tranquilizó, poniendo ambas manos en sus hombros.

—Sólo digo que John no puede estar solo con una única persona en la habitación. Está mucho peor. Está amarillo. Ayer limpié su bacina, y sus heces son líquidas... fluorescentes y espumosas. Creo que se va, Rober.

Roberto pestañeó.

—¿Y qué hacemos si muere? —preguntó de pronto, de nuevo invadido por esa sensación de presión en el pecho que ya conocía tan bien.

Arturo carraspeó. Estaba visiblemente incómodo.

—Pensé en dejarlo encerrado, pero no sé si esas puertas interiores aguantarán mucho. Hay que... darle en la cabeza. Un golpe contundente, ¿entiendes? No conozco ninguna otra cosa que funcione con... cuando... —Se calló de pronto.

—Pero tío... —dijo Roberto, con las manos de nuevo en ambas sienes—, ¿qué dices, tío?

—Escucha, hay que hacerlo. Métetelo en la cabeza. Piensa en ello mientras estás allí... porque *hay* que hacerlo.

Roberto se daba cuenta, claro. No había sobrevivido a la agonía indecible de una ciudad que se había ido muriendo poco a poco para no comprender que no había otra salida. Sin embargo, había intentado construir un muro a su alrededor, mantenerse alejado de todo aquel horror en la medida de lo posible, bien con la cocina o con las tareas de limpieza. Cuando fregaba los suelos, usaba abundante lejía. Le gustaba el olor a lejía, porque la lejía desinfectaba y mataba la podredumbre. Le gustaba cocinar, y poder dedicarle mucho tiempo a preparar una simple cacerola de lentejas porque representaba lo cotidiano, lo saludable, y le ayudaba a mantener viva la esperanza.

—Vale... —dijo al fin—. Voy abajo, con Mary. Podemos hacerlo por turnos. ¿Crees que podemos hablar con Isabel de esto?, ¿que nos ayude?

—Por ahora no. Es una romántica, la conoces... la muerte de David la ha destrozado.

Asintió, pero no dijo nada más. Desapareció por las escaleras y dejó a Arturo

sumido en lúgubres pensamientos.

En los días siguientes, John durmió casi todo el tiempo. Aún sudaba, y su rostro había adquirido un color cetrino que le daba el aspecto de una máscara de cera. Roberto y Mary tuvieron ocasión de hablar y conocerse, y descubrieron que pasar tiempo juntos les gustaba. Roberto era mejicano, y cuando tenía sólo catorce años cogió el pequeño barco de su padre, única herencia que le había quedado, y navegó hacia Japón. Allí tuvo interesantes experiencias, y a Mary le gustaba escucharlas todas, algunas de ellas varias veces. Cuando Arturo apareció con un poco de caldo de puchero caliente para tomar el relevo, encontró a Mary riendo, y el cambio le animó. Pasaron unas horas juntos, sentados en el suelo y charlando de trivialidades.

Al día siguiente, Isabel hizo una tímida excursión fuera de su cuarto. Apareció en el desayuno, y todos celebraron su presencia. Estaba pálida y tenía grandes ojeras y los ojos hinchados, pero al menos consiguió responder a las bromas con una sonrisa y comer su magdalena. Tampoco entonces quisieron tocar ningún tema importante y la mayor parte de la conversación giró en torno a establecer teorías sobre cómo preparar café sin agua y sin electricidad.

A las once y cuarto de la mañana, Isabel se detuvo en mitad del pasillo cuando se dirigía a traer provisiones del supermercado. Le parecía escuchar un soniquete lejano, que venía de alguna parte indefinida. Era como una canción, como si alguien entonara una canción. La tonadilla tenía un tono melancólico y triste. ¿De dónde venía? Giró sobre sí misma para tratar de localizar la fuente del sonido y entonces comprendió que le llegaba a través de la ventana entreabierta. Su corazón dio un vuelco. ¡Un sonido de la calle! ¡Una canción! Se asomó con rapidez y miró en todas direcciones... al principio sólo vio la misma escena que todos los malditos días; los actores de siempre estaban todos en su sitio, puntuales, repitiendo su errático baile. Y de repente, lo vio.

Era un hombre alto e increíblemente delgado, de largos cabellos de color blancuzco. Estaba debajo de un árbol, a no mucha distancia de la ventana. Vestía levita y una sotana raída, y la miraba directamente a ella. Sus ojos eran dos puntos brillantes que habían atrapado su mirada. Y cantaba, cantaba con voz grave y anciana una vieja canción que Isabel creía haber escuchado antes en alguna otra parte.

*En el barranco del Lobo
hay una fuente que mana
sangre de los españoles.
Hay pobrecitas madres, cuánto llorarán
al ver a sus hijos que a la guerra van.
Málaga ya no es un pueblo
Málaga es un matadero
donde se matan los hombres*

como si fueran corderos.

Isabel no conseguía comprender. Ese hombre estaba allí, con sus piernas abiertas y los brazos extendidos a ambos lados, *cantando*, pero los muertos caminaban a su alrededor sin reparar en él. La escena tenía un aire surrealista que la mantuvo hipnotizada durante un buen rato.

*Málaga es un matadero
donde se matan los hombres
como si fueran corderos*

Por fin, sacudió la cabeza y se pasó una mano por el rostro. Tenía la boca *tan* seca. El hombre con sotana sonrió. Sus dientes, perfectamente alineados, eran grandes y tenían el color del marfil viejo. Despacio, levantó el brazo cuan largo era: sujetaba una pequeña cuartilla de papel. Desde esa distancia, Isabel no podía leer lo que ponía, pero reconoció la estructura de las letras; era una de sus cartas, una de las hojas de socorro que habían arrojado desde el tejado.

Entonces ocurrieron otras cosas a la vez.

Mary, en una de las habitaciones contiguas, chilló. Fue un grito largo y agudo, tan estremecedor que Isabel no pudo evitar dar un respingo. Su corazón se desbocó. Sin apartarse de la ventana, miró por el pasillo en dirección a la habitación. En su mente se dibujaron varias imágenes en rápida sucesión; eran como fotografías en blanco y negro, pero representadas con contundente claridad. Vio a Mary, en la habitación con John. Este se hallaba de pie sobre la cama. Tosía sangre, pero eso no parecía importarle; tenía la mirada fija en Mary, y era una mirada cruel.

Isabel corrió, llamando a gritos a Arturo y a Roberto. El mejicano se le adelantó, salía del lavabo cuando ella pasaba. Llegaron a la puerta del cuarto y él aprovechó el impulso de la carrera para derribarla con el hombro, sin darse tiempo a girar el picaporte. La puerta se abrió con un fuerte estruendo.

John estaba acorralado contra una esquina. Mary había volcado el somier de la cama y lo mantenía apretado contra él. Tenía los brazos extendidos y hacía fuerza con todo su cuerpo.

—¡A-ayudadme! —pidió, con voz temblorosa.

Corrieron a ayudarla. John sacudía los brazos, intentando agarrar a alguien. Mary, exhausta, se retiró del somier y cayó derrengada a un lado. Estaba demasiado asustada para romper a llorar, pero hipaba terriblemente.

—¡N-n-no me di c-cuenta! —decía, sin poder dejar de mirar a su amigo resucitado—. De repente él... él se...

John profirió un gruñido ronco.

Arturo apareció en la habitación, con los ojos espantados.

—John... —dijo en voz baja, incapaz de asimilar la escena que tenía ante sí.

—¡Sácalas de aquí, hombre! —dijo Roberto, haciendo presión con el somier. John se debatía cada vez con más furia.

Arturo no reaccionó inmediatamente, pero por fin relevó a Isabel con el somier y ella pudo ayudar a su amiga a incorporarse. Una vez hubieron salido, el mejicano se volvió hacia Arturo. Tenía una pregunta que luchaba por salir, pero le costó esfuerzo formular.

—¿Con qué lo hacemos?

Arturo le devolvió la mirada. En ella, sin embargo, se podía leer con meridiana claridad que no tenía ni la menor idea.

En el pasillo, las chicas se abrazaban. No había conocido mucho a John, pero sabía que su amiga había pasado incontables horas prodigando sus cuidados a aquel irlandés.

—Ven, vámonos... vamos a la cocina —dijo Isabel, intentando llevársela de allí.

Caminaron por el pasillo, aún cogidas por las manos, alejándose de los gruñidos hoscos y estentóreos que salían de la habitación. Cuando pasaron al lado de la ventana, Isabel recordó (*como si fueran corderos*) al hombre con la sotana raída y los dientes grandes. Echó un vistazo, inquieta, pero ya no estaba; allí abajo sólo quedaban los muertos. Debajo del árbol, una suave brisa arrastraba una cuartilla de papel entre los pies de aquellos monstruos.

Entonces escucharon un fuerte sonido que levantó ecos apagados en las escaleras y que parecía provenir del piso de abajo. Allí, no obstante, sólo estaba el portal, el ascensor, y unas pequeñas habitaciones que constituían la portería. Nunca bajaban, allí sólo les esperaba la improvisada barricada que habían levantado para tratar de sellar la gran puerta de doble hoja que conducía a la calle. Permanecieron abrazadas, escuchando expectantes. Casi al mismo tiempo hubo un segundo golpe. Y un tercero. Tenían una cadencia contundente, casi opresiva.

—¡Isabel! —llamó el mejicano desde lejos—. ¡¿Qué pasa?!

Pero las chicas no contestaron, estaban absortas en los escalones que conducían a la oscuridad total de la planta baja. Un cuarto golpe vino acompañado de un crujido terrible, que a Isabel le trajo el recuerdo vivido de la tabla que mató a David. Al mismo tiempo, la oscuridad de la planta baja se retiró, ahuyentada por una inesperada fuente de luz. Isabel chilló sin poder contenerse; ahora sabía a qué pertenecían los ruidos. No sabía cómo, pero habían echado la puerta abajo. Era la luz de la calle que se desparramaba por el portal.

—¡ROOBERTOOOO! —gritó Isabel.

Dentro de la habitación, los dos jóvenes tenían dificultades para controlar a John. Cada vez estaba más encolerizado; sacudía las manos haciendo enormes aspavientos, y abría la boca lanzando embestidas y dentelladas al aire. Sus envites eran también más fuertes. Apretaban el somier contra él, pero necesitaban de toda su fuerza para retenerlo.

—¡T-te dejo, Arturo! —anunció Roberto, levantando la voz por encima de los

gruñidos animales—. ¿Vale?, ¡¿lo tienes?!

—¡Date prisa! —dijo Arturo, poniendo todo su cuerpo sobre el somier. Empleaba los brazos para alejar los manotazos del muerto.

Por fin, Roberto soltó el somier y salió a toda prisa de la habitación. Su objetivo era la habitación contigua. Había allí un cenicero de pie, muy pesado, hecho de metal bruñido; sería suficiente para devolver a John al dulce letargo de donde no debía haberse despertado. Pero en el pasillo reparó en las dos chicas; miraban el hueco de la escalera, inmóviles y agazapadas.

Y entonces lo escuchó... era una especie de canción, cargada de tintes melancólicos. Alguien cantaba, su voz subía, grave y profunda, desde el portal.

*En el barranco del Lobo
hay una fuente que mana
sangre de los españoles.*

—¡Isabel! —llamó.

Isabel se giró, pero en la expresión de su rostro vio que tampoco ella sabía qué pasaba.

—¡¿Quién es?! —preguntó de nuevo.

—¡DATE PRISA, JODER, DATE PRISA! —gritó Arturo desde la habitación. Su voz denotaba un tremendo esfuerzo físico. Roberto se debatió entre ir a por el cenicero de metal o averiguar qué pasaba en el portal. Pero entonces Mary gritó, y aquel grito horrible le congeló en el quicio de la puerta donde estaba. Gritó tanto que tuvo que doblarse sobre sí misma para poder sacar todo el aire; la cara se le puso roja del esfuerzo. Isabel estaba a su lado, temblando como una hoja en un vendaval.

Eso le decidió. Corrió la distancia que le separaba de las dos chicas y pasó por delante de ellas para asomarse a las escaleras. Allí se encontró de frente con una de esas cosas, vestida con una sucia camisa gris y unos vaqueros. Faltaba gran parte de su pelo ralo y rizado, y en su lugar la piel se hallaba contraída y enrojecida como si hubiera sufrido una aparatosa quemadura. Detrás suya subía desmañadamente otro de los zombis. Le miraba con ceñuda preocupación con su único ojo sin pupila. Y detrás de éstos había un tercero, y un cuarto, y aun más... Subían en confuso tropel por las escaleras. "Son los muertos", pensó; "los muertos han entrado, han entrado". Pero vio algo más. Recostado contra la pared, a un lado, había un hombre. Supo enseguida que no era uno de los muertos vivientes por el brillo despiadado de sus ojos, por su sonrisa perfecta. Llevaba una machota en la mano y con la otra empujaba a los muertos hacia arriba. Le miraba a él y asentía.

Trastabilló, intentando apartarse de aquella visión enloquecedora. Su mente era un disco rayado que no parecía llegar a ninguna conclusión, encallada sin remedio en el mismo punto de la línea de pensamiento: *han-entrado-han-entrado-han-entrado*. El hombre de la machota, con una voz burlona pero poderosa, le sacó de su estado de

shock bramando desde su posición en las escaleras:

—¡Cuando Él abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto ser viviente que decía: ¡Ven! Y miré, y vi un caballo. ¡El que lo montaba tenía por nombre *Muerte*, y el Hades lo seguía: y les fue dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, con mortandad y con las fieras de la tierra!

Cuando el primero de los zombis estaba ya a muy poca distancia de Roberto, Isabel lo cogió por el cuello de la camiseta y tironeó fuertemente hacia sí. Roberto se combó a un lado, caminó dos pasos y reaccionó incorporándose con rapidez. Miró a Isabel, perplejo.

—¡ARRIBA, VAMOS, ARRIBA! —gritó Isabel. Llevaba a Mary cogida por un brazo. Ésta parecía estar fuera de sí; tenía el rostro contraído y enrojecido. Sus ojos eran ventanas a una habitación vacía: no había nadie allí que gobernase el barco.

—Pero Arturo... —dijo Roberto casi en un susurro. Corrieron hacia el siguiente tramo de escaleras y él envió a las chicas arriba, después siguió por el corredor y se asomó a la habitación de John. Primero vio el colchón, que estaba ahora caído en el centro de la sala. Tenía una gran mancha de color oscuro que era casi tan grande como ancho era. Tumbado encima del colchón estaba Arturo, con los pies sobre el suelo. Una de las piernas se sacudía con febril agitación, como aquejada de involuntarios espasmos. Se agarraba el cuello con ambas manos y miraba el techo con una mueca de dolor en el rostro. De allí manaba abundante la sangre, que teñía sus manos y su pecho. Parecía querer decir algo, pero de su boca sólo salían pompas de saliva con tintes rojos. John estaba de pie, a su lado, tenía la boca bañada de sangre y le miraba. Su postura era animal: ambos brazos en actitud amenazante con los dedos trocados en garras despiadadas, las piernas flexionadas y el cuerpo ligeramente adelantado.

Roberto gritó:

—¡JOHN!

El muerto viviente se volvió tan rápidamente que el mejicano se sorprendió. Notaba cómo el terror que había experimentado hacía pocos segundos se estaba convirtiendo en un torrente de furia. Apretó los puños. La adrenalina tensaba todos sus músculos.

Fuera, en el pasillo, el hombre del monumental mazo gritaba: "¡Ahora todo lo hago nuevo; yo soy el Alfa y la Omega!". Roberto, a punto de lanzarse sobre John para derribarlo a golpes, se contuvo en el último momento. Tenía que pensar en Mary... tenía que pensar en Isabel. Echó un rápido vistazo a Arturo. Su mano caía desmayadamente a un lado en ese momento. Su rostro estaba flácido, un pequeño caudal de sangre se escapaba por la comisura de su boca y se deslizaba tímidamente hasta su cuello.

Salió corriendo, batiendo el suelo con una nueva e inesperada energía. Casi podía sentir a John, persiguiéndole. Los muertos vivientes habían invadido ya la mitad del corredor. Aquel hombre demencial que los dirigía seguía empujándolos

hacia delante. "Jesús... lleva sotana", pensó Roberto, fijándose por primera vez en su ropa.

Trepó con rapidez por las escaleras. Los muertos parecían estar reaccionando a sus carreras; estaban excitándose y ganaban velocidad con cada movimiento. Sus pasos eran más rápidos, proferían ininteligibles gruñidos cada vez con mayor frecuencia, y le miraban directamente a él mientras alargaban las manos crispadas.

—¡Raza de víboras! —decía el sacerdote—. ¡¿Cómo escaparéis al Juicio Divino?!

En ese momento, Roberto dio un traspiés y cayó sobre los escalones. La rodilla derecha estalló con una explosión de dolor punzante e intenso. Cerró los ojos unos segundos, intentando controlar la sensación de quemazón pulsante, y después pudo mirar hacia atrás para ver quién le perseguía. Allí estaba ya John, alargando una mano para cogerle del pie.

El mejicano reaccionó con rapidez: contrajo la pierna sana y le propinó un fuerte golpe. Fue como golpear una almohada, John no acusaba dolor. Le cogió del pie y tiró hacia sí, buscaba su carne con su boca muerta. Pero Roberto, viéndose preso, sacó fuerzas para dirigirle una serie de patadas. La cadencia pasmosa con la que le lanzó la tanda de golpes consiguió librarle de la mano que lo atenazaba. Justo a tiempo, ya llegaban los otros. Sus miradas enloquecidas le imprimieron nuevas fuerzas para incorporarse y salir corriendo.

—¡MARY! —llamó, corriendo por el rellano y mirando todas las puertas a su alrededor.

—¡Arriba, Roberto! —llamó Isabel—. ¡En la azotea!

—¡Estamos jodidos! —dijo Roberto fuera de sí cuando llegó arriba. Isabel cerró la puerta de metal cuando su amigo hubo cruzado.

El pestillo quedaba del otro lado, pero no pensaban que un pestillo hubiera resultado de mucha ayuda, de todas formas. Siempre habían pensado que resistirían contra muertos vivientes sin cerebro, incapaces de resolver problemas simples como un pestillo, o una puerta cerrada por unas trancas de hierro, pero se enfrentaban ahora a un dilema nuevo, desconocido.

—¡Es un hombre! —dijo Roberto—. ¡Ha echado abajo la puerta del portal con un mazo y ha traído esas cosas hasta nosotros!

—¿C-cómo vamos a salir de aquí? —preguntó Isabel, mirando alrededor. El cielo estaba encapotado, pero el día era luminoso. A su alrededor se extendían los tejados de la ciudad, separados por los insalvables abismos que eran las calles.

Roberto miró a Mary. Miraba al suelo con la cabeza inclinada, como quien examina un difícil jeroglífico. Estaba apagada, se había rendido. El mejicano giró sobre sí mismo... allí no había nada que pudieran usar, y desde luego no había ninguna salida a ninguna parte. Estaban atrapados.

XIX

—A ver... prueba con esto —dijo el Cojo, entregándole a Moses un trozo de alambre enrollado a un tenedor—. En el *trullo* teníamos una igual, para la tele pequeña, y vaya si funcionaba la *jodía*.

Moses lo examinó. Uno de los cabos estaba suelto y se prolongaba, cimbreante, unos treinta centímetros.

—Sí... ¡creo que sí! —dijo con una sonrisa.

Se llevó el pequeño aparato de radio a la ventana y allí sujetó el tenedor al marco usando un poco de cinta adhesiva. Luego introdujo el alambre en el hueco de la antena.

—Veamos si ahora captamos algo...

Pulsó el botón de encendido y giró el dial. Las emisoras habituales ya no estaban allí. Ninguna de ellas, desde las grandes como Radio Nacional de España, hasta las locales como Radio Pinomar. Todo el espectro estaba en silencio.

—No puede ser... —dijo Moses, viendo evolucionar el dial por toda la banda—. ¿Es que no queda *nadie*?

—Es imposible... es imposible, tío. Acuérdate de los disparos que escuchamos el otro día. Hay gente viva, seguro que hay gente en más lugares de los que nos imaginamos. ¡Como nosotros! *Aguantando*...

Siguió girando el dial con toda la lentitud que le permitía el sistema analógico de aquel antiguo aparato, pero pronto se desanimó.

—¡Es esta puta mierda, hombre! —dijo de pronto—. Necesitamos un aparato mejor. Tiene que funcionar, ¿no lo ves? La televisión es más complicada, lo entiendo. Quién sabe qué pasa hoy día con los repetidores, con las señales por satélite. No sé si quedan aún suficientes chicos listos como para mantener el cotarro en marcha, ¿sabes? Pero la radio es otra cosa...

El Cojo se encogió de hombros.

—Pues nada, tío. Nos vamos al Eroski de los cojones y compramos un equipo de música cojonudo. No te jode. Moses soltó un bufido.

Moses y el Cojo habían sobrevivido bien a la hecatombe. Vivían en un ático de la calle Beatas, ubicado en pleno centro de Málaga. El resto del edificio estaba vacío, como casi todo el centro, por lo que no les había costado mucho bloquear las escaleras para evitar que los espectros les visitasen. Desde sus ventanas habían visto escenas muy duras, pero también habían ayudado a mucha gente a huir de los zombis y se habían ocupado de acabar con un buen número de ellos, cuando era

necesario. Ya no lo hacían; siempre llegaban nuevos espectros que ocupaban el puesto de los caídos, y existía otro problema fundamental: el sol descomponía los cadáveres con rapidez y el hedor dulzón les subía hasta la casa impregnándolo todo. Tampoco se encontraban ya nunca con nadie. Estaban solos, y Málaga era el patio de recreo de la Muerte.

Aunque no se manejaban mal con los zombis, que por regla general eran lentos y torpes, había otro motivo por el que procuraban evitar las excursiones a la calle siempre que fuera posible. El Cojo los llamaba *los corredores*. No sabían a qué era debido, pero era como si algunos de los muertos *despertasen*, y fuesen capaces de desarrollar una velocidad exacerbada y una furia inusitada. Una vez escucharon gritos en la calle y se asomaron al balcón para mirar abajo. Al principio pensaron que eran dos hombres corriendo. El que iba primero gritaba, y sus brazos y piernas se agitaban a cada paso que daba como si fuera a caerse de bruces. El que iba detrás corría de una forma poco natural, con los brazos hacia delante y ligeramente inclinado, como si fuera un lobo. Entonces comprendieron lo que pasaba. Moses y el Cojo les gritaron, pero, consumidos por la impotencia, no pudieron hacer gran cosa. Unos cien metros más allá, el lobo alcanzó a su víctima. Lo cogió por la espalda y lo lanzó contra la pared. Aún estaba estampándose contra ella cuando el lobo ya se había subido encima, hundiendo su cara en el hueco de su cuello. La sangre manaba a borbotones. Una mano temblorosa intentó zafarse de la mortal carga que tenía a la espalda, pero cayó pesadamente sobre el suelo. El lobo perdió el interés rápidamente. Corrió a la acera de enfrente, golpeó un escaparate con ambos puños y, mientras los cristales rotos aún repiqueteaban contra el suelo, ya salía corriendo por la calle hasta perderse entre los edificios. Fue todo tan rápido y bestial, que sólo pudieron quedarse en el balcón, con las manos tapándose la boca, horrorizados.

Se encontraron con otro *corredor* en otra ocasión, cuando exploraban el edificio vecino. Aquella vez estuvieron a punto de engrosar las filas de los muertos vivientes. Comprobaron que era fuerte, extraordinariamente *fuerte*. Incluso entre los dos les costó indecibles esfuerzos evitar sus constantes manotazos, patadas y dentelladas. Cuando por fin pudieron librarse de él, descubrieron que estaban exhaustos: les dolían los brazos y respiraban entrecortadamente. Moses le preguntó al Cojo qué pasaría si en lugar de un *corredor* tuvieran que enfrentarse a dos. El Cojo contestó que, con probabilidad, eso sería tan malo como pillarse los huevos con la puerta del coche. Rieron durante un buen rato, pero en los días sucesivos ambos tuvieron sueños inquietos donde aquel episodio se repetía incesantemente.

Contaban con cantidades ingentes de raciones de campaña del Ejército de Tierra, incluyendo paquetes de pan-galleta, suficientes para al menos tres meses. Un amigo les había pedido que se las guardasen "un tiempo", según les había contado, para que se olvidaran de ellas y poder venderlas luego en eBay, ya que esos productos solían cotizarse entre 15 y 40 euros. El Cojo opinaba que el Ejército de Tierra debería haber incluido también pastillas de Almax en cada uno de los malditos

envases por los ardores que provocaban, sin duda debido al exceso de conservantes. Por lo demás, las raciones contenían una variedad interesante: caballa, merluza, carne de vacuno, albóndigas, ensaladas, judías con chorizo, lentejas... y más de un aditivo muy de agradecer como leche condensada, pastillas de vitamina C y cremas variadas de fruta.

—Podemos llegar hasta el Bazar San Juan, eso seguro —dijo Moses.

El Cojo le dirigió una rápida mirada. Estaba tomando un poco de mermelada con galleta de las raciones de campaña.

—Olvídate de eso, Flanagan —dijo el Cojo—. Aunque me gustaría conseguir algo guapo... ¡como un lanzallamas!

—Esa es una idea muy peregrina. Si un zombi avanzando hacia ti ya es malo, imagina un *bonzo* envuelto en llamas, uno que no cae y no acusa el dolor.

—Vale, listo. Pues una caja de granadas, o una ametralladora de ésas cañeras. ¿Cuánto se tarda en limpiar una calle con una de ésas?

Moses apenas le escuchaba, sumido en su propia línea de pensamientos.

—¿Por qué no...? Joder, hasta podríamos conseguir un vehículo... un *Hummer*, o un *Jeep* si no podemos encontrar uno... uno grande, alto, con grandes ruedas. Podríamos reforzarlo, quizá, e irnos a tomar por culo. —Pestañeó y miró al Cojo—. ¿A dónde irías?

—Hay mogollón de urbanizaciones cerradas en la costa, todas muy guapas... Podríamos ir a una de esas villas de lujo con un gran muro exterior, piscina, tenis... —pensó un instante y añadió—: y fijo que allí no hay tantos zombis como aquí, en pleno centro.

Moses consideró la idea. En su mente, las palabras de Josué cobraban formas concretas. Ya podía ver la exuberante buganvilla que trepaba por encima de la puerta de su terraza; ya casi podía sentir el calor del sol en su rostro mientras estaba allí sentado con una buena cerveza a mano.

—¿Por qué no? —dijo despacio, más para sí mismo que en contestación a su amigo.

Al día siguiente, los rayos tibios de un sol que pasaba por la franja de las doce del mediodía entraron por un ventanuco y se desparramaron por una cama donde el Cojo dormía. Sus sueños eran siempre inquietos y daba numerosas vueltas, por lo que no era inusual verlo amanecer hecho un ovillo, con el edredón enrollado en su cuerpo.

Abrió los ojos perezosamente, y al abrir la boca descubrió algo nuevo: tenía un lado de la cara entumecido, y aproximándose por el túnel de la consciencia llegaba un dolor cálido y punzante situado en algún punto de la mandíbula inferior. Se llevó la mano a la mejilla, moviendo la boca en un vano intento por sacudirse el dolor. "Es el puto diente, coño", pensó.

—¡Mo! —llamó con voz ronca. Sin embargo, no obtuvo respuesta. Se sentó en la cama, intentando despejarse.

"Habrá ido a comprar pan", pensó divertido. Sin embargo, el dolor que sentía le cortó el humor. Miró hacia el aseo, al pequeño vasito donde el cepillo de dientes envejecía como un antiguo juguete roto. ¿Cuánto tiempo hacía que no se cepillaba? Era como si el fin del mundo hubiera cortado los viejos hábitos.

"A veces las madres tienen razón con estas cosas", dijo para sí, incorporándose.
—¡Eh, Mo!

Se metió en el cuarto de baño y probó a cepillarse. Quizá era alguna impureza que se había quedado trabada entre dos piezas y un repaso lo resolvería todo. Eso esperaba, al menos. Cuando terminó se miró al espejo. Parecía que le dolía un poco menos, y no había ningún indicio de hinchazón. Una vez, estando en la cárcel, se le hinchó una mejilla, y estuvieron llamándole "conejito" los tres días que tardaron en hacer efecto los antibióticos.

—¡Mo! —llamó de nuevo.

Fue al salón y echó un vistazo, pero Moses no estaba. La ventana del pequeño balcón estaba abierta, y tampoco allí se le veía. Fue al cuarto de baño, a su cuarto y a la pequeña cocina. No estaba en casa.

Se asomó por el balcón y miró a la calle. Había pocos espectros, pero por lo demás nada inusual. Se tomó un momento para sentir los cálidos rayos del sol en el rostro. Eran los primeros tras muchos días nublados, y, Jesús, cómo calentaban. Era como ponerse pilas nuevas.

Volvió al salón. El dolor describió un enorme pico y tuvo que detenerse un momento. "¿Dónde coño ha ido?", pensó, sintiendo que la onda dolorosa le atenazaba el cerebro. Ni siquiera tenía una mala aspirina para mitigar el dolor. Ceñudo, echó un rápido vistazo a la lata de mermelada que había estado disfrutando el día anterior y maldijo todo su delicioso azúcar.

Abrió la puerta de la calle y se asomó al pasillo, pero tampoco encontró allí a su compañero.

—¡Eh, Mo! —llamó. Pero, como toda respuesta, el silencio cayó de nuevo sobre él.

Cerró la puerta, disgustado. El dolor no era excesivo, pero sí constante. No hacía ni unos minutos que estaba despierto y ya estaba perdiendo la paciencia. Consideró la risible posibilidad de encontrar un superviviente dentista, y luego ponderó la posibilidad de encontrarlo en los próximos veinte minutos, y concluyó que necesitaría conseguir medicamentos por sí mismo, y pronto.

Volvió otra vez al balcón. Era cierto, había menos zombis vagabundeando por la calle. Hasta parecían algo más atontados que de costumbre. Había uno vestido con una bata blanca que, arrodillado en medio de la calle, miraba con interés su propia pierna, extendida hacia delante.

Se descubrió pensando en la posibilidad de salir a la calle. ¿Dónde estaba, al fin y al cabo, la farmacia más cercana? Creía recordar que había una en el Molinillo, y en Santa María había por lo menos un par. "Tan cerca y tan lejos", se dijo, desanimado.

¿No había una en la Plaza de la Merced? De ser así, sólo tenía que ir recto por la calle Álamos, cruzar la plaza, entrar dentro, y coger algunos antiinflamatorios y unos antibióticos. Y puede que una o dos pastillas para dormir.

"Y qué coño", se dijo, tocando su pierna más corta, "de paso pillaré el periódico y me sentaré en una de las terracitas a dejar que llegue la hora de comer. Puede que hoy pida una tapa de ensaladilla rusa y una cerveza bien fría". Bien sabía que sin la ayuda de Moses, la posibilidad de sobrevivir solo a un trecho tan largo era poco menos que ridícula, aun sin *corredores* de por medio. Moses era diferente. No sabía cómo lo hacía, pero se comportaba como si mantuviese el control todo el tiempo. Cuando se enfrentaba a los muertos, no se apresuraba: si era necesario, golpeaba con precisión y contundencia; y donde era posible, se limitaba a esquivarlos.

Se asomó de nuevo al pasillo. Si no estaba en casa, tendría que estar en alguno de los pisos aledaños. Todos ellos estaban vacíos, la mayoría desde antes de la catástrofe. En algunos de ellos habían dejado tablas y clavos de nueve centímetros por si los espectros conseguían irrumpir en el edificio y teman que encerrarse en alguna otra parte.

Bajó despacio por las estrechas escaleras. En el segundo piso le llegó el olor dulzón y penetrante de la podredumbre, olor a cloaca rancia, del que sube despacio por las cañerías podridas y descuidadas. Más adelante tendrían que hacer algo con eso.

Llegó al piso más bajo sin novedad. La puerta de entrada seguía clausurada con un pesado mueble de hierro que habían encontrado en la cocina de una de las casas. Estaba oxidado e inútil, pero debía pesar más de cien kilos y constituía una buena garantía de que la entrada no iba a traspasarse fácilmente. Pero si no había salido, ¿dónde estaba Moses?

En ese momento escuchó un ruido metálico en alguna parte detrás suya. Se volvió, inquieto, pero allí no había nada, excepto la puerta abierta que bajaba al garaje.

¡El garaje! Una sensación de ansiedad se apoderó de él. Todavía recordaba con claridad la noche en la que unos extraños sonidos les despertaron a altas horas de la madrugada. Se acercaron a la puerta, con un sudor pegajoso abriéndose camino en sus frentes ceñudas, y con la máxima prudencia, echaron un vistazo por la mirilla: había tres, quizá cuatro de aquellas cosas, arrastrando erráticamente los pies en la oscuridad. Les costó un enorme esfuerzo volver a dejar limpio de espectros todos los pisos y habitaciones, armados como iban únicamente con una resistente barra de cortina de hierro y un palo terminado en gancho de los aperos de la chimenea. En al menos un par de ocasiones estuvieron a punto de perder el control y dejarse atrapar por los muertos.

Cuando al fin llegaron al piso bajo, exhaustos y tensos de golpear, empujar y arrastrar durante horas, descubrieron con gran sorpresa que la barricada no había sido violentada: allí estaba el viejo mueble guardián, impasible, cerrando el acceso

como todos los días anteriores. "¿Por dónde han entrado?", se preguntaban los dos envueltos por las tinieblas del amanecer. Entonces, como salida de la nada, una mano descarnada y negra agarró al Cojo por el hombro. Pegó un grito, pero se desasíó con un fuerte tirón. Moses se giró, sin poder dar crédito a sus ojos. Allí estaba, era uno de esos espectros; se había colado de alguna forma a su cuidadoso control. Lo derribaron con desmedida furia, golpeándole con saña incluso una vez que dejó de contraerse en el suelo. "¿De dónde ha salido?". No lo sabían.

Por fin lo vieron en una esquina del portal, justo en el hueco entre la pequeña garita del portero y la pared. Medía escasamente un metro de ancho; una puerta que estaba tallada con las mismas filigranas de madera de la pared de forma que nunca la habían notado.

Abajo encontraron lo inesperado: un espacioso garaje con plazas grandes para al menos seis vehículos. La puerta corredera de metal se había desprendido del techo y yacía, ajada, en el suelo cubierto de polvo. En una esquina había una vieja furgoneta *Volkswagen* enterrada en el polvo del desuso de años y años. Y encontraron gran cantidad de muertos vivientes deambulando entre las sombras del garaje.

Se enfrentaron a ellos desde la angostura de la puerta de entrada, una pequeña escalera de sólo seis peldaños que les daba ventaja suficiente como para engancharlos con sus barras de hierro. Como solía suceder, al abatir al primer par de atacantes el resto empezó a inquietarse y a acometer sus ataques con cada vez más violencia. En uno de los envites, la barra con gancho del Cojo se quedó trabada en el cráneo de uno de los espectros y la perdió, se le escapó de las manos sudorosas y cansadas. Ese accidente puso las cosas un poco más complicadas, pero finalmente consiguieron dejar el garaje vacío.

Reparar la puerta lo suficiente como para asegurar que ningún otro espectro iba a sorprenderlos en el futuro les llevó un buen rato, y el sol estaba ya alto en el cielo cuando terminaron. Acordaron que todo aquel espacio extra inesperado no les servía a ningún propósito, y la puerta del portal se clausuró definitivamente. Unas semanas más tarde había sido olvidada.

—¿Mo? —preguntó con cautela. El diente pulsaba en dolorosas ondas con una persistencia enloquecedora. Empezaba a dolerle el oído, y una nube blanca le velaba.

—¡Aquí abajo! —dijo Moses, sin levantar mucho la voz.

—¿Qué coño haces?

Moses estaba junto a la furgoneta. Había abierto todas sus puertas, la parte de atrás y el capó, y examinaba el motor con interés.

—Bueno, ¿recuerdas lo que hablamos ayer?

—Pues... vagamente, tío. Hoy no me he levantado con muy buen pie.

—Todo aquello sobre coger un coche e intentar ir a otra parte... El Cojo le miró, miró la furgoneta, de un indefinido color desvaído detrás de primigenias capas de polvo y abandono, miró sus ruedas desinfladas y el óxido que había socavado todos sus bajos, y rió como una hiena enferma.

—¿Esto?

Moses le devolvió la mirada. Tenía ese brillo febril en los ojos que tan bien conocía.

—Bueno, sólo quería saber qué tenemos aquí, pero creo que el motor no está mal. La batería está muerta, y haría falta bastante trabajo, pero no sería la primera vez que desmonto un motor y lo vuelvo a montar. Al menos aquí podríamos trabajar tranquilos. Si encontramos algunas cosas, podríamos ponerla en marcha en unas semanas. Podríamos poner unas coberturas a las ruedas, fortificar las ventanas...

—¿Como el Equipo A? —preguntó el Cojo, todavía riéndose. El dolor era tan exquisito que, en el *buffer* de su mente, imaginaba el diente derritiendo la encía e incrustándose en el hueso.

—Puede funcionar. Puede *funcionar*.

—Pues va a tener que esperar... tengo un problema.

—¿Qué pasa?

—El diente. Éste de aquí —dijo tocándose la mejilla—. Me duele tanto que preferiría una noche de sexo con un *negrata* cabrón de ciento cincuenta kilos.

Moses pestañeó. Su amigo tenía los ojos acuosos y enrojecidos, ahora que lo miraba bien.

—No me jodas...

—Sí. Me va a estallar la puta cabeza.

Moses consideró unos instantes las opciones que tenían; de alguna forma, siempre había pensado que una situación así se produciría tarde o temprano. Su mente evocó algunos reportajes que había visto en el *National Geographic: Encontrada la momia de Nefertiti... Recientes estudios parecen coincidir con la teoría de que la joven reina egipcia murió a la edad de veintitrés años de una caries*.

—Eso es... una putada, tío.

—Dímelo a mí. Es como si estuvieran perforándome la encía con unas tijeras de uñas.

—No me veo sacándote ese diente... pero podríamos ir a por unos antibióticos, algo para el dolor... y rezar porque remita.

—Lo que sea... en serio, me abro camino a *hostias* si hace falta, pero que deje de dolerme...

Moses se incorporó con determinación, como quien toma una decisión importante que no admite disyuntivas, y cerró el capó.

—Vale. Vamos a una farmacia. Hay que moverse rápidamente antes de que te dé una infección, fiebre, o ambas cosas.

El Cojo asintió. La perspectiva de recorrer un kilómetro por calles atestadas de muertos vivientes se le antojó prometedora comparada con la idea de *sobrevivir* enterrado en aquel dolor profundo y tenaz.

XX

Roberto buscaba con su mirada, frenético, algún punto a su alrededor que le diera la clave con la solución a su acuciante problema. Isabel, mientras tanto, descargaba su peso contra la puerta de metal, en anticipación al momento en el que los zombis llegaran hasta ellos. Tan sólo Mary parecía ausente de la situación, concentrada en frotar sus manos hasta el paroxismo nervioso.

—¡R-Roberto! —llamó Isabel, escuchando la voz de aquel extraño hombre acercándose, detrás de la puerta.

—¡Lo sé!

—¡ROBERTO!

—¡LO SÉ, COÑO, LO SÉ!

Pero allí no había nada que pudiera usar.

Corrió entonces hacia la cornisa y echó un vistazo abajo. La fachada se extendía, fría y solemne, a sus pies. Demasiada altura, nunca conseguirían sobrevivir a una caída como ésa. Corrió a otro de los lados, de nuevo sin suerte.

La puerta metálica se estremeció con una contundente sacudida. Isabel lo miraba, expectante. Mary se llevó las manos a los oídos y cerró los ojos, como queriendo evadirse a algún mundo privado interior.

Roberto corrió hacia el otro extremo, se detuvo en seco junto al borde de la cornisa y miró. Unos geranios y unas lozanas gitanillas crecían en bulliciosa prosperidad en un balcón situado a unos escasos dos metros y medio. Unas raídas cortinas se asomaban perezosas, estremecidas por la ligera brisa de la mañana. El balcón era estrecho, pero suficiente, sí, para saltar hasta él. Roberto experimentó una cálida sensación de euforia, como si estuviera contemplando las mismísimas puertas del cielo.

Corrió de nuevo hacia Isabel, lanzándose sobre la puerta de metal para ofrecer resistencia.

—¡Isabel, hay un balcón allí, tienes que saltar con Mary!

—¿Q-qué?

Los golpes en la puerta cada vez eran más contundentes.

—¡VAMOS!

Isabel tomó a Mary de la mano y, torpemente, corrieron hacia la cornisa que indicaba el mejicano. Roberto vio cómo se asomaba y le indicaba algo a Mary, pero ésta la miraba como se mira un antiguo episodio de reposición que se ha visto ya innumerables veces. Isabel intentó tironear de ella, pero sin resultado.

A través de la puerta, le llegó la voz apagada pero enervante de aquel hombre que, inexplicablemente, caminaba junto a los muertos.

—¡Y el primer ángel tocó la trompeta, y hubo granizo y fuego mezclados con sangre, que fueron lanzados sobre la tierra...!

—¡ISABEL, SALTA!

Pero no saltaban. No podía tampoco empujar a Mary, era demasiado peligroso; había una alta probabilidad de que se precipitase al abismo. Roberto comprendió que Isabel no iba a dar ese paso, no después de ver cómo David perdía la vida en una circunstancia similar.

—¡... y la tercera parte de los árboles se quemó, y toda la hierba verde *fue arrasada!*

Algo en el tono frenético de aquella cita bíblica le puso en marcha. Se descubrió a sí mismo corriendo hacia las chicas, abandonando la puerta de metal que se abrió de par en par casi inmediatamente. Un tropel de espectros irrumpieron en la terraza; los primeros caían al suelo y eran pisoteados por los que venían detrás.

Roberto llegó hasta sus compañeras, las rodeó con el brazo y se colocó en la cornisa.

—¡Escuchad, vamos a saltar al balcón de abajo!

Isabel intentó retroceder; le miraba con ojos presos del pánico.

Mary miraba hacia atrás, con el labio temblando de nuevo. Sus ojos se paseaban enloquecidos por entre los recién llegados.

—¡Agarraos!, ¡YA!

Pero antes de que nadie pudiera reaccionar, Roberto saltó. Intentó mantener la verticalidad mientras apretaba a las dos chicas contra su cuerpo. La cosa salió bien: aterrizaron en el suelo de la terraza, pasando por entre los geranios y cayendo de rodillas, derribando dos viejos maceteros.

Roberto se incorporó y miró rápidamente hacia el interior de la casa. No sabía dónde habían aterrizado, ni si estaban realmente a salvo por el momento. Ante él se abría una habitación donde presidía una enorme cama de matrimonio. En las paredes colgaban numerosos retratos de algunas conocidas folclóricas. Los muebles eran oscuros y vetustos. Miró la puerta de la habitación: estaba abierta y a través de ella se veía un largo pasillo. No reconocía nada de todo aquello; nunca había estado en aquella casa. Bendito fuese el Señor por los pequeños favores: habían aterrizado en el bloque de al lado.

—Vamos... tenemos que seguir —dijo Roberto, mirando a las chicas. Mary parecía atravesar algún episodio nervioso: su pecho se agitaba con rapidez y sus ojos bailaban incesantes.

Tiraron de ella, cogiéndola de los hombros y la cintura. La casa resultó estar vacía, y la ausencia de olor les indicaba muy a las claras que no iban a tener sorpresas desagradables.

En poco tiempo habían llegado al portal. Isabel detuvo a Roberto, cogiéndolo

por el brazo.

—¡Espera!, ¿qué... qué vamos a hacer?

—Tenemos que salir fuera.

—¿¡Qué!?! —dijo Isabel con un inesperado tono agudo.

—Escúchame... —dijo Roberto, tajante. Su mirada tenía una fuerza y una convicción que Isabel no supo reconocer. No la había visto nunca antes—. Ese tío está en nuestro bloque, ¿vale? No sé cómo lo ha hecho, quién es o qué es... pero por algún motivo los zombis no van a por él. Es cuestión de tiempo que vuelva a arengar a los zombis contra nosotros. Averiguará por dónde hemos escapado, bajará abajo y los hará entrar en este edificio también. No podemos quedarnos...

—¡NO!

—¡ESCÚCHAME! Son lentos, sabes que lo son... la *mayoría* lo son. Podemos alejarnos, irnos a algún otro lado. Si corremos y lo hacemos bien, podemos alejarnos bastante, y encontrar algún otro sitio. ¿Te acuerdas cuando decíamos que podíamos intentar irnos al teatro Cervantes? No está lejos. Justo enfrente hay una comisaría de policía... quizá incluso haya *alguien* allí...

—Estás loco... —dijo Isabel con los ojos anegados en lágrimas. Lloraba, sobre todo, porque sabía que Roberto tenía razón. Quedarse allí era un suicidio, pero salir a la calle era como tirarse desde un segundo piso: había *alguna* posibilidad de salir ileso.

—Sólo sígueme... sígueme, Isa... sígueme.

Roberto cogió a Mary de la mano, y apretó fuerte. Ella le miró, pestañeando. La estudió por un momento, intentando sopesar en pocos segundos si ella soportaría un viaje como el que estaban a punto de emprender. Esperaba que funcionase; *tenía* que funcionar, dado que no podían hacer ninguna otra cosa. Mirando sus ojos apagados, se dijo a sí mismo que, probablemente, Mary estaba tan suficientemente retraída en sí misma que no distinguiría entre aquello y un paseo por unos grandes almacenes.

Tiró de su mano hacia la puerta, sin apartar la vista de sus ojos. Ella le siguió, dócil. Isabel venía detrás, tapándose la boca con ambas manos. Llegaron a la puerta y Roberto la abrió con cuidado infinito. Al otro lado, los muertos vivientes vagaban sin rumbo, unos hacia un lado, otros hacia el lado opuesto, sin orden ni concierto. Se volvió hacia a las chicas, dedicándoles una última mirada, cogió la mano de Mary con fuerza, aspiró hondo y salió al exterior.

No quiso perder ni un segundo en echar un vistazo o tratar de calcular una ruta entre los zombis; simplemente echó a correr hacia la derecha, rumbo a la zona del Teatro Cervantes. La sensación de euforia fue instantánea: un calor intenso en la zona del pecho y las sienes. Casi podía sentir el corazón bombeando como loco a plena potencia.

A medio camino se dio cuenta de que la calle estaba cortada. Había una barrera de coches formando una hilera, la mayoría de policía. Un par de vehículos se encontraban boca abajo y arracimados sobre los otros coches, aparentemente

colisionados: sus carrocerías se entremezclaban en un amasijo informe de metal. En el lado más alejado, la fachada de uno de los edificios se había desprendido después de un aparatoso incendio, a juzgar por las paredes negras y calcinadas. Los cascotes y vigas habían caído sobre la barrera de coches, formando una barrera infranqueable.

—¡Mierda! —soltó, confuso. A su alrededor, los muertos comenzaban a reaccionar.

—¡Por allí! —chilló Isabel.

Corrieron por el extremo más occidental de la Plaza de la Merced, entre los coches abandonados. Mary trotaba detrás, asida de la mano. La expresión de su rostro era ilegible. Por todas partes los muertos estaban reaccionando y aumentaban su ritmo, acelerando sus pasos para encaminarse hacia ellos. Uno de los zombis, ataviado con una camiseta ajada donde aún se leía MORTALMENTE SEXY se abalanzó hacia ellos con inesperada rapidez. Casi les atrapa. Roberto pudo golpear sus brazos extendidos en el último momento.

Al llegar a la esquina, doblaron a la derecha, enfilandos por la calle Álamos. A dónde iban, ninguno parecía saberlo. Roberto sólo quería poner tierra de por medio, alejarse de aquel líder oscuro que comandaba las legiones de muertos vivientes con trasnochadas citas bíblicas. Contra los zombis normales todavía tenían alguna esperanza. Contra un ser inteligente, ninguna. Corrieron unos doscientos metros, esquivando los pocos zombis sin mucho esfuerzo. La mayoría venía detrás, en lenta pero constante persecución.

—¡N-n-no puedo MÁS! —explotó Isabel. Roberto la miró. Se agarraba el costado con una mano y su tez blanca, los cabellos adheridos a la frente por acción del sudor y sus ojos desorbitados denunciaban el terror que sentía en cada uno de sus poros. Mary jadeaba pesadamente, boqueando como un pez al que han dejado en la arena, pero parecía estar en mejor forma física que Isabel.

El mejicano miró alrededor. Había un par de zombis a apenas diez metros. Uno de ellos tenía clavado un cuchillo de cocina en la clavícula derecha. El mango de madera asomaba como el pináculo de un monumento a la demencia.

Pararon un momento, e Isabel se dobló sobre sus rodillas, tosiendo y jadeando como si intentara beberse todo el aire del mundo. Mary se sentó en el suelo tan pronto la dejaron libre, pero Roberto volvió a cogerla por las axilas, incorporándola de nuevo. Tenían que estar preparados para correr en cualquier momento.

Miró sus manos desnudas, sorprendido de su propia falta de previsión. ¿Por qué no había cogido algo, una barra de hierro, un palo de escoba, cualquier cosa? ¿En qué momento se le ocurrió salir a hacer *footing* por las calles de Málaga sin alguna manera de enfrentarse a los muertos vivientes?

—¿Estás mejor? —preguntó. Su propia voz le sonó estridente, como si le llegara del interior de una caja. Pero Isabel estaba hiperventilando: el control respiratorio había sido inexistente en toda la carrera y ahora su corazón bombeaba como uno de aquellos operarios en una película acelerada de los tiempos del cine mudo.

Los dos espectros estaban ya prácticamente encima. Roberto les salió al paso, cogió el mango del cuchillo de cocina y tiró con fuerza. Le sorprendió la facilidad con la que pudo extraerlo, sin apenas resistencia. El sonido fue acuoso, burbujeante. La hoja estaba cubierta de una podredumbre negruzca y una bofetada de un olor sofocante le cortó la respiración. Ya había encontrado ese olor antes, tenía esa peculiaridad asfixiante del olor a la broza de jardín que se deja en un montón y se descompone.

Entonces ajustó los dedos alrededor del mango, apretó con fuerza y clavó el cuchillo en mitad de la frente del espectro. Lo hizo con un grito aterrador, y continuó gritando unos segundos después de haberlo hecho. El espectro bizqueó, se agitó con un par de espasmos y se derrumbó sobre el suelo.

El segundo zombi pasó los pies por encima del primero, poniendo fuera de su alcance el cuchillo. Roberto le miró. Era alto, muy alto, y lo miraba desde arriba con ojos enloquecidos. No tenía labios, sus dientes estaban expuestos y, alrededor, la piel se había retraído formando una película negruzca llena de pliegues.

Roberto trastabilló, preso de una repentina oleada de pánico que le recorrió todo el cuerpo, naciendo cálida desde la boca del estómago. Como la adrenalina aún sacaba punta a sus centros nerviosos, sintió una pronunciada sensación de mareo. A lo lejos, una caterva de espectros venía avanzando desde la entrada de la calle. Sus gruñidos animales le llegaban como una promesa de muerte.

Como un horrendo muñeco mecánico, el zombi lanzó sus manos hacia su cuello. Fue tan rápido que ya notaba la presión horrible de sus dedos crispados antes incluso de que pudiera intentar desasirse. Se encontró a sí mismo inmovilizado, sintiendo que el aire ya no pasaba a sus pulmones, asomándose a aquellos ojos sin vida, iracundos, que le miraban con un odio tan descarnado que se le antojaban hipnóticos. Sin ser del todo consciente de ello, Roberto intentaba zafarse de las mortales tenazas, pero era inútil, su adversario tenía brazos de hierro y la determinación de una locomotora a plena potencia.

Sintió que se iba... Escuchaba gritos, gritos de mujer, pero cada vez eran más lejanos. Una bruma blanca enturbió su visión, suavizando los rasgos de su atacante. Veía su silueta, pero era gris, confusa, y detrás de ésta no había ya nada. Absolutamente nada.

XXI

Moses y el Cojo avanzaban a buen paso. Habían encontrado la calle inusualmente vacía, y avanzar por entre los edificios ya no era un camino tortuoso, lleno de situaciones peligrosas. La mayor parte del tiempo podían simplemente deslizarse entre las figuras erráticas sin recurrir a enfrentamientos, lo que era muy preferible; hacía ya tiempo que habían aprendido que las refriegas tenían una reacción lenta pero progresiva en todos los espectros a la vista, se *excitaban* y los atraían como un imán.

En muy poco tiempo habían llegado a la calle Álamos, que se extendía cuatrocientos metros hacia el este, donde se abría la Plaza de la Merced. Al mirar en esa dirección, se detuvieron en seco. Desde allí llegaba una horda de muertos vivientes como no la habían visto en mucho tiempo: un tumulto ingente de brazos y bocas hediondas que se movían al unísono como una ola de pesadilla.

—Jesús bendito... —musitó Moses, sin poder apartar la vista.

—Vámonos, vámonos, Mo... —dijo el Cojo, repentinamente ronco, dando pasos cortos hacia atrás.

Moses agarró al Cojo por el brazo. Señalaba con su brazo velludo.

El Cojo los vio también. A poca distancia, un hombre clavaba un cuchillo en el rostro de uno de los espectros. El zombi se sacudió brevemente y cayó desplomado al suelo convertido en un fardo inútil.

Un segundo espectro se apresuró a pasar por encima del cuerpo caído y se enfrentó al hombre, altivo y con los hombros henchidos, embravecido como un depredador a punto de saltar sobre su presa. Detrás de ellos pudo ver dos chicas jóvenes.

Antes de que pudieran reaccionar, el espectro lanzó sus manos hacia el cuello del joven. El chico se combó hacia atrás. Movía las manos con grandes aspavientos.

Saliendo de su estupor, Moses corrió hacia ellos con su barra en ristre. El Cojo sentía una profunda sensación de peligro minándole el ánimo, pero trotó detrás de su amigo, acarreado su corta pierna. Por fin, aprovechando el ímpetu de la carrera, arremetió contra el atacante y lo derribó al suelo. El joven cayó hacia atrás y permaneció en el suelo describiendo un arco sobre su espalda, boqueando como un pez que, arrebatado al mar, yace en la arena sin aire.

Moses se levantó rápidamente. El espectro estaba *despertando*, esto lo veía en sus pupilas de un color blanco iridiscente. Era el umbral que los muertos parecían atravesar antes de convertirse en *corredores*, y eso no era algo que Moses quisiese ver.

Parecía a punto de saltar, como accionado por un resorte. Su rostro empezaba a reflejar una furia concentrada, cruel, desmedida. Pero Moses no iba a esperar para verlo; levantó la barra por encima de su cabeza y la dejó caer con fuerza. La barra golpeó el cráneo del cadáver con un ominoso ruido sordo, como el que produce un cántaro de barro desquebrajándose. El espectro se sacudió con un espasmo final, y permaneció inmóvil, sus ojos sin pupila prendidos en el cielo plomizo.

El Cojo atendió al joven tendido en el suelo. Tenía horribles laceraciones en el cuello y respiraba con dificultad, pero sobreviviría.

—¿Estáis bien?! —gritó Moses a las dos chicas jóvenes que estaban detrás.

—S... sí... —dijo una de ellas. Les miraba con incredulidad, una sensación que Moses comprendía muy bien; sólo Dios sabía cuánto tiempo hacía que no veían otros seres humanos—. G-gracias... ¡gracias!

—¿De dónde...?, ¿de dónde coño venís? —preguntó Moses.

—Yo...

—Tenemos que movernos, Mo —interrumpió el Cojo, sin apartar la mirada de la masa de espectros que avanzaba hacia ellos por la calle.

—Sí... vale... ¿cómo está ese tío?

—Creo que bien... ¡Venga, arriba! —dijo, ayudando al joven a incorporarse. Les miraba con una extraña mueca en el rostro, entre gratitud y miedo.

—¿Podéis seguirnos? —preguntó Moses—. ¿Podéis *correr*?

—S... sí, sí... claro... —dijo Isabel, cogiendo a Mary firmemente de la mano. Roberto asintió con la cabeza, aún jadeando.

—Vámonos, entonces... —dijo el Cojo—. Si ven dónde nos escondemos nada les parará... son demasiados.

—¿Ella está bien? —preguntó Moses, señalando a Mary. La chica le parecía un poco retrasada; miraba con divertida fascinación un viejo cable de alumbrado público que cruzaba la calle.

—Sí, está... un poco... es que John... y... David...

Moses comprendió al instante y detuvo su discurso justo cuando comenzaba a balbucear.

Empezaron a correr por la calle, tomando el mismo camino de vuelta que habían recorrido momentos antes. Moses iba en último lugar, preocupado por la retaguardia. Sabía que de las grandes masas salían los *corredores*, y sabía también que difícilmente podrían protegerse todos ante algo así armados únicamente con una barra de hierro. Se explicaba también por qué había visto tan pocos espectros antes; por algún motivo se habían ido todos a la Plaza de la Merced.

—¡Por aquí! —decía el Cojo de tanto en cuando. En ocasiones tenía que derribar a algún zombi para asegurar el paso del grupo, mediante el simple procedimiento de imprimirle un buen empellón. La mayoría eran suficientemente torpes como para permitirles desaparecer de la escena antes de que pudieran incorporarse de nuevo. Por fin llegaron al portal y entraron todos, jadeando y resoplando, pero

profundamente aliviados de haber podido escapar.

—Gracias, gracias, tíos... —decía Roberto, con lágrimas en los ojos y el labio inferior aquejado de un acusado temblor. Moses lo abrazó.

Unas horas más tarde, el grupo se encontraba apoltronado en los pequeños sofás que Moses y el Cojo tenían dispuestos en su piso. Mary daba pequeños sorbos a un vaso de agua que cogía entre las manos como si fuera un cuenco de sopa caliente, e Isabel y Roberto intentaban explicar todas las peripecias vividas últimamente. El Cojo aún sufría su dolor de muelas, pero, a indicación de Roberto, había conseguido aliviar considerablemente el dolor utilizando un diente de ajo que aún sobrevivía en la cocina.

—Cuéntame lo de ese tío otra vez —pidió Moses.

Isabel suspiró, pero no parecía molestarle. Cada vez que lo contaba añadía nuevos detalles, y Moses se dio cuenta de que, con cada revisión de la historia, parecía encontrarse un poco mejor. Cada vez era más fácil para ella ubicarse en un plano exterior a los acontecimientos, y relatarlos como si fueran un cuento viejo, ya superado. Hacía sólo unas horas que la había conocido, pero Isabel le había gustado desde el primer momento: hermosa y con una mirada directa y sincera.

—Es increíble... —dijo el Cojo—. Nunca había oído nada parecido...

—¿Cómo *coño* habrá hecho eso? —preguntó Moses.

—Os dais cuenta —dijo el Cojo— de lo que... quiero decir, si pudiéramos conseguir lo mismo que él... ser capaces de deambular por entre esos zombis... eso sería... eso sería definitivo...

—Un cura... —decía Moses, más para sí mismo que para los *demás*.

—Había algo en sus ojos que... —dijo Roberto, con la mirada perdida en algún punto indeterminado—, no sé, estaban enloquecidos, toda su... su cara, su rostro... enloquecido, completamente fuera de sí. Teníais que haberlo visto... tan delgado.

—¿Os acordáis de aquella vieja película, *Poltergeist*? —preguntó Isabel. Todos asintieron—. No la original, sino la segunda o tercera parte... salía un tío cadavérico de pelo blanco... pues nuestro cura es su puto hermano gemelo.

—Joder, sí... qué grima me daba ese tío —dijo el Cojo.

—Sea como fuere, loco o cuerdo, sacerdote o no, es un enemigo —soltó Moses, poniéndose de pie—. Por lo que decís de sus palabras, creo que él piensa que todo esto es el proverbial Día del Juicio Final, tal y como lo cuenta la Biblia, ya sabéis, donde todas las almas, los vivos y los difuntos, son invocados ante Él y sometidos a juicio.

—Joder... —dijo Roberto.

—Sí, joder. Se lo ha tomado a pies juntillas, y aunque no sabemos cómo hace su particular truquito, está usándolo para alimentar su enfermiza fantasía.

—Bueno... —interrumpió Isabel, acaparando todas las miradas—. Quiero decir, y si... o sea, todo esto de los muertos volviendo a la vida... no sé, ¿y si fuera *verdad*?

Moses sonrió con amabilidad.

—Bueno, Isabel... —dijo—, la parábola del Juicio Final es una de las más importantes del Evangelio. Habla del día final de la historia, de la sentencia definitiva de Dios sobre los seres humanos. Este texto aparece adornado con muchas leyendas y representaciones bastante... plásticas, pero no deja de ser una parábola.

—Lo sé, lo sé, pero... es todo tan surrealista...

—Sea como fuere, tenemos ahora un gran problema —dijo el marroquí—. ¿Cómo diríais que ese sacerdote os encontró? ¿Salíais a menudo?, ¿os asomabais a los balcones?

Roberto pestañeó, paseando la mirada entre Mary e Isabel.

—No salíamos nunca... teníamos ese supermercado justo bajo la casa, como os hemos dicho antes. Pero sí, usábamos las ventanas, claro... y la azotea. A Isabel le encantaba mirar por la ventana... se pasaba largas horas mirando la calle.

—Eso... —dijo Isabel, un poco incómoda—, eso fue cuando lanzamos las cuartillas.

—¿Cuartillas?

—Sí... pensamos que podría haber más gente como nosotros, supervivientes, escondidos en sus casas, en alguna parte. Al fin y al cabo, si nosotros lo estábamos logrando, seguramente alguien más también... —hizo un gesto vago con las manos— ...como vosotros. Así que escribí unas cuartillas, muchas... unas quinientas, y las lanzamos desde el tejado. Queríamos que el viento las propagase por todas partes. En la cuartilla pusimos la dirección donde nos encontrábamos y...

De repente, cayó en la cuenta.

—Oh, Dios... ¿así... así fue como nos encontró? Moses se revolvió en su asiento.

—Bueno, no es seguro. Se me ocurren otras formas, quizá porque os vio en la azotea, o en la ventana, o escuchó ruidos... o...

De repente abrió los ojos. Eran ya prácticamente las seis, pero en invierno anocheceía temprano y el día nublado no ayudaba a prolongar la luz natural. Antes no lo había notado, pero el Cojo ya había encendido la pequeña luz de la mesita del salón.

Se levantó rápidamente y la apagó, dejando que la penumbra inundara rápidamente la habitación.

—¿Qué ocurre? —preguntó Roberto, levantándose rápidamente.

—La luz... a esos espectros no les importa, pero a un ser humano... sólo tendría que darse un pequeño paseo por el centro para encontrar dónde nos hemos escondido. ¡Qué estúpido he sido! Quizá ya nos haya encontrado.

—La luz... —dijo Mary con un débil hilo de voz.

—Cierra los batientes, Josué... —dijo Moses.

Se aseguraron de cerrar bien todas las ventanas; afortunadamente era una casa vieja y las ventanas eran estrechas y provistas de batientes de madera, no de persianas. Luego taparon la lamparita con la tela de unas camisetas y se atrevieron a encenderla de nuevo. La luz era muy tenue, pero suficiente para poder ver las formas

de la habitación.

—Tendremos que tener mucho cuidado con estas cosas de ahora en adelante... —dijo Moses en voz baja, ceñudo.

—Pues me cago en su puta madre... —dijo el Cojo de repente—, como si no fuera ya bastante duro, tenemos que escondernos de noche. Vale, ¿y qué pasa si quiero asomarme de día?, ¿y si ese tío está mirando?, ¿y si no lo vemos?, ¿y si se esconde en el piso de enfrente? ¡Es una puta mierda!

—Ya pensaremos algo —dijo Moses en un tono de voz conciliador—. De cualquier forma, Josué y yo estábamos pensando en irnos a otra parte. Esto es el centro de la ciudad... es bastante posible que otras zonas estén menos pobladas de muertos vivientes. Puede que haya más gente. Puede que en otras zonas todo sea diferente.

Hubo unos instantes de silencio. La idea de *escapar* de algún modo había pasado por la cabeza de todos. La idea de salir *zumbando* por la autopista, una autopista que en sus sueños desvaídos aparecía sin coches accidentados o abandonados y vacía de esas cosas muertas, pero nunca habían considerado seriamente que fuera posible.

—¿Y cómo... cómo vamos a hacer eso? —preguntó Isabel.

—Aún no lo sé... tengo una ligera idea... estuvimos hablando ayer de ello, y esta mañana he estado mirando un poco... y creo que puede hacerse, pero aún no lo hemos madurado mucho. Pero me imaginé que podríamos arreglar y acondicionar una vieja furgoneta que tenemos en el garaje, abajo. Está bien cerrado, así que podemos trabajar tranquilamente.

—¿Una furgoneta? —preguntó Roberto, sin comprender. Él había visto como un grupo de zombis volcaban con facilidad un *Hyundai* en su ansia por atrapar a los que iban en su interior.

—Acondicionada. Cosas como... protecciones para las ruedas, cristales de rejilla metálica, barras de acero para fortalecer la carrocería, y... unas cuñas como las de un quitanieves para apartar los zombis que se pongan en medio.

—Oh... *guau...* —dijo Roberto, sin saber a ciencia cierta si estaba escuchando una proposición seria, o se trataba de una broma. Miró a los ojos a Moses, pero no vio en ellos ningún atisbo de humor.

—Está como una cabra. No, como un rebaño de cabras —dijo el Cojo de repente—. Le has dejado sin habla, en serio, mírale... —rió de buena gana—, cree que estás de coña.

—¿Por qué? —preguntó Isabel. Tenía los ojos chisposos, llenos de la clase de ilusión que es capaz de conferir la idea de libertad embutida en la imagen carnavalesca de una furgoneta aclimatada para atravesar un mar de muertos vivientes—. Yo creo que es una idea genial... puede funcionar, *puede funcionar*.

—Bueno, ya veremos —dijo Moses con una ligera sonrisa en la comisura de los labios, visiblemente animado por el cálido apoyo de Isabel—. No vamos a resolverlo todo hoy. Ha sido un día muy duro para todos, y de todas formas no estoy muy

contento con esa luz encendida sin saber cuánto puede filtrarse fuera. Málaga está tan oscura que incluso algo tan tenue puede refulgir como el faro de Alejandría. Así que, aunque es temprano, sugiero que vayamos a dormir. Ya veremos las cosas desde otro prisma mañana.

XXII

Al día siguiente anduvieron todos de bastante buen humor. Había buena química entre el grupo, y todos lo notaban. Mary tuvo sueños inquietos y sollozó a ratos, pero Isabel estuvo siempre con ella y cuando llegó la mañana se encontraba mucho mejor, y era capaz de responder preguntas sencillas con frases coherentes. Roberto celebró mucho la mermelada de las provisiones del ejército, decía que tenía un sabor que le recordaba la cocina de su abuela y repitió varias veces. El Cojo, por su parte, encontró una inesperada tregua en el tormento que se había desatado en su boca, pero para no tentar al diablo prescindió del desayuno.

Todavía de buena mañana, bajaron al garaje. Isabel no pudo esconder una expresión de decepción cuando se encontró con el lamentable aspecto que presentaba la furgoneta. Mientras descendía los escalones hacia el garaje, escuchando el plan de Moses, se había imaginado una furgoneta robusta, de grandes ruedas dentadas y aspecto sólido, capaz de transportarlos a todos fuera de aquella pesadilla, a un lugar mejor. Sin embargo, mientras explicaba sus planes para con la furgoneta, algo en el tono de voz del marroquí la volvió a tranquilizar. Tenía fe en su plan, sabía que era plausible, y notaba que iba a poner todos los medios a su alcance para conseguir hacerlo realidad.

También Roberto se dejó llevar por el entusiasmo de Moses. Escuchó con atención cómo planeaba atornillar las planchas de protección alrededor de los neumáticos, cómo imaginaba que podría solucionar el problema de las cuñas frontales sin tapar la entrada de aire del radiador y otras geniales menudencias. Su vivida expresión contagiaba, cargada de promesas de mañana.

Un poco más tarde aquel mismo día, durante el almuerzo, compartieron historias de sus peripecias individuales. Cada uno contó, con más o menos detalle, cómo habían sido los primeros días de supervivencia desde que el caos se desató. En ocasiones los relatos alcanzaban cotas lúgubres, pero todos habían pasado ya por mucho como para que ciertas cosas les afectaran demasiado.

Roberto no había hablado nunca de su propia experiencia, pero alentado por la calidez de las velas que el Cojo había dispuesto en la mesa, habló con voz baja y grave.

—¿Os acordáis cuando las calles empezaron a llenarse de zombis y la gente se tiró a la carretera para huir? Yo también acabé por pensar que sería la mejor solución. Bueno, ya sabéis, Málaga era una mierda tan grande que empezaba a ser peligroso incluso quedarse en casa. Demasiadas bandas, pillaje, y gente desesperada que

quería tus cosas, aunque fuera la maleta del abuelo cargada con calzoncillos rancios. —Hizo una pequeña pausa—. Intenté mantenerme lejos de todo eso, pero aquella tarde vi cómo una familia paraba a una furgoneta que iba por la calle. No escuché lo que decían, pero el hombre... bueno, él hablaba con el conductor a través de la ventanilla. La furgoneta aceleró por un momento, como si quisiera continuar, pero el tipo metió la mano. El conductor le arrastró durante un rato mientras su familia chillaba. Y entonces... el hombre sacó un revólver de su bolsillo con la mano libre y disparó hasta cinco veces al interior. Dejaron el cadáver en el suelo y se largaron.

—Creo que por ese tipo de cosas —dijo Moses en voz baja— no lo logramos. Creo que la infección zombi sacó lo peor de la gente.

Roberto asintió brevemente, y continuó.

—En aquel momento supe que debía irme, antes de que un adolescente con una *katana* me rebanase el cuello en un momento de delirio histérico. Tenía una vieja moto *Rieju* guardada en un garaje, así que me decidí. Vosotros ya lo sabéis: las carreteras estaban completamente colapsadas, no había forma de mover ningún vehículo un solo centímetro en ninguna dirección. El ambiente estaba tan caldeado que hubiera podido hacer volar todo por los aires con una sola cerilla: la gente se chillaba, peleaban por razones sin sentido. Aun era peor cuanto más te acercabas a según qué zonas, donde los coches habían sido ya abandonados. Era un espectáculo atroz ver el tráfico colapsado, las luces aún puestas, los motores en marcha y las puertas abiertas. Por allí ya empezaban a vagar los muertos vivientes. Nada se les escapaba, ningún conductor encerrado en su vehículo, nadie que se atreviese a adentrarse en la zona.

—Jesús... —dijo Isabel, vívidamente impresionada por el relato, narrado en el tono neutro y hasta indiferente de quien relata una atrocidad que ha superado hace tiempo.

—En la zona del Parque habían montado un auténtico fortín, alrededor del Ayuntamiento y el Banco de España —continuó Roberto—. Aún había policías, pero muchos más zombis. Aún no sé cómo me atreví a pasar, utilizando los caminos peatonales entre los arbustos del parque, pero manejaba bien aquella cabrona de moto.

—¿Qué hacía la policía? —quiso saber el Cojo.

—Tenían allí un tinglado de mil demonios. No sé cuántas furgonetas operativas tenían dispuestas en hileras ni cuántos efectivos había allí reunidos, pero muchos más de los que se veían por las calles intentando poner orden. Les daban con todo: disparos por todas partes. Había una humareda tremenda, como si acabasen de lanzar los jodidos fuegos artificiales de la feria. Pero los zombis se levantaban, claro que se levantaban, una y otra vez, y volvían a lanzarse contra ellos.

—Oh, coño... —dijo el Cojo.

—Algunas veces me acuerdo de ellos. Me imagino que aquello... bueno, acabó mal.

Se produjo un instante de silencio donde hubo rostros cabizbajos. Roberto bebió un poco de agua y continuó su relato.

—Eventualmente conseguí llegar a la salida de Málaga. Había coches grandes y pequeños, autobuses, camiones, una hormigonera, prácticamente cualquier cosa que pudiera llevar a alguien se había puesto en marcha. Me fijé en algo: el atasco era en las dos direcciones: gente que escapaba hacia algún lugar, y gente que venía de esos lugares e intentaba entrar en Málaga, como si la salvación estuviera aquí. —Rió entre dientes—. Era como un escenario de película: una hilera interminable de luces de coche emanando un pequeño vaho debido al calor de los motores. Yo avanzaba como podía entre la circulación pero la caravana estaba completamente parada, y la gente estaba fuera de los vehículos, por todas partes, hablando entre sí, lo que complicaba aun más mi avance. Recuerdo que todavía había gente que intentaba hacer funcionar sus móviles.

—Quizá las cosas habrían sido diferentes si las comunicaciones no hubieran caído tan pronto —interrumpió el Cojo.

—Al menos el ambiente no era tan malo como en la ciudad —dijo Roberto—; menos tenso, pero igualmente dramático. Entonces... me derribaron.

—¿Te derribaron?

—Sí. No lo vi venir. Alguien me dio un soberano codazo cuando pasaba a su lado. Caí hacia atrás y la moto siguió su curso unos metros para acabar tirada en el suelo. Me quedé sin respiración unos instantes, tumbado en el suelo, con el pecho y la espalda doloridos.

Nadie vino a ver cómo estaba, a ayudarme a incorporarme o a preguntar si necesitaba ayuda. Para cuando pude sentarme, la moto ya no estaba: se habían ido con ella.

—Qué hijo de puta... —soltó el Cojo, con una expresión asqueada en el rostro.

—Aquello lo cambió todo. Me quedé un rato por allí, apoyado en la barrera de la cuneta. Tenía una botella de agua en mi mochila, y eso es lo que hice todo aquel rato: dar pequeños sorbos mientras dejaba pasar el tiempo porque ni avanzar ni retroceder parecían tener ya sentido. La ciudad se veía a lo lejos; varias columnas de humo ascendían en lenta procesión de algunos lugares. Entonces llegaron los zombis.

Isabel escuchaba con creciente tensión. Sus ojos, despavoridos, no apartaban su atención de Roberto.

—Al principio era sólo un clamor lejano —continuó—, se escuchaba a lo lejos, como un murmullo inquietante. Entendedme: era como si la locura llegara por el sur, había gritos, y ruidos contundentes que no podíamos identificar. Pero el clamor iba *in crescendo*, y eso minaba el ánimo de la gente. Era tan evidente que algo llegaba, que más de uno sacó su coche como pudo de la interminable hilera y lo condujo fuera de la autovía, por las colinas gibosas de los campos de alrededor. Después de unos minutos llegó gente corriendo; eran los primeros. La gente les preguntaba al pasar, querían saber, pero ellos no se detenían, no gastaban aliento en soltar palabra. Si

hubierais visto sus caras, parecían correr al borde mismo de sus fuerzas, pero aun así no se detenían. Eso me inquietó. Mucho.

—¿Qué... qué ocurrió entonces? —preguntó el Cojo.

—Eran ellos, naturalmente. Los muertos vivientes. Habían ido creciendo en número desde la ciudad, y todas aquellas personas aferradas a sus vehículos, intentando protegerse dentro de ellos, eran como latas de albóndigas: abrir y comer. Los que morían volvían a la vida muy poco tiempo después, y se sumaban a la barbarie. Fue una carnicería, y se extendió tan rápidamente que muchos no pudieron ni reaccionar. Algunos se tiraron al monte por el lado donde yo estaba, pero aquella era una zona escarpada con numerosos cortados, y era de noche; y si había luna no lo recuerdo, pues el humo de los incendios había teñido con un espeso manto el cielo, así que decidí no seguirles. En lugar de eso crucé la mediana y me tiré campo a través de vuelta a la ciudad.

—¿Qué cojones?, ¿volviste otra vez? —preguntó el Cojo. Roberto se encogió de hombros.

—No podía seguir corriendo por la carretera hacia el norte. Ése era el camino que casi todos seguían, pero sabía que no llegarían muy lejos... se fatigaban, se rendían, los que estaban más al norte los detenían y les preguntaban, histéricos. Y todo eso frenaba su avance. No, me salí de la carretera. La colina que iba siguiendo llevaba directamente de vuelta a Málaga, a la circunvalación. Mientras bajaba, miré hacia atrás por última vez... eran todos... zombis corredores, ya sabéis, totalmente ebrios de sangre y gritos. Y qué fuertes eran... los coches se sacudían violentamente ante sus zarandeos, ningún cristal aguantaba más de un empujón, las víctimas eran sacadas de sus vehículos por las ventanillas rotas, o perseguidas a una velocidad que ningún ser humano podría haber igualado. Entonces me volví y corrí tanto que cuando terminé estaba mareado, las sienes me palpitaban con tanta fuerza que creía que iba a sufrir una embolia.

—Coño, Roberto... pero... no lo entiendo. ¿Por qué volviste? ¿Cómo conseguiste llegar al centro de nuevo? —preguntó el Cojo.

—Viví bastantes aventuras —dijo con una sonrisa un tanto forzada—. La primera noche me quedé escondido en una caseta de información a pie de obra, detrás de una mesa. Estaba agotado, tanto mental como físicamente. Al día siguiente las cosas parecían un poco más calmadas, y avancé como pude un par de calles. Vi un restaurante y entré a ver si podía comer algo, y allí conocí a Arturo, un amigo nuestro que... murió cuando el cura nos sacó de la Plaza de la Merced.

Al oír mencionar a Arturo, Isabel cogió de la mano a Mary, quien parecía escuchar el relato con los ojos fijos en alguna parte del suelo.

—Nos quedamos dos días en el restaurante, mirando al exterior y escondiéndonos cuando ellos pasaban. Encontrábamos todavía gente en las calles, que iban presurosas a alguna parte —continuó Roberto—. Unas personas nos dijeron que había barcos cargando a la gente en el puerto, que intentarían llegar hasta allí.

Nosotros escogimos nuestro propio camino, y tardamos mucho en avanzar poco. Era complicado, había zombis por todas partes y, aunque intentábamos evitarlos, no siempre era posible. Por fin nos vimos en la Plaza de la Merced, y descubrimos que no podríamos seguir avanzando. Había demasiados. Y... —dirigió una mirada a Isabel—, allí encontramos a David, haciéndonos señas para que entráramos en la casa. Ya... ya no volvimos a salir, hasta que nos encontrasteis vosotros.

Al terminar su historia, se produjo un grave silencio. Moses había permanecido callado todo el tiempo, asimilando toda aquella información. Él y el Cojo no habían salido mucho de su casa, y desconocía gran parte de toda la historia que había convertido a Málaga en un hervidero de muertos vivientes. Hubo otros relatos aquella noche, e Isabel añadió algunos detalles de su propia experiencia hasta que llegó a la Plaza de la Merced, y de cómo John había caído enfermo, pero su tono de narración fue menos tenebroso y ayudó al grupo a recuperarse del sinsabor en el que había caído.

Como para distender la lúgubre atmósfera que se había creado, a las historias tenebrosas que a cada uno le había tocado vivir le siguió una saludable conversación trivial aderezada con una tanda de chistes orquestada por el maestro de ceremonias Moses Bais. Volvieron las risas, aunque moderadas, y terminaron el día celebrando con raciones extra. Mary, que, aunque mejor, no terminaba de recuperarse del *shock*, pareció encontrar las raciones de caballa y merluza particularmente deliciosas, por lo que se las proporcionaron en gran número.

XXIII

Transcurrieron algunos días, días amables, sin muchas complicaciones. Mary por fin había roto a llorar, y lloró largamente la muerte de John, y la de Arturo. Moses celebró una pequeña misa para honrar su memoria, y sus palabras fueron cálidas y hermosas, y tanto Mary como Isabel y Roberto se sintieron muy reconfortados. Después de aquello, se sintió mejor y estuvo animada con el hecho de encontrarse en un nuevo lugar, rodeada de gente nueva que le gustaba. Tenían mucho cuidado de no hacer ruido y se retiraban temprano a dormir para evitar usar la luz, costumbre que por otro lado era ya normal en todos ellos desde hacía tiempo.

Una de aquellas noches, el insomnio sorprendió a Isabel. Mary, a su lado, se entregaba a la prosaica tarea de conjurar largos y pesarosos ronquidos. Desesperada, después de estar horas dando vueltas en la cama como una salchicha en una sartén, se decidió a salir de la habitación. En el salón dormían los tres hombres, pero intentaría salir un poco al balcón a respirar aire puro.

Se sorprendió al ver la puerta del balcón abierta. Había allí una figura apoyada en la baranda. Le gustó comprobar de quién se trataba.

—Hola... —dijo en susurros al salir al balcón. Moses se volvió.

—Hombre... buenas noches. Me has pillado —dijo sonriendo. Isabel le devolvió la sonrisa.

—Bueno, no creo que nadie se entere... de todas formas, con todo apagado, si seguimos hablando en voz baja no creo que pase nada, ¿no?

—Quiero pensar que no.

Isabel se apoyó en la barandilla a su lado. La noche era fresca, pero agradable a pesar de la oscuridad. No quiso mirar abajo, donde los espectros vagaban en silencio; en su lugar miró hacia el cielo estrellado. Era un espectáculo impresionante. Gracias a la ausencia de contaminación lumínica, casi se podía ver la nebulosa, esa sustancia mágica que parecía entretejer las estrellas.

—Es precioso.

—Sí que lo es.

—¿No duermes? —le preguntó al fin.

—No suelo dormir mucho, es una especie de maldición familiar.

—Ah, qué cosas —dijo Isabel tímidamente—. Yo solía encender el ordenador y mirar cosas por Internet cuando no podía dormir. El brillo de la pantalla era buenísimo para quemarse los ojos.

Moses rió.

—Sí... Internet... obra cumbre de la intercomunicación humana... Ojalá funcionase, sería de lo más útil para saber qué está pasando.

—Oh... sí, desde luego. Pero... tú crees que hay más gente, ¿no?

—No te quepa ninguna duda. Creo que la situación nos pilló desprevenidos a todos, nada estaba preparado para algo así. Piensa en el factor psicológico... nadie pudo combatir al familiar que había sido infectado y te miraba con ojos vidriosos y la boca entreabierta. Ni siquiera la policía supo entender qué pasaba hasta que fue demasiado tarde. Era... no sé, demasiado fantástico como para poder ser interpretado.

—Sí, eso es cierto —admitió Isabel.

—Pero, ¿sabes qué?... creo que por todo el mundo hay supervivientes como nosotros, gente que lucha y hace planes para buscar a otros supervivientes. Como tus cuartillas, Isabel —dijo sonriendo y mirándola a los ojos—. Creo firmemente que nos recuperaremos, reconquistaremos todo lo que hemos perdido, volveremos a controlar la situación y aprenderemos a vivir con el problema. Lo haremos, y quizá entonces los que hayamos quedado apreciaremos más el regalo de la vida; será una nueva etapa para el ser humano.

Isabel se quedó pensativa unos instantes.

—Me... me gustaría compartir tu entusiasmo, pero... no sé, quiero decir, no funcionan los móviles, ni Internet, ni la electricidad, la televisión... Todas esas cosas pueden fallar, y fallaron muchas veces en el pasado, pero siempre había planes alternativos y solían ponerse de nuevo en funcionamiento en casos de crisis con la mayor rapidez. Era prioritario. Pero hace ya muchos meses que nada de eso funciona.

—Escúchame, Isabel. En algún momento, te lo prometo, alguna de esas cosas volverá a funcionar. Te lo prometo. Alguien pondrá en marcha de nuevo toda aquella tecnología. Alguien pulsará los botones y subirá las palancas, ya lo verás. El ser humano no acaba aquí.

Moses sonreía, y algo en sus ojos le infundió una renovada oleada de esperanza. Isabel pensó que tenía sentido, y entonces reparó en un pequeño aparato de radio que esperaba en la pequeña repisa junto a la puerta del balcón.

—Como esto... ¿Se capta algo? —preguntó.

Moses miró la radio, equipada con su rudimentaria antena casera, con interés. La había olvidado completamente.

—Me temo que no. Pero... prueba a encenderla ahora —dijo curioso—; hace tiempo que no...

El aparato crepitó cuando Isabel pulsó el botón de encendido. La estática brotó por los pequeños altavoces. Movi6 el dial lentamente, primero en un sentido, luego en otro, pero la banda estaba vacía. Isabel no podría decir lo que había esperado, pero la confirmación de que ya nadie estaba al otro lado la desalentó de una manera como no había podido prever. Imaginó aquellos estudios desde donde emitían los

programas, ahora ya vacíos de no ser por un par de espectros, uno de ellos todavía con unos auriculares en los oídos, recorriendo sus oscuros pasillos para siempre jamás. Un escalofrío casi imperceptible la recorrió.

Moses tampoco pudo ocultar su decepción. La expresión en su rostro le delataba. Suspiró y giró la cabeza hacia el cielo.

—Es como esas estrellas —dijo—. Algunas de las luces que vemos tienen millones de años de antigüedad, su luz se emitió cuando las primeras amebas poblaban la tierra. Muchas ya no están. —Calló un momento—. Voy a entrar. Estoy cansado de mirar las estrellas. De mirar cosas muertas.

En los días sucesivos comenzaron las tareas de acondicionamiento de la furgoneta. Bastaron unos cuantos viajes a algunas tiendas de alrededor para aprovisionarse de los principales aperos. Otro tipo de materiales se obtuvieron de vehículos abandonados en la calle, como las ruedas nuevas o el guardabarros reforzado, sacado de un viejo modelo de *Nissan* que aún tenía la barra metálica en el frontal. Los tres hombres hicieron buenas migas, y a menudo se quedaban charlando en el garaje después del trabajo, compartiendo unas latas de cerveza. Era éste un trabajo duro, sobre todo porque usaban una batería de lámparas de queroseno para iluminarse, pero cada pequeño tornillo afianzado en la carrocería reforzaba su ánimo y mejoraba su talante; trabajaban duro para construirse una vía de escape hacia prados más verdes.

Una noche, Isabel conectó de nuevo la radio. Había estado encendiéndola y apagándola cada vez con menos frecuencia en las últimas semanas. Era, cada vez más, un proceso automático que ya no traía ninguna sensación consigo; la esperanza había remitido completamente. Sin embargo, aquella noche, Isabel dio un respingo cuando una voz queda brotó inesperadamente del aparato. Moses, que había estado dormitando en el sofá, se puso en pie de un salto.

...nto a Carlos Haya, el polideportivo de Carranque. Estamos en disposición de garantizar su supervivencia. Repetimos: podemos garantizar su supervivencia. Contamos con agua, víveres, personal médico e infraestructura suficiente para sustentar una pequeña comunidad de más de treinta supervivientes. Una forma segura de llegar hasta nosotros es a través de las alcantarillas; por lo que podemos decir, son seguras desde la zona del Corte Inglés hasta el polideportivo. Éste es un mensaje grabado que se repite cada quince minutos en esta frecuencia. Te esperamos.

—Jesús... —dijo Moses, sintiendo un zumbido en las sienes, similar al dolor de cabeza pero más intenso y menos doloroso. Isabel se tapó la boca con las manos.

—¡No toques el dial! —dijo Moses.

—N-no... no...

Permanecieron unos segundos en silencio, mirando el pequeño aparato de radio, intentando digerir las palabras que habían escuchado. Moses levantaba los brazos como intentando abarcar la magnitud de la noticia que acababan de recibir.

—Dios mío... —dijo despacio—, están... están justo ahí al lado.

—¿Ha dicho una comunidad de treinta personas?

—Espera a que los demás escuchen esto... —dijo Moses, corriendo hacia el dormitorio.

Unos minutos más tarde estaban todos sentados alrededor de la radio, escuchando la repetición del mensaje. Sonreían y se abrazaban, y charlaban sobre lo que habían escuchado comentando todos los detalles en cada pausa. Cuando el mensaje comenzaba de nuevo, puntual como un reloj de cesio, todos callaban, deleitándose en aquella voz grave y queda.

—Las alcantarillas... ¿Os dais cuenta? ¿Cómo no hemos pensado antes en las putas alcantarillas? —preguntó Moses.

El Cojo negaba con la cabeza.

—Las alcantarillas de Málaga son muy estrechas —dijo—, al menos en la zona centro. No me son desconocidas, alguna vez que otra tuvimos que usarlas para... Bueno —hizo un gesto vago—, eso fue hace ya mucho tiempo, antes de ir a la cárcel. Son viejas, y no creo que puedan recorrerse de un lado a otro sin salir a la superficie. Puede que fuera así en otro tiempo, pero muchos de los túneles están tapiados, o bloqueados por los cimientos de alguna casa. En otras secciones hay tuberías nuevas, tan grandes que ya no se puede continuar por ellas. En cualquier caso, son peligrosas. Hay pozos oscuros por los que podemos caer sin darnos cuenta, sobre todo porque a veces hay plásticos o acumulaciones de cartones y otras cosas que tapan esos agujeros, por no hablar de ratas, cucarachas y una cantidad tan grande de mierda que ya nunca encontraremos agua suficiente para limpiarnos del todo.

—En cualquier caso, prefiero la mierda a esos zombis —cortó Roberto, mirándole con un deje de perplejidad en el rostro.

—Quiero decir que no es el único camino. También tenemos la furgoneta.

—No está lista. Y ya hablamos de eso, no sabemos cómo van a estar las carreteras. Dijimos que la probaríamos primero, sólo dos de nosotros, a ver cómo estaba todo.

—Bueno... tranquilidad —pidió Moses—. Claro que terminaremos la furgoneta, si es que vamos a usarla. Al fin y al cabo no tenemos excesiva prisa; aún quedan bastantes provisiones y tenemos las tiendas de alrededor para abastecernos de agua y lo que vayamos necesitando.

—Merece la pena probar lo de las alcantarillas... —dijo Isabel, mirando al Cojo y buscando la reconciliación—. Sólo probar... ver cómo está todo. Si sabemos que existen esos riesgos podemos evitarlos con cautela. La mayoría de los peligros lo son porque no se sabe de su existencia...

—En eso tiene razón —dijo Moses, sonriendo—. Además te tenemos a ti de

guía; es una buena forma de averiguar si se puede o no.

—Vale, cabrones... —dijo el Cojo entre dientes—, meteré mi *paticorto* cuerpo serrano en la mierda, si es lo que queréis.

Todos rieron.

Contrariamente a lo que era habitual, siguieron planeando hasta altas horas de la madrugada, demasiado excitados con las posibilidades como para pensar en conciliar el sueño. La perspectiva de encontrarse otra vez inmersos en un grupo de gente de *treinta* personas confería una dimensión inusitada a la palabra "comunidad".

Los días que siguieron trajeron una febril actividad. Moses, Roberto y el Cojo salían a menudo por los bazares de alrededor para encontrar botas de agua, un frontal, guantes de goma y cuerda. Se habían vuelto muy duchos en el arte de esquivar y manejar a los espectros, y ponían un cuidado especial en no excitarlos demasiado.

Un día, de buena mañana, el Cojo se adentró por fin en las alcantarillas. Era aun peor de lo que recordaba. Avanzó con dificultad, y como Teseo en el laberinto del minotauro, usaba un cordel como guía para recordar el camino de vuelta. El túnel era angosto y de techo bajo, y tenía que doblar las rodillas y andar encorvado para avanzar. El hedor era lo peor, tuvo que taparse la nariz con su camiseta y aun así resultaba tan sofocante como embriagador y no faltaron las arcadas en su periplo subterráneo. Sin embargo, no encontró ni una sola rata. Constató, en cambio, que sí era posible avanzar mucho más lejos de lo que había pensado, y aunque era difícil decirlo, calculó que prácticamente había llegado hasta el río, que separaba la zona centro del edificio del Corte Inglés.

A su vuelta, la noticia fue celebrada con gran alegría por el resto del grupo.

—Y una cosa. Necesitamos máscaras, o filtros de aire, o lo que sea, porque, joder, ahí abajo *apestaba* como no podéis ni imaginar.

—De acuerdo —dijo Roberto, visiblemente contento—. Podemos ir mañana a por más equipo, más frontales, botas... ¿no creéis? —mirando a Moses, como buscando su aprobación—. ¿Cuánto podemos tardar? Creo que podríamos irnos en dos o tres días.

—Bueno, tendríamos que cargar todas las provisiones que podamos en mochilas, tío —dijo el Cojo—. Al fin y al cabo, no sabemos lo que vamos a encontrarnos.

—Eso es justo lo que estaba pensando —dijo Moses.

Todos guardaron silencio. Mientras hablaba, Isabel lo estudiaba. Ya para entonces, de forma completamente subliminal, se había creado un consenso no vocalizado según el cual Moses se había erigido como una especie de líder del grupo. Cuando Moses hablaba, le dejaban hacer. Su opinión se buscaba. Sus ideas casi nunca se discutían, sencillamente porque eran *buenas*, y siempre tenían sentido.

—Sabemos que podemos llegar hasta el río, pero después de eso tendremos que salir a la superficie y cruzar hasta el otro lado. ¿Y después? Carranque aún queda

lejos. Hay una calle larga que nos llevaría hasta allí, y si no recuerdo mal, había una entrada sur pero... pero... Vale, imaginaos que llegamos hasta allí, probablemente exhaustos y llenos de mierda hasta las rodillas: ¿qué hacemos?, ¿llamamos a la puerta? ¿Cuántos de esos espectros creéis que encontraremos? Y si hay una comunidad entera allí dentro..., ¿cuántos estarán... frenéticos? Ya sabéis, de esos que son realmente peligrosos. Se excitan con la presencia humana, con la actividad...

—Podemos cruzar el río y volver a las alcantarillas.

—Voto por eso, amigo —dijo Roberto, imitando la voz de Samuel L. Jackson.

—De acuerdo, salimos de las alcantarillas, cruzamos el río por el puente y llegamos al otro lado; allí buscamos otra alcantarilla y recorremos la distancia que nos separa hasta Carranque. Y una vez allí... bueno, ya veremos qué pasa.

—Eso suena como un buen plan —dijo el Cojo con una risa socarrona.

—No podemos ponderar lo imponderable. Quién sabe lo que encontraremos allí. Así que movamos nuestros culos y que Dios nos proteja.

Isabel no lo dijo, pero al oír la referencia al Padre que está en los cielos, sintió un fuerte escalofrío.

XXIV

El viento había cambiado y traía ahora un penetrante olor a mar. El padre Isidro levantó su rostro hacia la brisa que le llegaba del sur, saboreando el intenso aroma salino y sintiendo que su cabeza se despejaba. No recordaba haber sido capaz de percibir esas cosas antes del Día del Juicio, nunca desde tan lejos del puerto o la playa. Antes era imposible con la polución y el humo de los coches, el calor contaminante de chimeneas, salidas de humos, gases, y... ahora lo veía claro... la mórbida excrecencia de las miserias humanas, sus sudores, calores corporales y humores. Sonrió, conmovido por la inabarcable sabiduría de Dios todopoderoso, que había erradicado de la faz de la Tierra todo lo que no era puro, todo lo que había corrompido la natural bondad de lo que Él había creado.

Desde su privilegiada posición, estudió la ciudad que se extendía ante sí. Había subido hasta el punto más alto en el que pudo pensar, el Monte de Gibralfaro: un pequeño pulmón natural ubicado en pleno centro de Málaga y desde el que se podía ver, en ocasiones, algunos montes de la cordillera del Atlas en África, y el Estrecho de Gibraltar. Las vistas eran magníficas: una impresionante panorámica de todo el centro, desde el puerto hasta las últimas edificaciones del extremo más septentrional. Observando los bloques de edificios arracimados sin aparente orden ni concierto, experimentó un nuevo ramalazo de júbilo. Qué silenciosa y tranquila era su nueva necrópolis; se la veía tan hermosa. Utilizando unos prismáticos que había tomado de un pequeño comercio, pudo ver perfectamente las calles y todos los Ejércitos del Señor que las recorrían incansablemente.

Sonrió, complacido. Muy pronto anochecería, y entonces vería... vería las pequeñas luces de la ignominia por excelencia, de los que se ocultaban, de los impíos, de los pecadores intentando sobrevivir en sus pequeños escondrijos, sus sucias madrigueras de pecado, intentando escapar del Juicio Supremo. Cuando anocheciera, los vería a todos, oh Señor, a todos ellos. Encenderían sus pequeñas luces, sus lámparas de queroseno, sus velas, sus generadores de emergencia, y él los descubriría. Iría a ellos portando la Luz del Señor, los arrancarían de sus cubiles y los arrojaría a los Ejércitos para ser juzgados.

El padre Isidro dejó escapar una lágrima, conmovido por el desmedido amor que experimentaba. Recorría su cuerpo como calambres eléctricos. Dios lo amaba, lo había elegido a él, entre todos los hombres y mujeres, para acometer esa gran tarea, y tenía intención de acometerla hasta agotar el último ápice de sus energías.

Permaneció allí sentado hasta que el sol se retiró, mohíno. A su alrededor,

varias figuras espectrales deambulaban arrastrando los pies, indolentes al fervor religioso padecido por el sacerdote. Recurría a sus prismáticos cada pocos segundos y barría las calles, los altos edificios, cada ventana. En un momento dado, se retiró junto a unos arbustos y defecó una suerte de puré de un color desusado, mortecino, recubierto de una baba espesa y blancuzca; pero no le prestó atención. Había perdido tanto peso que los tendones del cuello se marcaban como cables de hierro, y las oquedades entre ellos eran profundas e insoportables. Sus labios eran finos y secos, apenas dos pellejos blancuzcos que repasaba continuamente con su lengua pequeña y puntiaguda.

Por fin, apareció una luz en medio de la oscuridad. Apenas un pequeño punto, pero tan discernible en la oscuridad que imperaba en la ciudad costera, que le saltó a la vista inmediatamente. Era un ático en la zona de Ciudad Jardín; ya conocía el edificio, edificio humilde lleno de personas humildes. Sonrió, bien pagado de sí mismo, de su ocurrencia de trepar al punto más alto de la ciudad para someterlos a todos, y de que estuviera dando resultado. Pero no se apresuró, continuó revisando todas las ventanas, los balcones, las lejanas calles plagadas de erráticas figuras muertas, asomado a sus prismáticos negros que aún olían a nuevo. No tardó en aparecer una segunda luz, algo más lejos, cerca de la zona del Muelle Heredia. Esta vez se trataba de un balcón espacioso donde diversos enseres se amontonaban sin sentido. Por encima de ellos, una hilera de luces prendidas en un cable, como un adorno de navidad, se mecían al viento. En el interior de la casa titilaban varias luces más; probablemente, se dijo, velas de pequeño tamaño. Y unos instantes más tarde, más luces, todas trémulas, mortecinas, en distintos puntos remotos unos de otros.

El Padre Isidro se incorporó de un salto, experimentando una sensación parecida a la euforia pero más mezquina, así que pronto desapareció, vacua.

Trotó, desmadrado como un espantajo abominable, hacia el viejo camino empolvado que zigzagueaba entre los árboles hasta las calles del centro. La oscuridad era casi completa, pero sus ojos se habían acostumbrado y tenía suficiente para percibir los volúmenes. Recibió arañazos en las pantorrillas y los brazos, pero ya no acusaba el dolor; naturalmente, cantaba.

Le llevó unos treinta minutos llegar hasta el más cercano de los edificios iluminados, en la zona de La Malagueta. Allí, el suelo estaba completamente abarrotado de cadáveres en franca descomposición, y como resultado, el aire estaba impregnado de un hedor nauseabundo: rancio y dulce, profundo y sofocante. Se preguntó brevemente qué habría podido pasar, pero pronto la idea se apartó de su mente por sí sola. Al final de la calle, una tímida luna teñía de blanco un mar negro y tranquilo.

Miró hacia arriba, a los altos balcones, y tal y como había esperado, allí estaba, apartando las tinieblas de la noche. Casi podía oír el ronroneo traqueteante de los generadores, ubicados en el balcón.

—Ya vengo —anunció, a nadie en particular—. Soy el guardián, soy el juez,

jurado y verdugo.

Pasó por encima de los cuerpos caídos, y se acercó al portal, que naturalmente estaba clausurado con muebles apilados. Tironeó un rato de la puerta hasta que, a través del opaco cristal ahumado de la doble hoja, descubrió una fenomenal cadena cerrada con un enorme candado *Yale*.

El padre Isidro giró sobre sus pies y escudriñó varios vehículos desmadejados a lo largo de la calle. Se interesó por un viejo modelo de *Seat Toledo*, pero no tenía las llaves en el contacto. El siguiente coche se sacudió con un ruido horrible, más parecido a la risa de una hiena tísica que a un motor, y no arrancó. Después de algunos intentos fallidos más, por fin pudo arrancar un pequeño *Daewoo* de color ceniza. El motor sonó como el rugido de un tigre en la jungla: alto, solitario y poderoso.

Hacerlo dar la vuelta resultó un poco más complicado de lo que había pensado. Los cadáveres dispersos por el suelo conformaban baches que, en ocasiones, cedían bajo el peso del vehículo o hacían que las ruedas giraran alocadamente sin encontrar un punto de apoyo. Por fin, pudo alinear el morro con el portal del edificio, puso el freno de mano y revolucionó el motor. Cuando soltó el freno, el *Daewoo* se lanzó a gran velocidad, atravesó la puerta y se llevó consigo todos los muebles apilados, arrojando trozos de madera en todas las direcciones. Por fin, se detuvo cuando chocó contra los primeros escalones de la vivienda.

Abandonando despacio el automóvil, el padre Isidro echó un vistazo a la calle. Los zombis estaban ahora visiblemente más nerviosos. Se acercó al más próximo, que movía los brazos descontroladamente, como aquejado del baile de San Vito, lo cogió por la mano y tiró de él hacia el portal. Al segundo lo metió dentro por el sencillo procedimiento de empujarle por la espalda. Toda esta actividad estaba despertando al resto de los muertos; sus quejidos y cloqueos empezaban a subir de volumen, sus bocas se abrían, hambrientas, y sus cabezas se revolvían inquietas, buscando. Desde la distancia, empezaban a llegar cada vez en más número. Era justo lo que necesitaba.

Le llevó algunos minutos más azuzar a un buen número de espectros al interior del portal. Los zarandeaba, los golpeaba y los empujaba con fuertes empujones, y eso hacía que reaccionasen cada vez más rápidamente, cada vez más hostiles.

Como la otra vez en la Plaza de la Merced, no le costó mucho hacer que subiesen por las escaleras; apenas los encarrilaba, ellos empezaban a avanzar despacio en la dirección correcta. Palmoteaban las paredes, se enredaban en sus propias piernas y caían blandamente sobre el suelo de mármol, pero luego se levantaban y continuaban en la buena dirección.

Satisfecho, el padre Isidro empezó a entonar su canción.

Las personas que sobrevivían escondidas en su domicilio no tuvieron muchas oportunidades. El padre Isidro llevó a su horda de cadáveres resucitados y echó la puerta abajo sin mucho esfuerzo; los supervivientes nunca esperaron que los zombis llegasen hasta ellos. Allí encontró rostros aterrorizados, una mujer entrada en años y

de aspecto demacrado, y dos chicas jóvenes también de apariencia enfermiza. Cuando el primer espectro cruzó el umbral, chillaron y le arrojaron una silla. Huyendo hacia el salón, volcaron la mesa de la cocina y luego corrieron de habitación en habitación mientras los espectros inundaban la vivienda. En medio de la vorágine, el padre Isidro, preso de una excitación desenfrenada, se entregaba a la tarea de recitar pasajes de la Biblia mientras empujaba a los espectros.

En la última habitación ya no hubo escape posible. El padre Isidro escuchó los gritos y se arrodilló en el suelo, mirando hacia un punto indeterminado del techo. Rezó largamente por sus almas, que habían sido encontradas culpables y sometidas al juicio último.

Cuando todo hubo terminado, se sintió laxo pero satisfecho. Le temblaban las manos y la boca era un pozo de arena. Fue a la cocina y hurgó en los estantes, pero sólo encontró cereales, legumbres y unos grandes sacos de arroz. En otro sitio encontró botes con mermeladas y varias marcas de cremas de cacao, con y sin avellanas. También garrafas grandes, llenas de agua. Bebió sin medida, y luego hundió sus dedos largos y descarnados en el dulce alimento. Comió con lascivia, hasta sentirse enfermo.

Eso sí, antes se aseguró de dar gracias al Señor por los alimentos recibidos.

En los días que siguieron, el padre Isidro repitió su demencial misión numerosas veces. No le resultaba difícil sacar a los supervivientes de sus agujeros; en la mayoría de los casos se trataba de personas incapaces ya de seguir luchando, debilitadas física y psicológicamente. Algunas de ellas se rendían sin ofrecer resistencia, casi agradecidas de poner punto y final a esa *semiexistencia* rodeados de muerte. En otras, se las apañaba bien lanzando sus hordas de resucitados, a quienes azuzaba con tremenda facilidad. En eso se había vuelto terriblemente efectivo.

Casi siempre era el mismo procedimiento. Los localizaba, bien denunciados por la luz, o por la procedencia de los sonidos que le llegaban desde los locales comerciales y las viviendas en sus largos paseos. Entonces destruía las barreras lentamente construidas con grandes martillos, sierras mecánicas o, cuando era posible, vehículos. Era el amo absoluto de todo. Era el Rey de la ciudad.

Siempre dormía en cualquier parte, la ciudad le ofrecía mil y un lugares confortables donde reposar sus huesos: la habitación de un hotel, un dormitorio en cualquier casa. Se quedaba dormido, arrullado por los lánguidos lamentos de los muertos. Una vez durmió al lado del cadáver hinchado y podrido de lo que parecía haber sido una anciana. Ya no acusaba el olor, y desde luego no sentía rechazo por los cuerpos devastados por las marcas de la muerte.

Una mañana, después de rezar sus oraciones, el padre volvió a las calles a ocuparse de sus tareas. Mientras paseaba por el centro de la ciudad, levantó la cabeza hacia el cielo y se lo encontró de pronto, asomado a uno de los balcones de un viejo edificio. Era él... aquel mismo joven. El joven que había escapado de su primera incursión una vez entendió lo que el Señor quería de él.

Instintivamente, muy despacio, se retiró a las sombras de uno de los salientes de un edificio cercano sin perderlo de vista. Su corazón latía con renovado ímpetu en su escuálido pecho.

Varias veces en días anteriores, el rostro de aquel joven lo había mortificado por las noches, atormentándolo en medio de una nube gris y difusa en la que siempre escapaba a todos sus intentos por apresarlo. Despertaba sudando, y pedía perdón al Señor por la pobre actuación que había podido ofrecerle aquel día. Sabía que el Señor le concedería una nueva oportunidad, y por fin la tenía delante. Su enorme dentadura brilló en la sonrisa de complacencia que se dibujó en su rostro.

En ese momento, otro individuo salió al balcón. Era un tipo alto, de cuerpo atlético, con una barba rala y de aspecto marroquí. Qué apropiado, pensó, mientras sus pequeños ojos brillaban con odio en las sombras que le ocultaban. Infames, impíos que pronto se someterían al Juicio Final. Lo juró entonces en el nombre del Señor, y lo juró sobre la pureza de su propia alma.

Pero no se precipitaría. Permaneció allí estudiando sus movimientos, su lenguaje corporal y sus maneras a medida que hablaban y señalaban al horizonte. Continuó impávido, sin atreverse a mover un solo músculo, hasta que ambos se retiraron al interior de la vivienda. Entonces soltó el aire de su pecho y respiró entrecortadamente. Los tenía.

En los días siguientes acechó como un depredador por los alrededores de la casa. Quería saber cuántos eran, quería saber dónde estaban exactamente. Esta vez estaba determinado a no fracasar. Trepó hasta el último piso del edificio contiguo y allí se acurrucó, camuflado por unas vetustas cortinas grises, a espiar por la ventana. Eran muy listos, antes del anochecer cerraban todos los batientes y apenas se asomaban al balcón. Sin embargo, en las pocas ocasiones en las que lo hacían, él ya estaba allí, y vio también a una de las chicas escondidas en la Plaza de la Merced. Entonces rechinó los dientes, arropado por el polvo denso y macilento de las viejas cortinas, y los odió tan profundamente que casi sufrió un desvanecimiento.

Una vez, mientras se encontraba cerca del portal, vio salir a dos hombres. El primero era el marroquí; el segundo, un hombre que cojeaba de una pierna. Se manejaban bien, corriendo y zigzagueando entre los zombis antes incluso de que éstos pudieran reaccionar. Los siguió desde la distancia, discretamente, ocultándose entre los resucitados. Los vio entrar en una tienda de ultramarinos, donde estuvieron pocos minutos, y salir de nuevo. Llevaban unas mochilas en la espalda.

Aquella misma tarde los vio salir de nuevo, correr hacia otra de las tiendas, y volver a salir. Y al día siguiente, y al otro.

Eran como pequeñas abejas afanadas, enredando con algún plan desconocido. El padre Isidro entraba en las tiendas una vez ellos se habían ido, y revisaba los estantes. El polvo acumulado le permitía encontrar los huecos donde ellos habían tomado productos. Encontró que faltaban diversos enseres, sobre todo de uso cotidiano, y otros más extraños, como tubos de rejilla, herramientas, montones

ingentes de pilas alcalinas y hasta botas de agua, de las de plástico resistente, pero no supo extraer un mensaje de toda aquella actividad.

Por fin, una de aquellas mañanas, vio al tullido desaparecer por una de las alcantarillas asistido por el marroquí, quien, en un momento de tensión, tuvo que descabezar a uno de los espectros usando su barra de hierro. Desde su escondite, varios metros más allá, pestañeó como si de repente hubiera comprendido el concepto de la tercera dimensión en el volumen de los objetos. ¡Las alcantarillas! En su vida había pensado en ellas, pero de repente consideró la posibilidad de que debajo de la ciudad, allí donde los resucitados nunca miran, se escondiesen los impíos. Qué deliciosa paradoja, pensó, dar caza a los pecadores en las alcantarillas tal y como ellos persiguieron a los cristianos en las cloacas de la antigua Roma. Pronunció la palabra de viva voz: *venganza*. Sabía, a través de palabras del apóstol Pablo, que sólo Dios tiene el derecho moral de una venganza justa, pero ¿acaso no era él su instrumento, su puño de castigo, el ejecutor de su juicio último?

Una vez el marroquí hubo vuelto a la seguridad de su cubil, el padre Isidro corrió hacia la tapa de la alcantarilla, la retiró y se deslizó dentro con la agilidad de un atleta. Estaba oscuro como boca de lobo, pero allá a lo lejos aún despuntaba la luminiscencia mortecina de la luz que portaba el impuro, menguando a medida que se alejaba.

Durante mucho tiempo, el padre Isidro fue siguiendo al Cojo desde la distancia. No fue difícil, porque el hombre iba dejando un rastro de cordel por donde pasaba. Cruzaron por oscuros túneles y estrechas tuberías, se arrastraron por inmundos recovecos y caminaron con prudencia, arrastrando los pies allí donde las aguas fecales eran altas.

Lo siguió todo el tiempo, silencioso y sibilino, como el Gollum de Tolkien tras el portador del Anillo en las minas de Moria. Llegados a un punto, el Cojo se detuvo, y pareció descansar junto a una pared de cemento que corría perpendicularmente al corredor que habían venido siguiendo. Luego, volvió a retomar el camino de vuelta.

El padre Isidro reculó por el túnel, con los grandes ojos blancuzcos fijos en la luz trémula que se acercaba. Por fin, dio con un resquicio en la pared de ladrillos y desapareció por él. Esperó, jadeante, a que el Cojo pasara de largo y esperó hasta verlo desaparecer en la distancia. No había duda, iba de vuelta. Entonces continuó por el túnel hasta el punto donde había descansado, y permaneció allí de pie, mirando alrededor.

¿Qué había hecho allí? ¿Qué buscaba? Miró y buscó, escudriñó la pared con sus manos, pero no encontró nada.

Había una leve luz que se filtraba por el pequeño hueco de la tapa de una alcantarilla, pero no era suficiente para ver bien, así que trepó los dos escalones en la pared e hizo saltar la tapa con un fuerte empujón. Entró la luz y una suave brisa de aire fresco, y cuando se acostumbó de nuevo a la claridad, la pared estéril e impasible de la fachada del Corte Inglés le saludó.

Y entonces comprendió, lo entendió perfectamente. No había nada de especial en aquel túnel. El túnel no era el objetivo, era el medio. Iban a escapar... a cruzar la ciudad por debajo.

Con los tibios rayos del sol iluminando su rostro cadavérico, el padre Isidro cerró los ojos, aspiró suavemente y comenzó a sonreír.

XXV

En mitad de la noche, el fuerte ruido de la lluvia cayendo sobre los tejados de la ciudad les despertó. Llovía tan abundantemente que no tardaron en formarse grandes caños de agua precipitándose desde las canaletas del tejado hasta el suelo. Allí, los zombis parecían no acusar el agua: vagaban erráticos como de costumbre.

—Esto no es bueno —dijo el Cojo, asomado tras el cristal de la ventana.

—Teníamos que haberlo hecho antes. ¡Estábamos preparados! —protestó Roberto.

—Si el agua inunda las alcantarillas, se acabó nuestro plan —continuó el Cojo.

En el cielo, el finísimo trazado de un relámpago quebró momentáneamente la oscuridad de la noche.

—Estáis llorando la muerte del pollo antes de que salga siquiera del huevo —dijo Moses, con las palmas de ambas manos apoyadas contra el cristal. Estaba frío, pero el tacto era agradable—. Mañana bajaremos ahí abajo y echaremos un vistazo. Si se puede hacer, se hará. Y si no se puede, esperaremos unos días. Llevamos semanas aquí, un poco más no va a hacernos daño. La gente de Carranque no va a desaparecer.

—¿Y si sí desaparecen? —preguntó Isabel.

—Si desaparecen, dejarán una nota. Y si *desaparecen* —dijo en tono lúgubre—, nos alegraremos de no haber podido llegar antes. Vamos a dormir.

Al día siguiente todo el mundo se levantó mucho antes del amanecer. El cielo parecía encapotado, pero la lluvia había cesado y el olor de la noche era embriagador, húmedo y limpio. Sólo entonces se dieron cuenta de lo mal que había oído toda la ciudad hasta ese momento.

Desayunaron poco y se enfundaron en el equipo que habían ido consiguiendo poco a poco: botas de agua, guantes, y hasta unos improvisados protectores que les cubrían la boca y la nariz, en previsión del olor. Comprobaron las linternas, cargadas con pilas nuevas, y se ajustaron las pequeñas mochilas a las espaldas.

En un momento dado, mientras los demás echaban un ya rutinario vistazo a la calle para ver el número de zombis y su ubicación respecto al portal y la entrada de la alcantarilla, Moses se acercó a Isabel y le habló en un tono discreto.

—Quiero que eches un ojo a Mary. Estoy preocupado por si vuelve a... desconectarse. Las cosas pueden ponerse muy feas. Yo iré detrás vuestra todo el tiempo, si notas algo extraño, házmelo saber inmediatamente. Lo último que quiero es que se ponga a chillar ahí abajo, o que suelte su linterna y salga corriendo por

algún túnel.

—Estará bien —contestó Isabel, moviendo la cabeza afirmativamente—. De verdad. Estuvimos hablando de esto la otra noche. Ha superado todo aquello.

—Me alegro.

Isabel sonrió, aunque tímidamente.

Unos minutos más tarde, el equipo bajaba por las escaleras hacia el portal. Ninguno decía gran cosa, lo que confería a la escena un tinte dramático que, en realidad, nadie deseaba. Moses se quedó rezagado unos instantes, echando un último vistazo a aquellas cuatro paredes que habían sido su refugio durante tanto tiempo. Le parecía que había sido ayer cuando el Cojo le dijo que los muertos estaban volviendo a la vida, pero aunque se esforzó, no encontró muchos recuerdos de la vida antes de la Infección. Se despidió en silencio, cerró la puerta y se reunió con el resto.

—Todos sabemos lo que hay que hacer —dijo Moses una vez que estuvieron reunidos en el portal—. Pero me gustaría que lo repasemos una vez más.

Miró a los ojos de todos, pero no obtuvo respuesta, así que continuó hablando:

—Vamos a retirar ese mueble para salir. Tan pronto la abertura lo permita, salimos todos juntos, en hilera. Josué irá primero, y Roberto en segundo lugar. —Iba señalando a todos uno por uno mientras los mencionaba—. Luego Mary, Isabel, y yo iré el último, cubriendo la retaguardia. La entrada a la alcantarilla que vamos a usar está a cien metros hacia la derecha. La tapa ya tiene un gancho puesto, así que retirarla es cosa de un segundo. Josué baja primero, por si hubiera sorpresas abajo, y nos avisa una vez que ha comprobado que todo está tranquilo. Mary salta en segundo lugar, y después Isabel. Isabel, no saltes inmediatamente... dale unos segundos para que le dé tiempo a retirarse.

—Ok —dijo Isabel.

—Es un salto pequeño pero siguen siendo dos metros, así que preparaos para la caída. Roberto y yo nos encargamos de daros cobertura mientras bajáis. Y por fin, Roberto salta... y yo le sigo. Y aunque nunca lo han hecho, confiemos que esas cosas no nos sigan esta vez. ¿Todo entendido?

Asintieron con enérgicos movimientos de la cabeza. Isabel expulsaba aire por la boca y cambiaba el peso de su cuerpo de una pierna a la otra.

—Vamos allá.

Roberto y el Cojo se pusieron a un lado del pesado mueble de cocina y lo empujaron, no sin esfuerzo. Las patas de metal arrancaron groseros chirridos de las pétreas losas del suelo. Aunque era un sonido que todos habían oído muchas veces antes, en aquella ocasión consiguió despertar viejos temores que creían tener olvidados. Inconscientemente, Mary retrocedió dos pasos.

Por fin, cuando la luz clara y limpia de las primeras horas del día llenó la habitación, el Cojo les dedicó una rápida mirada y salió fuera.

Tal y como se había previsto, abandonaron el portal en fila y a buena velocidad,

dirigiéndose siempre derechos hacia la entrada a las cloacas. Los espectros se volvían a medida que ellos pasaban corriendo a su lado, levantando las manos. A juzgar por sus movimientos erráticos, parecían sorprendidos, como si hubieran montado guardia durante largo tiempo sólo para descubrir que el enemigo no llegaba de ninguna parte; estaba ya entre ellos.

Tras derribar de un fuerte empujón a un espectro que se interponía en su camino, el grupo llegó finalmente a la entrada. El Cojo se agachó y tiró del gancho, retirando la tapa con facilidad. Uno a uno fueron deslizándose por el agujero mientras Roberto y Moses mantenían un ojo en los espectros, que se acercaban cada vez más.

—Ya casi están aquí... —dijo Roberto, pendiente de un muerto viviente que se acercaba dando tumbos como si estuviese a punto de caerse a cada paso.

—Ya están... —dijo Moses mirando por encima del hombro cómo Isabel desaparecía por el hueco—. ¡Ya están! ¡Adentro, vamos!

Roberto se agachó y se perdió por fin en la oscuridad del pozo. Pero inesperadamente, el espectro acortó los cuatro últimos pasos lanzándose hacia delante con un rápido movimiento y agarrando a Moses de la manga, haciéndole encorvarse. El zombi quedó medio tendido en el suelo.

Moses tiró varias veces con toda la fuerza de la que fue capaz, pero no fue suficiente: la zarpa que le sujetaba se cerraba como una tenaza prodigiosa. El espectro le miraba desde el suelo, iracundo, abriendo y cerrando sus mandíbulas en rítmicos y frenéticos movimientos, como si fuera un muñeco mecánico al que hubieran dado cuerda.

—¡MO! —llamó la angustiada voz del Cojo desde el agujero. Moses miró alrededor. Había cinco o seis zombis que no tardarían en llegar hasta él. Avanzaban deprisa, trotando como posesos, con sus miradas vacías puestas en él. Tan deprisa, de hecho, que en unos pocos segundos los tendría encima. Sin dejar de intentar librarse de la garra del espectro, enumeró sus posibilidades y tomó una repentina decisión: apretó el brazo contra su cuerpo y se lanzó por el hueco de la alcantarilla.

El espectro fue arrastrado medio metro a medida que Moses se precipitaba por el agujero; su brazo hizo un ruido monstruoso al quebrarse al menos por tres sitios diferentes. Sin embargo, la tenaza no se soltó, y Moses se balanceó fuera de control, golpeándose la cabeza con el borde del asfalto. El brazo quedó doblado en un ángulo de 90 grados perfecto, y la posición de la muñeca también resultaba irreal comparada con el resto del cuerpo, como un muñeco mal ensamblado. Nada de ello parecía afectar al muerto viviente.

—¡Tirad de él! —dijo el Cojo desde la alcantarilla.

Moses sintió cómo tironeaban de sus piernas, así que se aferró con ambas manos al brazo descoyuntado e hizo un esfuerzo por trepar, para oponer más fuerza hacia abajo. Por fin, entre crujidos, la mano del zombi cedió y Moses cayó pesadamente entre el resto del grupo.

—¿Estás bien?! —preguntó el Cojo, chillando a escasos centímetros de su cara.

—S... Sí, sí —dijo Moses, con el brazo aún dolorido. Miró arriba, y en el agujero de la alcantarilla vio muertos vivientes asomando, con los ojos abiertos de par en par, frenéticos. Se daban empujones y codazos para poder mirar por la abertura.

—Vámonos... ¡vámonos ya! —espetó Roberto—. Terminarán por colarse por el hueco... ¡vámonos!

Contra todo pronóstico, se sintieron más aliviados a medida que avanzaban por los túneles, alejándose de las inquietantes y estridentes voces de los espectros. No fue hasta un rato después, cuando el silencio cayó sobre ellos, que Moses comprobó que Mary sollozaba.

Resultó que el agua no era un problema, como habían temido. Chapoteaban continuamente en una suerte de limo denso y oscuro, pero el nivel apenas pasaba de la pantorrilla. Los haces de luz barrían las paredes en todas direcciones. A veces, las mortecinas luces blancas sorprendían una cucaracha que huía pared arriba a gran velocidad, o una montaña de porquería arrumbada contra una esquina. Pero nadie decía nada.

Un rato después, el grupo se detuvo.

—Es aquí. Hemos llegado —anunció el Cojo.

Moses se acercó a la pared que les separaba del río y pasó la mano por ella. El tacto era frío y rugoso.

—Tenemos que pensar mejor cómo vamos a hacerlo cuando lleguemos a la siguiente alcantarilla —exclamó—. La última vez no nos fue demasiado bien.

—*Funcionaba bien* cuando iba yo solo... —se apresuró a decir el Cojo, y algo en su tono de voz llevaba implícita una disculpa.

—Ahora somos cinco. Ése es el problema. Es demasiado tiempo. Esas cosas tienen tiempo más que suficiente para echársenos encima.

—Podemos hacerlo más rápido... —dijo Isabel, más para sí misma que para los demás.

—No habrá más remedio que confiar en eso —dijo Moses, pasándose una mano por la cara como si quisiese apartar el recuerdo de la escena que había vivido no muchos minutos atrás.

—De acuerdo... —dijo el Cojo despacio, iluminando con la linterna la tapa de la alcantarilla que se encontraba a apenas veinte metros—. Pues vamos allá.

Entonces el túnel explotó.

Un fulgurante y cegador resplandor blanco lo llenó todo. Tuvieron la sensación de ser transportados, arrebatados del lugar donde habían estado como si hubieran salido despedidos de una montaña rusa tipo cohete. El calor intenso les abrasó la piel, y cayeron desmadejados varios metros más allá, envueltos en polvo y cascotes. El túnel se llenó de humo, que olía a cenizas y a pólvora gastada, pero el techo se había colapsado y se escapaba hacia la luz del día.

Aturdido y magullado, Moses abrió los ojos. Descubrió que le costaba moverse

y que respiraba con dificultad, jadeante, como si acabara de correr los cien metros lisos. Sentía en el pecho una fuerte presión, y al intentar incorporarse, notó que algunos pedazos de escombros resbalaban de su cuerpo; estaba prácticamente enterrado entre los restos del túnel. Le pareció que el aire encerraba una especie de pitido constante y molesto, pero al mover los cascos, que cayeron silenciosos a un lado, descubrió que eran sus oídos, embotados por la explosión.

Moses llamó a sus amigos por sus nombres, uno a uno, y descubrió que empezaba a recuperar audición. Aun así tuvo la angustiada sensación de estar hablando debajo del agua.

Intentó ver algo a través de la polvareda. Cerca suya había al menos dos cuerpos, medio enterrados entre los cascos. Se arrastró como pudo hacia el más próximo, cogió su mano y la sacudió, pero estaba inerte, totalmente lacia. Su brazo presentaba una herida longitudinal, como si se hubiera raspado con algo.

"No, por favor, no...".

Sacudió el cuerpo, intentando obtener respuesta, y al hacerlo reparó en el viejo jersey gris que conocía tan bien. Era Isabel. Isabel enterrada en escombros.

—¡Isabel! —gritó, sacudiéndola con más fuerza—. ¡Isabel! Notaba cómo el pánico nacía de su pecho y germinaba por todo su cuerpo, cálido y paralizador. Luchaba por arrastrarse un poco más; tenía que llegar hasta su cara, ver cómo estaba y si podía respirar o estaba enterrada.

A pocos metros, alguien más se movía. Escuchó toses entre la polvareda. Las lágrimas dejaban surcos de piel limpia en sus mejillas manchadas de tierra.

Por fin, inesperadamente, Isabel se sacudió con un violento espasmo. Arrancó a toser con gran fuerza, haciendo caer los escombros a ambos lados. Moses se sintió invadido por una enorme sensación de gratitud, y se arrastró hasta recorrer el tramo que le separaba de ella.

—Ya está... *ssh*... ya está... —decía, sujetándole la mano con fuerza.

Alguien más estaba llamando a Mary, no mucho más lejos.

—¿Puedes... puedes levantarte? —preguntó.

Isabel se llevó una mano temblorosa a la frente. Había sangre allí, manando abundante.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con un hilo de voz.

—No lo sé. Una explosión. Pero no sé...

El grito desgarrador del Cojo les interrumpió. Gritaba el nombre de Mary, una y otra vez. Moses miró en su dirección, y allí, bañados por la luz del día que entraba por el techo, estaba el Cojo con el cuerpo desmadejado de Mary entre sus brazos. Su cabeza estaba hundida en el hueco de su cuello; el rostro de ella estaba vuelto hacia atrás, con los ojos cerrados y su cabello rubio convertido en una maraña de pelos y sangre. Moses ahogó un grito.

—¿Roberto? —sollozó Isabel, con ambas manos cubriéndose la boca.

Pero Roberto no se movía, continuaba allí donde había sido lanzado por la

explosión. Su brazo estaba torcido sobre la espalda, en un ángulo que hubiese sido difícil de realizar sin años de adiestramiento gimnástico.

Y entonces, emergiendo paulatinamente como el rumor del agua de un río que llega, los lamentos de los muertos llegaron a sus oídos. Primero uno, luego otro, los zombis comenzaban a asomarse por el borde de la grieta que había dejado la explosión. Parecían indecisos y hasta atemorizados, a juzgar por sus ojos abiertos de par en par y la forma de sus bocas formando círculos perfectos. Pero luego divisaron al Cojo, llorando con el cuerpo de Mary contra su pecho, y sus ojos volvieron a reflejar el tremendo ansia que les caracterizaba.

—Oh, Dios... —musitó Moses.

Haciendo acopio de fuerzas e ignorando el dolor lacerante de sus castigados músculos, consiguió incorporarse y ponerse detrás de Isabel. Lo hizo despacio, para no atraer la atención de los espectros, pero su mirada bailaba continuamente entre ellos y el Cojo.

—Josué... —llamó.

"¿Estoy gritando en voz baja?", se descubrió pensando.

—Vamos... —le dijo a Isabel—, tenemos que *irnos*.

Puso sus manos debajo de las axilas de ella y tiró hacia arriba. Le sorprendió constatar lo poco que pesaba, pero aun así sus brazos protestaron por el inesperado esfuerzo.

—Está muerta... —dijo el Cojo, volviendo su rostro hacia ellos—. Mary está muerta.

Los muertos vivientes se habían arremolinado alrededor del agujero. Había un salto de unos dos metros hasta abajo, y se debatían cerca del borde. Moses sabía que en el momento en que sólo uno de ellos se decidiera a lanzarse, o cayera por accidente, todos los demás se precipitarían hacia ellos como un solo cuerpo.

—Josué... los zombis, por el amor de Dios, hay que volver por el túnel...

Isabel se había acercado a Roberto. Su brazo estaba laxo, inútil. Le pasaba una mano por la cara y le llamaba, pero Roberto tampoco contestaba. Entonces, como atendiendo a un instinto básico, Moses miró hacia arriba y le vio.

Era un hombre alto, de tez cadavérica y grandes globos oculares a los que la extrema delgadez de su rostro le conferían un aspecto pavoroso. Estaba de pie entre los zombis, en primera fila, y sonreía mostrando una dentadura grande y perfecta. Unos pocos cabellos blancos caían lacios a ambos lados de su cabeza. Vestía una raída sotana de sacerdote.

El sacerdote le señaló con el dedo.

—Y Jesús se acercó a los impíos y les dijo: *regocijaos*, porque la Hora es la señalada, y es Hora en verdad de purgar vuestros pecados con la sangre que derramaréis en nombre de la Expiación.

Isabel se giró con la rapidez de una gacela que, pastando en el prado, percibe el olor de un depredador a escasos metros. Moses vio la expresión de terror que se

había apoderado de ella. El blanco de sus ojos contrastaba vivamente con la abundante sangre que teñía su semblante. Y lo entendió. Era aquel tipo, el cura que los había perseguido en la Plaza de la Merced. El jodido cabrón que había hecho volar el túnel por los aires.

Sin pensárselo dos veces, Moses tomó un cascote de cemento y ladrillo y lo arrojó con furia contra el cura. El impacto fue certero, el proyectil desgranó un ruido seco al acertar al sacerdote en plena frente. El cura trastabilló, aullando como una hiena herida y moviendo los brazos como si fuera a perder el equilibrio. Los zombis parecían a punto de reventar de pura excitación, revolviéndose como una jauría de perros esperando la orden de su amo para hincar el diente a su presa.

—¡JOSUÉ! —gritó al fin—. ¡TENEMOS QUE IRNOS!

El Cojo miró hacia arriba, con los ojos anegados en lágrimas. Su cara era la máscara griega de la tragedia.

Moses se acercó a Isabel y buscó el pulso en el cuerpo inerte de Roberto. No obstante, ni en la muñeca ni en el cuello percibió el ritmo de su corazón. Miró a Isabel, y ésta le pareció una extraña: tanto había cambiado su expresión por mor del pánico que la contaminaba.

—Vámonos... vámonos... —dijo tironeando de ella. Su propia voz le pareció distinta, irreal—. Está muerto, Isabel, está muerto...

—¡TÚ! —bramó el Padre Isidro desde lo alto del cráter. Sus ojos estaban henchidos de odio.

Moses lo miró, desafiante. El sacerdote cogió del brazo al muerto viviente que tenía al lado, y con un rápido movimiento, lo arrojó al interior del agujero. El espectro cayó de bruces; una visión extraña, porque no intentó poner las manos para frenar la caída, como haría instintivamente cualquier ser vivo. Estaba a apenas cuatro metros del Cojo.

—¡JOSUÉEEEEEE! —gritó Moses. Las sienes le palpitaban con tanta intensidad que su visión se nubló por unos instantes.

El Cojo se volvió hacia él, y algo en sus ojos le provocó una nueva oleada de pánico, si cabe, mayor que las anteriores. Algo en sus ojos le estaba diciendo: "Ha muerto, tío. Ha muerto y me rindo. Me rindo. Me rindo, hermano".

El zombi se incorporaba torpemente, pero con la vista fija en ellos. Al momento, otro de los muertos vivientes caía pesadamente al túnel, al lado del anterior. Llevaba camisa azul de manga corta y corbata, y Moses, bloqueado y fascinado por un momento, pensó en cuánto se parecía al *gilipollas* del BBVA que le rechazó un crédito personal hacía unos años. Esa vez fue Isabel quien tiró de él. Movía la boca pero no entendía lo que le decía, como si alguien hubiera desconectado el sonido. Por fin, sacudió la cabeza y miró en la dirección que Isabel le señalaba, el túnel a sus espaldas, la boca aciaga y húmeda por la que habían venido, llenos de confianza.

Un tercer zombi llegó al pie del cráter, resbalando por la pared de cemento, y cayendo prácticamente de pie. El Padre Isidro continuaba empujándolos, con un ojo

cerrado a causa de la sangre que brotaba de la herida. Se había limpiado con una manga y había dejado unas marcas horizontales que a Moses le parecieron pintura de guerra. Y a aquél le siguieron rápidamente un cuarto, y un quinto... empezaron a llegar en proporción geométrica; una cascada de cuerpos que, al aterrizar, despedían sonidos acuosos, como frutas maduras estrellándose contra el suelo.

En ese momento, uno de los espectros se abalanzó sobre el Cojo y lo derribó hacia atrás, seguido inmediatamente por un segundo espectro. Moses hizo un intento de llegar hasta él, pero tres espectros se interpusieron en su camino, amenazantes. Moses miró más allá de ellos: no había ya señales de lucha; el Cojo simplemente había desaparecido tras las figuras de los atacantes que se sacudían violentamente a medida que golpeaban, cortaban y desgarraban la carne que había sido Josué. Su hermano Josué. Moses chilló, impotente, pero Isabel lo retuvo con fuerza, esforzándose por tirar de él en sentido contrario.

Por fin, ignorando la proximidad de los espectros, la chica le cogió la cara con ambas manos, se la puso delante y le gritó con todas sus fuerzas:

—¡QUIERO VIVIR! ¡VIVIR!... ¡SÁCAME DE AQUÍ, MO, SÁCAME DE AQUÍ!

Moses la miró, perplejo. Le temblaban las manos, y la parte inferior de su mandíbula se movía como si tuviera vida propia. Pero los ojos de Isabel expresaban tanto súplica como mandato, y Moses sintió un renovado impulso que le hizo reaccionar. Cogió la mano de Isabel y trotó torpemente hacia el túnel que se alejaba, oscuro, de aquel cráter.

—¡NO PODÉIS ESCAPAR! ¡NADIE PUEDE ESCAPAR DE LA IRA DE DIOS!
—chilló la voz aguda del sacerdote.

Moses se sintió aliviado cuando, a medida que corrían en medio de la oscuridad del túnel, se dio cuenta de que la verborrea del sacerdote desaparecía poco a poco, haciéndose cada vez más y más lejana.

Los muertos les perseguían.

XXVI

En tan sólo unos días se obtuvo el consenso y la aprobación para intentar hacer funcionar el helicóptero del edificio de la policía. Hubo algunos detractores, pero la democracia habló por sí misma y la mayoría impuso el resultado de la votación. La comitiva que escoltaría al piloto estaba compuesta, como no podía ser de otro modo, por Dozer, Uriguen, José y Susana.

Llegaron sin dificultades al edificio de la comisaría utilizando los túneles de las cloacas, y se sirvieron de una salida ubicada en la parte trasera, donde encontraron muy pocos zombis. Apenas cuatro metros les separaban de la misma entrada que habían utilizado la última vez, un ventanuco que se abría en la pared a casi dos metros de altura, lo que les garantizaba que ninguno de aquellos espectros iba a seguirles.

Una vez estuvieron todos dentro, siguieron su estricto protocolo de prudencia, aunque para entonces ya les había quedado claro que el edificio seguía tan vacío como lo dejaron.

—Relájate, hombre —dijo Uriguen, dando una sonora palmada a Jaime en la espalda—. Llevas el culo tan apretado que parece un tapón a prueba de niños.

Todos rieron, incluso Jaime, que hasta ese momento había parecido un poco descompuesto.

Las diáfanas salas seguían vacías; las mesas, volcadas; los papeles, dispersos por el suelo. Unos maltrechos armarios de metal formaban una montaña en mitad del recibidor principal, y al pasar junto a ellos, uno era invitado a preguntarse cuál había sido la historia de aquel lugar, qué había pasado mientras los agentes de la autoridad eran literalmente diezmados en las calles en sus intentos por detener no sólo a los espectros resucitados, sino también a la población civil que había enloquecido, entregada a la histeria colectiva cuando no al pillaje y a la violencia por la violencia.

Subieron las escaleras hacia los pisos superiores y deambularon un rato por sus estancias intentando encontrar el acceso a la azotea con el helipuerto. Jaime siempre permanecía en retaguardia, protegido por Dozer. Por fin, tras subir unas angostas escaleras de cemento, se encontraron saliendo al exterior. Allí, el hermoso EC135 de color azul y blanco descansaba, radiante, sobre sus dos grandes aletas.

Durante unos instantes nadie dijo nada. Era grande, más grande de lo que habían imaginado. El interior era espacioso, contaron con facilidad hasta seis pasajeros además del piloto. Jaime daba vueltas alrededor con una expresión extraña

en el rostro. En ocasiones, pasaba la palma de la mano por su estructura, o se agachaba para mirar algún detalle.

—¿Cómo lo ves, chico? —preguntó Dozer.

—Es fantástico —dijo Jaime rápidamente—. Esta maravilla puede lograr fácilmente, no sé, digamos una velocidad máxima de unos 260 kilómetros por hora, y deberá darnos una autonomía de vuelo de seiscientos kilómetros, puede que más.

—Seiscientos kilómetros... coño... eso está muy bien. No me gustaría tener que parar a repostar en cualquier parte.

—¿Crees que podrás pilotarlo?

—Eso voy a ver ahora mismo —dijo, con una sonrisa que era mezcla de excitación y miedo.

—Quizá no funcione —dijo Susana mientras Jaime, paseando la mirada por todo el panel de instrumentos, se acomodaba en el asiento—. Quiero decir, si el helicóptero está bien, ¿por qué no lo usaron para salir de aquí? Cuando estuvimos aquí la última vez había bastantes cadáveres dentro de la comisaría.

—Quizá uno de esos chicos podridos que encontramos era precisamente el piloto —comentó José con una media sonrisa.

Susana gruñó.

—Sí, bien pudo ser eso.

Jaime estaba concentrado en los mandos. Miraba a su derecha y arriba, hacia los controles ubicados encima de su cabeza, y aún no se había atrevido ni a poner las manos sobre las palancas de control.

—Jaime... —dijo Dozer—. Si no estás seguro, déjalo en el momento que quieras. Recuerda que es sólo una primera aproximación, ¿vale? Podemos volver en cualquier momento, ya has visto lo fácil que ha sido.

—No, no... —dijo Jaime, cada vez más maravillado con el hecho de estar sentado a los mandos de un aparato como aquél.

—Deja hacer al chico, hombre... —dijo Uriguen—. El chico puede pilotar y hacer pompas de chicle con el culo, ¿eh, Jaime?

—Claro, estoy perfectamente —dijo—. Reconozco casi todos los instrumentos, creo que esto puede ir muy bien. Mira esto...

Dozer se asomó a la carlinga de cristal.

Jaime localizó entre sus pies un pequeño pedestal de instrumentos con un tacómetro de la velocidad del rotor.

—Mira... el indicador de la velocidad en el aire... altímetro, el indicador del flujo de combustible, el botón para el encendido, y esto de aquí mueve una bomba que inicia la corriente de combustible que va a los motores.

—Bueno, parece que hubieras nacido en uno de éstos —dijo Dozer sonriendo.

Como si hubiese sido la orden de despegue de la torre de control, Jaime pulsó algunos interruptores. Los indicadores se encendieron, algunas agujas comenzaron a marcar mediciones. El indicador de gasolina marcaba tres cuartos de depósito.

—Hasta tiene gasolina —dijo sin poder contener una pequeña carcajada. Accionó algunos controles más para empezar a bombear el combustible y activó el motor eléctrico conectado a un acumulador.

Entonces la máquina cobró vida. El rotor de cola comenzó a moverse lentamente con un fuerte zumbido, alcanzando rápidamente las cincuenta revoluciones por minuto. Jaime miró a Dozer, maravillado.

—Esto funciona... funciona *de puta madre*.

Prendió los arietes y el rotor se estabilizó, preparado para la puesta en marcha.

—Retiraos... voy a intentar levantarlo un poco.

Dozer pestañeó, inseguro, pero el chico parecía saber muy bien lo que hacía. Aranda había sido explícito en sus instrucciones: sólo familiarizarse con el aparato, prudencia máxima, nada de pruebas sin conocer exactamente lo que se estaba haciendo. Pero suponía que intentar levantarlo un poco podía incluirse en la directiva "familiarizarse con el aparato". Hizo señas a los otros para que se apartaran del helicóptero.

Con una sonora exhalación, Jaime oprimió el botón de encendido e inmediatamente brotó una llama de los reactores, la cual desapareció al consumirse el exceso de combustible. A la luz del día, los reactores funcionaban sin que se notara fuego ni humo alguno en ellos. Las aspas comenzaron a rotar, al principio lentamente, pero pronto cogieron velocidad y no fueron sino un plato sinuoso de color gris perla. Dozer pensó que el sonido era exactamente el mismo al que le tenía acostumbrado el cine de Hollywood, pero nunca había imaginado que fuese tan fuerte. El viento que despedía era tan espectacular como inesperado. Sus camisas tremolaban como si fuesen a desgarrarse y salir despedidas.

Jaime cogió la palanca de control colectivo con ambas manos. No transmitía vibración alguna, y al tacto, se sentía firme y robusta. Por fin, tiró suavemente de ella y el aparato comenzó a ascender lentamente. La sensación de euforia fue increíble. Allí mismo tenía la otra palanca, la del control cíclico. Sabía que sólo tenía que empujarla para que aquella belleza blanco-azulada comenzara a desplazarse hacia delante. Se sentía invencible, como si pudiera pilotar a través de toda la ciudad y aterrizar en la torre manca de la mismísima catedral.

Dozer observó cómo el helicóptero ascendía medio metro. A medida que lo hacía, se le dispararon todas las alarmas. Miró a sus compañeros, y pudo ver en la mirada de Susana que al menos ella compartía su nerviosismo. "Mala cosa", pensó.

Susana podía ver las señales; esa mujer les había salvado la vida más de una vez con su sexto sentido.

—¡Jaime!... ¡JAIME! ¡BÁJALO!

Se le veía absorto, mirando hacia delante y a las palancas de mando al mismo tiempo.

—¡NO TE ESCUCHA! —chilló Uriguen.

Dozer se movió un poco hacia delante, de forma que hubiera más posibilidades

de que Jaime le viera con la vista periférica. Movía los brazos haciendo grandes aspavientos.

—¡BÁJALO, JAIME! ¡YA BASTA, BÁJALO!

El helicóptero se inclinó apenas perceptiblemente y se desplazó unos centímetros hacia delante describiendo un ligerísimo vaivén. Dozer se congeló, incapaz de decidir qué hacer a continuación. José avanzó unos pasos, como si tuviese en mente sujetar las aletas. Pero en ese momento, el helicóptero empezó a girar de cola hacia la izquierda: el pequeño rotor trasero se cernía lentamente sobre el equipo de Dozer.

—¡JAIMEEEE! —chillaba éste, agitando los brazos más rápidamente a medida que la cabina desaparecía de su vista.

Susana se retiró al interior de las escaleras, pero José y Uriguen estaban más separados. José se tiró al suelo y puso sus manos sobre la nuca para dejar que el rotor pasara por encima de él, y Uriguen se apretó contra la pared, a la expectativa de lo que pasara después. La cola siguió su trayectoria cobrando cada vez más velocidad. Si seguía ese rumbo, calculó Dozer, ya no podría volver a aterrizar; las aletas pendían ya prácticamente fuera de la plataforma de aterrizaje.

Entonces el helicóptero giró con inesperada velocidad, descargando un poderoso coletazo contra Dozer, que fue arrojado al suelo con violencia y arrastrado varios metros. El aparato estaba fuera de control.

En el interior de la cabina, Jaime notó el golpe contra Dozer. No entendía qué estaba pasando, bien fuera porque los mandos eran más sensitivos que los controles que había utilizado en su simulador, o porque había algo que éste no había contemplado y de lo que nada sabía. Atenazado por el nerviosismo, comprendió que de seguir así podría provocar que el helicóptero escorase hacia cualquier lado, y entonces las aspas podrían chocar contra el edificio, o aun peor, alcanzar al resto del grupo. Así que accionó los controles y obligó al helicóptero a elevarse hacia cielo abierto; seguramente allí podría acabar de entender las sutiles pero definitivas diferencias con el control del aparato.

—Dios mío... —susurró Dozer desde el suelo, sintiendo una quemazón *in crescendo* que nacía de las costillas. Miraba cómo el helicóptero iniciaba el ascenso.

José llegó corriendo a su lado, seguido de Uriguen y Susana.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Estoy a tomar por culo de estar bien —soltó Dozer, con la mano en el costado y sin perder de vista el helicóptero. José siguió su mirada: el aparato estaba describiendo una media circunferencia en el aire y empezaba a ladearse sobre un costado a gran velocidad. Entonces se enderezó sólo para comenzar a avanzar con el morro inclinado hacia abajo, alejándose cada vez más del edificio.

—Dozer... el chico... —dijo Susana.

—Lo controlará, ya lo verás... lo conseguirá.

Pero el helicóptero volaba como una libélula en medio de una nube de humo de

hachís. Por un momento cayó con brusquedad hacia la calle, una avenida ancha con una rotonda en el centro. Luego remontó, girando peligrosamente sobre sí mismo, y por fin fue a dar de costado contra el edificio que se levantaba en el extremo opuesto de la avenida. El impacto fue terrible: el sonido de las aspas se trocó en una pesadilla mecánica que por fin se detuvo con un ruido quejumbroso y metálico. Se levantó una enorme polvareda y cayeron grandes cascos contra la calle. Susana miraba con ambas manos tapándose la boca. Cuando por fin pudieron ver algo, se encontraron con la visión espantosa del aparato incrustado contra la fachada, con la cola asomando hacia fuera. La cabina había acabado dentro de una habitación, sepultada por escombros. Allí moría el viejo sueño de Aranda de sobrevolar la ciudad, buscando otros supervivientes, de aterrizar en los tejados de los centros comerciales para conseguir abastecimiento, de mudar fácilmente el campamento a otros destinos menos inhóspitos, lejos de la ciudad.

—Dios bendito... —dijo al fin Susana.

—No... no ha explotado... —dijo José, sin perder de vista el aparato siniestrado—. ¡Jaime puede estar vivo!

—Puede estar vivo... —repitió Uriguen.

Susana se asomó al borde de la plataforma. El espectáculo era pavoroso: los zombis se movían frenéticamente, aullaban y agitaban los brazos como depredadores a punto de abalanzarse sobre sus presas. El impacto les había despertado.

—Hay muchísimos. Más de lo habitual.

—No importa, tenemos que ir a por Jaime —dijo Uriguen.

—Y lo haremos.

—Joder que sí —dijo José.

—Yo no voy a poder, chicos —dijo Dozer—. Creo que me he roto un par de costillas. Duele un huevo. Pero si me acercáis al borde os cubriré desde aquí. Aún puedo disparar.

—Vale... —dijo Susana con aire de preocupación—. Entonces mejor que nos demos prisa; si está vivo el tiempo es esencial, podría necesitar ayuda médica.

Movieron a Dozer con todo el cuidado que les fue posible hacia el borde del helipuerto y le acercaron su fusil. Era una magnífica posición; desde allí podía cubrir toda la rotonda y el camino que debían seguir sus compañeros hasta llegar al edificio de enfrente. No intercambiaron muchas palabras más: salieron corriendo hacia el piso de abajo con una sombra de preocupación velando sus rostros.

XXVII

Perdieron la cuenta de cuánto tiempo habían estado avanzando a ciegas por los túneles. Habían perdido las linternas, pero sus ojos no tardaron en acostumbrarse a las penumbras que se rompían de tanto en cuando por las ocasionales pequeñas rejillas que comunicaban con la calle. Intentaron retroceder, volviendo por el mismo camino, hasta la casa refugio de la calle Beatas, pero pronto descubrieron que se habían perdido, porque recorrían galerías abovedadas que no reconocían.

—¿Dónde nos equivocamos? —preguntó Moses, más para sí mismo que dirigiéndose a Isabel.

—No importa... tenemos que seguir... ¡escucha!

Y Moses, con la mirada ausente, se concentró en ello. Efectivamente, aunque distantes, los inquietantes sonidos de los aullidos histéricos de los muertos les llegaban en ominosos ecos desde algún punto indeterminado detrás de ellos.

—Cambiemos de dirección... quizá eso les despiste —musitó Moses, que aún respiraba con dificultad.

Tomó de nuevo a Isabel de la mano y se deslizó por una abertura estrecha en la pared más meridional. Desde allí accedieron a un pasaje angosto, de techo bajo, donde sus jadeos reverberaban en todas direcciones, multiplicando la sensación claustrofóbica que experimentaban.

Avanzaron así durante un rato, tomando una ruta en una dirección, e inesperadamente cambiando por un nuevo ramal que se abría a izquierda o derecha hacia un destino nuevo. En cierta ocasión descendieron por unas escaleras largas y estrechas, donde el aire era cálido y sofocante, solamente para volver a subir unos metros después. Luego recorrieron un complejo laberinto de galerías estrechas donde la podredumbre llegaba a cotas insostenibles. Por fin, Isabel le apretó la mano con fuerza, y cuando Moses se giró para mirarla, percibió en las penumbras que estaba total y completamente derrotada.

Se dejó caer en el suelo, a su lado. Respiraban desbocadamente, pero más allá sólo se escuchaba el rumor del agua corriendo, en alguna parte, y no había ya rastro de los aullidos de los muertos. Se sintieron a salvo, al menos por el momento.

—Dios mío... —dijo Moses de repente, al recordar la última mirada del Cojo, con el cadáver de Mary entre sus brazos.

—Cómo... —empezó Isabel, pero se detuvo por unos instantes, intentando regular su respiración—. ¿Cómo pudo pasar?

Moses también se tomó unos segundos antes de responder.

—Yo... no lo sé.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—No lo sé.

En alguna parte, una cañería que goteaba marcaba un soniquete repetitivo y monocorde.

—Ese... hijo de puta... —dijo Isabel, marcando cada golpe de voz con un énfasis especial— ha matado a Mary... a Roberto... a Josué... y también a Arturo...

—Lo pagará. Te juro que lo pagará.

—¿Cómo?! —explotó Isabel de repente—. ¿Cómo va a pagarlo?

—No lo sé.

Y de forma repentina, Isabel rompió a llorar; un torrente de sollozos que cogió a Moses por sorpresa. Inmediatamente, la abrazó, y la sostuvo con fuerza entre sus brazos, sus cabezas juntas, sintiendo que un vacío tan profundo como las simas abisales del océano se había instalado en sus corazones. Permanecieron así varios minutos, llorando en silencio. Moses le pasaba una mano por la cabeza, acariciándola. Deseaba tanto poder mitigar su dolor que los dientes le rechinaban. Sentía impotencia, dolor y cólera a partes iguales, y se descubría saltando de una sensación a otra en intervalos de tiempo demasiado pequeños como para ser soportable. Pero por debajo de esas sensaciones encontradas sentía un enorme vacío, como si un *bulldozer* de tamaño industrial hubiera socavado los cimientos más profundos de su alma.

Fue Isabel la que terminó el abrazo, separándose de Moses.

—No podemos volver a tu casa —dijo—. Él sabe dónde vivíamos. Y sabía nuestro plan. Lo preparó todo. Sólo que la explosión ocurrió un poco antes de lo previsto; si hubiera explotado al llegar a la escalera de salida...

—Sí, ya lo había pensado.

—Podríamos intentar llegar aún a Carranque.

Moses se dio cuenta de que sus opciones no iban mucho más allá, y después de considerarlo por unos segundos, asintió lentamente en la oscuridad del túnel.

—Corremos un riesgo altísimo... ¿Estás dispuesta a intentarlo? —dijo.

—Ahora más que nunca —soltó Isabel. Su voz sonaba firme y segura.

—Me pregunto cuánto tiempo estuvo observándonos ese mal nacido hijo de mil padres... —dijo Moses, con un más que evidente deje de desprecio en su voz.

—¿Y si sabe lo de Carranque? A lo mejor tiene una radio y escuchó el mensaje.

—Lo dudo. ¿Viste su cara? Ese tipo está chiflado. Cree que es el Juicio Final y se ha erigido emperador de los Justos. No creo que se le haya ocurrido nada remotamente parecido a escuchar una radio, como no sea la sintonía lunática que se repite en esa asquerosa chirimoya que tiene por cabeza.

—¿Y si... vuelve a tu casa? A esperarnos... o a buscar pistas sobre lo que podemos estar haciendo ahora.

Moses recibió la imagen mental de aquel ser despreciable en su propio salón,

buscando entre sus cosas, sujetando con la mano las provisiones con mermelada que tanto le gustaban al Cojo, y sintió un nuevo torrente de furia recorriendo sus venas.

—Quizá deberíamos ir allí a esperarlo a él —dijo entre dientes.

—Eso es una locura, Mo... Él puede moverse entre los zombis como si fuera uno de ellos. Puede andar libremente por todas partes. Imagina lo fácil que le resultó encontrar explosivos, colocarlos, preparar la trampa. Imagina lo que podría tener preparado para nosotros si volvemos allí. Joder... apuesto a que hasta podría dispararnos con un lanzacohetes desde el piso de enfrente o volar el puto edificio mientras dormimos.

—Sí. Lo sé. Pero... ¿cómo coño lo hace? Dios... una sola persona con el poder de ser ignorado por los muertos podría limpiar zonas enteras en pocos días... ¿Por qué él?, ¿por qué tiene ese poder? ¿Qué clase de broma macabra es ésta?

—He tenido tiempo para pensar en eso durante todas estas semanas —dijo Isabel, reflexiva—. Y nunca he llegado a una conclusión. Salvo que él tenga razón y el Juicio Final no sea una parábola, como tú decías.

Moses agradeció la ligerísima inflexión de humor que Isabel había puesto en la última frase.

—Pues desde luego sé por qué me persiguen a mí —dijo.

—Y a mí. Todos tenemos nuestros pecados.

Después de un pequeño silencio, Moses se levantó del suelo. Las rodillas protestaron, pero desde luego se encontraba mucho mejor ahora que habían descansado un rato. Escudriñó el túnel en ambas direcciones y le alivió comprobar que estaban tan tranquilas como era deseable.

—¿Dónde crees que estamos? —preguntó Isabel.

—Averigüémoslo.

Se ayudó de una gruesa cañería que cruzaba el pasaje perpendicularmente para encaramarse a un saliente de la pared, y desde allí se asomó a una entrada de aguas. Aunque conocía Málaga como la palma de su mano, con la excepción quizá de los nuevos barrios de la periferia, tardó un rato en distinguir lo que estaba mirando.

Resultó que habían avanzado hacia el sur, pero también hacia el oeste, cruzando de algún modo el río Guadalmedina sin salir a la superficie. Estaban más allá, a medio camino de la Avenida de Andalucía.

—¡Hemos pasado el río! —anunció Moses. Su voz estaba cargada de nuevo de la vieja emoción con la que solía manejarse.

—¿Cómo...? —preguntó Isabel, sin comprender.

—Estamos al otro lado... estamos en la Avenida de Andalucía...

—¿Eso dónde es? —preguntó Isabel, confusa.

—Vale... tampoco importa... pero escucha: nos hemos desviado bastante al sur, pero si avanzamos hacia el oeste a lo largo de esta calle durante unos dos kilómetros más, llegaremos a la Plaza de Manuel Azaña... ¿Eso está a cuánto?... Diría que un kilómetro o kilómetro y medio del polideportivo, en dirección norte.

Isabel pareció necesitar unos instantes para asimilar sus palabras.

—¿Pero cómo pudimos atravesar el río? —preguntó al fin.

—No estoy seguro. Pero recuerdo que descendimos por unas escaleras estrechas... uno o dos pisos, ¿recuerdas?

—Sí... es verdad...

—Quizá pasamos por debajo.

—Entonces... —dijo Isabel, poniéndose finalmente en pie—, ¿podemos hacerlo?

—Sí, creo que sí. Podemos hacerlo —contestó Moses con una sonrisa.

Volvieron a caminar, aunque mucho más animados que la última vez y no tan rápido. Procuraban no perder el rumbo, lo que no siempre era fácil, porque de tanto en cuando una pared de cemento les cortaba el paso y tenían que desviarse temporalmente hasta volver nuevamente sobre la pista, unos metros más allá.

Mientras progresaban bajo las calles de la ciudad, Isabel, casi en susurros, se había entregado a un monólogo trivial sobre el estado de las alcantarillas, pero Moses, consciente quizá de que se trataba de una manera de aliviar tensión, perdió el interés en poco tiempo. En cambio, su mente le torturaba recreando con vividas imágenes cómo el sacerdote había arrojado a los muertos al cráter, y cómo éstos se habían subido a horcajadas sobre el Cojo y le habían desgarrado la piel, la carne y, en última instancia, la vida misma. Sentía una ira contenida, poderosa, latente, despiadada. Sabía que si volvían a encontrarse, descubriría una nueva, oscura y desconocida versión de sí mismo. Y se regocijaba pensando que, además, le importaba una mierda.

Una media hora más tarde, Moses se detuvo junto a una entrada de alcantarilla.

—¿Vas a mirar de nuevo? —preguntó Isabel.

—Sí.

—De acuerdo... pero ten cuidado. Por favor.

Algo en la forma en la que había expresado su ruego hizo que Moses, a punto de deslizar la tapa de la alcantarilla, se detuviese. Se volvió para mirarla, y le sorprendió descubrir cuán menuda y joven la veía ahora. Fue consciente por primera vez de que ahora sólo le tenía a él. Siempre había considerado que Isabel era una mujer fuerte, pero ahora su precario mundo de supervivencia se había agrietado, los muros resquebrajados, su esperanza derruida. Estaba, o se sentía, sola.

—Todo irá bien —dijo, ofreciéndole un intento de sonrisa.

El exterior se presentaba inusualmente despoblado. Estaban, efectivamente, en la avenida principal, pero habían emergido por uno de los extremos, junto a la acera. Justo al lado se levantaba un puesto de lotería de la ONCE, y formando una hilera interminable, había coches aparcados, lo que les protegía de la vista de la calle.

Se animaron a salir para tener una visión más completa de la calle. Allí, agazapados tras uno de los coches, escudriñaron la ancha avenida. Faltaban apenas quinientos metros para llegar a la rotonda de la comisaría, pero si bien no había demasiados espectros en el centro de la calle, en la distante plaza el número era

sensiblemente mayor.

—Estamos ya bastante cerca —dijo Moses en un susurro—. Si avanzamos en esa dirección y procuramos no perder el camino, llegaremos a Carranque en unos veinte minutos.

—Suena muy bien —comentó Isabel.

—Pues vamos abajo, antes de que alguno repare en nosotros.

—Espera, Mo... ¿escuchas eso? —preguntó, con la cabeza ladeada, como si quisiera concentrarse en algún sonido distante.

Moses escuchó. Había algunos muertos vivientes caminando por la calle, y el ruido de sus pasos les llegaba hasta ellos, monótono y desapacible.

—No... ¿qué?

—¡Escucha!

Entonces le pareció oír un rumor lejano, apenas distinguible, como el de un motor evolucionando con una cadencia constante.

—Es...

—¿Un motor? —interrumpió Isabel.

—Podría ser...

—Viene de allí, de la plaza.

Moses se concentró en el sonido, que parecía volverse más agudo y fuerte a medida que escuchaba. Y entonces lo vieron aparecer por encima de los edificios del lado izquierdo de la avenida: un precioso helicóptero blanco y azul en cuyo lateral se podía leer una palabra escrita con grandes caracteres altos y delgados:

POLICÍA

Pero antes de que pudiesen decir nada, el helicóptero describió un peligroso viraje y cayó a gran velocidad hacia el suelo. Isabel apenas pudo contener un pequeño grito. Luego el aparato giró sobre su eje varias veces y terminó avanzando de lado, en suave aceleración, hacia los edificios de la derecha.

—¡Dios mío, se va a estrellar! —exclamó Moses, apretando las manos contra el lateral del coche donde se escondían.

El impacto, que sonó como un trueno metálico, levantó una enorme humareda. Isabel y Moses observaron la nube de polvo evolucionar lentamente, como un espíritu demoníaco que surge de la proverbial lámpara.

—No ha explotado... ¡no ha explotado!

—Oh, Dios mío... —dijo Isabel, sentándose en el suelo. Las manos le temblaban.

—¡Isabel, no ha explotado! ¡Esa gente puede estar viva! Isabel le miró, comprendiendo lo que quería decir.

—No, Mo... yo... yo no puedo... —dijo con un hilo de voz, sintiéndose al borde de un nuevo ataque de llanto.

—No quiero que vengas, quiero que te quedes aquí. Espérame aquí, ¿me oyes?

Vete abajo, cierra la tapa y espérame.

Isabel abrió mucho los ojos, como si le hubiera dicho que tenía que atarse una piedra y tirarse al mar. De repente, la sola idea de quedarse sola le aterraba, pero inmediatamente se odió por ello e intentó reponerse. Había pasado ya por demasiadas cosas como para permitirse una reacción así, de modo que, haciendo un esfuerzo, asintió con un rotundo movimiento de la cabeza y dejó que Moses se fuera, corriendo agazapado tras los coches.

Isabel volvió a la oscuridad de las alcantarillas. Su última mirada antes de zambullirse en su angosto refugio fue para la nube de humo. Tenía la forma de un cráneo deforme con grandes cuencas vacías.

XXVIII

Las diáfanas salas de la comisaría de policía recogían las reverberaciones de las fuertes pisadas del Escuadrón de la Muerte de Carranque a medida que descendían por las escaleras. Bajaban a buen ritmo, saltando los últimos peldaños de cada tramo de cuatro en cuatro. Estaban ya demasiado acostumbrados a esa clase de operaciones como para estar preocupados, pero sin embargo, un velo sombrío los cubría a todos. Jaime podría estar perdiendo sangre, podría estar a punto de morir, o aun peor, si continuaba vivo podría acabar siendo atacado por alguno de los espectros.

Salieron por el mismo lugar por donde habían entrado, el pequeño ventanuco de una de las oficinas de la planta baja, ya que las puertas principales, aunque eran el camino más directo, estaban sólidamente clausuradas con fuertes cerraduras.

No necesitaron intercambiar palabras, cada uno conocía su papel a la perfección. Uno permanecía rezagado, rodilla en tierra, dando cobertura con disparos limpios y precisos mientras el resto avanzaba unos metros. Los disparos eran siempre en la zona de la cabeza, aunque por alguna razón eso no siempre les detenía. Luego los dos esperaban al rezagado, disparando a los zombis más cercanos hasta volver a reunirse. Sobre todo, se trataba de brindar una actuación rápida. Sabían que los disparos y el movimiento rápido enloquecían a los espectros, y sabían perfectamente lo que eso significaba. En un momento dado, un muerto viviente de aspecto imponente y vestido de policía se abalanzó sobre Susana, pero fue contundentemente rechazado con un rápido golpe de culata; ello le dio tiempo suficiente para apuntar a la cabeza y disparar. La distancia era tan corta que Susana no se detuvo ni el tiempo necesario para ver cómo caía al suelo, concentrada ya en su siguiente objetivo.

Los disparos de Dozer desde el helipuerto llegaban como un eco lejano y sorprendentemente rítmico, pero su puntería no era tan eficiente como se hubiese deseado. Pequeños jirones de ropa y sangre salían despedidos a menudo de la zona de los hombros, la espalda o un lado de la cabeza de los zombis, pero nada de aquello les detenía.

La rotonda, por otro lado, estaba atestada de coches abandonados, lo que dificultó su avance. Como los vehículos estaban completamente pegados unos a otros, Uriguen se encaramó a uno de ellos para ofrecer fuego de cobertura mientras los otros rodaban sobre sus espaldas por encima de los capós.

En un momento dado, José se agachó para disparar, apoyándose contra uno de los coches. Aseguró su rifle contra el hombro y apuntó contra el espectro más cercano

para cubrir el avance de los otros. Estaba a punto de apretar el gatillo cuando, de repente, el cristal del coche saltó por los aires. Una garra ensangrentada cruzó por delante suya con la rapidez del rayo y le atenazó, tirando hacia el interior del vehículo. Allí le esperaba un rostro en franca descomposición: jirones de piel muerta le caían de su cara blanda y bulbosa; su dentadura, negra y prominente, tenía un aspecto casi lascivo y buscaba su carne con lujuriosa fascinación. José quiso desasirse, pero el abrazo era demasiado intenso, le asfixiaba, le impedía ver. Intentó chillar para alertar a los otros, pero también fue inútil, ahora eran sus dos manos las que le sujetaban y, Dios, qué fuertes eran.

Prisionero como estaba, pensaba en cuánto tiempo tendría antes de sentir su hedionda boca hundándose en su cabeza. Luchaba con todas sus fuerzas por mantenerse alejado, pero, por lo que sabía, podía ocurrir en cualquier momento. Y entonces era hora de despedirse, aunque fuera una herida superficial. Si su sangre se mezclaba con la de ese monstruo, bien *podía* apagar las luces, eso lo sabía demasiado bien.

Entonces el cristal de la parte trasera del coche reventó en una miríada de pequeños fragmentos, y al mismo tiempo, el mortal abrazo que lo asfixiaba cesó por completo. Ambas manos cayeron laxas a su alrededor. José se separó rápidamente del coche y miró a su atacante. Su cabeza estaba literalmente reventada como un melón maduro, y el interior del coche estaba impregnado de sangre y trozos de cerebro. Miró hacia Susana y Uriguen, pero estaban enfrascados en detener a los zombis que se arremolinaban a su alrededor; luego miró hacia atrás, hacia la dirección de donde parecía haber provenido el disparo, y vio a Dozer allá arriba, subido en su pequeña fortaleza, disparando contra más espectros. Escuchaba los impactos de las balas alcanzando la carne de los cuerpos muertos que le rodeaban.

—Te debo una, hijo de puta —dijo en voz baja, sin poder evitar esbozar una sonrisa.

La situación no pintaba, sin embargo, demasiado bien. Sin la cobertura de José, los muertos se habían acercado ya demasiado a Susana y Uriguen. Disparaban sin tregua, espalda contra espalda, pero los muertos vivientes parecían no tener fin. El clamor de sus estertores empezaba a alcanzar cotas angustiosas.

—¡JOSÉ! —llamó Uriguen mientras su disparo detenía en seco el avance de uno de los espectros. El zombi describió una prodigiosa pirueta en el aire para caer con el cráneo abierto sobre los cadáveres de otros zombis.

—Ya estoy, *pecholobo* —dijo José, disparando contra una mujer desnuda de cintura para arriba.

—Última etapa, nenaza, tenemos que salir de aquí YA. Corrieron contra el portal de la casa. Uriguen comprobó la cerradura mientras Susana y José seguían disparando.

—Cerrada.

—A la mierda —dijo Uriguen dándose la vuelta y dándole una fenomenal

patada a la cerradura. La puerta se sacudió con tremenda violencia y se abrió con un crujido.

Corrieron al interior, un pequeño portal con apenas espacio para una hilera de buzones y unos peldaños hacia arriba. Susana subió primero, con el rifle por delante, y José fue detrás. Uriguen permaneció al pie de la escalera, disparando a todos los espectros que se asomaban al pórtico. "Qué rápidos vienen", pensó con inquietud, "les hemos puesto a cien".

Susana y José subieron con rapidez. El piso parecía vacío, todas las puertas de las distintas viviendas estaban convenientemente cerradas y no parecía haber rastros que indicasen que allí pudiera haber alguna sorpresa. En cuestión de segundos llegaron al piso donde el helicóptero había arrasado con toda la planta. Allí, a la vista, estaba la cabina.

Susana bajó el fusil.

—¡Jaime! —llamó. No hubo respuesta.

—¡Jaime!

El helicóptero aún emitía un ligero zumbido, aunque ni las aspas ni el rotor de cola estaban funcionando.

Se acercó a la cabina, cruzando por encima de los cascotes desparramados por el suelo, temiendo encontrarse con lo peor. Jaime estaba caído sobre el panel de mandos. El cristal de la cabina estaba agrietado y tenía una mancha de sangre bien visible. Todo el lateral del aparato estaba completamente destrozado como consecuencia del tremendo impacto contra la fachada.

—Jaime...

Alargó la mano para levantarle la cabeza, pero José la detuvo poniéndole una mano en el hombro.

—Susana...

—No... —dijo Susana, levantando al fin la cabeza del joven piloto. Tenía una brecha en la frente; debía haberse dado un fenomenal golpe contra el cristal.

Los disparos resonaban en la calle. Susana siguió llamando a Jaime, sujetándole la cabeza y hablando con él para atraerlo del espectral mundo de la inconsciencia donde estaba sumido. José, sin embargo, tenía su propia opinión; estaba listo para meterle una bala entre ceja y ceja a poco que soltara el más leve de los sonidos guturales.

Por fin, Jaime zarandéo la cabeza en un intento de reanimarse. Levantó una mano y se la miró, luego miró a Susana con los ojos muy abiertos.

—Jaime...

José, situado detrás de Susana, le apuntó con su fusil. El dedo, en el gatillo, se movió unos milímetros.

—Yo... creo que la he jodido —dijo Jaime al fin.

Susana dejó escapar una bocanada de aire, y le sonrió. José bajó el fusil, contento de tener al chico aún entre la selecta banda de Los Vivos.

En el helipuerto, Dozer municionaba el fusil con otro cargador más. La distancia era bastante, y el costado le dolía ahora tanto que cada respiración se estaba convirtiendo en un nuevo reto, pero no se daba descanso: seguía descargando plomo sobre los espectros que se arracimaban en el portal.

En la cabina del helicóptero, Jaime se esforzó por mantenerse despierto, pero la visión se le nublaba. Escuchaba truenos a lo lejos, contundentes, rítmicos, y quiso decir algo al respecto, pero la cara de Susana se difuminaba cada vez más. Murmuró algo incomprensible mientras la realidad se diluía en un manto negro y, por fin, perdió la consciencia de nuevo.

XXIX

El cielo se había vuelto amarillo, de un color tan pálido que Jaime pensó inmediatamente en las sopas de ajo que comía su abuela. Entonces sintió un regusto metálico en la boca, como a cobre. Paseó la lengua por los dientes y la encía, y entonces lo identificó sin ningún género de dudas: era sangre.

¿Dónde estaba, exactamente? Abrió más los ojos y descubrió que el cielo era en realidad un techo. El techo de una habitación, iluminada por una pequeña lamparilla de noche. Reconoció el lugar, el armario blanco que descansaba contra una pared lleno de vendas y fármacos. Era la enfermería, la enfermería de Carranque.

Una voz familiar le habló desde su lado derecho.

—Eh, hola, chico. ¡Bienvenido!

Era una voz femenina, pero no terminaba de identificarla.

Jaime quiso girarse, pero el cuerpo le dolía bastante. Tenía, además, algo en el cuello que le impedía moverse. Quiso toser, pero descubrió que el solo hecho de prepararse para ello le traía una oleada de dolor en el pecho.

—Tranquilo..., quédate tranquilo. ¿Quieres toser? Espera, te ayudo.

Por fin, la propietaria de la voz se puso a la vista. Era Carmen, una de las mujeres que sobrevivían en el polideportivo. Había hablado varias veces con ella, aunque no la conocía demasiado bien.

Le ayudó a incorporarse un poco y le sujetó las manos para que Jaime pudiera toser un poco. Dolía como si tuviera una cristalería dentro de los pulmones, pero cuando terminó se sintió mejor.

—¿Cómo estás? —preguntó Carmen.

Jaime, que aún no se sentía capaz de hablar, puso los ojos en blanco.

—Sí, lo sé —dijo Carmen riendo—. Pero no te preocupes, pronto te recuperarás, ya lo verás. Te hiciste polvo dentro de ese helicóptero, y la vuelta hasta Carranque tuvo que ser incluso peor que el golpe... pero los chicos hicieron lo que pudieron. Por lo que cuentan, sacaros de vuelta fue una auténtica odisea. ¿Sabías que Dozer también tiene algunas costillas rotas? Imagínate lo que debió ser cargar con ese *hombretón* por las alcantarillas, perseguidos por todo un ejército de esas cosas. Jesús bendito... realmente tenéis un ángel pegado a la espalda; con todo ese traqueteo lo más normal es que la costilla rota hubiera perforado algún órgano: el corazón, o los pulmones... pero no fue así, y aquí estáis —terminó con una sonrisa.

A medida que escuchaba, Jaime intentaba recordar. En su mente nadaban algunos retazos inconexos del helicóptero, cuando se precipitaba ingobernable hacia

uno de los edificios. Antes del choque, se recordaba pensando que ni siquiera llevaba el cinturón puesto, aunque fue un pensamiento sereno, como si toda la escena fuera una secuencia de una película de cine y él no fuera más que un mero espectador. Pero aunque intentaba concentrarse en recuperar más fragmentos en su memoria, no conseguía invocar ninguno más.

La sorpresa inesperada de encontrarse una esponja húmeda en la frente le arrancó de esos pensamientos.

—Sí, hace un poco de calor aquí, ¿verdad?, pero el doctor Rodríguez ha dicho que el calor viene bien para tus huesos. Y el collarín en el cuello es solamente preventivo, porque no sabían si las lesiones iban más allá de las costillas. Pero si te notas mejor, si crees que puedes mover bien la cabeza, dímelo y llamaré al doctor. — Se detuvo un instante y añadió—: Pero ahora haré pasar a alguien que ha estado muy preocupado por ti. Será mejor que él te eche un vistazo. Y puede que decida que estás listo para cierta sorpresa —dijo enigmática, sonriendo con la mirada fija en sus ojos, como si esperase una respuesta. Por fin salió de la habitación con un "hasta ahora".

Jaime cerró los ojos, aún soñoliento. Un recuerdo brumoso, vago, le sobrevino. De pronto era capaz de recordar unos contundentes sonidos repetitivos que reverberaban dentro de su cabeza, como truenos pero más breves. El rostro de Susana apareció también entre las tinieblas de su memoria. Estaba muy cerca de él, y le decía algo, pero aunque el sonido no estaba ahí, no podía entenderla; su mirada no cesaba de bailar entre sus ojos, de uno a otro, una y otra vez.

Un ruido familiar le sacó de sus ensoñaciones: era la puerta de la enfermería, que volvía a abrirse.

—Hola, Jaime... —dijo una voz inconfundible.

Jaime abrió los ojos, y le gustó encontrarse con Juan Aranda en persona, mirándole con una expresión serena en su rostro sonriente.

Se sentía, sin embargo, poco merecedor de aquella sonrisa. Intentó hablar, decirle que sentía mucho haberle fallado, que sentía haberla cagado con el helicóptero, pero su garganta estaba cerrada y no consiguió articular palabra.

—No intentes hablar, si eso te supone esfuerzo —dijo Carmen, desde algún punto de la habitación que no alcanzaba a divisar.

—Jaime... —empezó Aranda—, quiero que sepas que todo el mundo te envía abrazos y deseos de recuperación. Y no sabes cuánto nos alegra tenerte de vuelta. También queremos pedirte perdón, sobre todo yo personalmente, por haberte enviado a esa locura de misión. Nunca debimos hacerlo. No se aprende a usar un helicóptero real con un simulador de un ordenador, fue un disparate y casi acaba con todos. Sin embargo, como en casi todas las cosas, siempre se puede extraer algo bueno de una mala experiencia, y ésta no es una excepción.

—¿Les digo que entren? —preguntó Carmen.

—Sí, Carmen, por favor. Gracias.

Jaime, a quien las palabras de Aranda habían reconfortado más que un bálsamo tonificante, miró hacia la puerta, intrigado. Un hombre corpulento de tez oscura y aspecto de marroquí entró en la habitación acompañado de una chica joven, de hermosa melena negra. En su frente había un discreto vendaje. No los conocía, pensó encantado, eran gente *nueva*, de fuera de la Comunidad.

—Jaime... te presento a Moses, y a Isabel.

—Moses soy yo... —bromeó el marroquí, poniéndose la mano en el pecho.

Isabel sonrió; era una sonrisa radiante.

—¿Sorprendido? —preguntó Aranda, todavía sonriendo—. Son supervivientes, Jaime, como nosotros. Los encontramos gracias al incidente del helicóptero, gracias a ti. O mejor dicho... ellos nos encontraron a nosotros.

—Eso es rigurosamente cierto —dijo Moses.

—Fue una suerte. No sé cómo el equipo habría podido sacaros a ti y a Dozer de no haber sido por ellos. Pero... bueno, bien está lo que bien acaba. Ya los conocerás, tienen algunas historias que contar. Pero ahora... descansa, recupérate. Duerme mucho y deja que esos huesos vuelvan a su sitio. —Hizo una pausa, como esperando obtener una respuesta; pero Jaime sólo le miraba con ojos agradecidos—. Hasta luego, Jaime.

—Hasta luego... —dijo Isabel, brindándole un guiño.

—Un placer, Jaime.

Jaime asintió casi imperceptiblemente, y se deslizó suavemente hacia el mullido mundo interior de la inconsciencia. Ahora que estaba tranquilo sobre el asunto del helicóptero, se quedó dormido pensando que aquél iba a ser un sueño muy reparador.

Salieron los tres al pasillo, y anduvieron de vuelta al edificio principal.

—Se le ve bastante bien —comentó Moses.

—Se recupera, gracias a Dios —dijo Aranda—. Es aún joven. Me preocupaba que tuviera alguna lesión interna que complicara las cosas. Como sabéis, no tenemos demasiado instrumental, aunque el doctor Rodríguez hace lo que puede.

—Hace un buen trabajo. ¿Dónde está hoy? No le he visto en todo el día.

—Está trabajando en algo que le he pedido —dijo, y Moses sintió que se trataba más bien de una respuesta evasiva para una pregunta sobre la que no quería dar muchos detalles—. Pero ahora será mejor que vayamos a dormir; ha sido un día muy largo y mañana tenemos cosas que resolver.

Se despidieron con deseos de buenas noches y fueron a las habitaciones que les habían asignado. Aunque eran pequeñas y desprovistas de ventanas, se quedaron profundamente dormidos apenas sus cabezas tocaron las almohadas.

Al día siguiente, alrededor de las diez, se celebró una reunión con casi todos los integrantes de la Comunidad. Aranda abrió la reunión comunicando a todos que tanto Jaime como Dozer se hallaban fuera de peligro y en franca recuperación, lo que arrancó aplausos de todos los asistentes. Después, Moses fue invitado a subir al

rudimentario púlpito, y desde allí relató su historia: les habló de su casa en la calle Beatas, de cómo habían sobrevivido a la infección, y habló del Cojo, haciendo un esfuerzo por contener sus emociones. Cuando llegó el momento de hablar del misterioso sacerdote, Isabel ocupó su lugar, y les contó cómo los había expulsado de su refugio en la Plaza de la Merced, y cómo les había tendido una emboscada cerca del Corte Inglés. Su relato mantuvo a la audiencia en un sobrecogedor silencio, algunos escuchaban con ambas manos cubriéndose la boca. Cuando terminó, no faltaron quienes se levantaron para darles un abrazo a ambos, mientras la sala se llenaba del rumor de los susurros.

Aranda se unió a los supervivientes del cráter y se dirigió a la concurrencia con una expresión seria en el rostro.

—Creo que ha quedado claro para todos —dijo con voz clara— que ese hombre constituye un serio peligro para la supervivencia de esta comunidad. Se trata de un hombre que camina entre los muertos, y que parece estar dedicado a la repugnante tarea de acabar con los supervivientes de esta catástrofe. Por lo que hemos oído, sus motivos son una falacia: parece creer que estamos ante el Juicio Final, y desea sobre todas las cosas arrancar a los vivos de sus escondites para entregarlos a su ejército de resucitados. Esto nos lleva a una única conclusión posible: estamos ante un demente, un loco, lo que lo convierte en un enemigo aun más peligroso.

La sala reaccionó con un murmullo que recorrió las filas de asientos como un constipado en una oficina. Aranda pidió silencio, levantando solemne una mano.

—Debemos tener... un gran respeto por este enemigo. Puede buscarnos, y lo hará, y puede encontrarnos, desde luego. Sólo es cuestión de tiempo. Él puede moverse por donde desee, sin restricciones. Puede acceder a todas partes, conseguir el equipo que necesite. Quiero que os deis cuenta de que, mientras hablamos, nuestro sacerdote podría estar debajo nuestra, en las cloacas, colocando algunas de sus cargas explosivas.

Ese comentario despertó una nueva oleada de murmullos entre los asistentes, pero Aranda retomó su discurso.

—Es imperativo que redoblemos el número de hombres dedicados a los puestos de vigilancia. Ya no es suficiente con un par de turnos que echen un ojo a los muertos vivientes. Ahora es algo nuevo.

Hubo numerosas exclamaciones de aprobación, incluyendo un par de vítores.

—Además quiero proponer un comité que se ocupe de idear un plan para buscar y capturar a este hombre. Este comité será liberado de cualquier otra tarea o responsabilidad en la organización de la comunidad.

De nuevo, una inmediata reacción afirmativa generalizada.

—Quisiera subrayar y que entendáis la palabra "capturar" —continuó diciendo—. Hasta ahora me he referido a este hombre como "el enemigo", pero quiero dejar claro que quizá estemos ante un enfermo, un trastornado alienado por los acontecimientos que han transformado el mundo en los últimos meses. —

Murmullos en voz baja de nuevo. —Dicho esto, considero además esencial conseguir traer vivo a ese hombre; en concreto, traerlo vivo para que el doctor Rodríguez pueda examinarlo por otro motivo. Si existe alguna razón... de tipo químico, o una explicación física reproducible mediante la cual podamos averiguar cómo hace su pequeño truco de pasar desapercibido entre esos zombis, creo que todos queremos saberla.

Esta vez, la sala arrancó en aplausos, que se prolongaron durante casi medio minuto.

La reunión se prolongó durante casi dos horas más, en especial durante la parte de ruegos y preguntas. La mayoría de ellas iban dirigidas a Moses e Isabel, y la práctica totalidad eran sobre el inquietante párroco. Un hombre grueso llamado Alan preguntó que si les parecía que el hombre con sotana podía ser, en realidad, un zombi con particulares habilidades, a lo que Moses le contestó que, francamente, no lo creía. Otra chica quiso saber si habían podido fijarse en si el sacerdote llevaba algún aparato o manejaba algún dispositivo, y argumentó durante algunos minutos su teoría sobre frecuencias de sonido y ultrasonidos, a lo que nadie supo qué contestar. Tampoco faltaron las preguntas de índole teocráticas sobre los motivos del sacerdote que Aranda supo, con discreción, cortar de raíz.

Para el comité de desarrollo del plan de búsqueda y captura se escogió, en primer lugar, al Escuadrón de la Muerte, pero también a Moses y un par de miembros de la Comunidad que habían destacado por sus ideas de estructuración de los servicios cuando fundaron el campamento. Aranda se ofreció para supervisar personalmente los avances del comité y mantener informada a la Comunidad con cualquier avance significativo que se llevara a cabo, lo que fue tomado por todos como una idea excelente. Isabel, en cambio, prefirió mantenerse al margen.

Para los puestos de vigilancia extras, incluyendo ahora un radio razonable de alcantarillado, se decidió establecer turnos rotatorios que implicasen a todos, lo que fue aprobado por unanimidad.

Al terminar la reunión, Isabel se acercó con timidez al responsable del cultivo de los huertos que habían habilitado en la parte este del campamento, y quiso saber si podría trabajar la tierra con sus manos. Se le dijo que estarían más que encantados de poder darle una ocupación en esa área.

Isabel, sin proponérselo, se encontró a sí misma dándole un agradecido abrazo.

XXX

No eran ni las ocho de la mañana, y Juan Aranda ya hacía rato que estaba de pie ocupado en sus quehaceres diarios. Siempre era la misma actividad: desayuno fugaz, un par de vueltas a la pista deportiva y un baño en la piscina, más por aseo que por puro ejercicio físico. También repasaba el tablón de tareas, donde se mezclaban las cotidianas con las más excepcionales, como la reunión que tenía con el doctor Rodríguez.

No sin esfuerzo, habían conseguido llevar doce de los caminantes a la sala de enfermería donde Rodríguez había montado un improvisado laboratorio. Todos tenían preguntas, y esperaban que un examen médico de por qué los muertos habían vuelto a la vida les ayudase a entender y enfrentarse al problema. ¿Por qué esa violencia desmedida? ¿Por qué atacaban sólo a los vivos?

Juan llegó a la enfermería puntual. El olor inequívoco a tanatorio le asaltó inmediatamente, mezcla de químicos, productos de limpieza, y el olor dulzón y concentrado de los cuerpos expuestos para su examen. Rodríguez le recibió con una máscara anestésica, la cual se puso inmediatamente.

Se acercaron a la mesa de operaciones, donde yacía uno de los cadáveres, un hombre de cierta edad con una expresión atroz grabada en su rostro inmóvil. Una mugrienta sábana le cubría parcialmente. Por debajo de su costado brotaba un icor denso, de un rojo desvaído, con corpúsculos amarillos.

—Esto es asqueroso, Antonio... —comentó Aranda, dando dos pasos atrás para alejarse del cadáver.

—Sí... ya me gustaría tener mi sala de operaciones para estas cosas, mi instrumental, mi cámara frigorífica. Pero hago lo que puedo. Vamos rápido, este cadáver tiene que irse esta misma mañana, empieza a emanar vapores nocivos.

—Bueno, ¿y qué tenemos?

—Veamos... —dijo Rodríguez—. Algunas cosas, de hecho. He podido hacer algunas pruebas, y he practicado exámenes forenses a todos los cadáveres que hemos conseguido. Todos tenían cosas en común. Por ejemplo, el cerebro. En todos los casos, la masa cerebral sufría una severa atrofia, similar a la que se puede encontrar en un cerebro días después de que se produzca el fallecimiento natural por falta de riego. Lo realmente curioso es que he podido localizar trazas de células de Pick en todos los casos.

—Células Pick... —dijo Aranda despacio, intentando asimilar.

—Sí. Es una enfermedad muy conocida, pero bastante rara. Las personas que

padecen esa enfermedad tienen sustancias anómalas, llamadas cuerpos de Pick o células de Pick, dentro de las neuronas en las áreas dañadas del cerebro. Estos cuerpos contienen una forma anormal de una proteína llamada Tau, que se encuentra en todas las neuronas. La proteína Tau, a su vez, está muy implicada en la aparición de enfermedades más extendidas y conocidas como el Alzheimer.

—¿Qué les pasa a las personas que contraen esa enfermedad? —quiso saber Aranda.

—La enfermedad es degenerativa. Con el tiempo, los tejidos en los lóbulos frontal y temporal comienzan a encogerse. Síntomas como cambios en el comportamiento, dificultades en el habla y deterioro de la capacidad intelectual ocurren gradualmente, pero siguen empeorando. Lo que quiero subrayar con todo esto es que la enfermedad de Pick afecta como mucho a un siete por ciento de la población mundial, así que las probabilidades de encontrar dicha proteína en todos y cada uno de los cadáveres examinados son del todo nimias.

—¿Cuántos cadáveres has podido examinar, en total? —interrumpió Aranda.

—Doce, contando con... la atrocidad desmembrada que conseguimos la semana pasada.

—Entiendo.

—Pero espera... he encontrado muchas más cosas. Como común denominador he podido encontrar un agente patógeno en la sangre. Es... es un descubrimiento médico increíble, Juan —dijo, visiblemente excitado—. Este agente usa las células del lóbulo central para reproducirse, aunque no dispongo de material suficiente para averiguar *cómo* lo hace. Lo que sí me ha quedado claro es que, al reproducirse, destruye esas células. Eso provoca que, durante ese proceso, todas las funciones del cuerpo se detengan. Completamente.

—El coma... —dijo Aranda, más para sí que como respuesta.

—Justamente. Pero es algo más que un coma. Alguien en ese estado podría ser dictaminado clínicamente muerto. Yo firmaré una declaración así sin dudarlo: no hay consciencia, no hay pulso, no hay respiración ni actividad cerebral. Pero el cerebro sigue vivo, aletargado, mientras el agente muta las células a una velocidad prodigiosa, muy similar a la increíble explosión de vida que es el momento en el que el óvulo humano es fecundado y comienza la duplicación de células. No hay nada parecido en todo el proceso evolutivo de un organismo, ni existe ningún virus que provoque alteraciones semejantes a esa velocidad. Desde luego ninguno de los grandes: el ébola, la turalemia, la brucelosis...

—Espera un segundo... ¿Cómo que...? ¿Qué quieres decir con alteraciones, que muta las células?

Rodríguez le brindó una amplia sonrisa.

—Ahí está lo increíble... Naturalmente, no he podido ver cómo se despliega el proceso... Sería interesante poder asistir a la fase de... *zombificación*, o como quieras llamarlo. Pero sé que las células que puedes extraer de todos esos cadáveres, y

examinar en un microscopio convencional, son esencialmente diferentes de las células humanas en una cosa.

Aranda guardó silencio, expectante.

—No necesitan oxígeno. Prescinden totalmente de ese componente esencial de la vida.

Aranda le miró a los ojos, como si esperase que el doctor fuera a irrumpir en una sonora carcajada, anunciando el final de una broma.

—Pero Antonio... en el colegio nos enseñaban que, al no recibir la cantidad adecuada de oxígeno, las células comienzan un deterioro importante, y también que, de no recibir oxígeno por un tiempo prolongado, mueren definitivamente...

—Correcto —dijo Rodríguez, solícito. Era obvio que estaba disfrutando con la conversación—. Mueren, sin posibilidad de regeneración. Pero estas células no. Tienen un núcleo totalmente diferente a nada que haya visto antes, tan complejo y especializado que resulta espeluznante. Cuando las observé en el rudimentario microscopio de que disponemos me llevaron a pensar en los extremófilos... ¿has oído hablar de ellos?

—No, la verdad.

—Hace unos treinta años —continuó el doctor—, se pensaba que las condiciones necesarias para la vida, como temperatura y humedad, eran muy estrictas, demasiado, de hecho, como para pensar que las probabilidades de que hubiese vida en otros planetas fuesen admisibles. Hasta que descubrieron los extremófilos. Ese descubrimiento le sirvió a la NASA para garantizar una partida presupuestaria suficiente para enviar sondas a Marte. Pero... no nos desviemos, los extremófilos no son sino organismos que prosperan en condiciones extremas. Se dan numerosos casos aquí en la Tierra. Algunos de estos organismos viven en el interior de placas de hielo, a temperaturas que colapsarían inmediatamente cualquier ser viviente sobre la Tierra por el simple procedimiento de la congelación instantánea; otros, en el agua hirviente que rodea los respiradores del fondo oceánico. Los hay que viven en comunidades lejos de la luz solar y obtienen energía de origen químico. Incluso se han encontrado bacterias a tres kilómetros de profundidad en la corteza terrestre que convierten el hidrógeno en agua. Los extremófilos respaldan la idea de que la vida puede darse en un gran número de condiciones. Pues bien... —Tomó aire, meditó unos segundos para sí mismo sin apartar la vista del cadáver, y continuó—: Mi teoría particular es que estamos hablando de un agente patógeno extremófilo. Deberías ver su núcleo, ni siquiera en el caso de las células eucariotas...

—Un momento, un momento... —pidió Aranda, interrumpiendo de nuevo—. Déjame recapitular un segundo. Tenemos un agente patógeno... y sabemos que el agente necesita matar al individuo para prosperar; esto forma parte de su ciclo, porque en un huésped vivo no tiene control sobre el sistema nervioso y si el sujeto no ataca, no hay contagio. Así que... el agente va directamente al sistema nervioso... como la rabia, ¿no es así? Pero necesita que el organismo esté clínicamente muerto

para poder tomar control, y consigue sobrevivir sin oxígeno ni energía directa de nutrientes y similares por su naturaleza extremófila... Así que infecta el cerebro... ¿Por eso no hemos visto animales infectados?

—Eso es —dijo Rodríguez—. Ése es un motivo por el que nuestro agente sólo puede prosperar en humanos, porque nuestra corteza cerebral está suficientemente desarrollada como para eso. Eso explica también el comportamiento agresivo: utiliza la corteza cerebral para inducirlo.

—Madre del amor hermoso... —exclamó Aranda, todavía dándole vueltas a todo lo que acababa de asimilar.

—Juan... —dijo el médico despacio—, si pudiéramos llegar de alguna forma a mi despacho, en el Hospital, podríamos aislar ese agente, hacer algunas pruebas... analizarlas metabólicamente. Podríamos saber *cómo atacarlas*.

Cruzaron sus miradas mientras hacían bailar las ideas en sus mentes. Sabían que el hospital había sido un gran foco de contagio en los primeros días de la infección, pero también sabían que la zona se había despoblado en las semanas siguientes: los zombis se habían propagado hacia otras secciones de la ciudad, al norte, al este, al sur. No fue hasta más tarde que los muertos volvieron, como una ola que se retira para romper. Eso les dejaba jugar con la posibilidad de que quizá el hospital no estuviera más poblado que los otros edificios.

—Eso podría hacerse, Antonio. Dozer y su gente se ha vuelto muy, muy eficiente en sus incursiones... y el hospital está tan cerca...

—¿Se lo decimos a los otros?

—Aún no. Dejemos que el Comité haga su trabajo primero, tienen demasiado en qué pensar. Cuando vuelvan... con ese cura o sin él, planearemos cómo llevarte a tu despacho.

El doctor Rodríguez asintió.

—Pero antes saquemos esto de aquí... —continuó, señalando el cuerpo con el vientre diseccionado—, o tendremos que quemar el edificio para sacar el olor.

XXXI

El Comité para la Búsqueda y Captura dedicó unos cuantos días a idear y perfeccionar un plan para atrapar al sacerdote. El problema principal, naturalmente, es que su paradero era desconocido, así que la fase uno era atraerlo hacia algún punto. Después tendrían que concentrarse en controlar a los muertos vivientes mientras el cura caía en la emboscada. El comité no estaba contento con el hecho de que Dozer, uno de los hombres de más valía para ese tipo de misiones, estuviera en la enfermería con una costilla rota.

Decidieron crear un espectáculo que fuera visible desde toda Málaga, un incendio lo suficientemente aparatoso como para que la columna de humo resultante se pudiera ver desde la distancia. Lo harían tan pronto empezase a oscurecer, para asegurarse de que el resplandor llamara la atención a unos ojos atentos, como estaban seguros que eran los del enemigo. El lugar elegido era una pequeña casa mata ubicada al norte del polideportivo; allí, los edificios de alrededor ya habían sido limpiados y cerrados por el Escuadrón de la Muerte. Eso les permitiría apostarse en ellos y vigilar las calles. Tanto el techo de la casa como todos los muebles del interior eran de madera, así que esperaban que ardiese hasta los cimientos durante toda la noche.

Habían conseguido rifles de precisión con munición no letal: dardos aturdidores de los que usaba la policía para tumbar animales en libertad. Sin embargo, en las pruebas que hicieron en el polideportivo descubrieron que el alcance no era mucho, apenas cien metros, después de eso el dardo podía acabar clavado en cualquier parte menos la que indicaba la mirilla.

—Tendrá que ser suficiente —dijo José—. O eso, o le metemos un balazo en la rodilla. No le matará, pero le impedirá salir corriendo a esconderse.

—Es muy arriesgado —dijo Moses—. Tendrías que haberlo visto; está tan delgado y viejo que no creo que sobreviva a una herida como ésa: acusará demasiado la pérdida de sangre. El mismo *shock* del impacto podría ser demasiado.

—Joder... —masculló José—. ¿Y no podrían analizarlo *post-mortem*? No me importaría cargármelo.

—Créeme, tengo muchos más motivos que tú para desear verlo muerto —contestó, lúgubre—, pero Aranda tiene razón. Hay algo en él que es diferente, y si podemos analizar...

—Ya lo sé —le interrumpió José—, pero no me gusta estar entre todos esos zombis con un rifle cargado con dardos paralizantes. Probé uno con los zombis de la

alambrada, y no le hizo ningún efecto. No me extrañó, no parece que tengan sangre corriendo por las venas o un sistema nervioso que bloquear.

Moses asintió.

—Es extraño, ¿verdad? —dijo—. Me pregunto cómo pueden siquiera estar de pie.

—Es como aquel libro de Terry Pratchett, tío. La Muerte se ha ido de vacaciones, eso creo yo.

Permanecieron en silencio unos instantes.

—Siempre pensé que había un sentido para todo esto, joder —explotó José al fin—. Me refiero a la vida.

—La vida... —murmuró Moses pensativo.

—Sí, la vida. Siempre pensé que el Jefe tenía un plan para todos nosotros —dijo, señalando con el índice hacia arriba—. Que habitábamos este planeta por alguna razón. Ahora casi todos han muerto.

—No creo que haya un sentido para la vida, José. La vida es el sentido en sí mismo. El ego del ser humano no tiene parangón. Siempre hemos pensado que somos la quintaesencia de la creación, y que nuestra existencia, forzosamente, tiene que divergir hacia algún lado. Nos gusta pensar que importamos, que tenemos derecho a *trascender*. ¿Crees que la termita, que vive ciega en su comejenera, y que dedica su existencia a recolectar alimento y a hacer trofalaxias, tiene un sentido en la vida? No más que tú. Algún día el ser humano habrá desaparecido, y todo este planeta no será más que una insignificante y seca bola de polvo en mitad de la inconmesurable extensión del espacio. ¿Y crees que a alguien le importa?

José le miró durante un rato, pero no intentó una respuesta. Le dio una palmada en la espalda, y se retiró.

El Comité estudió su plan durante largas horas a lo largo de varios días. Trazaron mapas y croquis y se aseguraron de que todo el mundo entendía su parte. En las pruebas que hicieron sobre la pista, descubrieron con pesar que les resultaba difícil ir equipados con dos rifles, uno de munición estándar y otro con los dardos paralizantes, así que decidieron que sólo uno de ellos iría equipado con ese tipo de arma mientras los otros dos le daban cobertura con sus armas convencionales.

Moses, en un intento de sustituir a Dozer, se esforzó por participar en lo que dieron en llamar el "Día D"; al fin y al cabo, casi todos los procedimientos de cobertura que tan buen resultado les habían dado hasta ese momento estaban basados en tácticas a desarrollar con un grupo de cuatro hombres. Intentó practicar con los rifles, pero su puntería estaba mucho de ser suficiente. Además, descubrió que no estaba tan en forma como creía: los brazos se le cansaban al correr de un lado a otro con el rifle a cuestas, lo que mermaba considerablemente su utilidad en una situación de combate real con muertos vivientes.

Durante todos aquellos días, Isabel y Moses no se vieron demasiado. Descubrieron, cada uno por su lado, que estar separados les ayudaba a sobrellevar la

pena que les inundaba por dentro como un cáncer oscuro. El nuevo ambiente y la gente nueva también les ayudaba a no dejarse embriagar por los recuerdos, pero Isabel tuvo sueños recurrentes todas las noches. En ellos, un hombre de negro descendía de una montaña por un sinuoso camino de cenizas. Todo alrededor estaba lleno de árboles raquíuticos, calcinados y humeantes. El hombre iba cargando una Tabla de la Ley con un único mandamiento esculpido con toscos caracteres de palo: NO VIVIRÁS. Pero descubrió que, cada noche, tenía menos lágrimas que verter.

Por fin, llegó el día señalado. Había una ligera brisa que soplabla desde el oeste, lo que les aseguraba que la columna de humo sería arrastrada sobre la ciudad, en particular la zona centro, que era donde se habían producido los dos encuentros con el sacerdote.

Era, sin duda, la incursión más importante en la historia del campamento, así que todo el mundo quiso asistir a la partida del Escuadrón. Hubo palabras de ánimo y buenos deseos, y Andrea, una chica de mediana edad que se había ganado la vida vendiendo collares fabricados por ella misma, prendió un amuleto en la chaqueta de asalto de Susana: era una especie de corazón color rojo borgoña.

El plan se desarrolló con sorprendente facilidad. En apenas media hora, la pequeña casa mata estaba ardiendo como una pira funeraria, sólo que los muertos no ardían en su centro; se arremolinaban alrededor, inquietos. El equipo de asalto se asentó en uno de los edificios adyacentes, como estaba previsto, y a través de las ventanas del piso vigilaban atentos las calles.

Aquella noche no hablaron mucho. José había traído una de sus cajetillas de *Benson & Hedges* y todos fumaron mucho más de lo acostumbrado, señal inequívoca del nivel de nerviosismo que acusaban en su fuero interno. El resplandor del fuego era majestuoso, y en cierto sentido, hermoso y tétrico a un tiempo. Las llamas arrancaban sombras sinuosas, imprecisas y alargadas, a los muertos que se agitaban en torno a ellas. Era obvio, a juzgar por sus maneras desordenadas y aceleradas, que el fuego los mantenía en un estado de alerta. Eso no lo habían previsto: les dificultaría las cosas cuando tuvieran que salir a la calle.

A las cuatro y veinte de la madrugada, uno de los pilares maestros se vino abajo con un clamoroso estruendo, provocando el derrumbe de un lateral de la casa. Las llamas se avivaron atrozmente, y un espectro que andaba cerca de las llamas fue alcanzado por una inesperada lluvia de cenizas incandescentes. Su ropa se prendió con rapidez, y al instante, todo su cuerpo estuvo en llamas. Sobrecogidos y fascinados a un tiempo, lo vieron avanzar por la calle como si nada hubiera pasado; sus ojos y su boca eran dos manchas oscuras en el infierno de fuego que era su cabeza. Casi medio minuto más tarde, el espectro levantó los brazos y cayó de rodillas al suelo, donde permaneció un buen rato, como un muñeco de San Juan horripilante. De vez en cuando, unas violentas llamas azules explotaban de su vientre, o escapaban silenciosas por un costado. Por fin, la espectral figura se deshizo como una torre de cubos infantiles, cayendo al suelo convertido en un montón de

restos carbonizados aún en llamas.

—Jesús bendito —dijo Uriguen.

El amanecer llegó a las ocho de la mañana, y reveló un cielo encapotado y cuajado de nubarrones oscuros. El incendio se había extinguido prácticamente, pero aún quedaba un poderoso rescoldo que humeaba.

Soñoliento, José miraba tras los cristales, sumido en recuerdos de su vida anterior. Tenía recuerdos de aquella misma calle, llena de coches conducidos por personas con ocupaciones, *y* recuerdos de gente que arrastraba afanosamente sus carros de la compra por las aceras, de madres con sus hijos que compraban alguna chuchería en el desvencijado quiosco de la esquina, o de jóvenes que iban y venían de sus trabajos, cargados con aquellas mochilas-maletín especiales para portátiles. Recordaba el menú de siete euros con cincuenta del restaurante Oña, y la deliciosa paella que solía ir con él. Y tantas y tantas cosas.

Susana le desconectó del río de recuerdos en el que se había metido zarandeándolo suavemente.

—No ha venido —dijo.

—No, el hijo de puta no ha venido. Vaya mierda.

—¿Qué hacemos?

—Me gustaría esperar al menos un par de horas. Es posible que viera el humo anoche y decidiera investigar por la mañana.

Miró por encima del hombro y vio que Uriguen dormía apoyado sobre una columna, abrazado al rifle cargado con dardos aturdidores.

—Mira a ése —protestó Susana.

—Se va a volar la nariz, el cabrón —dijo José, riendo a media voz.

—¿Crees que es prudente esperar un poco? —preguntó Susana.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué pasa si aparece ahora? ¿Crees que estaremos bien para salir a corretear entre zombis, cubrir a Uriguen, dar caza a ese demente, y volver con su cuerpo a casa?

José meditó unos segundos. Le escocían los ojos por la falta de sueño, y a decir verdad no se sentía ni con fuerzas para quitarse las botas.

—Probablemente no —admitió, taciturno.

—Pues despertemos a la bella durmiente y volvamos, que ya son horas.

XXXII

Sandra tenía veinticinco años cuando se despertó aquella mañana para ver el amanecer desde su pequeña ventana. Mientras se lavaba con unas toallitas húmedas, silbaba contenta. En ningún momento sospechó que jamás volvería a ver una puesta de sol.

Sandra era una de las pocas personas que estaban contentas con su situación actual. La vida no le había ido demasiado bien: dejó el colegio a los dieciséis para entregarse a una vida disipada donde conceptos como una micra de cocaína capturaban el noventa por ciento de su campo de atención. Unos meses después de cumplir diecisiete años se quedó embarazada de un gitano que malvivía en el barrio de La Palmilla; era la primera vez que hacía el amor y ni siquiera le gustó, más bien le pareció soez y doloroso. Su madre se ocupó de su bebé, que contra todo pronóstico consiguió crecer sano y fuerte. Para ella era apenas un recuerdo brumoso entre las telarañas de la adicción.

A poco de cumplir la mayoría de edad, su amiga Julia falleció de una infección generalizada en su cuerpo. Julia se inyectaba todo lo que caía en su mano, utilizando gran parte de la pensión mínima de su abuela. Una mañana, Julia se sentó en la cocina a esperar a que ella terminara de guisar su estofado de patatas. No probó bocado, pero se llevó la olla exprés para venderla y sacar algo para la dosis de la noche. Su abuela no dijo nada.

Cuando Julia murió, convertida ya en una delgada broma de sí misma, Sandra se asustó de veras. Intentó desengancharse, pero descubrió que era mucho más duro de lo que jamás había imaginado. No recurrió a nadie, quiso hacerlo sola. Sudaba y tiritaba de frío a un tiempo, en ocasiones chillaba como una posesa o bien se quedaba inerte, sin fuerzas apenas para retirar el hilo de saliva que le colgaba de la comisura de su boca. Por la mañana, sintiendo los brazos tensos como cables, se miraba en el espejo y sentía deseos de romper el cristal: la que desde allí la miraba era una versión abyecta y aberrante de lo que ella misma fue alguna vez.

No lo consiguió. A la tercera noche, se lanzó a la calle, robó dinero a un taxista que estaba de tertulia con unos compañeros, y se fue a pillar un gramo de la primera mierda que pudo encontrar. Despertó a eso de las seis y media, fría como un témpano, en un banco de la Alameda. Cómo había llegado allí, no lo recordaba, pero tan pronto consiguió ponerse en pie se fijó un objetivo: conseguir un poco más. Sólo un poco más, y seguiría *dejándolo*.

Fue su vecina Miriam quien le hizo frente en el rellano del piso donde vivía,

después de dos días sin tener noticias de ella. El rostro de Sandra estaba lívido, y las ojeras, tan pronunciadas que parecía maquillaje barato de una fiesta infantil de Halloween. Miriam se la llevó a su cuarto y la sentó en la cama; se enfadó con ella, le habló, la zarandeó y la abrazó, y por fin la convenció para entrar en un programa del Proyecto Hombre.

Aunque tardó un par de meses en conseguir siquiera cruzar la puerta del edificio para informarse, allí consiguió librarse de la tremenda losa de su adicción.

Cuando completó el programa, le consiguieron un alquiler y un empleo de cuatro horas por la mañana como cajera de una importante cadena de supermercados. La chica lo hizo bien, y renovaron su contrato de prueba, el de los tres y los seis meses. Comenzaba a levantar cabeza. Conseguía su propio dinero y hacía cursos subvencionados con fondos europeos por las tardes. De cocina, de masajista, de esteticista.

Una noche la tentaron para salir de copas con algunas compañeras; era el cumpleaños de alguien y se prometió a sí misma tomarse unos sorbos y volver a casa zumbando, lejos de la noche, como le habían enseñado en el programa. Pero en el primer tugurio al que fueron conoció a un chico de ojos avispados y sonrisa espectacular. Era tan diametralmente opuesto al joven que la dejó encinta que automáticamente se sintió atraída por él. Era atractivo, y todo su lenguaje corporal parecía decir "sexo". Bailaron y tomaron caros combinados de vodka, *gin-tonic* y ron, y rieron, cómo rieron, hasta que él pasó un dedo por la línea de sus labios y le hizo señas para que le acompañara a los aseos.

Sandra, embriagada por el cálido aturdimiento del alcohol, quería dárselo todo. Lo deseaba *tanto*. Pero cuando entraron en el pequeño cubículo del retrete y ella buscó sus labios con un deseo casi animal, sus ojos se toparon con algo que él sujetaba delante de ellos: su antiguo amante, el dueño absoluto de su alma. Una bolsita de plástico con un polvo blanco en su interior.

Cuatro semanas más tarde, Sandra había perdido su empleo. Recibió varias llamadas de control de la gente del programa, pero el timbre del teléfono era como una letanía sin sentido sonando en los márgenes de su consciencia.

Muy poco después, sobrevino la Infección. Las viejas redes de distribución de cocaína se rompieron: ya no había nadie que vendiese aquella mierda, y casi nadie que quisiera comprarla. Las calles empezaron a vaciarse. Sandra tuvo que enfrentarse por tercera vez al Quinto Jinete del Apocalipsis, el mono, pero cuando estuvo preparada para enfrentarse de nuevo a la calle, era demasiado tarde: nadie respondía al teléfono, su vecina se había marchado. El mundo se había acabado.

Sobrevivió como pudo. Le debía la vida a un señor de cincuenta y pico llamado Pablo, que la ayudó en aquellos duros días del comienzo. Durante unos días les fue muy bien. Eventualmente, llegaron hasta Carranque, donde vieron a los supervivientes tras las alambradas. Habían estado intentando salir de la ciudad por el oeste, rumbo a la autovía que les llevaría a zonas menos pobladas. Pablo no lo

consiguió por poco. En el último momento, un zombi le derribó al suelo donde desapareció bajo una montaña de cuerpos. Dozer y José llegaron corriendo y dispararon contra todos ellos, pero era demasiado tarde. Antes de morir, Pablo se debatió durante unos pocos segundos con un manantial de sangre saliendo a borbotones de su nuez cercenada. José impidió que volviese a alzarse con un certero balazo en la cabeza.

La pequeña comunidad de Carranque era lo mejor que le había pasado nunca. Ahora tenía ocupaciones y tareas que atender, de modo que cada día se sentía parte de algo. Algo importante. Hablaba con unos y con otros, y sentía que el flujo de afecto circulaba en los dos sentidos. Siguió además los sencillos consejos de Aranda para superar sus recuerdos y su falta de autoestima: cuidar de sí misma como nunca lo había hecho, empezando por cosas sencillas, físicas, tangibles, de resultados inmediatos. Ella optó por sus manos. Se las cuidaba con esforzada dedicación, hidratándolas con cremas, puliendo los padrastros, moldeando las uñas primorosamente con ayuda de una lima pequeña. Cuando las miraba, y observaba el hermoso trabajo que había hecho, se sentía fortalecida, y sabía en ese instante que podía seguir con el resto de su cuerpo; primero por fuera, luego por dentro. Así, cada mañana daba la bienvenida al nuevo día con renovadas energías, y los espectros que se arremolinaban tras las rejas le importaban cada vez menos.

Aquella mañana bajó a los sótanos, conforme al plan de tareas de aquel día. Su jornada comenzaba limpiando las salas inferiores a golpe de fregona. No tenían agua que malgastar, pero empleaban fregasuelos no jabonoso y abundante lejía, productos con los que contaban en cantidades industriales. Era una zona de mucho trasiego últimamente, desde que se dedicaban a vigilar las alcantarillas por si aparecía aquel loco extravagante que había acabado con los amigos de Moses e Isabel, así que había que limpiar al menos dos veces a la semana. Esa parte no le gustaba demasiado, principalmente porque era una actividad solitaria, pero después le tocaba cocina, y allí siempre se charlaba de casi todo, además de ser la Central del Cotilleo de la comunidad.

Cuando había limpiado ya media sala, Alan apareció en la habitación. Venía de la cámara de al lado, donde estaba uno de los accesos al alcantarillado. Cargaba uno de los rifles con los que estaba tan familiarizado el Escuadrón de la Muerte.

—¡Buenos días! —saludó Sandra.

—Hey, chica —dijo Alan sin mucha energía.

—¿Qué tal te ha ido?

—Joder... estoy roto. Toda la noche metido en esa cloaca, en la oscuridad. Es muy jodido...

—Me lo imagino...

—Tuve que darme de hostias para no quedarme dormido. Te juro que nos va a dar algo malo si seguimos respirando toda la mierda que hay ahí abajo. Ojalá hayan cazado a ese cabrón lunático de los cojones y podamos dejar esto.

—Ya veremos —dijo Sandra—. ¿Quién te reemplaza?

—Creo que Iván... ¿Le has visto?

—No, no lo he visto.

—*Joooooeeeeer* —dijo despacio, arrastrando mucho las sílabas—. Como se haya quedado dormido le voy a machacar el nabo con dos piedras.

Sandra dejó escapar una pequeña carcajada.

—Pues yo no puedo más... te lo juro. Me caigo de sueño... —dijo Alan. Sandra constató que parecía realmente abatido.

—Vete si quieres... cuando venga Iván ya le digo yo que te has tenido que ir.

—No sé...

—Al fin y al cabo, el que se retrasa es él, ¿no?

—Eso es verdad. ¡Qué coño!

—Pues venga... —dijo Sandra, sonriente—, a dormir, campeón.

—¡Pues sí! Me voy... ea... Nos vemos luego.

Alan desapareció por el corredor y Sandra se detuvo unos instantes para verlo alejarse, hasta que desapareció escaleras arriba. Pensó que Alan le gustaba, un poco al menos, pero no deseaba enredarse con historias y relaciones complicadas. Se sentía fantásticamente bien. Cogió la fregona con ambas manos y se concentró en la tarea, silbando la primera tonadilla que le saltó a la mente.

Casi había terminado cuando un pequeño ruido metálico la sobresaltó. Provenía del otro lado del corredor, donde estaba situado el acceso a las cloacas. Por un momento, su mente conjuró viejos miedos en forma de escenas de muertos vivientes irrumpiendo en tropel por el pasillo, pero su nuevo enfoque optimista de la vida apartó todo pensamiento lúgubre de la cabeza, y rápidamente divergió hacia Iván. Tenía que ser Iván, trasteando para zambullirse en el túnel, a vigilar.

—¿Iván?

No hubo respuesta.

Probó de nuevo, a un volumen de voz mayor, pero otra vez se encontró sumida en el silencio. Por unos segundos, la fría garra del miedo la atenazó; notaba el bloqueo en la base del cerebro, paralizando sus piernas y oprimiéndole el pecho. Le trajo recuerdos oscuros de tiempos remotos, cuando cabalgaba a lomos del Quinto Jinete. Pero al poco tiempo se sintió estúpida, y se esforzó por superar su estado.

Se dirigió resuelta hacia la sala donde estaba el acceso a las cloacas. Habían instalado una barra metálica alrededor para permitir bajar y subir cómodamente, pero la tapa estaba quitada, arrumbada en un lado como un gigantesco y descolorido botón. El agujero, sin embargo, era otra cosa: un ojo negro profundo y extraño que la miraba amenazante.

—¿Iván? —preguntó.

Entonces algo tiró de su pelo hacia abajo, forzándola a combarse dolorosamente sobre su espalda. Quiso chillar, pero descubrió que no podía; de repente le picaba el cuello, una especie de quemazón intensa y dolorosa que iba *in crescendo*.

Inmediatamente, tuvo una sensación extraña, cálida, como si alguien hubiese derramado un cuenco de sopa caliente sobre su pecho. Las piernas le fallaron, y se derrumbó en el suelo como una marioneta a la que le han cortado los hilos. Sandra vivía la escena como si se hubiese *proyectado* una película en su mente; una película que empezaba a perder el color y a volverse borrosa, en la que una bruma negra empezaba a emborronar los márgenes de su visión.

Cayó a un lado contra el suelo con un golpe sordo. Tenía delante suya la imagen desdibujada de su propia mano. Pensaba a cámara lenta, como si le costase componer las palabras correctamente, y respirar era cada vez más difícil. Tuvo la sensación asfixiante de tener algo atravesado en la garganta, pero aunque quería toser, su cuerpo ya no respondía. Quiso mover los dedos, pero tampoco consiguió nada. Bizqueó, tratando de enfocar su mano, y descubrió que estaba cubierta de sangre. "Qué mierda", pensó con cierta incoherencia. "Voy a tardar una eternidad en quitar toda esa porquería... mis uñas... los padrastofs... miff mffnof...".

Sandra murió mirándose la mano.

XXXIII

El Escuadrón volvió a casa a eso de las ocho y media pasadas, pero no entraron por la sala donde Sandra se deshacía en un espeso charco de sangre, sino por otra entrada que les quedaba más cercana, situada al norte.

—¿Ha habido suerte? —preguntó el vigía al verlos llegar.

—No, chico. El hijo de puta no ha venido.

Fueron directamente a informar a Aranda, quien les esperaba en la oficina principal. Desde allí se llevaba el control de la Comunidad, así que había grandes pliegos con horarios, listas y planes colgados por las paredes. Habían dispuesto varias mesas, donde a menudo se encontraban otros miembros de la comunidad entregados a tareas de administración. Sin embargo, aquella mañana Aranda se encontraba solo, sorbiendo una taza de café descafeinado de sobre.

Nada más entrar, Aranda supo por sus caras que la cacería no había tenido éxito.

—Nada... ¿no? —preguntó, más para iniciar la conversación que para confirmar lo que ya sabía.

—No. No ha venido.

—Aun así, es posible que lo haga en las próximas horas... quizá se haya levantado hace un rato y se haya fijado en esa enorme columna de humo. He visto el rastro no hace ni diez minutos, desde la azotea. Aún humea bastante.

—Sí, desde luego —dijo Susana.

—¿Por qué habéis vuelto, entonces?

—La noche nos ha desgastado más de lo que habíamos imaginado. Si hubiera aparecido ahora, por la mañana, no estamos convencidos de haber podido actuar con la misma seguridad que en otras condiciones.

Aranda chascó la lengua.

—Entiendo —dijo—. Entonces habéis hecho bien en regresar.

Se levantó de la mesa y fue despacio hacia la ventana. Allí cruzó ambas manos tras la espalda y miró afuera con ojos ausentes. José, desabrochándose el chaleco antibalas, se dejó caer pesadamente en una de las sillas vacías. Se le veía abatido y cansado.

—Es prioritario que encontremos cuanto antes a ese sacerdote —dijo Aranda en voz baja. Había un deje de tristeza en su tono de voz que, sin embargo, sólo fue evidente para Susana—. Vigilar las alcantarillas no es suficiente: hay mil maneras en las que ese demente podría acercarse en silencio. Anoche tuve un sueño, un sueño

horrible. Es el primero que he tenido desde que todo esto empezó, así que para mí es significativo.

Se volvió, buscando la mirada inteligente de Susana.

—Sugiero que vayáis a dormir —continuó—. Lo que necesitéis para estar en forma otra vez; tenemos que movernos. Me reuniré con el Comité dentro de un rato, para exponer la situación y estudiar qué otras acciones podemos emprender. Pero cuando despertéis, me gustaría que volváis allí, a ver qué se cuece. Máxima prudencia, sin disparos; sólo observar, reconocer, espiar... ¿entendéis?

—Claro —dijo José. Estaba pasándose un dedo por el entrecejo, como si acusara un repentino dolor de cabeza—. Aunque hubiese preferido que Dozer no se hubiese jodido la puta costilla.

—Lo sé, pero...

—Es lo que hay —le cortó José—, ya lo sé. Aranda asintió suavemente.

—Por lo demás —dijo—, he incluido observación con prismáticos en la lista de tareas para hoy. De todas las zonas cercanas al fuego que puedan verse desde aquí; para el resto del día. En el caso improbable de que ese lunático decida bajar andando por la calle desde aquella zona, lo veremos antes que él a nosotros.

—No creo que lo pillemos así —dijo Susana.

—Yo tampoco. Pero no se me ocurre otra cosa, al menos por el momento.

—¿Qué hay de los zombis que conseguimos para el doctor? —preguntó Uriguen. Había estado jugueteando con una pelota de tenis que alguien había dejado en una de las mesas.

—La cosa no va mal —explicó Aranda—. Rodríguez ha hecho algunos... avances. Más de lo que yo esperaba, en realidad, teniendo en cuenta el rudimentario material con el que está trabajando. Ojalá hubiéramos tomado esa decisión mucho antes, quién sabe lo que habríamos descubierto. Pero ahora es como si el tiempo jugase en nuestra contra: Dozer está impedido, y la amenaza del sacerdote se cierne sobre nosotros. Si conseguimos controlar un poco la situación, quiero que ayudemos a Rodríguez a volver al hospital. Allí hay equipo que podrá usar para descubrir más cosas sobre la infección. Quién sabe.

—¿Al hospital? —preguntó José, que había estado escuchando con una expresión de incredulidad en el rostro—. Vamos, no me jodas.

Aranda levantó las manos, conciliador.

—Ya hablaremos de eso —dijo con una sonrisa—. Será más adelante, cuando Dozer se recupere. Lo planearé bien, y todo saldrá de puta madre.

—¿No sale siempre todo de puta madre? —preguntó Uriguen, lanzando la pelota al aire para volverla a coger.

—De puta madre el sueño que te has *echao* mientras nosotros vigilábamos, mamón —dijo José, con una risa socarrona.

—Será envidioso, el *pecholobo* este... —rió Uriguen, haciendo un amago de arrojarle la pelota de tenis.

Unos minutos más tarde, salían de la oficina dándose empujones y haciendo bromas sobre quién tenía el miembro más gordo. Susana, antes de cerrar la puerta tras de sí, le dedicó una última mirada que parecía decir: "Por eso volvemos cada vez, ¿sabes? Por eso son tan buenos, porque nunca han mirado a los ojos del abismo".

Y Aranda, que volvió a sorber su café, ahora ya tibio y amargo, no pudo estar más de acuerdo.

Mientras tanto, a apenas doscientos metros del lugar donde Uriguen y José bromeaban sobre el tamaño de sus genitales, un sudoroso y despeinado Iván despertaba abruptamente de un pesado sueño. Había soñado con la casa donde vivía con sus padres cuando era niño, en Cristo de la Epidemia. En el sueño, caminaba descalzo hacia la cocina y descubría, con un horror infinito, que la puerta de la calle estaba abierta de par en par, y por lo tanto, todos los viejos y amados rincones conocidos de la casa se volvían de pronto hostiles y desconocidos. Era un sueño recurrente, que creía ya superado y que había expuesto a su psicólogo en numerosas ocasiones, pero no se había repetido en años. Su psicólogo lo llamaba un sueño *nepente*, como la planta que atrae a las moscas con su aroma y ya no las deja salir, ya que siempre que lo tenía dormía más de la cuenta, como si le costara abandonarlo: ni su reloj biológico ni los despertadores más enervantes conseguían arrancarlo del mundo onírico.

Iván miró la hora en su reloj de muñeca, y se sobresaltó al ver que eran prácticamente las nueve de la mañana. Se suponía que tenía que haber relevado al turno de noche en las alcantarillas a las ocho. Se incorporó de un salto, como si le hubieran pinchado el trasero, y dado que no había tiempo para un chapuzón en la piscina, se secó el sudor con una camiseta, se vistió, y se colgó el fusil al hombro.

Tardó unos minutos en llegar a las escaleras que bajaban a los sótanos. Mientras recorría esa distancia, trotando a media carrera, pasó por un corredor cuyo techo era una estructura de barras metálicas; las paredes eran un solo ventanal gigantesco a través del cual se descubría un cielo oscuro que amenazaba tormenta. Agradeció no encontrarse con nadie; esperaba que su pequeño retraso no trascendiera demasiado.

Bajó al sótano pensando ya cómo explicarle a quien fuera que estuviese de guardia por qué llegaba una hora tarde. Sabía que las noches en la alcantarilla eran lo suficientemente duras como para encima tener que aguantar todo ese tiempo extra.

Pero al llegar a la sala de acceso, resbaló aparatosamente y se encontró cayendo de espaldas contra el suelo. Después de la confusión inicial, rápidamente notó que estaba tumbado de espaldas sobre un charco. Se miró la mano, asqueado, y descubrió que se trataba de un líquido espeso, negruzco, que resbalaba despacio por la palma de su mano. Se incorporó con toda la rapidez que pudo, sintiendo unas repentinas arcadas por el fuerte olor que desprendía el charco. Los bordes eran menos densos, y allí el color era manifiestamente rojizo. De pronto se vio desbordado por un brote de pánico; empezaba a considerar que todo aquel líquido podía ser sangre.

—Dios... oh, Dios...

Además del rastro inequívoco del resbalón, había rastros de pisadas en el charco. Huellas pequeñas, que danzaban por toda la sala en todas direcciones, en confusa aglomeración, y luego desaparecían por el pasillo. Se maldijo a sí mismo por no haber visto antes aquellas marcas sanguinolentas en el suelo de cemento.

Llamó en voz alta, hacia las escaleras y hacia el agujero ominoso que bajaba hacia las cloacas, pero nadie le respondió. Su mente saltaba de una idea a otra, pero un cartel luminoso trazado con grandes letras fluorescentes de un color rojo de alarma parpadeaba en todas ellas.

Por fin, con la vista periférica divisó un movimiento indefinido en la otra habitación. Su corazón latía como una vieja bomba a punto de reventar. Se agachó, flexionando las rodillas, para recoger el fusil que se había quedado en medio del charco. Le temblaba la mano: la sangre estaba fría, y era pegajosa al tacto y hacía resbalar la culata metálica.

Entonces apareció una silueta, semioculta por las tinieblas de los neones que iluminaban el sótano. Era una mujer; el cabello lacio le caía a ambos lados del rostro, pero no podía identificar de quién se trataba.

—¿Hola? —preguntó, levantando ligeramente el fusil. Descubrió que sólo era capaz de emitir un débil hilo de voz, hecho que aun le asustó más.

La figura no le respondió.

—¿Quién... quién eres? Yo...

La figura dio un paso hacia él, y luego otro. La luz impersonal del neón empezó a retirar la oscuridad, e Iván pudo ver que su ropa estaba empapada en sangre. Dejó escapar un gemido de impresión.

—Por Dios, ¿qué...?

Pero no conseguía articular y poner orden en el *maremágnum* de sensaciones que le pasaban por la cabeza. Retrocedió dos pasos, intentando decidir si la persona que tenía delante necesitaba ayuda o, por el contrario, se trataba de uno de los caminantes.

—¿Quién eres?! —explotó, con lágrimas asomando en sus ojos grises.

Un par de pasos más, e Iván pudo al fin llevarse una mano a la boca, sobrecogido por el terror que tenía delante. Era Sandra, la dulce Sandra, Sandra con una expresión vacía en sus ojos, las venas de la cara hinchadas y una horrible herida cruzando su cuello bañado en sangre.

—Sandra... Sandra, por Dios... —murmuró.

Sandra avanzaba hacia él, muy despacio y con aire ausente. Parecía una niña que ha despertado en mitad de la noche y entra, medio dormida y bamboleante, en el cuarto de sus padres buscando consuelo. Iván se acercó por fin a ella, tomándola por los brazos.

—Sandra... ¿qué...? N-necesitas ayuda... por Dios... vamos arriba, Sandra, Sandra... vamos arriba.

Pero Sandra, que hasta ese momento ni siquiera le había mirado directamente,

se encontró de repente con sus ojos. Iván descubrió que estaban velados por una neblina blanca, algo que había visto muchísimas veces en el pasado; y mientras Sandra se abalanzaba hacia él con la boca abierta, comprendió al fin, con un horror infinito, lo que estaba ocurriendo. Dejó de chillar cuando Sandra, dándole un ávido mordisco, le despedazó la nuez. Su corazón aún latía cuando, ya en el suelo, ella siguió abriéndose camino por la herida abierta.

XXXIV

Lentamente, recogida bajo el palio sombrío de un cielo preñado de ominosos nubarrones, la Comunidad comenzaba a despertar. El cielo rompió a llorar con un trueno desgarrador más o menos a la misma hora en la que Iván se despedía de la vida, haciendo retumbar los corredores acristalados que comenzaban a llenarse de actividad.

Casi todo el mundo subió a la azotea a ayudar a desplegar un gran número de barreños y cubos para recoger el regalo de la lluvia, entre ellos Isabel, que aquel día había comprendido que sus tareas en el huerto iban necesariamente a posponerse. Aunque aún tenían agua embotellada abundante y podían traer más de un gran número de comercios de alrededor, el agua era un bien muypreciado y se habían trazado planes para aprovechar las precipitaciones desde hacía tiempo.

Una vez hubieron distribuido los contenedores de plástico, Isabel se asomó a la cornisa para tener una visión de las amplias instalaciones deportivas bajo la lluvia. Amaba la lluvia, el olor a mojado, su refrescante y gélida caricia en la piel, tan parecida a una relajante ducha ahora ya prohibida. Cerró los ojos e inspiró el aire húmedo mientras la ropa se le pegaba a la piel, y permaneció así unos segundos, escuchando de fondo el singular repiqueteo de las gotas sobre los barreños de plástico, embriagada por el frío y la frescura que traía el aire.

Cuando finalmente abrió los ojos y miró hacia abajo con una sonrisa de amplia satisfacción, vio una forma oscura por entre la densa cortina de agua dirigiéndose hacia la entrada al complejo. Mantenían las puertas sólidamente cerradas con gruesas cadenas, ya que nunca encontraron la llave de las cerraduras y hacía tiempo que tuvieron que romperlas para poder abrirlas. No se usaban, de todas formas, porque al otro lado esperaba un confuso tropel de muertos vivientes.

Llovía tanto que toda la escena había perdido saturación y adquirido un matiz gris, como una película antigua. Intentó concentrarse en la forma en que caminaba, a buen paso, casi corriendo, "claro, para no mojarse", pero desde esa distancia no pudo reconocer de quién se trataba.

—¡Isabel! —llamó una voz desde la puerta de acceso al edificio. Isabel se volvió, pestañeando para despejar las gotas de lluvia que se le habían acumulado en las pestañas. Era Pablo, un hombre de poblada barba blanca que contaba ya cincuenta y tantas primaveras, y el encargado del pequeño huerto que intentaban sacar adelante todos los días. Con él pasaba gran parte del tiempo desde que había llegado al campamento. Le había cogido un gran afecto, y le gustaba todo de su trabajo; por

ejemplo, el hermoso contraste de sus manos grandes y callosas cuando sujetaba con pulso firme las pequeñas hojas verdes de las plantas, o el tono suave y tranquilo de su voz cuando le hablaba a un esqueje que estaba trasplantando, "para quitarle el estrés", decía.

Pablo la miraba ceñudo, haciéndole señas con la mano para que entrara, pero Isabel levantó el pulgar para indicarle que todo estaba bien. Ella estaba bien. Todo iba bien de nuevo.

—¡Ven, ven aquí! —llamó Isabel, levantando ambos brazos hacia el cielo—. ¡Es alucinante!

—¡Te vas a resfriar, criatura! —gritó Pablo, visiblemente preocupado.

—¡Qué va! —rió Isabel.

Entonces vislumbró movimiento cerca de la puerta. La figura de negro, "¿un hombre, una mujer?", trasteaba con las cadenas. Y sólo entonces, cuando las cadenas cayeron al suelo con un amortiguado ruido metálico, comprendió qué era lo que estaba pasando.

Gritó tanto como pudo, hasta quedarse sin aire, y aun entonces su rostro mantuvo el rictus sobrecogedor del grito durante un buen rato. Pablo se acercó a ella corriendo, la sacudió por los hombros y la zarandeó intentando que volviese en sí, hasta que siguió su línea de visión, y también él se quedó petrificado: los zombis entraban en tropel en el recinto alambrado; estaban dentro.

Una estudiante de la Sorbona a la que el fin del mundo había sorprendido en Málaga, y un tipo anodino llamado Julián, que hablaba su idioma porque sus padres habían pasado la posguerra en Francia, escucharon el grito de Isabel y se congelaron en la escalera. Subieron, preocupados, hasta la azotea, y se encontraron con Pablo llevándose las manos a la cabeza y retrocediendo dos pasos mientras negaba compulsivamente. Michelle preguntó a Julián qué pasaba, pero él se encogió de hombros, visiblemente preocupado. Se acercaron a ellos y Pablo los encaró: estaba rojo como un pimiento chileno.

—¡ESTÁN DENTRO! ¡LOS ZOMBIS ESTÁN DENTRO! —les chilló, lanzando pequeños corpúsculos de saliva que se perdieron bajo la lluvia.

—*Qu'est ce qu'il est en train de dire?...* —preguntó Michelle, sobrecogida.

Julián se asomó a la cornisa y los vio, andando erráticos pero presurosos, y propagándose por las zonas deportivas como un tinte oscuro en un vaso de agua. Estaban a apenas cincuenta metros de la puerta principal de entrada del edificio que, por otro lado, siempre mantenían abierta.

—¡Las puertas! —gritó Julián, aterrorizado.

Un fenomenal trueno desgarró el cielo malagueño, imprimiendo a la escena un cariz aun más siniestro.

Dejaron a Isabel con Michelle y corrieron abajo, jadeando como si se hubieran expuesto a una agotadora sesión de ejercicio físico. Gritaban cosas como "¡alarma!", "¡los zombis están dentro!", pero sus advertencias llegaron a muy pocos oídos; casi

todo el mundo se había ido ya al comedor, que estaba alejado de aquella zona, para disfrutar del desayuno.

Aunque tardaron apenas medio minuto en llegar a la recepción principal, descubrieron con un pánico casi visceral que los muertos estaban ya a apenas unos pasos de la entrada; los veían a través de los amplios ventanales que dominaban toda la pared exterior. Julián, más joven y atlético, pegó una rápida carrera hacia la doble puerta y no tardó en hacerla girar sobre sus goznes: las puertas se cerraron con un click apenas audible cuando los zombis más adelantados estaban ya levantando sus brazos hacia él.

—Por el amor de Dios... —musitó Pablo, reparando en los ventanales que cubrían toda la pared, desde el techo hasta el suelo.

—¡Son cristales gruesos! —exclamó Julián—. ¡Aguantarán un tiempo, pero hay que llamar a los demás!

Los zombis se arremolinaban detrás de la galería acristalada, arrancando sonidos sordos cuando sus cuerpos se agolpaban contra los vidrios. Los habían visto, y llamaban con palmas y puños y sus ojos fijos en el interior. Sus manos dejaban marcas de suciedad.

Incapaz de decidirse sobre qué hacer a continuación, Pablo reparó de pronto en un zombi de aspecto cadavérico y largos cabellos blancos que estaba de pie entre los otros, y que levantaba una mano hacia él. Portaba una pistola, y le miraba con una sonrisa despiadada.

—¿Qué...?

El zombi disparó, y el cristal se vino abajo con un estrépito ensordecedor. Pablo se vio transportado atrás un par de pasos, sintiendo cómo el aire frío de la calle le alcanzaba la cara. Quiso decir algo, pero le fallaron las piernas y cayó al suelo; el disparo le había alcanzado en pleno abdomen. Escupió una buena cantidad de sangre que le había subido hasta la garganta, y se desvaneció.

Julián gritó; notaba su propio corazón repiqueteando en su cabeza. Los espectros invadieron la recepción a través del cristal roto, triunfantes y terribles. El que tenía más cerca parecía aquejado de alguna aberrante forma de *Parkinson*, ya que movía la cabeza continuamente, arriba y abajo, a un lado y a otro, como si buscara algo desesperadamente.

Julián hizo lo más sensato que cabía esperar, dadas las circunstancias; giró sobre sus pies y empezó a correr hacia el pasillo que comunicaba con el resto de las instalaciones. Sin embargo, el zombi de la pistola, que naturalmente vestía sotana y estaba tan vivo como él mismo, entró en el recinto y se tomó su tiempo para apuntar con cuidado. Su disparo resonó, fuerte y violento, levantando ominosos ecos por la amplia sala de la recepción. Julián cayó al suelo, viéndose arrastrado metro y medio por mor de la inercia. El disparo le había atravesado un pulmón y, al intentar levantarse de nuevo, descubrió que, sencillamente, ya no era capaz.

Como el Padre Isidro sabía muy bien, el disparo recorrió las filas de zombis

como una orden de activación. Sus movimientos se aceleraron, sus bocas se abrieron revelando fauces descompuestas y terribles, y la recepción se llenó de gruñidos salvajes cargados de un odio bruto y puro que parecía provenir de una olvidada herencia ancestral. Y, como había hecho en tantas ocasiones, salió fuera de nuevo y comenzó a empujarlos hacia dentro, como uno de esos encargados en las estaciones de metro japonesas cuya labor es conseguir que entre la mayor cantidad posible de gente en el vagón.

Desde la oficina principal, Aranda escuchó el primer disparo, pero lejano y amortiguado. Frunció el entrecejo; definitivamente aquello no había sonado como un trueno, pero tampoco como los disparos de fusil a los que estaba tan acostumbrado, y que eran normales en las prácticas casi diarias en las pistas deportivas.

Se levantó de la silla con una sensación extraña. Había estado mascando el peligro como un perro viejo trata de digerir un hueso demasiado duro para sus desgastados dientes. Sin embargo, se esforzaba por no transmitir su preocupación, basada sobre todo en *sensaciones*, y aunque una angustiosa sensación de presión se había instalado en la boca de su estómago, se contuvo por no salir corriendo a *mirar si todo* estaba tranquilo.

En ese momento, Moses entró en la habitación.

—Hola... esto... buenos días... —dijo, dubitativo. Su rostro acusaba preocupación—. ¿Has escuchado eso?

Aquello le bastó. Corrió a la ventana, a mirar el exterior. Desde allí se tenía una buena y diáfana vista de las pistas; a cuántas reflexiones se había entregado desde ese mismo sitio ni lo sabía. Pero aquella mañana, la escena que se dibujaba ante sí constituyó un golpe tan contundente que casi sufre un desvanecimiento. Era la certeza inequívoca de que todo por lo que habían luchado se estaba destruyendo; sus miedos confirmados, trocados en una sola escena gris, inundada de lluvia fría, una lluvia que caía sobre una plétora de muertos vivientes que ahora deambulaban por lo que había llamado su hogar.

—Dios mío... han entrado —dijo fríamente, sin apenas inflexión en la voz.

Antes de que Moses pudiera responder, un segundo disparo resonó en la distancia; esta vez mucho más fuerte y preñado de un eco atronador.

Por unos segundos, una tormenta de ideas y sensaciones invadieron su mente. Le hubiera gustado accionar alguna alarma que pusiera a la Comunidad en estado de alerta, pero una oleada de impotencia le atenazó cuando descubrió que no habían pensado en instalar alguna. Tampoco habían pensado en proveerse con unos simples transmisores para avisar al *Escuadrón de la Muerte*. Habían sido demasiado soberbios; maldijo el loco momento en el que pensaron que estaban a salvo de la infección *zombi*.

—Vamos —dijo, súbitamente bañado de un sudor frío—, hay que dar la voz de alarma.

Pero Moses ya había girado sobre sus pies y salía corriendo por el pasillo.

Mientras tanto, los muertos se habían apoderado de la recepción y empezaban a extenderse por todas las salidas, dividiendo el edificio en dos. Uno de los cocineros, un hombre bastante grueso que había sobrevivido a los primeros días de la infección escondiéndose en un kiosco de prensa, salió al corredor principal alertado por los disparos. Los zombis le recibieron con una despiadada e irracional furia; recibió una dentellada cruel en mitad del cuello y montó una escena dantesca esparciendo sangre en todas direcciones a medida que intentaba huir. Su corazón le falló antes que la pérdida de sangre, y cayó al suelo, despatarrado y sobrecogido por dolorosos espasmos.

La joven Andrea también se hallaba por la zona; aquella mañana tenía programada la limpieza de la piscina, y para llegar a ella tenía que salir fuera por las puertas dobles que Julián había cerrado sin mucho éxito. Se encontró de frente con la muerte en forma de señora cincuentona exánime, con la mitad de la cara desgarrada. Pingajos de piel muerta colgaban de sus pómulos mortecinos. Gritó y retrocedió, pero la señora la atrapó por un pliego de su amplia camisa *hippie*. Andrea tiró bruscamente, con tanta fuerza que la vieja camisa, lavada tantas y tantas veces, se desgarró desde la sisa. Sin embargo eso le permitió escapar por donde había venido, ululando como una sirena ronca y gastada.

A no mucha distancia, Moses bajaba las escaleras que le separaban de la recepción saltando los amplios escalones de dos en dos mientras daba la voz de alarma. En su mente, sin embargo, brillaba un único rostro: el de Isabel. Era como si su recuerdo le ofreciera una foto, pero tomada en el momento en que lloraban la muerte de sus amigos en la cloaca de Málaga. Desde el persistente trastero de su memoria, Isabel le miraba con la cara embadurnada de polvo y ojos tristes y abatidos. Tenía que llegar hasta ella, encontrarla y ponerla a salvo costase lo que costase; entonces podría decidir cómo hacer frente a la amenaza que se cernía sobre ellos.

Cuando doblaba el pasillo a la carrera, comenzó a escuchar los gritos. Estaban cargados de un dolor y una desesperación tan profundos que Moses tuvo que apretar los dientes para concentrarse en ignorarlos; no los quería en su cabeza por el momento, si quería tener las fuerzas necesarias para enfrentarse a aquello.

Al llegar al segundo recodo, tuvo que frenar tan en seco que casi pierde el equilibrio y cae sobre su espalda: los muertos estaban delante suya, esparcidos por toda la recepción y avanzando por el pasillo. Se movían con violentos espasmos, y tuvo la sensación escalofriante de estar viendo una película a la que le faltaban fotogramas. Apenas lo vieron, se lanzaron a buena velocidad contra él, presos de una rabiosa excitación. Moses no se esperaba una reacción tan repentina, hacía mucho tiempo que no encontraba zombis en ese estado tan acelerado, y casi se deja coger. Se batió en retirada, dando puñetazos y puntapiés sin mucho control de sí mismo, y volvió por el corredor dándose cuenta de que estaban encerrados: no había salida por ese lado.

En el piso de arriba se encontró con Aranda y otros dos supervivientes que

hablaban haciendo grandes gestos con las manos.

—¡Vienen! —anunció Moses, consciente de que le faltaba el aliento.

—¿No se puede pasar? —preguntó Aranda.

—No... son *corredores*, Juan, ¡y ya vienen!

—Oh, Dios mío... —dijo uno de los hombres con apenas un hilo de voz.

—¡Por aquí! —dijo Juan resueltamente.

Juan les llevó a través de una puerta de metal pintada en el mismo tono azul metalizado de la pared. Estaba dura, y tuvieron que empujarla varias veces con el hombro para hacerla girar. Desde allí, llegaron a un corredor apenas iluminado con luces de emergencia que titilaban, con un zumbido apagado, tras sus protectores de plástico esmerilado.

—Es el distribuidor de emergencia —explicó Aranda mientras corrían—. No podemos salir fuera, bloqueamos la salida hace tiempo, pero sí podemos llegar al otro ala...

Después de recorrer unos treinta metros, encontraron otra puerta similar a la anterior y, de nuevo, trataron de abrirla. Cuando, tras imprimir un nuevo esfuerzo, casi lo habían conseguido, la hoja de metal se les escapó de los dedos y se cerró inesperadamente con un fuerte portazo.

—¡Eh! —protestó uno de los hombres. La habían cerrado desde el otro lado.

—¿Quién está ahí? —gritó una voz tras la puerta.

—¡Eh, somos nosotros! —explicó Juan, acercando la cara a la superficie de metal.

—¡Coño!

Por fin, volvieron a abrir la puerta de metal y encontraron a un grupo de cuatro hombres que les recibieron con ojos desorbitados. Uno de ellos sujetaba una especie de tubería fina de plomo con ambas manos. Sudaba copiosamente, y su lengua, fina y blancuzca, asomaba y desaparecía por entre sus labios como una pequeña e inquieta víbora.

—¡Juan, son los zombis! —dijo uno de ellos al ver de quién se trataba.

—Lo sé...

—Perdonad, pensamos que querían entrar por aquí también y... y... —dijo otro, hablando con rapidez.

—Ya... —le cortó Juan, abriéndose paso entre los hombres—. ¿Dónde están los chicos del Escuadrón?

—¿El... Escuadrón?... ¡Ah!... Yo... no lo sabemos, nosotros... Juan y Moses intercambiaron una breve mirada y corrieron por el pasillo que distribuía las habitaciones que se usaban como dormitorios. La mayoría de los supervivientes estaban ya fuera de sus pequeños cubículos, intercambiando excitadas impresiones con nerviosismo y corriendo de un lado para otro. Al ver pasar a Juan, las miradas se centraban en él, como si esperasen que los liderase en alguna loca batalla final contra los espectros. Pero Juan fue directo al fondo del corredor, donde estaban las

habitaciones de los que hacían las rondas nocturnas. Eran las más alejadas, para asegurarse de que quienes las usaban podían descansar correctamente mientras fuera regía la actividad diurna. Estaba seguro de encontrar allí a los chicos.

—¡Eh, Susana! ¡José! —gritaba, mientras llamaba a las puertas con el puño cerrado. Moses se unió a él, golpeando con ambos puños—. ¡Urguen!

Susana fue la primera en salir, abriendo la puerta con un rápido movimiento. Tenía los ojos enrojecidos, propios de los que han caído en un sueño profundo pero insuficiente, y vestía únicamente una larga camiseta que le llegaba hasta las rodillas.

Aranda la encaró.

—Son los zombis —dijo—. Han entrado.

XXXV

Mientras su particular elenco de verdugos del Señor tomaba el edificio, el Padre Isidro había salido fuera de nuevo. A su lado, uno de los zombis se sacudió como si una mano invisible le hubiera abofeteado; pequeños jirones de su desgastada chaqueta salieron despedidos a la altura del hombro junto a una opaca llovizna de carne y polvo de un color borgoña oscuro. Un segundo más tarde le siguió el sonido del disparo que lo había provocado; era un tirador, uno de los centinelas apostado en una de las torres de iluminación del recinto. Sonrió con desdén; era tan mal tirador como cabía esperarse de un asqueroso impío, ¿y acaso Dios no lo protegería a él, de todas maneras, incluso de los proyectiles forjados por las manos del pecado?

Caminó resueltamente, zigzagueando entre el numeroso grupo de espectros que estaba ya por todas partes. Un relámpago restalló en el cielo, arrancándole un brillo maléfico en sus ojos grandes y crueles. Volvió a entrar por otra pequeña puerta que conducía a la piscina cubierta, arrastrando a uno de los zombis consigo, y desde allí accedió a los sótanos de mantenimiento donde tampoco se encontró con nadie debido a la hora temprana.

El Padre Isidro sabía perfectamente dónde estaban instalados los generadores que mantenían la electricidad en todo el complejo porque él ya había visitado Carranque en el pasado, hacía algunos años. Fue invitado por la Fundación Deportiva Municipal junto con otros miembros de la Iglesia para orquestar un plan de fomento del deporte entre los niños catequistas, y habían sido muy pródigos en enseñarles todos los entresijos y detalles de sus instalaciones.

Allí abajo, encontró las diversas máquinas zumbando con gravedad en las tinieblas del sótano. Tenían varios modelos diferentes: unos grandes, industriales, que emitían una vibración ostentosa, y otros más pequeños, colocados alrededor en diversos ángulos. Una miríada de cables interconectaban las diferentes máquinas a un aparato eléctrico en la pared.

El Padre Isidro caminó despacio hacia el panel mientras una mueca aséptica curvaba sus labios hacia arriba.

En el interior del edificio, Aranda y el resto tenían problemas. Mientras el Escuadrón era arrancado de los brazos de Morfeo y volvía a vestirse con sus habituales trajes de combate, el resto de los supervivientes arrastraba colchones y somieres hacia el corredor, intentando frenar el avance de los muertos vivientes que subían por la escalera. Eran mucho más difíciles de manejar que los espectros a los que estaban acostumbrados: más fieros, fuertes, rápidos e imprevisibles; llevaban

esperando demasiado tiempo tras las alambradas y habían sido testigos de disparos y muertes, por no hablar del espectacular fuego que ardió toda la noche. Sus monótonos cloqueos se habían trocado ya en chillidos histriónicos que se instalaban en la cabeza y no te dejaban pensar en nada más. Estaban frenéticos, y buscaban con un ansia atroz la cálida y viva carne de aquéllos que tenían ante sí.

—¡Es imposible pasar por ahí! —le dijo un hombre a Aranda, intentando hacerse oír por encima de los gritos. La escena era de pesadilla: los supervivientes intentaban mantener los grandes colchones en posición vertical formando una barrera contra los zarpazos y dentelladas de los zombis, pero éstos tironeaban, agarraban y empujaban con una violencia desmedida. Tenían que hacer oposición con al menos cinco hombres, pero aun así perdían terreno, centímetro a centímetro, lenta pero inexorablemente.

En el distribuidor a las habitaciones, Moses buscaba afanosamente a Isabel. A todos les preguntaba, mirándoles a los ojos para forzarles a recordar pese a la situación en la que se encontraban. Pero nadie parecía haberla visto.

—¿Cuántos son? —preguntó José, apareciendo por el pasillo con el cañón del fusil dirigido hacia el suelo.

—Son muchos... —contestó Aranda—. ¿Cuántas balas tienes ahí?

—Cuatro cargadores, unos cien disparos.

—¿Podemos abrirnos paso hasta abajo? Tenemos que llegar abajo para restaurar el control antes de que acaben esparcidos por todo el maldito edificio.

—Mierda... la enfermería... —dijo José, abriendo mucho los ojos. Pensaba en Dozer, Jaime, y quien quiera que estuviese de guardia allí.

—Lo sé, pero no nos pongamos nerviosos... ¿Podemos llegar abajo?

—Seguro que sí... —dijo Susana, que acababa de llegar hasta ellos—. Yo tengo tres cargadores más. Uriguen no tiene su fusil, se tomó su tiempo para devolverlo al almacén antes de irse a dormir.

—¡Mierda! —espetó José.

—Tú y yo.

—¡Vamos, vamos...! —soltó José, abriéndose paso entre la tercera y segunda fila de hombres que ayudaban a que los colchones no cedieran.

Intentó encontrar un hueco por el que brindarse un objetivo, pero no resultó ser una tarea fácil: los colchones estaban sometidos a una pugna endiablada, y se movían continuamente bloqueando los huecos que iba encontrando. Por fin, hicieron pasar una silla hasta la primera línea de combate y, encaramándose a ella, tuvo línea directa con los sitiadores. Desde allí abrió fuego, una, dos, seis veces, todos ellos disparos certeros en la zona de la cabeza; los cuerpos, privados ya del hálito endemoniado que los movía, caían al suelo desmadejados, unos sobre otros, formando un cúmulo sangriento y espeluznante.

—Isabel... ¡Isabel estaba arriba con nosotros! —le contaba una mujer a Moses en ese mismo momento—. Nos ayudó a desplegar los contenedores para la lluvia.

¡Estaba en la azotea!

Moses, invadido por una nueva oleada de pánico, arrancó a subir los peldaños de la escalera. Su cabeza le decía que de eso hacía ya demasiado tiempo como para que no hubiera bajado todavía. Cuando había ascendido ya dos tramos completos, se regaló con la visión de Isabel que, aunque temblorosa y cabizbaja, bajaba ayudada por Michelle.

—¡Isabel! —llamó, sintiendo un repentino escozor en los ojos; las lágrimas pugnaban por salir.

—*Elle, est elle?*... —dijo Michelle a caballo entre el francés y el español—. Ella es OK...

Pero Isabel, que había escuchado la voz de Moses, se tiró literalmente a sus brazos, entregada a una llantina desconsolada. Moses la recibió, rodeándola con un fuerte abrazo mientras le susurraba al oído que todo iba a salir bien, que todo estaba bien, y que no había de qué preocuparse.

Michelle esperó un tiempo prudencial. Los disparos de José, extrañamente rítmicos, ascendían por el hueco de la escalera, restallando con ecos arrastrados.

—*Les morts, sont ils morts?* —preguntó al fin.

Moses asintió levemente.

—Están en las escaleras, pero están acabando con ellos, con los fusiles...

—Fusiles... —repitió Michelle, algo confusa.

Moses se separó de Isabel.

—¿Estás bien? —preguntó, buscando sus ojos.

—S... Sí. Estoy bien —respondió, todavía balbuceante—. Ahora estoy bien. No quería... no quería bajar. Yo... no sabía dónde estabas y...

—Estamos todos juntos, ya verás. ¿Quieres quedarte aquí arriba? Pero Isabel le miró con ojos enrojecidos. Era una mirada directa, con determinación.

—No. Quiero ir contigo.

Moses pareció considerar las posibilidades unos instantes.

—De acuerdo... —dijo al fin—. Vamos a bajar. En ese momento, la luz se apagó.

La contienda en la escalera se complicó muchísimo a partir de ese momento. Los fogonazos del fusil al descargar los disparos eran la única fuente de luz que tenían como referencia. José aprovechaba estas ráfagas para apuntar al siguiente objetivo, pero los espectros se movían como una ola, siempre cambiantes, y sus disparos comenzaron a ser no tan certeros. Cada estallido lumínico traía una nueva imagen de horror, como pequeños instantes capturados en una fotografía, y se daba perfecta cuenta de que ya no les acertaba en la *cabeza*, única posibilidad de abatirlos. Un disparo hizo volar la mandíbula de algún desdichado, el siguiente arrancó de cuajo un trozo de cuello del zombi que tenía inmediatamente delante, pero el tercero se perdió sin que hubiera tenido repercusión alguna.

—Ese hijo de puta está en el sótano de mantenimiento, con los generadores... —dijo Aranda, más para sí mismo que para los demás. Sin embargo, era imposible

llegar hasta allí sin limpiar las escaleras. Apretó los dientes con fuerza. *Blam. Blam.* Los fogonazos conferían a la escena un tinte macabro en blanco y negro, y el aire se llenó del aborrecible hedor de la pólvora y la sangre.

En el edificio anexo, que se usaba como enfermería, las cosas no iban mejor. Carmen, o Carmencita, como la llamaban todos, había dado un buen respingo cuando el primer disparo le hizo levantar la vista de la vieja novela que estaba leyendo. El sonido era definitivamente diferente del de un trueno, más breve, más intenso, como el de un petardo que retumba en la acera de una calle. Sin embargo, llovía con demasiada intensidad como para que alguien estuviese haciendo prácticas de tiro, y sabía perfectamente que los chicos del Escuadrón de la Muerte estaban esa noche llevando a cabo su misión.

Inquieta, se asomó al exterior. Su sobresalto fue tal que la novela resbaló de su mano y cayó al suelo. Había zombis ahí fuera, dentro del recinto, a apenas treinta metros. Avanzaban erráticamente por la zona situada entre los edificios y las pistas deportivas. Se llevó una mano a la boca, sobrecogida por una oleada de pánico como no la había experimentado en mucho tiempo, pero reaccionó con rapidez y se apartó de los ventanales, lejos de su vista.

Corrió entonces pasillo adentro y bajó los pocos peldaños que la separaban de la oficina donde el doctor Rodríguez se afanaba en analizar los resultados de sus investigaciones. Había llegado sobre las cinco de la mañana, incapaz de dormir más, y había estado intentando aislar el agente patógeno que había encontrado, pero sin mucho éxito.

—D-Doctor... —dijo. Su propia voz le sonó desconocida, más aguda y trémula de lo normal.

El doctor Rodríguez levantó la vista hacia ella, mirándola por encima de sus gafas. Carmen estaba blanca como una pared encalada y rápidamente supo que algo estaba mal, definitivamente mal.

—¿Qué ocurre, Carmen?

—Los... los... están aquí mismo...

El doctor Rodríguez pestañeó, intentando descifrar sus palabras.

—¿Qué...?

Pero entonces, una algarabía tremenda de cristales rotos llegó hasta sus oídos. Por la intensidad del ruido, estaba claro que se trataba de los ventanales de acceso a la enfermería.

—Jesús... —dijo el doctor Rodríguez, súbitamente lívido.

—Han entrado, doctor... —susurró Carmen.

—¿Son muchos?

—Muchos...

—Vamos... —dijo Rodríguez resueltamente—. Tenemos que empujar la cama de Jaime y llevarla donde está Dozer, sólo así podemos asegurar que podremos resistir un tiempo, hasta que alguien venga por nosotros.

Se pusieron rápidamente en marcha, confiando en que tuvieran aún un par de minutos hasta que los zombis llegaran hasta ellos. Jaime dormitaba todavía cuando llegaron; le habían dado codeína la noche anterior porque acusaba un fuerte dolor en el pecho. Cuando empezaron a empujar la cama fuera de la habitación, agradecieron que ésta tuviera ruedas; en pocos segundos llegaban junto a Dozer y cerraban la puerta doble tras ellos.

—¿Qué... ocurre? —preguntó Dozer.

—Carmen dice que los zombis han entrado. Hemos escuchado cómo rompían el cristal de la entrada, pueden llegar en cualquier momento...

Dozer pestañeó, intentando asimilar la información. En unos pocos segundos, su mente le proporcionó una fugaz composición con los rostros de casi todos los miembros de la Comunidad, oscurecidos por un tinte opaco de color rojo intenso. Al volver a hablar, descubrió que tenía la boca totalmente seca.

—Doctor, ¿no tiene algún arma aquí? Rodríguez negó con la cabeza.

—Bien, ése es un error que quizá paguemos caro... Tenemos que bloquear la puerta... —Miró alrededor. Había un pequeño armario con medicamentos, pero no parecía demasiado pesado; sin embargo, no tenían otra cosa más que eso y las propias camas, que para colmo de males estaban dotadas de ruedas—. ¿Pueden empujar ambas camas contra la puerta?

—Sí...

De repente, escucharon un ruido indeterminado tras la puerta. Carmen dio un pequeño salto sobre sus pies. Dozer se llevó un dedo a los labios, pidiéndoles a todos silencio. Cuando volvió a hablar, lo hizo en un tono de voz susurrante, tan bajo como pudo.

—Doctor, empujen las camas... pero despacio... si no saben que estamos aquí, ni siquiera se interesarán por la puerta.

El doctor y Carmen comenzaron a empujar la cama de Dozer con todo el cuidado que les fue posible, y se aseguraron que quedara bien pegada a la puerta doble. Luego, con la misma cautela, hicieron lo propio con la cama de Jaime.

—¿Se pueden trabar las ruedas?

El doctor se agachó, y descubrió con gratitud que las ruedas tenían un seguro para evitar su movimiento cuando no se deseaba. Accionó los seguros de todas las ruedas y se incorporó, levantando el pulgar.

—Bien... bien...

Se quedaron todos en silencio, mirando las puertas blancas y concentrados sólo en escuchar. A lo lejos se intuía un rumor incesante de agua cayendo, pero eso era todo; si había zombis ahí fuera, no podían asegurarlo. Carmen, sin apenas proponérselo, se acercó al doctor y se abrazó a su cintura. Temblaba como una hoja al viento.

XXXVI

En el edificio principal, José municionaba ya el segundo cargador. Las escaleras eran testimonio de una barbarie que había escapado ya de toda medida: cuerpos sin vida se encontraban desparramados en todas las posturas, apilados en una amalgama monstruosa de brazos y piernas. Pero aun así continuaban llegando.

Habían bajado los colchones a media altura para que Susana pudiera abrir fuego sobre ellos. A partir de ese momento, tuvieron un poco más de respiro.

Aranda lo vio claro.

—¡Hay que avanzar! —les gritaba, ayudando a los hombres que sujetaban los somieres, pero el estrépito de los fusiles en acción no permitía que su voz llegase hasta José. Por fin, pasó entre los brazos del hombre que estaba a su izquierda y pudo acercarse—. ¡José! ¡José! ¡Hay que avanzar!

—¿Qué?! —chilló José, inclinándose un poco para acercar la cabeza.

—¡Que tenemos que avanzar! ¡Nos quedaremos sin munición, José! —Hacía señas con la mano extendida indicando las escaleras hacia abajo.

José asintió con rapidez y realizó un gesto similar a Susana, que tenía siempre un ojo puesto en él. Susana levantó una mano en señal de que había captado el mensaje.

—¡Adelante, poco a poco, empujad! —gritó Aranda a los hombres que tenía a su lado. Entonces avanzaron todos a una, paso a paso, sujetando con fuerza los colchones y somieres. Costaba un gran esfuerzo, y al poco tiempo se encontraron con el problema añadido de tener que pasar por encima de los primeros cuerpos caídos. Uno de los hombres empezó a chillar mientras miraba al suelo: una alfombra dantesca como no la habían visto nunca. La sensación fue horrorosa: pisaban carne blanda, semidescompuesta, que a menudo cedía bajo su peso y se quebraba con un sonido viscoso; o se enfrentaban a la visión enloquecedora de una mano sacudida por espasmos residuales de un sistema nervioso que aún estaba estimulado por el agente patógeno que había provocado la infección zombi.

—¡No miréis abajo! —chillaba Aranda—. ¡Avanzad, AVANZAD! Pero no se enfrentaban sólo a las imágenes entrecortadas que les ofrecía el resplandor de los disparos, sino al olor: un olor intenso a podredumbre que les invadía completamente. Se les cerraba la glotis sin que pudiesen evitarlo, como si alguien hubiese vaciado todo el oxígeno del edificio. Uno de los hombres no pudo más y vomitó con violencia, contrayéndose por la fenomenal arcada.

—¡NO! —chilló Aranda.

El colchón cedió entonces por ese lado y se desestabilizó. Un par de brazos delgados y fibrosos de dedos largos y crispados aparecieron por encima de éste, forzándoles a bajarlo. Su cara estaba contraída por las innumerables arrugas que una expresión de descomunal furia dibujaba en ella.

Pero Susana no tardó en girar el fusil e impactarle en mitad de la cara. Cayó hacia atrás, empujado por la inercia del disparo, con el rostro tornado en una confusión aberrante de sangre y carne, y los brazos aún estirados y circundados de músculos en tensión.

Escalón a escalón, consiguieron avanzar hasta el recodo de la escalera, última fase antes del tramo de peldaños que les conduciría a la recepción. Allí, la luz del día, aunque gris y apagada, les permitía ver un poco lo que estaban haciendo, y gracias a ello los disparos volvieron a ser certeros. José, no obstante, acusaba sobremanera la falta de sueño; el fusil le pesaba más de la cuenta, y notaba los brazos temblorosos debido al esfuerzo. También sudaba demasiado, y le picaba la cara por efecto de las toxinas que no había liberado con el sueño, pero se concentraba en disparar y no fallar. Sabía que la supervivencia de al menos una veintena de personas dependía de él.

Blam. Blam.

Por fin, al caer desmañado hacia un lado, uno de los cuerpos reveló a su espalda la sala diáfana de la recepción.

—¡Vamos! —exclamaba Aranda, empujando los somieres un último tramo—. ¡Ahora!

A medida que entraban en la sala, se abrieron los flancos a izquierda y derecha, y José y Susana los tomaron con prontitud, abriendo fuego sobre los espectros que se arracimaban allí.

Continuamente, Aranda intentaba asomarse por encima de los somieres para mirar a su izquierda, hasta que por fin divisó lo que buscaba. Era la puerta que conducía al almacén donde guardaban los suministros: el resto de las armas, los frontales, las linternas, los chalecos de la policía... todo. Dando gracias al Señor por los pequeños favores, Aranda constató que estaba todavía cerrada.

—¡Hacia la derecha! ¡Al almacén, al almacén!

Susana tomó tierra con la rodilla para garantizar mejor precisión en sus disparos.

—¡José! ¡La puerta del almacén!

—¡Entendido!

Montaron un flanco de protección para permitir el paso del resto de los supervivientes, que avanzaron a sus espaldas. Fueron momentos muy intensos, que demandaban de los dos tiradores unos reflejos exacerbados. Todos los cristales de la pared estaban rotos, y los espectros irrumpían por ellos como un torrente.

Cuando el tramo que les separaba de la puerta del almacén estuvo expedito, Aranda se precipitó hacia ella con rapidez. Por un segundo le sobrevino la imagen de

un rostro descompuesto precipitándose hacia él al abrir la puerta, pero no ocurrió nada de eso. El almacén estaba tan despoblado y oscuro como cabía esperarse.

—¡Uriguen, cabrón! —gritó José mientras seguía descargando contra los zombis.

—¡Ya casi estoy! —le respondió Uriguen, que entraba en el almacén a recoger su fusil. Aranda había cogido algunos más y los distribuía entre los otros supervivientes; ya no importaba si sabían disparar o no, cualquier ayuda resultaría inestimable.

—Dios mío... vamos a conseguirlo... —decía uno de los hombres con lágrimas en los ojos mientras observaba cómo era derribado un espectro tras otro.

Pero entonces, Susana cayó hacia atrás, como si le hubieran propinado un fenomenal empujón. Su espalda golpeó contra el suelo, y el fusil cayó a un lado, rebotó sobre la culata y quedó tendido, inerte e inútil.

—¡SUSANA! —gritó José. Un coro de exclamaciones de sorpresa y miedo se extendió entre el resto del grupo que esperaba detrás y distribuido entre las escaleras y el almacén.

José avanzó lateralmente hacia Susana, sin dejar de disparar. Su mirada cambiaba constantemente entre ella y los atacantes. También Aranda corrió hacia ella. Mientras lo harían, Susana hizo un amago de incorporarse, pero se rindió casi inmediatamente, llevándose una mano al pecho.

Aranda llegó primero, arrodillándose a su lado sin saber qué le ocurría. Pero cuando le cogió de la mano fue del todo evidente: una aparatosa mancha de sangre teñía la zona de la clavícula izquierda.

Juan la miró, sin comprender, pero cuando ella le devolvió la mirada y le apretó la mano, lo comprendió todo. Le habían disparado, y sabía muy bien quién había sido. Se giró, con el rostro rojo de rabia, buscando entre los zombis y más allá de ellos.

—¿Qué ha pasado?! —preguntó José.

Otro hombre se acercó a Susana y pasó la mano por debajo de su cuerpo, tanteando con cuidado. Por fin, exhaló un suspiro de alivio.

—Tiene orificio de salida, gracias a Dios. ¡Hay que taponar la herida!

Para entonces, Uriguen se había apostado ya junto a José y estaba disparando con toda la rapidez que le era posible. Otros tres hombres hacían lo mismo, pero sus disparos eran erráticos y demasiado espaciados como para resultar de ayuda.

Mientras Susana era atendida, Juan se puso de pie, buscando frenético al sacerdote entre las filas de los muertos vivientes. Moses, que lo había visto todo desde su posición en la escalera, también había adivinado que el cura había disparado contra Susana y buscaba su rostro con desesperación. Sentía que el tiempo se agotaba. Si el cura conseguía eliminar también a José, la situación se comprometería terriblemente. "Dónde estás, hijo de puta", se repetía mentalmente. Se erguía cuanto le era posible, por encima de la horripilante amalgama de cadáveres,

tratando de ver el fondo de la sala. Un pequeño reloj mental marcaba el paso del tiempo con redobles de campana. El segundero tenía forma de guadaña.

XXXVII

La sala de enfermería era una tumba, lúgubre y silenciosa. La luz se había ido, pero no estaban totalmente a oscuras; la claridad se esparcía por un pequeño ventanuco que se abría en la pared, cerca del techo.

Nadie decía nada. Jaime aún dormía plácidamente, respirando con regularidad. Carmen se concentraba en esa rítmica cadencia para intentar no pensar en su situación actual. De vez en cuando, se escuchaba un ruido tras la puerta, aunque nunca eran capaces de determinar de qué se trataba.

Mientras esperaban, el doctor Rodríguez se embarcaba en sombríos pensamientos. Por un lado se preguntaba cómo estarían los demás, si estarían también amenazados o habrían controlado la situación. Tenía gran fe en que así fuera; ya había visto a los chicos en acción y resultaban todo un espectáculo para la vista. Por otro lado, no podía parar de pensar en la cacería nocturna: ¿Habrían conseguido capturar al misterioso sacerdote? ¿Habían conseguido volver siquiera? ¿Estaría relacionado eso con el hecho de que ahora había *zombis* dentro del recinto? ¿Se trataba de un ataque del sacerdote? Cuánto ansiaba analizar su sangre, su tejido celular, todos sus secretos. Si conseguían ser ignorados por los *zombis*, ése sería el fin de la época de terror que estaban atravesando. No necesitarían esconderse. Podrían limpiar la ciudad entera, con algo de tiempo. Recuperar el mundo entero.

Otra parte de su mente se preocupaba por su improvisado laboratorio. Tenía allí los viales con varias cepas que había podido extraer por propagación en cultivos de tejidos de los cadáveres examinados. Si se perdían, tardaría al menos una semana en extraerlos de nuevo.

Entonces, un súbito golpe contra la puerta le arrancó de su hilo de pensamiento. Fue un golpe fuerte, que hizo temblar la hoja entre las jambas. Incapaz de controlarse por más tiempo, Carmen soltó un grito. Dozer la miró con ojos despavoridos; era como si acabara de enarbolar una bandera roja indicando su posición. En ese mismo instante, Jaime abrió los ojos, todavía mecido por una modorra infinita; dijo algo ininteligible y volvió a cerrar los párpados muy despacio, dejándose vencer de nuevo por la somnolencia.

Permanecieron en silencio, alertas, aguantando la respiración sin ser apenas conscientes de ello. Entonces se produjo un segundo golpe, igual de contundente, seguido de un tercero y un cuarto en rápida sucesión. Carmen rompió a llorar, abrazándose a sí misma con ambas manos y retrocediendo unos pasos. El hecho fascinante de que aún no hubieran hecho girar el pomo les indicaba, muy a las claras,

que al otro lado se encontraba uno de los muertos vivientes.

De pronto, con su cerebro evolucionando pensamientos a un ritmo frenético, Dozer tuvo una idea.

Al otro lado de la puerta, tres *zombis* se arrastraban con una parsimonia exasperante. Uno de ellos se había enredado con sus propios pies y cayó de bruces contra la puerta que les separaba de la habitación donde Dozer y los demás vivían algunos de los peores momentos de su vida. El ruido despertó el interés del *zombi* que le venía siguiendo. Tenía el cuello quebrado por un lado, así que la cabeza le bamboleaba, laxa. Se acercó a la puerta, movido por un inesperado arrebató de rabia, y la golpeó dos veces con una fuerza inusual. Esos golpes, a su vez, hicieron que el tercer espectro se volviera con un gruñido inhumano y arremetiera frenético contra la misma puerta. A los pocos segundos, los tres cadáveres se concentraban en descargar sus puños contra la madera, que vibraba violentamente. La pieza exterior del dintel cayó sobre ellos, arrancada de los pequeños tornillos que la sujetaban.

Por fin, una de las hojas cedió, empujando la cama que la aguantaba. Se deslizó, lenta pero inexorable, con un ruido rechinante. Los *zombis* irrumpieron así en la habitación, recorriendo la sala con ojos muertos y codiciosos. Pero estaba vacía. Deambularon por ella, alrededor de las camas deshechas, escrutando cada esquina y enseres con hostilidad inexplicable. Al pasar por al lado del armario, uno de los espectros le propinó un inesperado golpe con todo el brazo, provocando su sacudida. Las cajas de vendas, inyecciones y medicamentos cayeron al suelo armando un pequeño estrépito. Una segunda embestida provocó que el armario cayera hacia el frente, donde se hizo trizas con un sonido enervante. El *zombi* gritó, se sacudió con grandes espasmos y pareció por fin entrar de nuevo en un estado mucho más calmo.

Dozer y los demás, escondidos debajo de las camas, se mantenían tan quietos como les era posible. Jaime estaba despierto, había abierto los ojos cuando el doctor y Carmen lo movieron abajo. Había un riesgo evidente de que volvieran a abrirse las viejas heridas, o algo incluso peor, pero si lo mantenían sobre la cama lo único seguro es que acabaría devorado o descuartizado tan pronto esas cosas le pusieran los ojos encima. Dozer pudo bajar por sus propios medios, descubrió con grata sorpresa que el costado no le dolía tanto. Agacharse para tumbarse y arrastrarse después debajo de la cama fue otra historia diferente: la presión sobre el pecho fue tremenda, y ese pequeño esfuerzo le dejó fatigado y respirando entrecortadamente.

Cuando los espectros consiguieron atravesar las puertas, estaban ya todos bajo las camas: dos y dos. Dozer mantenía a Carmen a su lado, con una mano tapándole la boca. Sentía las lágrimas cálidas cayendo sobre sus dedos, pero por el momento no podía hacer nada por ella; no podían arriesgarse a que se le escapara otro grito.

Esperaron, aterrorizados, viendo los pies de los tres *zombis* evolucionar a su alrededor. Dozer se dijo a sí mismo que jamás volvería a ir a ninguna parte sin llevar al menos una pistola pequeña consigo... entonces las cosas habrían sido muy diferentes.

Después de unos interminables momentos, uno de los zombis salió por fin de la sala, dando pequeños pasos dubitativos. El segundo salió detrás, arrastrando uno de los pies, como si ya no le respondiera. No llevaba zapatos, y la carne de la planta hacía tiempo que se había raspado, revelando un espectáculo atroz. Se perdió por el corredor, zigzagueando de una pared a otra como si estuviera ebrio.

Todas las miradas se concentraron en el tercer zombi. Había permanecido quieto todo ese tiempo. Sus pies no se movían lo más mínimo. Dozer echó un vistazo a Jaime y el doctor, tendidos bajo la otra cama, y casi pudo oler la tensión que todos experimentaban. Esperaron un buen rato, inamovibles, sin atreverse a desplazar ni siquiera un pie. A su lado, Carmen seguía temblando; emanaba un olor fuerte a sudor caliente.

La siguiente vez que echó un vistazo a la otra cama, el doctor Rodríguez le buscaba con los ojos. Le hizo un gesto de duda, como expresando qué iban a hacer a continuación. Dozer negó con la cabeza: no era buena idea intentar nada.

Estaban atrapados.

XXXVIII

A la misma hora en la que Iván despertaba sobresaltado de su pesadilla, Peter se encaramaba a una de las torres de iluminación situadas entre las pistas, a unos doscientos metros de los edificios principales. Llevaba puesto un impermeable de color oscuro y suficiente ropa de abrigo como para pasar el día entero sin acusar frío; además llevaba un termo de té caliente y, escondida en los calcetines, una cajetilla de tabaco. Naturalmente no había nadie en el campamento que le prohibiese fumar, pero aquélla era una vieja costumbre que le resultaba muy difícil abandonar.

No le importaba demasiado aquel trabajo. Aunque prefería tareas donde pudiera conversar con alguien, de vez en cuando le apetecía pasar ratos a solas, y aquellas guardias aburridas eran una excelente oportunidad para hacerlo. El fusil no le gustaba mucho; tan pronto se instaló, lo dejó apoyado contra una esquina. Tampoco era demasiado bueno con él, aunque, dada su edad, su pulso resultaba ser bastante mejor que el de muchos de los jóvenes. Le gustaba escuchar a Dozer diciéndole que si hubiera tenido veinte años menos se lo habrían llevado con ellos a sus incursiones; eso le hacía sentirse útil.

Sacó un cigarro y lo encendió, dando tres pequeñas y presurosas caladas. Era un ritual que amaba profundamente, el primer cigarro del día. Le hacía toser, claro que sí, pero le llenaba de una sensación de relajación tan reconfortante que ya no podía prescindir de ella.

Expiró una buena bocanada de humo.

—Va por vosotros, cabrones —dijo, mirando las filas de muertos vivientes. De repente, se quedó mirándolos como si algo estuviese fuera de lugar. ¿No había...? Sí, eso era... ¿no había *demasiados* esa mañana? Era como asistir a la maldita Carrera Urbana anual. Se agolpaban contra las vallas, formando una caterva informe que se movía como un mar picado en un día de viento.

—Jesús... —dijo, inquieto.

Se giró sobre sí mismo, siguiendo las filas de muertos, y entonces dejó caer el cigarro, que había quedado prendido al labio inferior. Se apagó casi inmediatamente al contacto con la madera húmeda del suelo. Eran los zombis... estaban entrando en el complejo.

¿Cómo había ocurrido? Había pasado por ahí no hacía ni tres minutos. Eran apenas una docena, pero su número se multiplicaba en clara progresión geométrica a medida que cruzaban las puertas de acceso. Ni siquiera recordaba haber visto esas puertas abiertas desde que estaba allí, siempre usaban las alcantarillas para

desplazarse.

Peter consideró sus opciones. Pensó en bajar, pero para cuando llegara allí, los muertos ya habrían llegado a la puerta principal; ya eran un número más que considerable invadiendo el recinto y propagándose como un fuego sobre un montón de heno. Entonces cogió el fusil, con el estómago contraído y duro como una tabla de cocina, y se apostó sobre la barandilla.

Disparó tres veces consecutivas, confiando que el sonido de los disparos alertaría a los demás. Pero entonces se *recordó* a sí mismo que, además del fuerte aguacero, tenía el viento de frente; lo más probable es que apenas escucharan nada dentro del edificio.

Entonces, impulsado por la necesidad imperiosa de reaccionar de un modo u otro, apuntó a los zombis. Caminaban deprisa, más rápido de lo habitual, pero intentaría abatir a los que se encontrasen más cerca de la puerta, para darles el mayor tiempo posible a los de dentro. El primer disparo le arrancó a uno la oreja de cuajo: trozos diminutos de carne salieron despedidos en todas direcciones, pero eso no pareció detenerle. El segundo levantó un buen pedazo de carne de la zona de la espalda; el desgarró quedó colgando como un filete a medio cortar. Y el tercer disparo le pasó demasiado por encima y se estrelló contra la pared.

Enfurecido consigo mismo, Peter abrió sus piernas un poco más para asegurarse más estabilidad. Cogió el rifle con más firmeza y miró de nuevo por la mirilla. No le habían entrenado para corregir la trayectoria teniendo en cuenta factores como la lluvia o el viento, y de hecho, tampoco había tenido oportunidad de practicar demasiado, pero se juró a sí mismo que iba a abatir a aquel hijo de puta. Hizo un cuarto disparo, y esta vez el impacto hizo volar la tapa de la sesera, desparramando su contenido en una nube espeluznante. El zombi se desplomó como si alguien hubiera apagado un interruptor. Eso le hizo sentirse un poco mejor. Apuntó a otro, y esta vez sólo necesitó dos disparos: otra vez quedó su cuerpo tendido sobre el suelo, totalmente inmóvil.

Levantó la vista y vio que los muertos estaban llegando ya a la puerta de entrada. Hizo tres disparos más, pero los falló todos, presa del nerviosismo. Por fin, cuando creía que estaba todo perdido, vio a alguien cerrando la puerta de cristal en el último momento.

—¡SÍ! —se oyó decir, embriagado con un renovado entusiasmo.

Intentó disparar contra los zombis que se acercaban, pero no consiguió abatirlos. Dejó un desgarró importante en el pecho de uno de los muertos, el cual se tambaleó unos cuantos pasos hacia atrás, pero recuperó el equilibrio y continuó avanzando. Entonces, mientras paseaba la mirilla intentando volver a calcular el tiro, uno de los cristales situados tras los espectros estalló inesperadamente, viniéndose abajo en mil pedazos.

Levantó la cabeza para ver mejor qué ocurría. Peter no vio cómo el Padre Isidro había disparado contra el cristal, ni escuchó el disparo desde su posición; para él, la

forma vestida de negro que se hallaba frente a la vidriera no era diferente del resto de los muertos. Pero los vio precipitarse casi a la carrera contra la entrada, y con eso tuvo suficiente. Volvió a mirar por la mirilla y a concentrarse en los blancos que ofrecían más posibilidades de impacto. En los siguientes minutos, abatió al menos a diez, disparando repetidamente mientras el sonido de los truenos minaba su confianza. Los muertos seguían entrando, imparable, con una cadencia continua, y cada vez que uno cruzaba el marco de los ventanales, su esperanza de que estuvieran resistiendo ahí dentro mermaba.

Disparaba al azar, a unos y a otros; a todo lo que acababa delante de su mirilla. Cuando se quiso dar cuenta, había acabado ya con el segundo cargador y sólo le quedaba un tercero. Entonces se incorporó, exhausto, y miró hacia abajo. Los muertos se habían extendido por la práctica totalidad de las pistas deportivas. Estaban por todas partes, a su alrededor, rodeando el edificio principal y entrando en él a través de todos los ventanales ahora ya destrozados sin excepción.

Peter se sintió derrotado. No había salido nadie del edificio; ni una sola persona. No quería pensar en lo que eso significaba. No quería imaginarse la carnicería horrible que podría estar sucediendo allí dentro. Apretó los puños y aulló, un grito desgarrador que manaba de la desesperación que lo asediaba. Les gritó a los zombis allá abajo, y gritó a los cielos turbulentos, con la cara roja y las venas de la frente hinchadas.

Por fin, sin darse tiempo a pensar en lo que hacía, agarró el fusil, se tapó la cabeza con el chubasquero, y empezó a bajar de la torre con decisión. Los espectros no repararon en él hasta que estuvo ya sobre el suelo enlosado, pero Peter corrió tanto como fue capaz y pasó con facilidad por entre las filas de cadáveres.

Cuando había avanzado apenas unos metros, empezó a escuchar los disparos; el sonido de las ráfagas continuadas le inundó de una súbita alegría. ¡Estaban luchando! El resplandor de los rifles iluminaba el interior de la recepción. Cuando estuvo más cerca, el número de espectros a su alrededor era mucho mayor; sin embargo, el sonido de los disparos les atraía como una bombilla atrae a las polillas en mitad de la noche; todos miraban hacia allí, y el reguero incesante de espectros que entraba en el recinto caminaba formando una columna gruesa que se dirigía hacia el edificio.

Se detuvo, girando sobre sí mismo para cubrir todos los ángulos, estudiando las reacciones de los zombis que estaban a apenas tres metros a su alrededor. Ninguno de ellos parecía tener interés en la figura encapuchada que era él; el sonido de los disparos era simplemente demasiado fuerte, acaparaba toda su atención, como una llamada imperiosa que debían atender. Contuvo la respiración mientras su mente barajaba sus opciones y el cielo desgranaba un torrente de lluvia fría sobre su cabeza.

En el interior, Susana era atendida en la medida de las posibilidades que les brindaban las circunstancias. Mientras José, Uriguen y otros cuantos valientes abatían a los espectros apostados a ambos lados de la improvisada barricada, Susana

recibía un vendaje compresivo en la zona de la clavícula, gracias a un pequeño botiquín de primeros auxilios que habían localizado en las plantas superiores. Habían limpiado la zona lo mejor que habían podido y el vendaje estaba funcionando bien, aunque las primeras capas se tiñeron de sangre rápidamente. Una mujer llamada Ángela mencionó algo de puntos de presión en las arterias principales para impedir el exceso de riego por la zona, y se dedicaba a ello con manos aparentemente expertas.

—¡CARGADOR! —gritaba José de tanto en cuando. Pero ya no se detenía ni siquiera para municionar; alguien le pasaba un nuevo rifle completamente preparado y continuaba descargando. Su cabello estaba empapado como si acabara de salir de la ducha: grandes manchas oscuras perfilaban sus axilas y la espalda.

Entre tanto, Moses y Aranda seguían concentrados, con ojos atentos, buscando al sacerdote entre los atacantes. Juan sabía que era importante conseguirlo vivo, pero no iba a arriesgar a nadie más del equipo. Bajo ninguna circunstancia. Sostenía la pequeña pistola con ambas manos, preparado para vaciar el cargador directamente entre sus ojos tan pronto lo tuviera delante.

De pronto, Moses gritó "¡ALLÍ!", y Aranda se volvió, para verlo de pie sobre una pila de cuerpos abatidos, con el brazo estirado señalando algún punto del fondo de la sala.

—¡PÁSAME LA PISTOLA! —pidió Moses, sin dejar de mirar.

Entonces, un pequeño trozo de pared situado detrás de Moses, del tamaño de una pelota de golf, saltó por los aires. "Jesús, le está disparando...", pensó Aranda, pero Moses permaneció impassible sin apartar la mirada, con un dedo acusador extendido, y la otra mano demandando el arma.

Aranda le lanzó la pistola y Moses la cogió sin mirarla, se la llevó al frente, la sujetó con ambas manos e hizo tres disparos rápidos. Juan miró al frente, intentando discernir algo entre los rostros abominables de los espectros que seguían intentando llegar hasta ellos. Por fin, vio a una figura correr en dirección al exterior; vestía de negro y sus cabellos blancos subían y bajaban al unísono, como un alga podrida bajo el sol. Era la primera vez que tenía contacto visual directo con él, y repentinamente sintió una inusitada sensación de repulsa que le recorrió como un escalofrío.

—¡ESCAPA! —gritó Aranda.

Moses siguió su trayectoria, manteniendo la pistola en ángulo directo, y apretó el gatillo un par de veces más. Uno de los disparos le acertó a un espectro que se puso en medio, hundiéndole el hueso entre los ojos y revelando una mucosidad negruzca y reseca. La segunda bala se perdió sin alcanzar ningún objetivo.

El Padre Isidro cruzó a través del ventanal roto, pasando entre los espectros que pugnaban por entrar, y salió al exterior. Moses gritó, con los músculos del cuello hinchados como cables que fuesen a romperse. Parecía a punto de saltar para salir en su persecución, pero Aranda sabía que eso constituía un suicidio garantizado, así que se acercó a él, temiendo lo peor. Pero Moses no saltó, devolvió la pistola a Juan y

avanzó por detrás de los tiradores en dirección al almacén.

XXXIX

En el exterior, Peter se debatía intentando decidir cómo podía llevar a cabo alguna acción que representase una diferencia en la contienda. Estaba sumido en esos pensamientos cuando, de pronto, vio una figura saliendo del edificio, pasando entre los muertos vivientes con ojos despavoridos, animales. Era increíblemente delgado, y como resultado su rostro tenía un aspecto cadavérico: pálido y anguloso, con grandes dientes perfectos asomando en su boca entreabierta. A la altura de la garganta le asomaba un alzacuellos manchado de sangre.

Entonces se sobresaltó... era *él*, el cura que habían estado buscando, intentando capturar. Se quedó petrificado, intentando decidir qué hacer a continuación. Tuvo el irrefrenable deseo de encañonarle y desparramar el contenido de su enfermiza cabeza por la pared, pero sabía que existía la posibilidad de que fallase, ¿y entonces qué? El cura llevaba una pistola en la mano... ¿y si él no era tan mal tirador?

Estaba entregado a esos pensamientos cuando el sacerdote giró bruscamente a la izquierda y comenzó a correr, pegado a la pared. Peter lo vio alejarse unos metros y se lanzó en su persecución, buscando su oportunidad.

El cura continuó su avance sin detenerse ni mirar atrás. Había zombis también por allí, y éstos empezaron a preocupar a Peter; estaban alejados de la zona de los disparos y el ruido de éstos no les atraían tanto. Algunas miradas vacías empezaban a fijarse en él, como intentando comprender si la figura encapuchada era uno de ellos o no.

Por fin, tras recorrer un buen trecho, el Padre Isidro encontró una puerta de cristal rota y se metió por ella, con la pistola por delante. Peter se sobresaltó: era la enfermería, y sabía demasiado bien que, al menos, tenía que haber allí tres personas: Dozer, Jaime y algún encargado de vigilar que estaban atendidos.

Aceleró el paso.

En recepción, un asfixiante sentimiento de impotencia se apoderaba de Moses. El odiado sacerdote había escapado, impune, y mientras tanto ellos apenas habían conseguido avanzar hacia la puerta. José le preocupaba también; estaba lívido, sudaba copiosamente y pestañeaba sin tregua, sobrellevando el agotamiento que soportaba con estoicismo. Algunos de los que esperaban en las escaleras o los rellanos superiores habían bajado más colchones y hasta puertas que habían arrancado de sus goznes, y gracias a ellos el grupo se mantenía con cierta coherencia.

Moses se acercó a Aranda, quien había cogido un fusil y estaba haciendo lo posible por frenar los ataques de los zombis. Tuvo que golpearle varias veces en el

hombro para atraer su atención.

—¡Tienes que organizarlos, Juan!

—¿Qué? —preguntó éste, haciendo un gesto de no entender. Se acercó más a su oreja.

—¡Tienes que organizar a los hombres, Juan! ¡No aguantaremos mucho más! ¡Hay que avanzar!

Juan miró alrededor. Vio caras asustadas, vio manos temblorosas... vio disparos que daban en el techo, o se perdían en el aire impregnado del olor dulzón de la putrefacción. Vio ojos que bizqueaban tras una máscara de terror contenida, y vio que, efectivamente, era cuestión de tiempo que los espectros acabaran mordiendo a alguien, y luego a alguien más, y si esos dos resultaban ser José o Uriguen, que Dios se apiadase de sus almas.

Aranda asintió, le pasó el fusil con gesto marcial, contundente, y se fue hacia atrás para hablar con unos y con otros. Se acercaba a sus oídos y les hablaba, ahora señalando al exterior, ahora cerrando un puño. Cuando terminaba, una pequeña chispa de esperanza parecía empezar a brillar en los ojos de los que le escuchaban.

Mientras Aranda trazaba planes de reconquista, Peter se enfrentaba prudentemente a la boca oscura que era la entrada de la enfermería. La oficina estaba vacía, si bien los cristales de la puerta ya estaban rotos antes de que el sacerdote la cruzase; se dijo que era de suponer que podía haber al menos algunos zombis ahí dentro. Miró hacia atrás y vio que algunos de los espectros le estaban mirando y empezaban a dar pasos dubitativos hacia él, así que se deslizó al interior para apartarse de su línea de visión. Quedó apoyado contra la pared, enterrado en la sombras de la esquina.

Intentó concentrarse en el silencio que parecía dominar la enfermería; buscaba algún ruido que le ayudase a descubrir qué estaba pasando. Rogaba a Dios que aún hubiese tiempo, que Dozer y los demás siguieran vivos, y se obligó a dar pasos silenciosos hacia las habitaciones del fondo, con el rifle preparado. Los zombis eran una cosa, y un tipo armado con una pistola otra, pero el hecho de que pudiera encontrarse con ambos le inquietaba sobremanera: no se atrevió a llamarlos desde donde estaba por si alertaba a alguno de estos últimos.

Llegó hasta el corredor sumido en penumbras intentando tranquilizar su propia respiración, que se le antojaba aparatosa y descontrolada. La puerta de la izquierda estaba abierta y los corredores que se alejaban hacia el fondo y al despacho del doctor Rodríguez, vacíos y oscuros, por lo menos hasta donde podía ver. Peter probó el interruptor de la luz que tenía a mano, pero no funcionó.

Se asomó a la habitación con infinito cuidado, como el que abre una cesta esperando encontrar dentro una serpiente venenosa. Primero vio las camas, deshechas pero vacías, y sólo entonces reparó en una forma de aspecto humanoide que permanecía inmóvil cerca de la pared del fondo. Sus ojos blancuzcos, que resaltaban en medio de las penumbras, se mantenían fijos en el techo. Se escondió

rápidamente tras el marco de la puerta.

"Bien", se dijo, intentando mantener la serenidad, "ahí está...". Se daba perfecta cuenta de que no iba a poder cruzar hasta el otro lado sin llamar la atención del zombi, así que levantó el fusil con cuidado de no hacer ruido y empezó a asomarlo por el marco.

Cuando casi lo tuvo a tiro, un ruido atronador y violento desgarró el silencio que le rodeaba. El marco de la puerta, a escasos centímetros de su cabeza, estalló como un grano de maíz en un microondas. El zombi que estaba en la habitación dejó escapar un ruido ronco y abominable. Peter se agachó instintivamente; ¡le estaban disparando! Giró la cabeza siguiendo la fuente del sonido y lo vio... con ojos blancos y grandes como huevos taladrándole la mirada. Era el sacerdote.

Peter se lanzó al interior de la habitación en un desesperado intento de salir de su línea de tiro. Cayó encima de la cama, donde intentó darse la vuelta como pudo. No fue demasiado rápido, no obstante, y el muerto viviente se lanzó sobre él como un perro que no ha comido en una semana, con los dientes grandes y horribles asomando en su boca congelada en un grito eterno. Peter le detuvo lanzando su mano hacia la cabeza mientras sujetaba su muñeca con la otra. El fusil se deslizó a un lado y quedó bajo su espalda, fuera de todo alcance.

El Padre Isidro apareció en el umbral. Su sonrisa perfecta destacaba contra sus facciones oscurecidas por la falta de luz. Le apuntaba con el cañón de su pistola.

"Dios, oh Dios...". La mente de Peter era una vorágine de pensamientos contradictorios mientras luchaba por impedir que el zombi se le acercara. Buscaba su carne con una vehemencia animal.

—Éste —dijo el Padre Isidro, moviendo el cañón de su pistola arriba y abajo— es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados...

—¡NO! —chilló Peter, adivinando su próximo movimiento.

En el último momento, dejó que el zombi se inclinara sobre él, y el disparo le impactó directamente en la parte superior de la espalda, cerca de la nuca. Pero el muerto viviente pareció no notar nada.

El sacerdote dio unos pasos para buscar un ángulo mejor, sin dejar de apuntarle. Peter luchaba con todas sus fuerzas, empujando su cabeza ya con ambas manos; el contacto con la piel era blando y gomoso.

Entonces, el Padre Isidro soltó un chillido agudo y cayó al suelo, dejando caer el arma. Mientras pugnaba con el zombi, sintiéndose como un escarabajo que intenta darse la vuelta sin éxito, Peter intentaba mirar hacia abajo para ver qué había ocurrido; hasta sus oídos llegaban ruidos confusos que no podía identificar.

—¡Lo tengo! —dijo una voz debajo de la cama.

Entonces alguien tiró del zombi hacia atrás, alejándolo de él. Peter pestañeó varias veces, jadeante, intentando comprender. Era el doctor Rodríguez, que había cogido al espectro por el cuello, usando ambos brazos, y lo mantenía alejado de su

cuerpo. El muerto se debatía con violencia, sacudiendo ambos brazos.

—¿Qué...? —musitó Peter, sin comprender.

—¡SUÉLTAME, PERRO HIJO DE SATANÁS! —bramó el sacerdote detrás suya.

Peter se giró, asomándose por el borde de la cama. Allí estaba Dozer; tenía al párroco debajo de su cuerpo y le sujetaba los brazos con sus manos grandes y fuertes.

—¡Ayúdame con éste! —pidió entonces el doctor.

—¿Qué cojones...? —decía Peter, aún sin comprender. Su mente intentaba encajar las piezas del puzzle que se le había presentado cuando Carmen asomó por el otro extremo de la cama, y por fin entendió...

—¡Joder! —exclamó. Cogió el fusil y se puso enfrente del doctor—. Vale... ¡lánzalo allí!

El doctor empujó al zombi contra el fondo de la sala, y Peter le disparó antes de que pudiera incluso volverse. El impacto fue impecable: su cabeza se redujo a un muñón anguloso y quedó tendido de espaldas en el suelo.

En unos minutos, tuvieron al párroco atado de pies y manos y descansaban todos de la experiencia sufrida. Habían vuelto a subir a Jaime encima de la cama, pero Dozer había preferido quedarse de pie, apoyado contra el colchón; aseguraba que sentía menos presión en el pecho. Mientras tanto, Peter, que había sido informado de los dos espectros que se habían perdido por el corredor hacía ya un rato, se mantenía alerta vigilando el umbral fusil en mano.

—Perdona que no te ayudásemos antes, Pí —dijo Dozer—. Es que no sabíamos qué pasaba...

—No hay problema... —respondió Peter, sonriendo—. Si no hubieseis estado ahí abajo, ese cabrón me habría hecho un agujero nuevo.

—Joder que sí...

El párroco les miraba, sin decir palabra. Carmen, que había estado estudiándolo en todo momento, tenía la piel de gallina. Había algo en su semblante sereno y sus ojos perversos que le olía francamente mal. El Padre Isidro la miró. En sus pupilas bailaban los fuegos fatuos de la locura.

XL

Los héroes de la jornada en aquel aciago y lluvioso día resultaron ser dos chicos jóvenes que habían llevado sus vidas de una forma bastante anónima dentro de la Comunidad. Hacían sus tareas pero, por lo general, preferían pasar su tiempo aislados, bien paseando por las pistas o reclusos en sus habitaciones.

Mientras todos luchaban en recepción intentando expulsar a los zombis del edificio, ellos se preguntaron qué pasaría si el grupo de combate caía. Estarían atrapados como ratones en su madriguera; aunque se encerrasen tras alguna de las puertas, sería sólo cuestión de tiempo que éstas acabasen venciendo ante los envites de los muertos vivientes.

Buscando una ruta de escape alternativa, los chicos consiguieron encaramarse al alféizar de la ventana. Desde allí, se sirvieron de una gruesa cañería para subir hasta el pequeño tejado a dos aguas. Hubo más de un momento de tensión porque la lluvia caía abundante y hacía que las superficies fueran resbaladizas y peligrosas, pero pronto se encontraron arriba, enfrentados a unas espectaculares vistas de las instalaciones tristemente invadidas por los caminantes.

Desde allí había varias rutas que tomar. Primero pensaron que podrían saltar de un módulo a otro hasta llegar al edificio de la enfermería. Habían hecho ciertas migas con Jaime, y desde luego sabían que Dozer estaba también allí, recuperándose de su costilla rota; podrían al menos saber si estaban bien y a salvo. Pero entonces, el más joven de los dos, asomado por el borde de la cornisa, divisó la interminable fila de espectros que entraban por las puertas de Carranque y describía una hilera hasta la recepción. Era como una columna de hormigas, que se agitaban afanosas y tercas en conseguir su objetivo.

—Tengo una idea —dijo el chico a su amigo. En sus ojos brillaba la chispa de la genialidad.

Cuando escuchó el plan, su amigo asintió con rapidez y contundencia. Volvieron sobre sus pasos, y volvieron a entrar en el edificio a través de la ventana; para entonces ya estaban completamente empapados. Fueron derechos a la pequeña oficina ubicada al principio del pasillo distribuidor, donde habían acumulado gran variedad de productos como bolsas de patatas y frutos secos, pero también una buena cantidad de botellas de alcohol, sobre todo whisky. No bebían mucho, sobre todo porque cada uno tenía responsabilidades que atender cada día y había que mantenerse sobrio y *útil*, pero de vez en cuando se permitían alguna pequeña reunión social, y entonces el whisky era un bien muy aplaudido.

La idea, por supuesto, era fabricar un cóctel *molotov*, utilizando el whisky como habían visto hacer en innumerables películas. La prueba que hicieron, utilizando una vieja camiseta como mecha, sin embargo, no funcionó en absoluto: el whisky se evaporaba rápidamente y el invento acababa resultando más una molestia temporal que otra cosa. Decepcionados, se dejaron caer en el suelo.

—En *La Mitad Oscura* funcionaba... —dijo el más joven.

—Pues ya ves que no. Además está la lluvia... —dijo el otro—. Necesitamos otra cosa.

Buscaron por la habitación, excitados por el sonido constante de los disparos que les llegaba desde abajo. Algunas de las mujeres seguían deambulando por los pasillos, abrazadas unas a otras; no se atrevían a bajar, porque la escalera era una alfombra salvaje de cuerpos abatidos y apilados en escalofriantes montañas.

Por fin, uno de los chicos encontró lo que buscaba: olvidados en un rincón había algunos botes de disolvente de tamaño industrial. Un gráfico naranja surcado por bordes amarillos adornaba todos los botes con una señal escrita en grandes caracteres de imprenta:

ALTAMENTE INFLAMABLE

Probaron a verter un poco en la misma esquina donde habían hecho la prueba con el whisky, y el líquido, pese a ser poco, se mantuvo en llamas durante más de medio minuto, burbujeante como un lago de lava. Satisfechos, vaciaron las grandes botellas de whisky y montaron sus pequeñas bombas: diez de ellas estuvieron pronto dispuestas en una pequeña caja de cartón rígido provista de tapadera.

Subirlas al tejado fue, sin embargo, una extraordinaria prueba de habilidad y fuerza en sí misma. Cada botella de whisky pesaba cuatro kilos y medio, así que el total ascendía a cuarenta y cinco kilos de peso. Pero finalmente, se encontraron de nuevo encaramados al tejado de dos aguas, jadeantes, con los brazos cansados y las gotas de lluvia resbalando de sus cabellos húmedos.

Muy poco después, se encontraban a menos de diez metros de la entrada principal, por donde los caminantes se infiltraban en el campamento como hinchas de algún grupo musical el día álgido del concierto estrella de la temporada.

—Con fuerza, ¿eh? —dijo el más joven prendiendo la primera mecha. Había entreabierto la caja para evitar que la lluvia mojara los trozos de tela que iban a servir de mecha.

El chico cogió la botella, la sopesó en su mano unos breves segundos y la lanzó contra la puerta. La botella evolucionó por el aire describiendo una órbita elíptica e impactó justo donde la querían; cayó entre los zombis que estaban cruzando bajo la verja de hierro y se inflamó con un ruido fabuloso, crepitante. Los espectros que fueron alcanzados se convirtieron en teas humanas, bolas de fuego que rápidamente perdieron el sentido de la orientación y quedaron inmóviles, impidiendo el paso a los

que iban detrás. Corpúsculos incendiados caían de la masa incandescente que eran sus cuerpos; el suelo era un infierno llameante cuyas lenguas de fuego lamían las ropas de los zombis que pasaban alrededor.

Los chicos aullaron de contento, sorprendidos por el inesperado éxito de su plan. Daban saltos sobre sus pies y levantaban los brazos, henchidos de euforia. Cogieron un par de botellas más y las lanzaron contra la puerta. De nuevo los lanzamientos se produjeron con un acierto enorme, y la entrada de la Ciudad Deportiva se convirtió en un fulguroso horno humeante. Los espectros que habían ardido primero empezaban a caer al suelo, incapaces ya de mantenerse en pie. Su carne podrida, envuelta en las ropas que les eran propias, ardían con una facilidad fascinante. Los que venían detrás se contagiaron con rapidez, pese a la lluvia. Bien era un espectro que se giraba con un brazo envuelto en llamas, o una lengua de fuego que se abría paso por el suelo a medida que el disolvente se extendía y prendía los bajos de los zombis aglomerados en la entrada; en cuestión de medio minuto se había declarado una hoguera de proporciones considerables.

Tiraron todavía tres botellas más, para asegurarse de que la lluvia no mermara el efecto del fuego. El líquido del disolvente se propagó, codicioso. Un total de trece litros adicionales de disolvente en llamas desparramándose por la acera prendieron todo cuanto tocaron, bloqueando efectivamente la entrada al recinto; al menos, por un buen rato.

Y mientras los chicos celebraban su iniciativa en el tejado, soltando lapidarias y elocuentes frases extraídas directamente de discursos de la industria del cine americano, quiso el Señor en los Cielos darles un respiro aun mayor: de repente, dejó de llover.

El fuego redobló su intensidad.

XLI

La contundente maniobra estratégica de los dos jóvenes tuvo inmediatas repercusiones en la recepción. Aguantando la respiración, todos fueron conscientes de que el número de atacantes estaba mermando en cuestión de segundos. Cuatro disparos más tarde, los tiradores se quedaban mirando, atónitos, a un único zombi traspasando el marco del ventanal roto, cuya pierna, completamente ennegrecida, humeaba débilmente.

José apuntó entre los ojos y disparó.

De repente, tras el eco ominoso del disparo rebotando por los altos techos de la recepción, se produjo el silencio. Aún quedaban zombis vagando por el exterior, repartidos por toda la instalación; muchos, de hecho, pero parecían caminar erráticos y no habían reparado en ellos. La hilera interminable había terminado. Lo habían conseguido.

Todos al unísono, los supervivientes se lanzaron a una ovación de profundo júbilo que sabía a victoria: un clamoroso estruendo donde todos se entregaron a dar gritos de entusiasmo, levantar los brazos en señal de triunfo, y abrazarse unos a otros con los ojos anegados en lágrimas pero con radiantes sonrisas en sus rostros agradecidos.

José soltó el fusil, dejándolo colgar, bamboleante, de la cinta de cuero que lo mantenía sujeto al hombro. Echó la cabeza hacia atrás y dejó que una sonrisa le floreciera en los labios. Extendió las manos hacia delante; le dolían todos los huesos de la mano, el antebrazo y los hombros; cada pequeño músculo gimoteaba suplicando una pausa. Incluso mantenerlos ligeramente levantados le provocaba un dolor vivo y persistente.

—¿Estás bien, *pecholobo*? —le preguntó Uriguen, acercándose a él.

—No puedo disparar ni una bala más, tío.

—No pasa nada... creo que lo tenemos controlado.

Aranda llegó hasta ellos. Aunque la expresión en su rostro había perdido la gravedad de hacía unos minutos, todavía una sombra cruzaba su mirada.

—No podemos relajarnos... La enfermería... Dozer y el doctor...

—Oh, Dios... —exclamó Uriguen.

—Ese cura está por aquí... él disparó a Susana.

—¡Vale! —exclamó Uriguen, municionando el fusil mientras hablaba—. ¡Vale, vale! Vamos allá...

—Espera... —pidió Aranda. Entonces levantó los brazos y pidió atención al

resto del grupo—. ¡Atención, por favor! Esto no ha acabado, aunque estamos cerca. Lo peor ha pasado... pero necesito dos grupos. Uno irá inmediatamente a la enfermería a ver cómo están nuestros amigos, y otro se encargará de abatir a todos los caminantes que tenemos en el recinto. Todos y cada uno. Hay que identificar también por dónde entraron y ver si está controlado. No queremos una segunda oleada como ésta. Yo iré a la enfermería con Uriguen y Moses; creo que será suficiente.

—Nosotros limpiaremos el patio, Juan —dijo uno de los hombres. Había descubierto que no lo hacía mal del todo con el fusil y, por primera vez en muchísimos años, se sentía tan vivo que creía que el corazón iba a salirse por la boca.

—De acuerdo... Hacedlo desde aquí hacia fuera... nunca perdáis de vista la recepción. Recordad que arriba hay mucha gente todavía, y tenemos a Susana que por el momento no puede moverse. Por lo menos alguien debe quedarse en la escalera.

—Yo mismo —dijo otro de los tiradores. Por Dios que no le apetecía salir ahí fuera, por mucho que dijese que la situación estaba controlada.

—Bien... vamos... ¡Vamos, vamos!

Pero apenas salieron fuera, descubrieron el motivo que había impedido a los espectros seguir inundando el recinto. Un fenomenal incendio ardía en la puerta principal, levantando llamas fulgurantes que se erguían sobre la verja de hierro y oscurecían el techado de cemento blanco. En el suelo se apilaban varios cuerpos cuyas formas negras se adivinaban en el rescoldo de las llamas.

—Jesús... —dijo alguien.

Sin embargo, no tardaron en concentrarse de nuevo en abatir a los espectros que vagaban por las pistas. No se precipitaban, no se separaban, y no perdían de vista ni sus espaldas ni la entrada a la recepción. Después de la agotadora experiencia en las escaleras, se sentían triunfadores, invencibles, y esa adrenalina especial y nueva que recorría sus venas hacía que funcionasen mejor como equipo y los disparos eran, en su mayoría, aciertos plenos.

Aranda, Uriguen y Moses recorrieron a la carrera la distancia que les separaba de la enfermería. Sorprendieron a un caminante en muy avanzado estado de descomposición cruzando la puerta rota de cristal. Aranda pensó fascinado que era como si le hubieran raspado todo el costado: sus costillas estaban expuestas, y un órgano hinchado e irreconocible asomaba como un tumor abyecto y violáceo. Uriguen acabó con la espantosa visión de un preciso disparo.

Saliendo a recibirles encontraron a Peter.

—¡Pí! —dijo Uriguen, sorprendido de verle.

—¡Hey, tíos! ¿Cómo está la cosa? —preguntó.

—Más o menos controlada, Pí... ¿Cómo llegaste aquí? —dijo Aranda, más que contento de verle.

—Estaba de guardia en la torre —contestó, un poco incómodo—. Pero todo sucedió tan rápido, yo no vi... en fin... vine para acá cuando pude, justo a tiempo, creo. Iba a salir ahora... escuchamos los disparos en el patio...

—Están disparando a los muertos que quedan por las pistas... ¿Y Jaime? ¿Dozer?...

—Bien, estamos todos bien —exclamó, extendiendo una palma—. Están ahí dentro.

Todos respiraron con alivio, relajando al fin su postura, tensa hasta ese momento.

—Acabo de limpiar las habitaciones del fondo —continuó Peter—, así que esto está controlado también.

Hizo una pausa para mirar a Moses directamente a los ojos.

—Y tenemos a tu cura, Moses. Tenemos a ese hijo de puta.

En apenas tres horas, la situación dentro del campamento de Carranque se había normalizado. Las pistas deportivas fueron limpiadas, y las verjas de la entrada habían sido temporalmente cerradas apilando muebles contra ellas, ya que los goznes de la puerta habían acusado notablemente el fuego y no consiguieron hacerlas girar. La barricada, no obstante, resistía notablemente bien.

Susana había sido trasladada a la enfermería. El doctor Rodríguez limpió de nuevo la herida e hizo un fantástico trabajo de sutura. El disparo había pasado limpiamente por debajo del hueco de la clavícula, sin mayores complicaciones, así que pudieron hacerle incluso una transfusión gracias a que Susana compartía el mismo grupo sanguíneo que Dozer, entre otros. Se quedó estable y adormilada.

Los héroes del día fueron vitoreados y abrazados por todos cuando se supo su pequeña iniciativa. Estaban radiantes, aunque un poco incómodos por la atención que habían generado. Andrea se acercó y les plantó un fenomenal beso en mitad de los labios, lo que les turbó sobremanera. De hecho, también besó a José, a Uriguen y a un buen montón de otros tiradores.

También comenzaron rápidamente las tareas de limpieza, que se prolongaron por el resto del día. Nadie quería aquella amalgama de cadáveres infectando el interior del edificio. La cantidad que había de ellos en la recepción y las escaleras era sobrecogedora, y arrastrarlos afuera fue una dura prueba para todos los que intervinieron. Fue como mirar de cerca a la muerte: una vez caídos, aquellos desdichados no parecían menos humanos que ellos mismos. Formaron grandes piras y utilizaron un poco de disolvente para asegurarse que ardían debidamente. Columnas de humo negro se elevaron aquella mañana bien alto en el cielo.

La electricidad fue también restablecida con prontitud. Resultó que el sacerdote sólo había saboteado el panel principal, así que fue suficiente con cambiar algunos cables y fusibles y conectar de nuevo. Fue también afortunado que hubiese material suficiente para llevar a cabo la reparación sin tener que salir a por suministros, porque nadie tenía ya energías para ninguna incursión por las alcantarillas.

El Padre Isidro fue trasladado al pequeño despacho del doctor Rodríguez, vigilado siempre por dos guardianes armados. Aunque en ningún momento dijo nada, sobra decir que tenían pendiente una larga charla con él.

En cuanto a las bajas sufridas, hubo todavía una más. Encontraron a Julián y a Pablo entre los cadáveres, ambos con un disparo en la cabeza. Interpretaron que había sido el sacerdote, pero lo cierto es que después de morir por sus respectivas heridas, habían abierto sus ojos de nuevo y se habían levantado, confusos y con la mente nublada con un manto rojizo y primigenio. Los sonidos que llegaban a sus oídos estaban distorsionados, ahora apagados, ahora estridentes. Los disparos de los fusiles eran como dolorosas punzadas en su radar mental, y las formas de los vivos les atraían como una buena cagada a un puñado de moscas viejas y gordas: algo en el olor y en cómo refulgían. Pero no duraron mucho: fueron abatidos en medio de la multitud de muertos vivientes sin que nadie reparara en ellos. Y esta vez sí, su cerebro se desconectó como un viejo ventilador que ha girado ya demasiado y se sumieron en las neblinas opacas del olvido.

Pero nadie pudo localizar a Sandra o a Iván. Solamente cuando miraron la pizarra de tareas descubrieron que Iván tenía guardia en las alcantarillas hasta las dos de la tarde, así que dos de los hombres bajaron hasta el sótano para ver si aún seguía allí. Bromeaban con la idea de que quizá Iván no se había enterado de nada y continuaba ahí abajo sumido en el aire pútrido de sus propios pedos. Cuando llegaron, no vieron a Sandra, que apareció de improviso saltando de entre las sombras hacia la yugular de uno de ellos. Consiguieron frenarla a tiempo, pero cuando aún lidiaban con ella, intentando reducirla, la cosa horrible que una vez fue Iván vino corriendo desde el fondo del corredor, con los ojos blancos y un grito escalofriante brotando en tropel de su garganta. La cosa sí consiguió su objetivo, desnucando a uno de los hombres con un violento movimiento una vez tuvo su cabeza entre las manos.

Por fortuna para su amigo, que había quedado petrificado en el suelo con una ardiente mancha de orina en los pantalones, la algarabía de la pelea había sido escuchada en el piso de arriba, donde imperaba una febril actividad. Uno de los tiradores del patio, ya con cierta maestría en el manejo de su fusil, acabó con ellos con hasta siete disparos consecutivos. Iván se retorció en el aire haciendo grandes aspavientos con las manos antes de caer sobre el cuerpo de Sandra, privado ya de todo hálito, de una u otra clase.

Al final de la jornada se sirvió sopa caliente y se dijeron también algunas palabras sobre los caídos. Y no sólo sobre ellos, sino sobre todas las personas que habían vivido antes de la infección y que aquel día habían sido devueltas al descanso eterno del que habían sido privadas. El discurso de Moses fue particularmente hermoso: habló con voz clara y serena y tuvo aun algunos recuerdos para su hermano caído, el Cojo, y para Mary, Roberto y todos los demás. Muchos rogaron por las almas de todos ellos.

La noche trajo un silencio tan inusual que resultó no sólo estremecedor, sino también insoportable.

XLII

El nuevo día trajo sol y cenizas. Una ligera brisa hacía corretear los restos aún humeantes de las piras de cadáveres que habían quemado el día anterior, y Aranda, asomado a uno de los balcones, pensó en el Holocausto nazi, y si el indescriptible horror que habían pasado ellos se pudo parecer en algo al que padecieron todos aquellos judíos y polacos en la Segunda Guerra Mundial. Se le ocurrió que no, que aquello tuvo que ser incluso peor.

Sobre las nueve y media, Moses y Aranda entraban en el despacho del doctor, quien ya se encontraba allí. El Padre Isidro les recibió con una mirada sombría y una extraña expresión de desdén en su rostro cadavérico y demacrado.

—Buenos días, doctor —saludó Aranda.

—Ah, hola, Juan. Hola, Moses.

—¿Ha dicho algo?

—Está tan callado como esa pared.

Aranda asintió, tomó una silla y se sentó delante del prisionero. Sin embargo, no dijo nada inmediatamente. Se tomó su tiempo para estudiarle, para mirar su sotana raída y manchada con lo que parecían ser restos de sangre y tierra. Su cara estaba también tiznada y sus cabellos ralos y sucios, dándoles un aspecto apelmazado. Un mechón blanco estaba pegado a su frente.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Aranda al fin. No hubo respuesta.

—Es usted un asesino —continuó Aranda—. Ha hecho más daño que esos muertos vivientes suyos.

El Padre Isidro sonrió.

—¿Cómo lo hace? No hubo respuesta.

—Los muertos no le atacan. ¿Por qué?

El Padre Isidro rumió sus palabras, aumentando paulatinamente su sonrisa. Una fila de dientes perfectos asomó tras sus delgados labios.

—Porque yo soy un hombre justo —dijo al fin.

—¿Qué quiere decir eso?

El Padre Isidro miró hacia algún punto indeterminado del techo y recitó, despacio:

—"Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, el que eres, que eras y que has de venir, porque has tomado tu gran poder y has reinado. Las naciones se airaron y tu ira ha venido: el tiempo de juzgar a los muertos, de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes,

y de destruir a los que destruyen la tierra".

Aranda se recostó hacia atrás, soltando una exhalación.

—¿Es eso lo que cree?, ¿qué estamos ante el Apocalipsis como lo cuenta la Biblia?

—Inconsciente... Todavía lo duda —dijo, mirándole súbitamente a los ojos—. Pero no me extraña, la Biblia ya nos habla de ello: "Los hombres que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron de las obras de sus manos ni dejaron de adorar a los demonios. No se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus robos".

—¡Basta de eso! —explotó Aranda—. Aquí el único homicida es usted.

—¿Te atreves a juzgarme?, ¿tú, que huyes del Juicio Divino escondiéndote con estos hombres y mujeres? —Soltó una risa estridente y aguda que provocó una mueca de repulsa en el rostro de Juan.

—Es inaudito... —dijo el doctor, que había estado escuchando la conversación con una ceja levantada.

El Padre Isidro se volvió hacia él, iracundo.

—No os dejéis llamar Maestro —dijo, siseante—, porque un solo Maestro tenéis, y todos sois hermanos. Tampoco debéis haceros llamar Doctor, porque para vosotros Cristo es el Doctor único.

—Los títulos son palabras —dijo Rodríguez—; las palabras no importan, sino lo que las respalda. Yo soy médico. Curo a la gente. ¿Tiene algún problema con eso?

Aranda retomó el hilo de la conversación.

—¿Cómo se llama usted?

—Yo soy Abadón, el guardián del pozo.

—Y una mierda. ¿Cómo se llama usted?

—Yo soy Malak Hamavet.

El doctor Rodríguez soltó un pequeño gruñido.

—Malak Hamavet... es hebreo... —explicó—. Significa "Rey de la Muerte" o "Ángel de la Muerte".

—Es usted muy ocurrente —continuó Aranda—. ¿Por qué los muertos no le atacan?

—Porque soy un hombre justo.

—¿Deben los hombres justos asesinar a los impíos? Por Dios, padre... ¿qué le pasó?

Los rasgos del rostro del Padre Isidro se endurecieron a medida que sus ojos se velaban por una ira apenas contenida.

—¡Dios vino a mí...! —gritó—. Él me llamó a su lado. Yo lo vi allí en Su gloria, rodeado de la inmaculada luz de la salvación eterna, y me dijo... que no era mi momento, que regresase... que tenía planes para mí. Y que Él me perdona, durante un tiempo no lo vi, no entendía... no supe lo que Él quería... hasta que un día lo comprendí al fin... Salí fuera, a encontrarme con su ejército para ser Juzgado, y... —

empezó a llorar, sobrecogido por sus propias palabras—, y fui hallado inocente, fui nombrado uno de sus Salvos... y entonces Él me mandó una señal, un mensaje. Era una nota que traía el viento. ¡Y vino a mí! ¡Directamente a mis manos!, ¿entendéis? Y supe cuál era mi misión. ¡Oh, sí! Lo supe...

Aranda había entrecerrado los ojos como intentando descifrar sus palabras.

—¿Qué decía la nota? —preguntó. Moses, a su lado, cerró los puños inconscientemente.

De pronto, la expresión de beata revelación del cura desapareció. Volvió a emerger la mirada aviesa y torcida que conocían ya tan bien.

—La nota decía... —y añadió en tono de burla—: "Oooh, por favor... salvadnos... oooh, oooh... no tenemos agua... estamos aquí en la Plaza de la Merced..." —Rió de nuevo. Debajo de su risa había un sonido tenue, inquietante por lo débil, como el pitido de un asmático en plena crisis.

Moses sintió que la sangre le subía como un torrente a la cabeza. Aunque había considerado la posibilidad en el pasado, averiguar de forma tan inequívoca que las notas de Isabel habían servido para atraer aquel horror sobre ellos le pilló con la guardia baja. Apretó los dientes hasta que le dolieron las encías para evitar lanzarse sobre el cura. Aranda le miró brevemente con un rápido gesto de la cabeza; había comprendido también a qué notas se refería.

—¿Recibe una nota de petición de socorro, e interpreta que Dios le está pidiendo que intente matarlos? —preguntó Aranda—. Es usted un loco chiflado.

—Yo sé quién soy —espetó el sacerdote con voz fría—. Y también sé quiénes sois vosotros. Y sé lo que pasará... oh, sí...

Aranda permaneció unos cuantos segundos mirándole a los ojos.

—¿A cuánta gente ha matado?

Como toda respuesta, el sacerdote hizo un gesto vago con las cejas.

—¿A cuántos ha sacado de sus escondites y los ha lanzado contra su... particular ejército de resucitados del Señor? ¿Eh? ¿A cuántos? De nuevo el silencio.

—¿Por qué los muertos no le atacan? —preguntó una vez más, ya sin esperanza de recibir una respuesta.

—No quiere entenderlo, ¿verdad? —respondió el Padre Isidro—. Lo sabría si hubiera escuchado las palabras del Señor antes de que fuese demasiado tarde. Pero estabais todos... ¡todos!... tan ocupados con vuestras fortunas personales, vuestra decadencia espiritual, ocultando el concepto mismo del pecado en aras de la prosperidad social, que olvidasteis que Él estaba vigilando. No me haga empezar... la droga, la desigualdad fiscal, la hipocresía... Ahora el Señor se ha cansado... empezará un mundo nuevo, llevándose a los Justos, separando la cizaña del heno. ¡Es demasiado tarde para todos! ¡El perdón de Dios ha acabado! ¡La...

Pero Aranda se levantó de la silla y le dejó parloteando, entregado a su incesante verborrea. Se acercó a Moses y al doctor.

—Salgamos un momento.

Una vez estuvieron fuera del laboratorio del doctor, Aranda soltó un profundo y pesadoso suspiro.

—¿Qué pensáis? —preguntó.

—Que está como una puta cabra —soltó Moses, negando con la cabeza—. Casi me da pena. Necesita una bañera de Prozac y un electro-shock en su jodida cabeza de lunático.

—Y sin embargo... —dijo Rodríguez, reflexivo—, es interesante algo que ha dicho.

—¿Qué?

—Lo de que Dios le llamó a su lado y todo eso. En fin, trabajaba en el Hospital como médico forense, y comía todos los días con otros médicos. Las experiencias cercanas a la muerte están muy documentadas, las recogemos como ECMs. Son interesantes. Salvando cierto grado de variabilidad intercultural, los ECM presentan bastantes patrones comunes como la experiencia extracorporal, el pasaje a través del reino de la oscuridad hacia una zona iluminada por una luz brillante y el encuentro con seres "celestiales". Si alguna vez he oído un relato sobre ECMs, y creedme, he oído muchos, el de este hombre es sin duda uno de ellos.

Aranda pestañeó.

—¿Está de coña, doctor?

—En absoluto. El Instituto Gallup hizo un estudio, que estaba a su vez basado en un análisis anterior emitido por otro grupo de investigadores de menos renombre. Se determinó que, de cada cien personas que han estado clínicamente muertas, el cuarenta por ciento han tenido experiencias similares a la ECM prototípica que les acabo de describir.

—¿A dónde quiere llegar?

—No entraré en si realmente pasó algo o no. No me parece el momento ni el lugar para semejantes conjeturas. Lo que quiero decir es que nuestro cura pudo realmente haber tenido esa experiencia... que él, por sus circunstancias personales, identificó como religiosa. Lo que nos lleva a identificar una premisa obvia: que el padre estuvo, en algún momento, clínicamente muerto.

—Vale... —dijo Aranda despacio—. Creo... creo que ahora sé lo que quiere decir.

—¿Que es una especie... de *zombi*? —preguntó Moses, confuso.

—Bueno, yo no diría eso. Pero si estuvo clínicamente muerto durante... no sé, puede que un minuto o un minuto y pico... es posible que el agente patógeno que he identificado en todos los caminantes que hemos analizado se hiciera con el control de su organismo. Al menos en parte. Pero no me explico cómo pudo sobrevivir a eso... el virus del que hablamos es extraordinariamente agresivo. Sabemos que está en el aire, por todas partes, y que infecta a todos los seres humanos que fallecen, tomando el control de todas las palancas, por así decirlo, haciendo que vuelvan al estado de semivida prolongada que conocemos tan bien. Pero no sé... ¿cómo consiguió

controlarlo? Una vez que el agente se instala en la sangre, el proceso es imparable. — Reflexionó por unos instantes antes de continuar—. Me gustaría examinarlo. Analizar su sangre, su tejido celular... todo lo que me sea posible.

—Doctor —dijo Aranda despacio—. Francamente, no veía el momento.

XLIII

El doctor Rodríguez se mantenía encerrado en su pequeño laboratorio tanto tiempo como le era posible. Pidió que le llevaran la comida allí mismo, y se acostaba tarde y se levantaba temprano. Aranda pasaba largas horas acompañándole, aunque percibió que cuando se trataba de hacer pruebas y análisis, el doctor prefería trabajar en silencio. El sacerdote fue movido de nuevo a una de las habitaciones adyacentes; de vez en cuando se regalaba con exaltados discursos llenos de ominosas citas del Apocalipsis, o se entregaba a la tarea de profetizar horribles desastres para todos los que se escondían en el campamento.

Cada vez que volvía, Aranda le preguntaba si había novedades, pero el doctor protestaba en voz baja con algunos gruñidos ininteligibles, y luego declaraba que no quería equivocarse y rogaba paciencia.

Susana se encontraba ya sorprendentemente mejor. Después de un largo y reparador sueño, aceptó una invitación a jugar a las cartas y pasó una tarde agradable en compañía de José, Uriguen y Dozer. El corpulento Dozer también se encontraba mucho mejor, y aunque durante la partida, tendido sobre la cama, estuvo inclinándose sobre un costado y el otro, no acusó dolor.

Aranda intentó también hablar en varias ocasiones con el párroco. Nunca obtuvo nada, ni siquiera su nombre real. A aquellas alturas, sus apasionados delirios le inspiraban más compasión que otra cosa.

Moses, por su lado, pasaba casi todo su tiempo con Isabel.

—Me siento como... una especie de ángel de la muerte —le dijo ella mientras compartían un atardecer cuajado de tonos anaranjados y rosas.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Moses.

—No sé, Mo... Primero fue la casa de la Plaza de la Merced... luego, nosotros... tu casa de calle Beatas... ahora aquí también.

—Isabel... —dijo Moses, pasándole una mano por encima del hombro—, tú no tienes la culpa de nada de eso. El hombre que ha provocado todos esos desastres está ahí dentro, con el doctor.

—Pensé en ir a verlo...

—No quieres verlo. No quieras verlo. Es un pobre hombre demente que ha perdido el juicio. ¿Y sabes qué es lo más curioso? Si de verdad el doctor puede descubrir la razón por la que los muertos vivientes le ignoran, entonces podremos decir que quizá Dios sí le señaló a él entre todos los hombres... pero como suele ocurrir, malinterpretamos sus designios, y lo que pudo ser un vehículo para la

salvación de todos los que habíamos sobrevivido, casi se convierte en la hoja de la guillotina.

Isabel reflexionó sobre sus palabras.

—¿Qué harán con el sacerdote cuando terminen de... examinarle?

—Encerrarlo. Como a cualquier criminal. Lo mantendremos encerrado en alguna parte. Podrá salir a pasear y en Navidad tendrá una comida especial. ¿Qué otra cosa podemos hacer? Isabel asintió.

—¿Crees en Dios, Mo?

—Sí que creo. Él me ayudó a salir de la vida que llevaba. Antes... bueno... era un poco diferente de como soy ahora. Bebía mucho, vivía encerrado en mí mismo, para mí mismo. Hace poco me enfadé con él... ya sabes, cuando me arrebató a Josué. Dios, cómo quería a ese hombre. Y me enfadé con Él por permitir que todo esto sucediera... han muerto tantos, Isabel. *Tantos*. Pero ahora... pienso de manera diferente. Escuché a ese pobre loco hablar, escuché su historia, y ahora estoy convencido de que Él nos ha traído a ese hombre, que guarda la solución a todos nuestros problemas. De que lo conseguiremos. Que Él aprieta, pero no ahoga, y como decía mi madre, que siempre que cierra una puerta, abre una ventana.

Isabel suspiró, observando cómo las nubes evolucionaban ante sus ojos. La luz cambiaba a cada poco, arrancando destellos brillantes a las formaciones más altas mientras que la oscuridad caía lentamente sobre el campamento.

—Mo... —dijo Isabel en voz baja.

—¿Sí?

—Abrazame.

Moses volvió a rodearla con su brazo y la atrajo hacia sí. Ella se acurrucó en su costado, apoyando la cabeza contra su hombro. Permanecieron en silencio, sin decir nada, mientras pasaba otro día. Un día más. Sólo un día más.

A las seis y cuarto del día siguiente, el doctor Rodríguez llamó a la puerta del dormitorio de Aranda. Éste le recibió medio desnudo y soñoliento.

—Antonio... dime... ¿ocurre algo?

—Creo que sé qué ocurrió —dijo, con una media sonrisa en su cara fatigada.

Aranda le miró, perplejo.

—Vale... —dijo, reaccionando al fin—. Por favor, dame sólo un minuto para ponerme algo y me lo cuentas.

Diez minutos más tarde estaban otra vez en su laboratorio. Había una buena colección de latas de refresco con cafeína sobre la mesa; era evidente que el doctor había estado trabajando toda la noche.

—Mira esto... —Le enseñó unas muestras que había colocado en unos cristales de los que se usan para observar por el microscopio. Los colocó en la pletina y le invitó a mirar con un gesto de la mano.

—¿Qué estoy viendo? —preguntó Aranda, tras inclinarse y echar un vistazo por el ocular.

—Ah, lo siento... Bien, son trazas encontradas en la sangre de nuestro cura. Naturalmente, antes de nada debo decir que sí, indiscutiblemente, el hombre está infectado hasta los huesos del mismo agente patógeno que puede encontrarse en cualquiera de nuestros zombis. Con una sutil diferencia, pero a esto iremos luego.

—Lo imaginaba... —dijo Aranda, echando otro vistazo al microscopio. Vio unos corpúsculos redondos moviéndose perezosamente, circundados por unos puntos negros que se agitaban nerviosamente.

—¡Claro! —dijo el doctor—. Pero encontré algo más... había indicios de una antigua enfermedad conocida como Síndrome de Guillain-Barré. Es una enfermedad muy seria, Juan. Una clase de neuropatía aguda y autoinmune que afecta al sistema nervioso, tanto al periférico como al central. Se cree que ocurre como resultado de un proceso infeccioso agudo, en donde hay un descontrol del sistema inmune... pero bueno, eso no viene al caso. Lo importante aquí es que es una enfermedad severa que nunca se pasa por alto: empieza como una parálisis ascendente con pérdida de fuerza en los miembros inferiores y posteriormente se extiende a los miembros superiores, alcanzando cuello y cara, con la consecuente pérdida de los reflejos tendinosos profundos.

—¿Esa enfermedad tenía el sacerdote?

—La tuvo, al menos. Aquí viene lo interesante. Es obvio que nuestro cura debió ser atendido, me refiero a ayuda hospitalaria, o habría acabado muerto; de eso no hay género de duda. ¡Pues bien! El tratamiento recomendado para los enfermos de Guillain-Barré es... ¡la plasmaféresis!

El doctor le miró con una radiante sonrisa.

—Doctor, no me entero muy bien de...

—Oh... sí sí sí... la plasmaféresis... bien, es un procedimiento mediante el cual, a través de una máquina separadora celular, se produce la extracción de plasma global... ¿comprendes?

—¿Cambiar la sangre? ¿Como una diálisis?

—En absoluto... Extracción de plasma global —dijo, poniendo mucho énfasis en la última palabra—. Toda la sangre se cambia y se renueva.

—Entiendo...

—Tiene muchas complicaciones, por eso creo que encaja. Desde hipotensión a parestesias, o gingivorragia... Estoy hablando de paros cardiacos, Juan.

—Paros cardiacos... —repitió Aranda—. Eso pudo provocar su estado de... ¿clínicamente muerto?

—Oh, desde luego que sí. En ese tiempo, es posible que el agente patógeno que hemos identificado empezara a invadirlo, a actuar. Y puede que, después de que él se recuperase, de que lo trajeran de vuelta, los procesos de plasmaféresis se reanudaran en poco tiempo. Al fin y al cabo era eso o arriesgarse a que su enfermedad acabase matándolo.

—Te sigo —dijo Aranda, vivamente interesado.

—Verás... —dijo el doctor, pasándose la punta de la lengua por el labio inferior. Intentaba encontrar una forma sencilla de explicar a Aranda su teoría—, el problema de los antivirales es que atacan al agente. Una vez leí una entrevista a Carlos Bonfil, un investigador de la Universidad de California. Él postulaba que los antivirales son ratoneras, que es preferible dejar que el sistema de cada persona controle al virus, y cuando eso sucede, ya no tenemos que preocuparnos por saber dónde se encuentra este virus. El sistema inmunológico lo localiza y acaba con él. Los medicamentos no tienen esa capacidad, pues funcionan contra un solo tipo de virus, tal como es y se comporta en el momento de utilizarlos. Eso es lo que creo que pasó en el caso de nuestro sacerdote, que la plasmaféresis dio un respiro a su sistema inmunológico, que pudo reaccionar a tiempo y controlar la infección.

Aranda se dejó caer en una silla cercana.

—¿Pero eso explica por qué los muertos le ignoran, Antonio?

—No tengo equipo suficiente para hacer las pruebas requeridas, pero desde luego, entre otras cosas, ésa puede ser una de las causas. La transpiración constituye un proceso natural para eliminar las toxinas del organismo, y es un hecho que ciertas enfermedades como la diabetes, o algunas otras relacionadas con problemas del hígado, provocan olores característicos. Es posible que los zombis identifiquen eso de alguna manera... como pasa con las feromonas, auténticos pasaportes del mundo de los insectos.

—Sí, he leído sobre eso... —dijo, paseando la mirada por la mesa de análisis. Tenía una sola pregunta dando vueltas en la cabeza, pero casi le daba miedo formularla—. Vale... lo que quiero saber es... ¿se puede utilizar la sangre del sacerdote para conseguir reproducir los efectos de su... inmunidad frente a los zombis?

—Ésa es la sutil diferencia de la que te hablaba al principio. Verás, sería imposible hacer una vacuna con los medios de que dispongo. Esos virus se aíslan en un laboratorio y se les manipula borrándoles de su ADN la función que tienen para implantarles una nueva: la de destruir a los virus de su mismo género. Se les dota de una sustancia química que usan como arma letal contra sus ex compañeros virus. Y hacen más cosas, como insertar límites de réplicas para evitar una superpoblación. Todo eso se realiza con costosos equipos y grandes equipos humanos. Pero... también podemos hacerlo a la vieja usanza.

—¿Cómo es eso?

—Es la historia de las vacunas —continuó el doctor. Cogió otra silla y se sentó frente a él—. En China, a los pacientes que sufrían tipos leves de viruela les arrancaban sus pústulas secas para molerlas y conseguir un polvo que luego se introducían por la nariz para conseguir inmunizarse. Los turcos ya hacían eso en el año 1700; se inoculaban con fluidos tomados de casos leves de enfermedades contagiosas, y vaya si funcionaba. La buena noticia es que nosotros ya tenemos ese "caso leve" de zombificación, o como quieras llamarlo.

—Nuestro cura.

—Nuestro cura —repitió el doctor con una sonrisa—. El agente patógeno que descubrimos está latente, vivo, activo, pero controlado por su sistema inmunológico. Se replica e instala en sus células continuamente, pero su sistema las destruye con una rapidez pasmosa. Esto generalmente acabaría con cualquier sistema rápidamente, pero a su vez el virus actúa como esas células madre de las que hablamos aquella vez, ¿recuerdas?

—Sí, sí... es lo que hace que esas cosas sigan moviéndose y viviendo incluso con sus órganos vitales destrozados.

—Eso es. Así que el sistema se replica constantemente y se mantiene estable. Es más... sospecho que el agente patógeno podría estar alargando de alguna forma la vida de ese hombre... ¿has visto su aspecto? No has visto sus heces, desde luego...

—¿Doctor? —preguntó Aranda de repente.

—¿Sí?

—¿Por qué siempre dice "agente patógeno" en lugar de "virus"? Es mucho más corto...

—Hijo... —contestó el doctor—, la Seguridad Social se encargó de banalizar tanto esa palabra, que ningún profesional de la medicina debería ya usarla bajo ningún concepto.

Aranda soltó una sonora carcajada.

XLIV

A primera hora de la tarde, toda la comunidad se encontraba en la sala acostumbrada. Habían sido avisados de que el doctor Rodríguez y Juan Aranda iban a poner sobre la mesa, por fin, los resultados de las investigaciones.

El doctor Rodríguez apareció casi diez minutos tarde. Aun así, recibió un estruendoso aplauso cuando recorrió el pasillo central en dirección al púlpito; todos sabían demasiado bien lo duro que había estado trabajando en su pequeño laboratorio y se encontraban nerviosos e intrigados por conocer sus hallazgos.

El doctor pidió silencio, levantando ambas manos y sonriendo con cierta timidez. Cuando habló, sin embargo, lo hizo con voz clara, fuerte y firme. Les contó todo lo que había descubierto sobre el virus, cómo actuaba manteniendo activos a los caminantes, y también sus más recientes descubrimientos sobre cómo el Padre Isidro mantenía dicho virus latente en su interior. Cuando terminó la exposición hubo una tanda de preguntas. Casi todas eran recurrentes sobre temas ya expuestos, que precisaban de una explicación más sencilla con palabras que todos pudieran comprender. De esas preguntas se encargó Aranda.

Cuando ya no hubo más brazos levantados, Aranda expuso, con tacto infinito, la siguiente parte del plan. Había que probar la cepa del virus debilitado en alguno de ellos.

Se produjo un intenso silencio.

Aranda continuó entonces explicando que se haría muy poco a poco. Inocularían cantidades controladas para estudiar, bajo la supervisión del doctor Rodríguez, cómo reaccionaba el organismo a la infección. Pero también indicó que, naturalmente, todo el proceso no estaba carente de peligro, incluyendo el riesgo de muerte. Por último, se apresuró a anunciar que no estaban buscando un voluntario. Eso despertó un murmullo en la sala. Con una sonrisa, comunicó que ya tenían a alguien dispuesto a probar la cepa.

—Yo mismo —dijo.

Un nuevo rumor recorrió la sala, y no faltó quien se puso de pie con ambas manos ahogando una exclamación de horror en la boca. Alguien chilló una rotunda negativa al experimento y a su airada protesta se le unieron varios vítores en diversos puntos de la sala, pero Aranda cortó de raíz las diferentes reacciones continuando hablando.

—Sé lo que pensáis, y os lo agradezco, pero no quería provocar un debate interminable sobre si debe hacerse, y luego sobre quién debe hacerlo. Es mi

prerrogativa. Cuando os he dicho que soy voluntario, no era ninguna falacia: el doctor ya me ha inoculado la primera dosis de la cepa hace ahora... —miró su reloj de muñeca, un modelo simple de Casio digital—, noventa minutos.

Una exclamación de asombro se levantó entre los oyentes. Los que estaban de pie se dejaron caer en sus asientos como si les hubieran empujado. Aranda vio expresiones de asombro, de manifiesto terror, de pena... y aun otras, miradas valientes que le contemplaban con una mezcla de fascinación y reconocimiento.

—Llegué aquí cuando Carranque ya era un campamento en marcha —dijo entonces Aranda—, un campamento que funcionaba, que *sobrevivía*... y me acogisteis con brazos abiertos y el corazón generoso. Desde entonces me he sentido muy querido aquí, y quiero que todo nos vaya bien. A todos. Por eso he hecho lo que he hecho. Comprendedme... no hace tanto tiempo tomé la decisión equivocada de mandar a Jaime al desastre, y esa decisión casi acaba con Dozer también. Era mi turno de aceptar mi parte de riesgo. Además... —continuó con otra sonrisa en el rostro sincero—, quiero añadir que por el momento me encuentro perfectamente.

Hubo algunas risas, aunque pocas y difuminadas, y no tardaron en desvanecerse.

—A partir de este momento estaré todo el tiempo en la enfermería, vigilado como lo está nuestro prisionero. No sabemos qué puede pasar. Dozer, que por cierto se encuentra ya muchísimo mejor para todos los que lo habéis preguntado, tiene instrucciones de utilizar su arma si... bueno, si mis ojos se ponen en blanco y todo eso. ¡Pero confiemos que eso no ocurra! Sugeriría, de hecho, tratar de tener una actitud positiva con todo esto. Y esto es todo por hoy... Carmen y el doctor Rodríguez os mantendrán informados de los progresos de este experimento; si queréis pasar por la enfermería cuando os apetezca, ya sabéis que sois todos bienvenidos. Buenas tardes a todos.

La mayoría de los asistentes se quedaron plantados en sus asientos, comentando la impactante noticia entre ellos. Muchos se acercaron a Aranda y al doctor llenos de preguntas y palabras de ánimo, preocupación y apoyo. Aranda les tranquilizó haciendo bromas y, en general, intentando quitarle importancia al hecho de que un virus desconocido y letal, causante de la mayor pandemia conocida por la humanidad en toda su larga historia, corría por sus venas.

Al día siguiente, Aranda pasó su reconocimiento médico completo con nota. Las muestras de orina, heces y sangre indicaban una evolución positiva de la hipótesis de actuación que había trazado el doctor. Durante todo el día recibió numerosas visitas, y luego pasó la tarde jugando a las cartas junto con Jaime, Susana y algunos otros. Las risas de todos ellos podían escucharse muchos metros alrededor. Por la noche, antes de dormir, el doctor le inoculó otra dosis del virus.

El Padre Isidro fue trasladado al campamento falso ubicado al otro extremo de la Ciudad Deportiva. Las ventanas tenían barrotes y la puerta, de pesado metal, se cerraba sólidamente con fuertes candados. Le dieron al menos un poco de lectura

para sus horas de soledad: un ejemplar de La Biblia.

Isabel, esta vez intencionadamente, le hizo llegar una segunda nota. La nota decía:

Le perdono

A eso de las tres y media de la mañana, Carmen despertó al doctor.

—Es Juan, doctor... está ardiendo.

Juan temblaba en su cama, aquejado de una fiebre repentina de casi cuarenta grados. Carmen sugirió un baño en la piscina para bajar la temperatura, pero el doctor se negó en rotundo.

—La fiebre es un agente protector natural frente a la agresión microbiana, Carmen. A temperaturas tan elevadas, nuestras defensas se activan más rápido y se vuelven más eficientes.

Sin embargo, sí le aplicó una dosis de ibuprofeno.

Al mediodía, Aranda aún seguía sufriendo fiebre, aunque algo más baja. Se sentía mareado, tenía el estómago revuelto y apenas quiso probar bocado.

—¿Es buena o mala señal? —le preguntó Moses al doctor cuando fue a verle acompañado de Isabel.

—No lo sé —contestó el doctor cabizbajo.

Pero aquella noche, tras meditarlo mucho, el doctor volvió a inocularle la dosis que estaba programada.

Al tercer día, la temperatura de Aranda subía unas décimas por encima de los cuarenta grados. Esta vez, el doctor le recetó paracetamol y le obligó a beber agua y numerosos zumos envasados. La orina que dejó en el baño tenía la pestilencia del moho.

Al anochecer, con lágrimas en los ojos, el doctor Rodríguez le inculó la cuarta dosis. Cuando terminó, dejó caer la jeringa al suelo; la mano le temblaba como el día que tuvo que sujetar un flexo para salvar su vida, en el Hospital Carlos Haya. Le parecía que había pasado toda una vida desde aquel aciago día.

Aranda tuvo sueños infames. En ellos, él estaba en una cuna y sus padres venían arrastrando los pies por un largo pasillo, susurrando palabras desconocidas que sonaban como si tuvieran la garganta llena de algas muertas. Intentaba escapar, pero los barrotes, herrumbrosos y húmedos, eran fuertes y sólidos y no se desplazaban ni un ápice. Entonces la habitación empezaba a llenarse de un agua negra y oscura como una mancha de petróleo y él intentaba encaramarse a los barrotes. Pidió socorro con su voz infantil, pero sus padres ya no estaban allí, habían desaparecido, y de la oscuridad de esa agua ponzoñosa, que se filtraba por todas y cada una de las baldosas del suelo, emergieron manos pútridas y crispadas que se abalanzaban sobre él.

Se despertó chillando, con la boca seca como una piedra en un erial, y Carmen le susurró palabras cariñosas, le dio agua y le mojó la frente con un paño húmedo.

—Mis padres... —dijo Aranda, todavía medio sumergido en el oscuro mundo onírico que se había construido.

—*Ssssh*. Duerme, pequeño, duerme.

Le imprimió un beso en su frente sudorosa.

La mañana trajo mejores noticias. Aranda había vuelto a una temperatura más o menos normal, aunque en ocasiones subiera unas décimas por cortos periodos de tiempo. Durmió casi todo el día.

Al amanecer del octavo día, Carmencita se despertó sobresaltada en su butaca, situada al lado de la cama de Aranda: ésta estaba vacía.

Corrió a llamar al doctor. Lo buscaron por toda la enfermería, pero sin éxito. Con lágrimas en los ojos, Carmen salió a la zona de las pistas a buscarlo, pero éstas estaban completamente vacías. Lo buscaron también en el interior del edificio, y por donde pasaban iban llamando a las puertas para dar la voz de alarma.

El doctor Rodríguez golpeó la puerta de la habitación de Moses, y éste salió a recibirle, alarmado. Al fondo, apenas visible por la luz que entraba por la ventana, estaba Isabel, desnuda entre las sábanas.

—Es Juan... no lo encontramos por ningún lado. No lo... —pero no pudo continuar.

En poco tiempo, casi todo el mundo se encontraba recorriendo las instalaciones. José, vestido únicamente con unos viejos calzoncillos y un fusil, acompañaba a Moses por los corredores del edificio. Tampoco pudieron encontrarlo en la piscina, ni en la cocina o la cafetería.

Fue finalmente José quien lo vio primero. Se sentó en el suelo, incapaz de sostenerse de pie. Por sus mejillas resbalaron dos cálidas lágrimas.

—Allí... —dijo, señalando las alambradas.

Moses miró en la dirección que éste le señalaba. Su corazón latía con fuerza. No había duda, Aranda había usado las alcantarillas, como lo hizo la primera vez que llegó a Carranque, para salir al exterior.

Estaba allí fuera, el primero de muchos, apoyado contra la reja del recinto, completamente desnudo y sonriendo con la alegre inocencia de un niño.

Los zombis se arremolinaban a su alrededor, pero ninguno parecía reparar en él.

FIN

Colofón

No hay quien escriba solo un libro, y éste no es una excepción. Quisiera agradecer a mi familia y amigos el incondicional apoyo y soporte moral que me han prestado; sin sus palabras de aliento, habría abandonado la historia en numerosas ocasiones. Puede que nada de esto hubiera empezado, en primera instancia, sin una nota que dejó mi padre en uno de mis primeros cuentos cortos y que decía, en esmerados caracteres manuscritos: "cojonudamente bueno", en referencia a la manía que tenían todos los personajes de decir "¡cojunudo!" cada poco tiempo. Esa nota me animó secretamente a seguir escribiendo. Mis hermanas Inma, Susana, Sonia y Raquel y mi hermano Kiko apuntaron bastantes erratas y descubrieron inconsistencias surgidas de escribir la novela a trozos (incluyendo una misteriosa página en blanco). Mi mujer, Desirée, consiguió arrancarme de más de un momento de bloqueo y sugirió gran parte de la trama final, por no mencionar las incontables noches que soportó que estuviera pegado a la pantalla de mi portátil, hilando pacientemente la historia. Todo mi amor va para ella. Mi cuñado, socio y amigo Luis Pérez y su mujer Aurora me regalaron unos libros sobre cómo escribir y editar una novela cuando apenas llevaba escritas unas páginas: ese gesto (y muchos otros que han tenido) lo recordaré siempre. El doctor Kurii revisó la parte en la que el doctor Rodríguez revela sus descubrimientos a Aranda en la enfermería de Carranque, y se aseguró de que no escribía demasiadas tonterías, siempre sin perder de vista que me enfrentaba a la tarea de razonar lo irrazonable: que los muertos vuelven a la vida. Un abrazo fuerte va también para mis editores, Jorge y Vicente, a quienes debo gratitud por confiar en mí y haber puesto este libro en tus manos. Y no terminaré sin mencionar al maravilloso elenco de *frikis* y personajillos únicos que pululan por *somosleyenda.com* y que me han ayudado con sus palabras de ánimo y su especial forma de ser: Athman, Horas, Oink, SkasS, Dragoon, Lulú... ¡sois geniales! Para todos ellos, mi gratitud y amor.

Un abrazo especial va para el auténtico párroco de la Iglesia de la Victoria en Málaga, que nada tiene que ver con el ofuscado Padre Isidro de la novela.

La mayoría de los lugares descritos en la novela existen, y he intentado describirlos con tanta exactitud como me ha sido posible; las distancias entre esos lugares son también bastante coherentes con las representadas. Sin embargo, nunca he tenido la oportunidad de visitar las cloacas de Málaga y no sé si son practicables, aunque dudo que se pueda ir por ellas de un extremo a otro de la ciudad como hacen

los protagonistas.

Málaga, 26 de Octubre del 2008